

GABRIELA MISTRAL Y LOS ESTADOS UNIDOS



**Nueva York
2011**

Título: *Gabriela Mistral y los Estados Unidos*.

© Gerardo Piña-Rosales, Jorge Ignacio Covarrubias y Orlando Rodríguez Sardiñas, eds.

©Academia Norteamericana de la Lengua Española, Nueva York, 2011

© Fotografías: Gerardo Piña-Rosales

ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
P.O. Box 349
New York, NY 10116

Sitio web: www.anle.us

ISBN 978-0-578-0531

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético mecánico, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or any information storage and retrieval system, without permission in writing from the North American Academy of the Spanish Language.

AGRADECEMOS A LAS SIGUIENTES PERSONAS Y ENTIDADES SU
APOYO Y COLABORACIÓN EN LA PUBLICACIÓN DE ESTE LIBRO:

D. Jorge Sobredo

Consejero Cultural de la Embajada de España en Washington

Fondo Franciscano Hermana Gabriela Mistral

D. Mario Martínez y Palacios

Organización de Estados Americanos

A las víctimas y damnificados del terremoto de Chile

In Memoriam

GABRIELA MISTRAL Y LOS ESTADOS UNIDOS

Gerardo Piña-Rosales
Jorge I. Covarrubias, Orlando Rodríguez Sardiñas

EDITORES

Presentación /11

“Los rostros de Gabriela” /17
Orlando Rodríguez Sardiñas

“Gabriela Mistral en California” /31
Víctor Fuentes

“Apostillas a una polémica editorial en torno a Gabriela Mistral” /49
Alberto Acereda

“Los artículos de Gabriela Mistral en La Nueva Democracia, de Nueva York” /65
Christian Rubio

“Gabriela Mistral y Odón Betanzos Palacios (Sonetos de la muerte)” /83
Luis Pérez Botero

“Gabriela Mistral: El sentimiento de extranjería” /97
Luis Alberto Ambroggio

“Gabriela Mistral: Lírica trashumante” /113
Yara González Montes

“Gabriela Mistral en la Estatua de la Libertad (1930): Reflexiones sobre la prosa mistraliana” /129
Alister Ramírez

“Leyendo a Gabriela Mistral en Nueva York” /137
Manuel Garrido Palacios

“Recordando a Gabriela Mistral” /141

Marie-Lise Gazarian

“Gabriela Mistral como crítica literaria: un aspecto olvidado de su obra estudiado por Onilda Jiménez” /149

Elio Alba Buffill

“Un análisis de la prosa mistraliana desde la perspectiva crítica de Eugenio Florit” /167

Esther Sánchez-Grey Alba

“Tras las huellas de Gabriela Mistral en Nueva York” /183

Jorge I. Covarrubias

“Gabriela Mistral y la Biblioteca del Congreso” /235

Georgette Dorn

“Papeles estadounidenses de Gabriela Mistral en la Biblioteca Nacional de Chile” /241

Pedro Pablo Zegers

Textos de Gabriela Mistral sobre los Estados Unidos y fotografías de Gerardo Piña-Rosles a modo de homenaje /257

“La recepción de la obra mistraliana en los EEUU” /309

Gerardo Piña-Rosales



PRESENTACIÓN

Cuando la Academia Norteamericana de la Lengua Española supo que durante el Congreso de la Lengua de Valparaíso se presentaría una edición sobre Gabriela Mistral, varios de sus miembros propusieron que la ANLE lanzara su propio libro sobre la ilustre chilena. El motivo no podía ser más poderoso y perentorio: en Estados Unidos la poeta vio publicado su primer libro, vivió, enseñó, trabajó y murió.

Fiel a su celo por toda actividad cultural y literaria en su territorio —al igual que hubiera hecho de tratarse de homenajes a figuras como José Martí, Federico García Lorca o tantos otros que dejaron una huella imborrable en los Estados Unidos—, la ANLE ofreció a sus miembros y colaboradores la oportunidad de participar en esta iniciativa. Y la respuesta no se hizo esperar.

Gabriela Mistral y los Estados Unidos, publicada por la ANLE y editada por Gerardo Piña Rosales, Jorge Ignacio Covarrubias y Orlando Rodríguez Sardiñas, es el homenaje que la Academia Norteamericana tributa a la gran chilena en ocasión de celebrarse en su país el V Congreso de la Lengua magno encuentro cultural y literario, como un reconocimiento a la hermana Academia Chilena y a todo el pueblo de Chile.

En “Los rostros de Gabriela”, Orlando Rodríguez Sardiñas (Rossardi) afirma que la obra poética de la gran chilena “pretende abarcar todos los rincones de la realidad como también juntar en la misión de su vida, en el cuerpo de su obra en verso y en prosa, todas las esquinas de una sociedad conflictiva, en guerras de adentro con la educación de sus niños y el respeto y aprecio a sus mujeres, y en contiendas de afuera que estallan en una terrible guerra mundial que exterminó ciudades y seres humanos”. Rodríguez Sardiñas, en un ejercicio de raíz ekfrástica, dialoga con los diferentes rostros de Gabriela Mistral, desde los juveniles y a veces demasiado serios en su Valle de Elqui

hasta los últimos, cuando la muerte se asomaba, en Roslyn Harbor, Long Island.

Por su parte Víctor Fuentes, de la Universidad de Santa Bárbara, enfoca su ensayo en lo que califica de “nueva revisitación crítica”, centrado en la vida y los escritos de Gabriela Mistral durante sus dos años en California. Dice que el espíritu de la poeta “sigue revoloteando por esta ‘tierra dorada’ como esos ángeles y arcángeles que tanto vuelo dan a su poesía”, y señala que Santa Bárbara es el “ángel tutelar” de *Ventana Abierta*, revista latina de literatura, arte y cultura que se publica allí desde hace catorce años.

Alberto Acereda expone los términos de la encendida polémica sobre la vida privada de Gabriela Mistral y llega a la conclusión de que “si hoy seguimos leyendo a Gabriela Mistral no es tanto por lo que sus cartas íntimas puedan decir o dejen de decir, sino por lo que en su obra hay en cuanto a logros literarios y artísticos”. A fin de cuentas, agrega el profesor de la Universidad Estatal de Arizona, “por encima de los episodios e intimidades de estas cartas, más allá de Doris Dana o de cuanto puedan revelar estas misivas (o en las intercambiadas con Victoria Ocampo o con Pablo Neruda, o en las cartas de amor de Gabriela Mistral a Manuel Magallanes, entre otras), si hoy seguimos leyendo a Gabriela Mistral es por su obra literaria y no por su vida privada”.

Christian Rubio, profesor de la Universidad de Louisiana (Monroe), se centra en su artículo en los 29 artículos que Gabriela Mistral escribió para *La Nueva Democracia* de Nueva York, glosando las ideas de la poeta y ahondando en la problemática sociológica de éstas. Su estudio arroja luz sobre la posición de la insigne chilena en religión, política, feminismo y educación.

Como resultado de una minuciosa tarea detectivesca, Jorge Ignacio Covarrubias, de la Prensa Asociada y actual secretario de la ANLE, narra la crónica del proceso de cuatro meses que lo llevó a rastrear las huellas de Gabriela Mistral en la ciudad y el estado de Nueva York. La minuciosa investigación —ilustrada

con fotografías del autor— da cuenta de los documentos mistralianos que pueden encontrarse hoy en el Instituto Hispánico de Columbia, la Universidad de Columbia, el Barnard College y el Vassar College; inquiriere sobre la actividad diplomática de Gabriela en una entrevista al embajador chileno ante las Naciones Unidas y presidente de la Gabriela Mistral Foundation en Nueva York; recorre los dormitorios del Hewitt Hall donde se alojó la escritora durante su paso por Barnard; visita la casa donde la poeta vivió en Roslyn Harbor; relata cómo el escritor chileno Antonio Skármeta conoció a Gabriela en Nueva York; conversa con Marie-Lisa Gazarian, la “Niña Azul”; y revela el destino que corrieron mil libros de la biblioteca personal de la poeta que Doris Dana dejó en manos de Mario Paredes, dirigente católico chileno, cuyo propio testimonio privilegia la crónica de Covarrubias.

Tanto Gabriela Mistral como Odón Betanzos Palacios escribieron *Sonetos de la muerte*. Luis Pérez Botero, de la Universidad de Saskatoon, Canadá, aprovecha la circunstancia para establecer una comparación entre ambas obras. “Esta coincidencia de titulares despierta en los lectores la curiosidad de saber si en estas dos series de sonetos, escritos por dos autores diferentes, hay más coincidencias que la de los titulares”, dice Pérez Botero al comienzo de su trabajo. Y para aclarar esa duda, somete a ambas obras a un prolijo e iluminador análisis semiótico.

“Es simbólico que tanto su nacimiento literario como su muerte física hayan acaecido en Nueva York, luego de abandonar su país natal e iniciar una vida itinerante señala el poeta y crítico L. A. Ambroggio en “Gabriela Mistral ‘La extranjera’: la complejidad poética de su desarraigo y pertenencia”. Nutriéndose del rico corpus de estudios críticos mistralianos, Ambroggio se concentra en su ensayo en “analizar no sólo el texto del poema arriba mencionado, sino también su contexto con las características complejas del sentimiento de extranjería de Gabriela Mistral en el mapa autobiográfico de sus experiencias como mujer, como poeta, su ontología viajera, con destierros y estadías en diferentes pueblos y ciudades de Chile y muchos otros países, su muerte y vivencia póstuma con esa transgresión

pasional, dolor y experiencia vivencial de un desarraigo y pertenencia en pugna, en su patria poética”.

En “Gabriela Mistral: lírica trashumante”, Yara González Montes, profesora Emérita de la Universidad de Hawaii, traza una precisa semblanza de “Gabriela, ‘la que camina’, la andariega, la viajera incansable, la exiliada voluntaria, la mujer que posee una voluntad de hierro y renuncia a todo para entregarse a una meta: obtener el reconocimiento mundial no sólo por su creación lírica, sino también por dar a conocer y lograr la aceptación y reconocimiento de la cultura y los valores intelectuales y humanos de una Latinoamérica que no había sido valorada en todos sus aspectos”.

La Estatua de la Libertad, ese símbolo emblemático tanto de Nueva York como de la entrada a los Estados Unidos, es el tema de Alister Ramírez Márquez. “No cabe duda que Gabriela Mistral logró aproximarse de manera íntima a sus lectores tanto a través de su prosa como de su poesía”, afirma el profesor de la City University of New York. “Su viaje a la Estatua de la Libertad y la descripción de ésta como una mujer marítima, con pedestal hecho para resistir las marejadas del mar, con una cabeza de la cual salen rayos y es sostenida por un cuello firme, es una muestra de la reflexión profunda de sus apasionados ideales humanistas, americanos al proclamarse a sí misma como heredera de sangre india y vasca, su cosmopolitismo y a la vez el sentimiento de desarraigo por vivir exiliada de su cultura.”

“Me siento a leer en uno de los lugares predilectos de Gabriela Mistral en Nueva York”, es el sugerente comienzo del trabajo de Manuel Garrido Palacios. “Ningún fondo más acorde con el momento que el rumor del agua de la fuente que dicen que la recuerda”. Y justifica su particular enfoque aduciendo que “leer a poetas lejanos en sitios lejanos *¿lejanos de dónde, de qué?* da al verso dimensiones nuevas, lo apura como si fueran las últimas palabras creadas, o las primeras”.

Marie-Lise Gazarian conoció personalmente a Gabriela Mistral en Nueva York. En este ensayo, la profesora de St.

John´s University nos da desvela interesantes detalles de cómo era la vida de la autora chilena en Roslyn Harbor, de sus relaciones, de sus horas de trabajo y de ocio.

Elio Alba Buffill, profesor Emérito de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, subraya la dimensión de Gabriela Mistral en base a una obra crítica de Onilda Jiménez, que a su juicio “ha sido y seguirá siendo fundamental para lograr que su amplio y brillante aporte en esta materia, vaya ganando, con el transcurso de los años, el reconocimiento que merece”. Alba Buffill explica que la profesora cubana se sintió motivada a escribir su obra por la carga subjetiva excesiva de algunos intérpretes y la escasez de estudios sobre la prosa de Gabriela. Pero sobre todo la impulsó el deseo o la necesidad de llenar los vacíos que no hacían justicia a la chilena como crítica literaria, aparte de sus trabajos sobre José Martí.

Esther Sánchez-Grey Alba explica que como la obra de una poeta de la estatura de Gabriela Mistral ha sido analizada desde las más variadas perspectivas, es difícil encontrar una faceta inexplorada. “Es por eso —afirma— que hemos preferido buscar el apoyo crítico de otro poeta que, como ella, encontró su destino final en los Estados Unidos, después de andar numerosos caminos y con el que se pueden encontrar muchos puntos de coincidencia con la ilustre chilena”. En su artículo, la profesora Sánchez-Grey Alba señala los aspectos más incisivos de un ensayo del poeta y crítico cubano Eugenio Florit sobre la obra de Gabriela Mistral.

Georgette Dorn aprovecha su vasta experiencia como Directora de la Sección Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington para revelar el paso de la documentación de Gabriela Mistral por esa institución, depositaria de la memoria colectiva de Estados Unidos y el mundo. “El presente ensayo sobre Gabriela Mistral y la Biblioteca del Congreso —nos dice— es el resultado de las numerosas conversaciones que sostuve entre 1967 y 1980 con Francisco Aguilera, especialista en Cultura Hispana en la División Hispánica (Hispanic Division), y de dos entrevistas con Doris Dana, albacea de Gabriela Mistral, en 1969 y 1980 respectivamente. Durante 2007 los papeles que

estuvieron en la Biblioteca del Congreso fueron llevados a la Embajada de Chile en Washington. El traslado a Chile tuvo lugar a fines del 2008. Ahora todo el legado de Gabriela Mistral se encuentra en su país natal en la Biblioteca Nacional y a cargo del conservador Pedro Pablo Zegers. Así termina la saga de Gabriela en la Biblioteca del Congreso”.

El destacado mistraliano Pedro Pablo Zegers Blachet pone de manifiesto “el vínculo intenso y ambiguo” de Gabriela Mistral con Estados Unidos por el cual “la remecen las contradicciones que siente por el país del norte”. Y después de una acertada introducción, nos presenta una selección de textos con impresiones de la Premio Nobel sobre Estados Unidos en general y Nueva York en particular.

En “La recepción de la obra mistraliana en los Estados Unidos”, Gerardo Piña-Rosales, director de la ANLE, compila una selecta bibliografía de libros, artículos, reseñas y tesis doctorales sobre la obra de la poeta chilena publicados en este país a lo largo de varios decenios. Incluye, además, algunas de las más importantes traducciones al inglés realizadas por hispanistas estadounidenses. Suyas son también muchas de las fotografías que ilustran este libro.

Los editores

LOS ROSTROS DE GABRIELA*

Orlando Rossardi

Academia Norteamericana de la Lengua Española



El espacio de su risa abierta, ojos que también ríen. Esa mujer de la foto tomada a finales de la década del cuarenta, Gabriela con cincuenta y tantos largos años en los hombros. De porte noble y con aquel carácter fuerte que se percibe en el retrato. No obstante, le ríe abierta y felizmente a la cámara como queriendo decir “río porque me ríe la vida, ahora, en buena compañía”. Y las frondas al fondo juegan el juego de vivir, y la acompañan también, en tierra extraña, entre espacios que el lente recoge y donde todo parece sonreír. Es Santa Bárbara, en la California norteamericana de 1947, donde van tomando cuerpo, también de cara al Pacífico, muchos de los versos fuertes de *Poema de Chile*; poemas de identificación, de reconocimiento en la diversidad de una geografía emotiva representativa, ideal, poemas que como aquel de “La Chinchilla”, se parecen tanto a ella en su infatigable escapada: “Te traje por andurriales, / dejando a la bien querida, / la Madre y Señora Ruta, / madre tuya y madre mía. / Ahora que hagas paciencia, / vamos siguiendo la huída”.¹ Y es allí donde repara, mojada por las frías aguas de su mismo inquieto océano, en la tierra que

¹ “La Chinchilla”, *Poema de Chile en Gabriela Mistral, Antología de Poesía y Prosa*, Fondo de Cultura Económica, Chile, 2007, p. 216.

más al sur aguarda el regreso de la hija pródiga: “Verde patria que me llama / con largo silencio de ángel / y una infinita ple-garia / y un grito que todavía / escuchan mi cuerpo y mi alma”.

Queda regado por los baúles tanto y tanto camino ya hecho a la costumbre del andar tan sola por dentro aunque dancen a su antojo los encuentros de tanta y tanta cara conocida, de tantísimas palabras sueltas al aire, unas muertas, otras recogidas luego en las cuartillas; porque Gabriela es un ser de ardientes epístolas que da mucho de sí en su correspondencia con los amigos que casi siempre, dolorosamente, están lejos. Por eso sus cartas más íntimas —no tanto las concebidas a escritores como Alfonso Reyes, Pablo Neruda, Juan Ramón Jiménez o Victoria Ocampo—, son como abrazos y queman, seducen, y serenán, y se sienten como que quisieran abarcar en la distancia la falta entera de sus cariños. Desde Santa Bárbara escribe a sus amigos Olaya y Rodomiro (17 de marzo, 1947) abriéndoles de par en par la llaga en el alma: “Yo tuve, Olaya, la intención de comprarme en Arica una lonja de tierra y hacerme allí un barracón donde vivir rodeada de naranjos y bananos [...]. Yo había ido allá a pasar algunos inviernos y a tener algunos “tactos” de mi país, de su suelo, y algunos alientos vivos de mi “gente chilena”. [...] Yo he sufrido bastante en mis últimos años (3 o 4) para echarme de bruces en la aventura y regresar ya con un rótulo de “reaccionaria” pegado a la frente, más una cosecha de odio en la falda. Quiero morirme en paz en este destierro que parece enteramente voluntario, *pero que no lo es*”.²

El reclamo de Gabriela —aquella espina clavada— parece haber empezado mucho antes cuando se le cierra la posibilidad de extender sus estudios. De muy niña, en Montegrande, en medio de una tremenda pobreza, tiene la oportunidad de hacerse cargo del material escolar en la única escuela de la zona. Gabriela, la Lucila de entonces, está feliz entre reglas, lápi-

² *Vuestra Gabriela*, cartas inéditas de Gabriela Mistral a los Errázuriz Echenique y Tomic Errázuriz, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1995. p. 127.

ces y cuadernos que entrega a otros niños que los usan. Algunos abusan de la ingenuidad de la dadivosa niña y, luego de un inventario, se le acusa de ladrona. Sufre burlas, injurias, regaños injustificados y, lo peor, el duro recuerdo de todo aquello que ya no ha de borrarse jamás. Como para echar a un lado pobreza y humillación, Lucila Godoy, lee y escribe, y se consuela en el gran amor de Petronila, su madre, que la protege y conforta. Escribe de Dios y del amor, y mezcla o concierta su bondad innata con la rebeldía ante la injusticia, en publicaciones periódicas de la zona, como *El Coquimbo*, *La Reforma*, y *La voz de Elqui*. Un capellán de la escuela Normal lee algo de la joven Lucila que le llama la atención. Su autora “identificaba a Dios con la Naturaleza [...]. El sacerdote masculló algunas palabras que brotaban de su indignación, pues la juventud no podía perderse con divagaciones contrarias a Dios”,³ y ya aquellas divagaciones teñirían su futuro inmediato: cuando Lucila decide presentarse a exámenes para solicitar su ingreso a la escuela Normal, el sacerdote de marras, Don Luis Ignacio Munizaga, se le opone y logra que no se acepte su solicitud.

Estos golpes, aquellas frustraciones del ardiente Alfredo, la muerte de su sobrinita Gabriela, el suicidio de Romelio, los destellos y los versos de Magallanes Moure y la presencia de tantas y tantas cosas tristes que traía consigo la vida mantuvieron aquel rostro serio y nublado por años. Ni las clases que a los catorce años ya impartía en la aldea Compañía Baja, su primera experiencia en la enseñanza, y luego Traiguén, Antofagasta, Coquimbo, Punta Arenas, Temuco, etc. Ni siquiera sus niñas del Liceo lograban alumbrar su rostro.

³ Sergio Macías Brevis, *Gabriela Mistral o retrato de una peregrina* (Madrid: Tabla Rasa, 2005) p. 33.



En 1916, junto a una alumna

Ahora era ella la que cuidaba de Petronila, y gracias a su amada profesión y a la poesía iba manteniendo esa esencial vitalidad que la distinguía, aunque las aulas estaban lejos, cada vez más lejos, y muchos de los temas de su poesía se iban sumergiendo en soledades, ausencias y muertes.

A partir de sus *Sonetos de la Muerte*, que la llevan a ganar los Juegos Florales de la Sociedad de Artistas y Escritores de Santiago en 1914, aquel seudónimo de Gabriela Mistral pasará a la historia. Los dos años vividos en la región de Magallanes le sirven de espacio adecuado para terminar *Desolación*, ya comenzado en Coquimbo seis años antes. En 1920, durante su estadía en Temuco conoce al joven poeta Ricardo Eliecer Nefalí Reyes Basoalto (Pablo Neruda), que publicará su *Crepusculario* tres años más tarde, y ya, en mayo de 1921, encontramos a Gabriela en la capital chilena, dirigiendo el recién estrenado Liceo de Niñas N.º 6, de Santiago.

Trabajo y poesía, poesía y trabajo fundador al estilo de aquella otra mujer también de temple austero, Teresa de Ahumada, fundadora de conventos; trabajo gustoso que la hará

primero recorrer los largos caminos de Chile y luego los de Europa, Hispanoamérica y los Estados Unidos. La suerte, que siempre le jugaba juegos inesperados le pone ante los ojos, en 1922, una nueva ley en la que declara que nadie puede ocupar una plaza de maestro sin poseer título universitario. A Gabriela no le queda otra alternativa que renunciar a su puesto. A la sazón, José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública de México, que se encuentra en Chile, pide conocer a la educadora y poeta, a la que extiende una cordial invitación para reorganizar en su país la educación secundaria, además del sistema de bibliotecas mexicano. Si se le cerraba una puerta, otra puerta se le abría. Y no solo una, sino dos, porque en los Estados Unidos, también por esas mismas fechas, su obra poética había sido reconocida por el profesor español Federico de Onís, que logra que el Instituto de las Españas edite *Desolación*.

No obstante aquella sonrisa limpia de la Gabriela más conocida iba a tardar en abrirse. México la acoge, le reconocen sus méritos de educadora y organizadora, le alaban su creación literaria, que aprecia junto a Laura Rodig, su amiga pintora, escultora y secretaria que por entonces la acompaña. Pero sigue serio y como cerrado su rostro en el retrato. Los pesares antiguos no se han disipado, y es que ahora, de nuevo, la insultan cuando a una escuela mexicana le ponen el nombre de una chilena.



1922, México, con Laura a su derecha.

Es Federico de Onís quien escribe unos apuntes con respecto a Gabriela que dicen de ella:

... Hay algo doliente en su voz, inmutable y como si viniera de lejos, y hay también matices de aspereza y bondad difíciles de imaginar. La triste contracción de sus labios puede resolverse en una sonrisa de infinita dulzura. Después de volcar en unos pocos poemas la tristeza de su desolación interior, esta alma, tremendamente apasionada, grande en todo, ha colmado el vacío con su interés por la educación de los niños, la redención de los oprimidos y el destino de los pueblos hispánicos.⁴

En 1924 viaja, con subvención del gobierno mexicano, a España. Pasa por los Estados Unidos y recorre Italia y Francia. En Madrid, la Editorial Calleja le saca su segundo libro *Ternura*. Se embarca de vuelta a Chile en La Coruña, en 1925. De nuevo la encontramos en España en 1928, esta vez como representante de Chile y de Ecuador en el XII Congreso de la Federación Internacional Universitaria y en compañía de Laura Rodig y Palma Guillén. Por entonces, las tres amigas se hospedan en la madrileña Residencia de Señoritas. No será hasta 1933 en que Gabriela tomará las riendas del Consulado de Chile en Madrid, cuya sede funcionaba en el número 11 de la calle de Menéndez Pelayo, al costado norte del Parque del Retiro. En 1935, buscando más espacio de aire y rendimiento económico, traslada su vivienda personal a Ciudad Lineal, a la calle de Sánchez Díaz, cerca de Arturo Soria. De muchas de estas cosas da cuenta en carta de 25 de enero de 1934 a Doña Carmela Echenique en Chile: “Da esto de ochocientas a mil pesetas. Me costea la mitad de la vida; la otra mitad debo sacarla de artículos, de mis ahorros que con la caída del dólar bajaron a la mitad. Mi pensión no se paga hace dos años y no consigo un céntimo de allá. Dudo mucho de poder seguir viviendo en esta forma, a menos que me reduzca a estar de pensión en pensión y a tener el consulado en un solo cuarto. Me he dado un plazo de tres meses para resolver. Mi país me ha tenido siempre a media hambre; pero se suelen colmar las medidas...”⁵ Gabriela se mantiene a sí misma y mantiene a su vieja hermana en Chile que padece una grave diabetes. Además, —y, al fin, esto le ha

⁴ Sergio Macías Brevis, *op. cit.*, p. 83.

⁵ *Vuestra Gabriela: op. cit.* pp. 25-27.

devuelto la risa— tiene con ella, ya desde hace unos cuantos años, la responsabilidad y el calor de su sobrino Yin Yin,⁶ que la saca de su *desolación* y la mete de lleno en su más amplia *ternura*. Niño que crece a su lado y se va haciendo grande y atractivo, con ojos claros que miran las cosas del mundo a través de los viajes de la poeta. Y ella va y le abraza y le tiende su mano en el cruce de esos puentes que a veces no logran evadir las aguas fieras y sucias de la vida. Con apenas dieciocho años, sobre el 14 de agosto de 1943, Yin Yin muere de una dosis de arsénico, según reza el certificado de defunción expedido en Petrópolis, Brasil.



Gabriela y Yin Yin, 1936

La despedida del joven Yin Yin a Gabriela, en una breve nota será escueta: “Querida mamá: Creo que mejor hago en abandonar las cosas como están: no he sabido vencer, espero

⁶ De 1937, en Río de Janeiro, data un Certificado consular expedido por su Encargado de Negocios y del Consulado de España, donde consta la nacionalidad española de Juan Miguel Godoy Mendoza (Yin Yin), nacido en Barcelona en 1925, e hijo de Carlos Miguel Godoy y de Marta M. Mendoza, española.

Otro documento anterior, expedido como pasaporte por el Consulado de Chile en Puerto Rico, en 1933, hace constar que Gabriela viaja en compañía de su sobrino, y describe su rostro como ovalado, su pelo castaño oscuro, sus ojos verdes y su nariz aguileña. (En *Gabriela Mistral. Álbum Personal: op. cit.*).

que en otro mundo exista *más* felicidad. Cariñosamente tu Yin Yin. Un abrazo a Palma”.⁷ Y cómo eran, y cómo son, esas cosas de la vida a las que aludía; y la asumible infelicidad truncada en vista a una felicidad venidera, cómo era; y el cariño roto de otro golpe suicida, cómo cae en el corazón tierno y por igual fuerte de Gabriela. La poesía, como siempre, viene al rescate, en sus poemas y en su prosa, que se echan al papel envueltos en un andamiaje especial que no tiene que ver con el verso femenino al uso en su tiempo. Gastón Baquero ha dicho de éste “que de no verlo firmado por nombre femenino se creería estar en presencia de un seco y austero ermitaño que escribiera poemas”, y advierte sobre su escritura: “Tiene cólera y tiene reto. No conocerla es perderse una de las grandes demostraciones humanas de la naturaleza americana. El rebuscamiento, la arquitectura de su idioma, la escondida artificiosidad de su prosa, no tienen, en verdad, origen en Gracián ni en Santa Teresa, sino en el pudor. A ella le apenaba ser cursi, ser muy suramericana, en el sentido terrible que este vocablo tiene cuando se enjuicia lo que por mucho tiempo se presentó como literatura de aquellas regiones. Por pudor de ser una mujercita ñoña, abobada, que escribe con mantequilla y yema de huevo, ella tomó de pluma un hueso, y de tinta un poco de sangre de cóndor seca”.⁸ Es la misma poeta quien lo constata: “En el tiempo que yo me peleaba con la lengua exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma [...]. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé de qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original [...], la expresión racional y arrítmica, a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano”.⁹

⁷ *Gabriela Mistral. Álbum Personal: op. cit.*

⁸ Gastón Baquero, *Gabriela Mistral*, en Ensayo, Fundación Central Hispano, Edición a cargo de Alfonso Ortega Carmona y Alfredo Pérez Alencart, Salamanca, 1995, pp. 158-160.

⁹ ‘*Como escribo*’, Conferencia de GM en los Cursos Sudamericanos de Vacaciones, Universidad de Montevideo, Uruguay, enero, 1938, donde

Esta palabra poética que su autora llama “amarga y dura” brota de una mujer que por naturaleza armoniza dulzura y aspereza, y logra conciliar en su poesía realidad e idealidad a un tiempo. El diplomático chileno Carlos Morla Lynch, amigo de Gabriela en Madrid, y en cuya residencia la poeta se reunía con muchos de los poetas de la Generación del 27, la describe como una efigie o “monumento oriental o de sacerdotisa hindú. Tiene una espléndida cabeza de guerrero indómito (...), quizás la testa de un héroe galorromano. Posee una solemnidad tranquila que impone una placidez enigmática que desconcierta”¹⁰

Entre 1935 y 1945, año en que se le concede el Premio Nobel de Literatura, Gabriela viaja casi constantemente: ese año, 1935, la vemos en Lisboa, en labores consulares, donde se la traslada desde Madrid y, es allí donde recibe la buena nueva de su designación de Cónsul Vitalicio; de Portugal viaja a París y luego a Guatemala, regresa a París a finales de julio de 1937 y a fines de ese mismo año viaja a Brasil y a la Argentina. En 1938 regresa a Chile y ese mismo año se publica *Tala*, a instancias de su amiga Victoria Ocampo. Viaja a Perú, a Cuba, a los Estados Unidos donde recorre ciudades de la Florida, y antes de irse a Nueva York y Washington, D.C., visita Nueva Orleans. El año de 1939 la encuentra Cónsul de Chile en Niza y en 1940 en el consulado en Niteroi, Brasil. En 1941 pasa a Petrópolis donde, en 1945, se le informa de que se le ha concedido el Premio Nobel de Literatura.



Estocolmo, 1945

participan además Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou. GM, *Páginas en prosa*, Kapelusz, BA, 1962 y en *Gabriela Mistral, Antología de Poesía y Prosa*, op. cit, pp. 269-270.

¹⁰ Carlos Morla Lynch, *En España con Federico García Lorca* (Madrid: Aguilar, 1958).

En Estocolmo, en la entrega del Premio, pasea seria ante los curiosos que quieren ver aquella primera mujer e hispanoamericana cargar con premio tan notorio, un rostro cansado pero lleno de sincero agradecimiento. Gabriela es modesta, se escurre de los halagos, se esconde de los homenajes como puede, mira hacia abajo cuando se le aplaude y de frente a los que le rinden los honores, y no busca otras miradas que la busquen, ni otra cosa que salir de esas fiestas y merecimientos — ganadísimos por demás— tan rápidamente como le sea posible.

Diez años de trotar el mundo y frecuentar los hombres y las mujeres que lo habitan, y antes otros años de trotar la geografía y el afecto de sus chilenos —esos años cargados de mucha vida vivida, de mucho ajeteo intelectual, de mucho curso y discurso— muestran el producto de un verdadero sentir por su suelo americano, no solo la tierra madre que tira y desgarrar, sino el continente todo al que sabe entrarle con su fuego y sacar de él sus raíces, su flora, su fauna, sus hombres de abajo y sus hombres de arriba y, sobretodo, sus niños y la educación de esos niños en los que descansa el futuro del continente. A ese fuego que le brota de tanto frotar las piedras del camino se refiere Valbuena Briones cuando habla de los poemas de la chilena incluso de aquellos alejandrinos iniciales que se enfrentaban palabra a palabra, cara a cara con la muerte y que de manera guerrera emprendían, ella con sus versos fuertes en ristre, el rescate de unos pocos huesos queridos:

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
iporque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!¹¹

“Versos quemantes” y enamorados, llenos de cenizas y de tumbas, pero también de alas y ventanas abiertas, de despojos pero también de besos que quieren recobrase y de deseos que nos

¹¹ *Los sonetos de la muerte, I: Gabriela Mistral, Antología de la Poesía y Prosa, op. cit., p. 43.*

suenan, veintidós años más tarde, a aquellos otros del dolorido y desgarrador poema de Miguel Hernández:

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.¹²

Y es que nos deja dicho el crítico que Gabriela interpreta este desenlace como un divino enlace, más allá del espacio que damos en llamar “vida”, en otro Sitio hecho para ella sola en compañía del amante, unidos, en un mejor lugar pero al que solo se nos permite penetrar a través de esos versos de terrible descenso a ese posible Paraíso que escarba su poema; y es que por ello su “acento es enérgico [...] el verso es duro [...]”. Se trataba de algo áspero y salvajemente humano. Era una nueva concepción poética que derrotaba lo mórbido y ornamental de los cánones modernistas. El verso de Gabriela quemaba.”¹³

Por entonces, en carta a sus queridos Carmela Echenique y Carlos Ovalle les cuenta del deseo de traslado. Su estancia en Brasil se le hace difícil dado su estado de salud y pide se la mande, primero a California o si no es dable a Cuba o a Grecia. Al fin le llega consulado en Los Ángeles; y es desde allí también donde les habla a los amigos del agobio de su enfermedad y de sus días en un Hospital de Santa Bárbara. Su carta tiene fecha de siete de marzo de 1946: “No sé con claridad si escribí a mi compadre después de mi salida del hospital. El malestar que cargué por Europa y que siguió aquí (una flaqueza grande de cuerpo y una ceguera que me hacía caerme constante) acabaron en un Hospital donde en tres semanas me aliviaron de cuanto es dable aliviar a una mujer vieja: salí por mis pies y viendo bastante con *el ojo que está válido*. Estos médicos son realmente prodigiosos. Era diabetes. En Brasil me trataron siete años por amibas tropicales. No había una sola para hacer presen-

¹² Miguel Hernández, “Elegía”, *El rayo que no cesa*. Poema compuesto el 10 de enero de 1936.

¹³ Ángel Valbuena Briones, *Literatura hispanoamericana*, Tomo V. (Barcelona: Ed. Gustavo Gili, 1969) pp. 414-424.

cia...”¹⁴ La errante, que también se sentía errante en su propio país, recomienda ahora a los suyos que se adentren en este extenso territorio norteamericano y penetren mejor sus costumbres y ciudades: “De EE.UU. los nuestros conocen Nueva York, Chicago, Washington. Hay California, hay Boston, hay Filadelfia, hay sur. Solo viviendo con ellos se les conoce y se les puede estimar y querer [...]. Pero la vida campesina del país es maravillosa y la vida de algunas Universidades (los internados también lo son). Y mucho de lo que allí se escribe, y sobre todo su ciencia.”¹⁵ Esto les escribe desde la Hacienda de la Orduña, en su ínterin mexicano, durante una visita rodeada de amigos, niños, vegetación y animales que, a pesar de las afecciones que la aquejan, le devuelven la alegría y la risa.



En México, 1948

Corre ahora el año cincuenta y dos, y entre éste y su visita a México, median aquellos años del consulado de Nápoles, en los

¹⁴ *Vuestra Gabriela: op. cit.*, p. 88.

¹⁵ *Vuestra Gabriela: op. cit.* En carta desde Hacienda La Orduña, México, septiembre de 1948, p. 102.

que pasa por una muy “pobre circulación”, se queja del frío y dice evitar la lectura —también en misiva a su amiga Carmela— ya que el “blanco del papel con la tinta oscura me da una picada *aguda* en los ojos. De otra parte, mi memoria es pobre. Solo retengo las cosas muy importantes de orden moral: las que me han herido y las que me han dado una profunda alegría.”¹⁶ Pero, desde hace ya algunos años la acompaña la profesora Doris Dana, que se convertirá en ángel custodio de la poeta.

En 1953 pasa por Cuba y la recuerda tristemente, por una experiencia desagradable, una “decepción”, dice, que tuvo en la suntuosa residencia de la poeta cubana Dulce María Loynaz; al año siguiente aparece *Lagar*, editado por la Editorial del Pacífico, en Chile. Y su tierra parece regresar a ella, entonces, envuelta en homenajes y tributos oficiales, como recobrada pero en la forma en que “mistralianamente” ella siente las cosas, con la palabra misma al frente: “Y volver a mi casa, entrar, dormirme, / cortada de ella, rebanada de ella, / y despertar después de dos mil días / recién nacida de sueño y olvido”.¹⁷

Pero en el ánimo alerta de Gabriela nunca hubo olvidos y tampoco los hubo en su obra. Su visión poética pretende abarcar todos los rincones de la realidad como también juntar en la misión de su vida, en el cuerpo de su obra en verso y en prosa, todas las esquinas de una sociedad conflictiva, en guerras de adentro con la educación de sus niños y el respeto y aprecio a sus mujeres, y en contiendas de afuera que estallan en una terrible guerra mundial que exterminó ciudades y seres humanos. En los Estados Unidos, Gabriela también recibió honores y, de manos de hombres y mujeres nacidos en este país, tuvo siempre afectos, admiración y reconocimientos. Fue en un rincón de la nación norteamericana donde se cerraron sus ojos para siempre y fue también en este país, precisamente en la misma ciudad donde fallece, Nueva York, donde se publica su primera obra poética. Fue también con el cariño y la devoción de una

¹⁶ *Vuestra Gabriela: op. cit.* Misiva desde Nápoles con fecha, julio de 1952, p.112.

¹⁷ ‘Una palabra’, *Lagar*, en *Gabriela Mistral, Antología de la Poesía y Prosa, op. cit.*, p. 162.

buena amiga norteamericana que pudo cumplir, con rostro iluminado, el último tramo de un largo y productivo camino, aunque ella misma, en su desbordado querer pretendiera borrar su propia imagen ante aquellos para los que siempre quiso vivir y crear: “La aldea que no me vio / me verá cruzar sin rostro, / y sólo me tendrá el polvo / volador, que no es esposo.”¹⁸



Gabriela y Doris, Roslyn Harbor, NY, 1954

* Fotos de *Gabriela Mistral. Álbum Personal*. Pehuén Editores, y Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. DIBAM. Santiago de Chile, 2008.

¹⁸ ‘La dichosa’, *Lagar*, en *G. Mistral. Antología de la Poesía y Prosa*, *op. cit.* p. 182.

GABRIELA MISTRAL EN CALIFORNIA

Víctor Fuentes

University of Santa Bárbara & ANLE

Alrededor del 50 aniversario de su muerte en 1957, la gran poeta que tanta fama universal gozó desde los años 20, culminando con la obtención del Premio Nobel en 1945, vuelve a resurgir en un primer plano de actualidad, del cual había estado un tanto eclipsada en las últimas décadas. En años recientes se han publicado numerosos libros sobre su persona y su obra. La última crítica encuentra en ambas valores precursores de un pensamiento y de una sensibilidad ética-estética a la orden del día en esta primera década del siglo XXI. El presente ensayo se inserta dentro de esta nueva re-visitación crítica, centrándose en la vida y los escritos de Gabriela Mistral durante sus dos años en California.

Bien sabido es que Gabriela Mistral viajó a Estados Unidos y vivió en el país en diversas instancias: una primera visita con motivo de la publicación por el Instituto de las Españas, de la Universidad de Columbia, de su primer poemario, *Desolación* en 1922; una segunda estancia de año y medio entre 1930 y 1931, donde desempeñó el puesto de profesora de literatura y cultura hispanoamericanas en Barnard, Vassar y Middlebury College; otro rápido viaje en 1938, y luego dos largas estancias, de 1946 a 1948, en California; y de 1953 hasta enero de 1957, fecha de su fallecimiento, en Nueva York y Roslyn Harbor, Long Island.

Lo que es menos reconocido es que por sus años de estancia en este país y por lo mucho que escribió viviendo en él, Gabriela Mistral es también una figura de primera importancia de esa rica y centenaria tradición de literatura escrita en español en los Estados Unidos, tradición ignorada por la crítica al uso hasta muy recientemente, por autores hispanoamericanos y españoles residentes en el país y que cuenta con destacadísimas figuras tales como —y contando sólo desde principios del siglo XIX a los años 50 del siglo XX— Félix Varela, José María Here-

día, Eugenio María de Hostos, José Martí (ambos tan queridos por Gabriela Mistral), Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos.

Y extendiéndola un poco más, podemos decir algo que sorprenderá a quien lea esto, pues no se ha reparado o insistido en ello: el que en los Estados Unidos, en los años 40 y 50, nos encontramos con una pléyade de poetas que escriben en español y que posiblemente no tenga equivalente comparable en ningún otro país de habla hispana, por las mismas fechas, ni aun (y esto podría hasta escandalizar) en los mismos Estados Unidos con sus poetas de habla inglesa. Refrenda lo que digo el que dos de dicho grupo de poetas hispanos en este país, Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez, obtuviesen el premio Nobel en 1945 y en 1956, respectivamente. Y a estos tendríamos que añadir los poetas y ensayistas Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Eugenio Florit y Concha Zardoya, entre varios más.

Gabriela Mistral vivió y escribió en California de 1946 a 1948, desempeñando el cargo de Cónsul de Chile en Los Ángeles (“cónsul de segunda”, como ella se refiere con resentimiento en varias instancias), pero residiendo, por razones de salud y de preferencia, primero en Monrovia, en el 1305 de Buena Vista Street, suburbio de Los Ángeles, y en aquel entonces “colonia de teósofos, escritores e iluminados, donde intimó con Aldoux Huxley y Thomas Mann”, como escribe su compatriota Fernando Alegría (*Genio y figura* 84), y ella corroboraría, “—Mis dos grandes amigos de California: Aldous Huxley y Mann”, en conversación con Santiago del Campo, 15 de noviembre de 1953, en su residencia de Long Island, recogida en *Moneda dura*. (pp. 26-267) Posteriormente, y ya durante toda su estancia californiana, su residencia será en Santa Bárbara.

En Monrovia compró una casa “antigua, sólida y grande”, describe ella, por 17.000 dólares de los 31.000 del Premio Nobel. Al mudarse a Santa Bárbara compró otra a medias con una amiga y secretaria puertorriqueña, Consuelo Saleva o Connie, como nos dice en una carta (*Proyecto Preservación*, 80), en la calle Anapamú, 729 East, arrendando la de Monrovia. Una detallada descripción de la casa y de la poeta, realizada el 23 de

abril de 1948, la encontramos en la entrevista realizada por Gerardo Larrain Valdés para *Zigzag* (incluida en *Moneda dura*, 227-230). En esta entrevista declara que está escribiendo “Versos dedicados a Chile”, motivada, se podría añadir, por esa actitud del desterrado, expresada, por aquellas mismas fechas, en el verso de Luis Cernuda: “Tierra nativa, más mía, cuanto más lejana”, versos que encuentran eco en otro de la propia Gabriela, “¡Patria mía, Patria, la Patria!”, de “La desasida”, en *Lagar*.

En carta desde Monrovia a Isolina, una amiga o pariente, cercana a su hermana Emelina (quien vivía una vejez plagada por la mala salud y las penurias económicas), se queja de que sus parientes y sus paisanos la creyeran una mujer rica, *leit motif* que se repite en su correspondencia. En dicha carta da cifras detalladas de lo limitado de su presupuesto (*Proyecto Preservación*, 79-80), que apenas le alcanza para cubrir sus necesidades, ajustadas a la dignidad y forma de vida esperada de un Premio Nobel, como insiste en otra de las cartas. Las repetidas quejas de sus problemas con las otras autoridades consulares chilenas superiores, empleados o allegados “inútiles” y advenedizos, y sobre el estado de su salud (reitera que los médicos de Brasil la estuvieron tratando siete años por infección de amebas tropicales, cuando los de California descubrieron que el mal que la aquejaba era la diabetes), también podrían atribuirse al sentimiento del expatriado, en la estela ovidiana, del destierro como pérdida, protesta y nostalgia, temas sobre los que Gabriela Mistral insiste en sus escritos. En contraposición a este destino, su último libro, escrito en tierras norteamericanas, es un canto a la tierra nativa chilena, siempre en su corazón y memoria por dondequiera que fuera.

En relación con la situación de inestable temporalidad y de abandono característico de la “errancia” y “extranjería”, a las que tanto alude la propia Gabriela Mistral, todo un misterio de índole “policíaco” se ha cernido por años en torno a lo que atesoró y escribió en su estancia de la casa de la calle Anapamú en Santa Bárbara. Después de casi veinte años de haberla dejado, y ocho después de fallecida, se encontraron abandonados en el garaje unos baúles, llenos de manuscritos y de efectos personales de la autora. Resulta un tanto extraño que la propia Gabriela

Mistral, en sus posteriores cuatro años vividos en Long Island no se ocupara de reclamarlos (algo que, repito, se podría vincular con su condición exílica o de vagabundaje, como ella misma decía, o de escritora nómada, como diríamos ahora), ni que tampoco lo hiciera, tras su muerte, su heredera Doris Dana. No obstante, por una conversación de septiembre de 1953, vemos que sí tiene muy en mente lo que dejara allí: “—Es posible que me vuelva a California, a Santa Bárbara. Allí todavía tengo mis libros y mis novios. Digo mis novios por los árboles que rodean a la casa”. (*Moneda dura*, 266) Esta última expresión es casi paráfrasis de aquella otra de su tan admirado José Martí, “Las palmeras son novias que esperan”. Esas “Palmas de Cuba”, que ella misma cantara en un poema de este título, incluido en *Lagar*.

Fue una profesora chilena, visitante en la UCSB (Universidad de California en Santa Bárbara), Magda Arce, apasionada de la persona y obra de Gabriela Mistral, quien, en el verano de 1965, divulgó la existencia de estos baúles, a cuyo contenido tuvo acceso y comenzó a ordenar y clasificar. Sin embargo, a las pocas semanas de hacerse el hallazgo de estos documentos, Doris Dana, la propietaria de dicha casa —que se encontraba alquilada en estos momentos—, viajó a Santa Bárbara, y se llevó los baúles. Años después, en 1982, donó a la Biblioteca del Congreso, en Washington, D.C., un listado en “microfilms” del ingente material que contenían tales baúles, los cuales parece ser que se encontraban algo más vacíos que cuando se abrieron por primera vez. Más tarde, dicho material se envió a Chile, según la expresa voluntad de su propietaria, quien, como nos dice Margo Arce, había escrito, en tiza, en su superficie, “To Be Shipped to Chile”.

El misterio de los baúles tiene su coda con la propia Margo Arce, a quien traté aquel año de 1965, pues ambos enseñábamos en el mismo Departamento de la UCSB, y quien con frecuencia hablaba del descubrimiento. Su carrera la devolvió a su nativo Chile y, en 1993 editó, junto a Gastón Von dem Bussche, el importante volumen *Proyecto Preservación y Difusión del Legado literario de Gabriela Mistral*, centrándose en cartas y documentos relacionados con la estancia en Estados Unidos,

tomados de dichos baúles, pero incorporando algunos más de la década de los años 30 y de sus estancias posteriores en Brasil, en México, de su paso por Londres y hasta papeles de homenajes, poesías inéditas y “discursos fúnebres, como los incluidos de Jean Sarriá, Pierre Darmangeat y Albert Theile, sacados de “estudios que Doris Dona atesoraba sobre su obra”, como indica Gaston Von dem Bussche.

Hay que lamentar —y en cuanto a lo que yo conozco— que ni Magda Arce, ni Doris Dona, ni Gaston Von dem Bussche, quien junto con ésta última catalogara y ordenara cronológicamente la obra encontrada en los baúles (nueve, indica ahora Magda Arce, cuando en otra ocasión dijera que eran tres) escribieran un libro detallando y analizando tal material inédito. A falta de tal libro, contamos, por el momento, con el *Proyecto Preservación*. Dividido en dos partes, cada editor aporta un total de cien páginas. La profesora Arce dice que, en lo que a ella respecta, ha seleccionado “noventa y siete documentos de los ciento cincuenta que obran en su poder”. También incluye en este libro un “Sumario” del material contenido en los baúles. De un interés muy especial son “Diecisiete cuadernos manuscritos a lápiz por Gabriela Mistral”; muchas poesías escritas por ella a lápiz y dos Antologías, seleccionados por la propia Gabriela Mistral, *Antología de prosa iberoamericana* y *Antología de la poesía hispanoamericana*. Sería de gran interés precisar cuánto de este “misterioso” material de los baúles ha sido —o va a ser— publicado.

Para efectos de este ensayo, me valgo de este *Proyecto Preservación*, como ya he venido citando y, asimismo, de otros materiales aportados por distintos investigadores o periodistas que arrojan luz sobre la persona y obra de Gabriela Mistral en sus años californianos. Entre dichos materiales se destacan las páginas de la propia autora sobre su estancia en California, recogidas en el libro *Bendita mi lengua sea. Diario íntimo de Gabriela Mistral*, editado por Jaime Quezada en 2002 y formado por unos “Cuadernos” íntimos que se remontan a “Cuaderno de la Serena” (1905) y concluyen con “Cuaderno de los Adioses” (1956): muestras de una literatura intimista, en prosa, escrita durante más de cincuenta años y que atestiguan, como

ya se deduce por los nombres de ciudades y de países en donde fueron escritos, ese carácter nomádico de la vida y obra de Gabriela Mistral. (En nuestros días, el último Premio Nobel de literatura [2008], J.M.G. Le Clézio, se precia de ser un escritor-nómada, lo cual le aproxima a la premio Nobel de 1945, a pesar de más del medio siglo que les separa).

El título de uno de aquellos cuadernos íntimos, escrito, precisamente, en la mitad de tal empresa, y correspondiente a los años 1925-1935, podría abarcar el carácter central de gran parte de su vida y escritura, en el que vengo insistiendo: “Cuaderno de la Errancia”. De su “errancia” californiana, nos da cuenta los “Cuadernos de California (1946-1947)”, y los artículos, conferencias, cartas y poemas, que dictó y escribió en ella. De los textos inéditos, y entre los recogidos en el libro editado por Luis Vargas Saavedra, en *Recados para hoy y mañana*, tan sólo destaco tres de los muchos escritos en California, y en donde reitera aspectos cruciales de su cosmovisión: su conferencia, “El día de la mujer” (1948), dirigido a “Americanas del Norte y del Sur”, toda una defensa del valor de la mujer y un llamado —todavía por realizarse— a una “unión panamericana” de mujeres; “El recelo histórico entre las Américas” (1948), otro de sus llamados a levantar puentes de comunicación y fraternidad entre la América del Norte, la del Centro y la del Sur; “Los niños de la post-guerra” (1947), ese amor por la infancia, tan presente en su vida y poesía, que hicieron que se la pueda considerar incluso como alma fundadora de la UNESCO.

Tras su estadía en Monrovia, Gabriela Mistral se instaló en Santa Bárbara, atraída por su renombrada clínica para la diabetes, vinculada al “Cottage Hospital” y que, hoy en día, continúa con mayor fama. Su casa era de “estilo español” (*Spanish style*) y con dos pisos, “rodeada de árboles, flores y patios”, como evoca Madga Arce, recordando su visita en 1965, y añadiendo: “También le atraen la belleza y tranquilidad de esta ciudad jardín entre mar y montaña, que le recuerda mucho a su tierra natal de La Serena”. (*Proyecto Preservación*, 16)

La propia Gabriela Mistral, en sus “Cuadernos de California”, había puntualizado aspectos de lo agradable que fuera para ella esta ciudad:

[...] Santa Bárbara es para mí, sobre todo, un cierto aircillo que me aligera el corazón, que me lo descansa y suaviza. Ando aquí sin cansarme a causa de él, ando con otro genio, ando otra. Y creo que todo eso es el cierto aircillo del mar. (*Bendita mi lengua sea*, 176)

En sus cartas hay varias descripciones de lo bella y agradable que le resulta la ciudad. Citaré tan sólo una que resume las demás, en carta a su traductora, del 4 de abril de 1947, donde dice que “St. Bárbara es una especie de órgano fino del cuerpo de California”. (*Proyecto. Preservación*, 196) Como apunta Marie-Lise Gazarian, quien de joven la trató mucho en sus últimos tiempos neoyorquinos, “Gabriela sintió gran afecto por la gente de California y, con frecuencia, le hablaba de la bondad de los de Santa Bárbara, quienes la ayudaron mucho con sus enfermedades”. (*Gabriela Mistral*, 86) En esta ciudad, asimismo, y con la dieta prescrita por sus médicos, descubre algo tan potenciado en el presente, y originado, en gran parte en California en los años 70: la alimentación orgánica, el valor de los alimentos nutritivos que la fortalecieron tanto: “Atrás queda esa ignorancia criolla para comer. Yo misma viví esa salvajería de no saber nada preciso sobre el valor nutritivo de cada materia”. (*Bendita mi lengua sea*, 186) Su diabetes le hace cuidar, medir las cantidades que ingiere. Toda esa página 186 del Cuaderno es una minuciosa descripción del desayuno de su superalimentación (nos dice que antes había rebajado 14 kilos): un platito de avena cocida y azucarada con sacarina, un vaso grande de jugo de naranja (aunque como “la naranja californiana tiene mucha azúcar, me la sustituyen, a veces, con el jugo de toronja en latas), dos tazas grandes de café con leche, “y esto por vicio” y un poco de tocino puesto al horno, porque el médico se lo impone y ella detesta, y quizá por eso, nos da una detallada descripción de cómo se condimenta esa lonchita de “bacon”. (186) Añade que también por la mañana toma leche de magnesia, para la digestión, que es mala, y termina: “Esto es el

desayuno, que acaba con dos Vitaminas B, Complejo, es decir B B2, el complejo entero”.

De su estancia anterior en Monrovia, tenemos una carta, fechada el primero de octubre de 1946, dirigida a su íntima amiga mexicana, Palma Guillén, la cual traigo a colación pues refrenda el *leit-motif* de las quejas al que me he referido. Casi toda la carta está dedicada a los quebraderos de cabeza que le causó la querrela de una secretaria a quien, a instancias de su amiga, había contratado y que resultó una inutilidad, pero que la demandó por supuestos haberes no pagados. Tratando de esta posible demanda, aprovecha para decir lo bien considerada que estaba por las autoridades de la región, pues “en este país una región cualquiera mira como una honra [...] y hasta como una publicidad turística el hecho de que un P.N. viva en ella”. (*Proyecto Preservación*, 133) De paso, aprovecha para expresar su malestar con ciertos otros funcionarios consulares, como el cónsul de San Francisco y su esposa, y ese gran recelo que la acompañó durante su carrera, y aún después de recibir el Premio Nobel, respecto a sucesivas administraciones gubernamentales chilenas: “Yo sé muy bien que en la nueva administración de mi país yo estaré en peligro. Cuando yo vea ya cuajado ese riesgo personal, me jubilaré porque he servido treinta y tantos años legales, y 10 o 12 me ocupé en la Sociedad de Naciones en cosas de Chile, sin sueldo alguno. Yo tomaré en EE.UU. una clase cualquiera y podré vivir [...]”. (*Proyecto Preservación*, 135)

En otra carta de enero de 1947, nos dice algo que repite en varias ocasiones, y que, por otra parte, es característico de tantos escritores expatriados en países que no son de su propio idioma: “Te digo muy en serio que estoy perdiendo la lengua, no hace más de dos años. Porque no la leo sino en un mal diario en español, de aquí y porque al fin esto tenía que venir”. (*Proyecto Preservación*, 135) La onda de fatalismo, que se extiende sobre su epistolario de aquel tiempo y varios de los poemas de *Lagar*, podría sorprender en aquella mujer, la primera hispana, galardonada con el Premio Nobel (un fatalismo, en gran parte causado, por el continuado duelo por la muerte de su hijo adoptivo, su mala salud y por los horrores de la Segunda Guerra

Mundial y el horizonte internacional que volvía a cerrarse con la guerra fría); también gravita en reflexiones sobre su propia mortalidad en estas fechas, como se desprende de varias de sus cartas. En la misma carta de la cita anterior nos dice, refiriéndose al que será *Lagar*: “Pero yo solo quiero redondear este último libro, esa es la verdad. La extrema vejez es algo muy triste, y Yin tal vez me necesite. Y yo quiero estar donde él esté donde sea [...]”. (*Proyecto Preservación*, 135)

En dicha carta aparecen la primera mención a los misteriosos baúles, entonces cajones, con una referencia de la propia autora que revelan su desapego hacia ellos, en parte, podríamos decir, por esa desidia de tantos desterrados, en su continuo deambular, por enfrentarse con su pasado. Hablando de que se le han perdido los dos diccionarios de la Rima, añade: “Deben estar en el sombrío garaje en que hay aún seis cajones medio a vaciar. Ir allá me da ciática”. (135)

En contraste con el “sombrio garaje”, Gabriela Mistral, tan apasionada de la vida al aire libre, en sus cartas y escritos expresa su admiración y gusto por California y su naturaleza, haciéndolas suya: “Es que mi país, Calif., es una pura maravilla, según mi gusto, es más árbol que hombre. Debe haber aquí un hombre por cada 500 árboles. Cosa linda”. (*Proyecto Preservación*, 135) Ya en *Desolación* (1922) encontrábamos su “Himno al árbol” y toda una sección, “Naturaleza”, muestra de lo que hoy conocemos como una sensibilidad ecológica, presente en toda su obra, y muy acentuada en su estancia californiana: “Naturaleza” vuelve a ser otra sección de *Lagar*, escrita, ahora, en estas tierras, y donde el árbol vuelve a ser principal protagonista de su último poemario. De hecho, *Lagar* concluye con otro himno al árbol.

En una de sus lecturas a los maestros mexicanos, en 1948, a poco de dejar su casa y jardín de Santa Bárbara, “El oficio lateral”, hablando de lo que los franceses llaman el “métier de côté”, les dice que ella tiene como oficio lateral el “jardineo” “y les cuento que dos horas de riego y barrido de hojas secas me dejan en condiciones de escribir tres horas más”. (*Páginas en prosa*, 10)

Este oficio lo desempeñó con ahínco en los jardines de su casa en la calle Anapamú de Santa Bárbara. Hay alusiones en sus “Cuadernos de California” y en sus cartas a tal actividad. En la última entrada del “Cuaderno”, escribe “y media hora en el jardín, que es el único ejercicio que hago y me hace mucho bien” (*Bendita mi lengua*, 186), añadiendo “Sé de plantas casi tanto como de literatura”. En este amor por la botánica podemos encontrar en ella esa otra “metáfora solar” de los desterrados, en la estela de Plutarco, que Claudio Guillen, en su libro *El sol de los desterrados*, contrapone a la valorización de Ovidio del destierro como pérdida y empobrecimiento: la de la universalidad de la naturaleza, la de que en cualquier parte del Universo refulge el sol y las estrellas. En el caso de Gabriela Mistral sería también una “metáfora terrenal”.

En relación con su gran amor por la Naturaleza, Fernando Alegría nos cuenta que, en una visita a una Librería en Berkeley, que efectuaron juntos, en 1947, ella “se detuvo ante un estante lleno de libros sobre ciencias naturales. Fascinada preguntó el precio de cada uno de ellos y compró una bella edición de un tratado de ornitología”. Alegría completa la evocación diciéndonos que hablaron de un libro que ya Gabriela Mistral tenía en gestación, “un largo canto de amor a Chile... en el que se iban a describir las zonas gloriosas del país, sus bienes terrenales, sus árboles, sus pájaros y sus flores y en que el hombre iba a renacer libre y dueño de su destino”. (117)

Como vengo indicando, en sus cartas y textos californianos hay varias alusiones a la errancia, a la soledad, a la tristeza. En una conferencia, “Sobre cuatro sorbos de agua”, preliminar a un poema que iba a leer, ante un público californiano y publicada en *La Nación* de Santiago (19 de octubre de 1947), y recogida en el libro *Materias* (40-409), se extiende sobre esto: “... porque hay en mí mucho vagabundaje, o sea, intemperie, y el amor de la tierra todavía me lanza por rutas tan largas que llegan a vuestra California” (405), y abunda en los males y bienes de ser “extranjero”, para concluir diciendo: “Errante y todo, soy una tradicionalista risible que sigue viviendo en el Valle de Elqui de su infancia”. (406)

El aspecto de su soledad y tristeza tiene, también, un fondo epistemológico relacionado con esa “tristeza del pensamiento”, en la que ha indagado George Steiner en nuestros días. Varios críticos han insistido en la profundidad del pensamiento de Gabriela Mistral, que a menudo llega a acercarse a la quietud de los poetas místicos (ella misma alude a San Juan de la Cruz y Teresa de Jesús y también a teósofos orientales), profundidad de pensamiento que la relaciona, también, a ella, “vasco-india”, con el pensador vasco Miguel de Unamuno, a quien suele invocar. Como sostiene Steiner que decía Schelling, el pensamiento es estrictamente inseparable de una “profunda indestructible melancolía” (*Diez posibles*, 10-11), relacionada con el “ruido del fondo” cosmológico, huellas del Big Bang, y del nacimiento del Universo; ondas de toda una radiación y “materia oscura” primigenia que contagian al pensamiento de una tristeza, una pesadumbre que es “asimismo creativa”. “Ruido de fondo” y “velo de tristeza” que resuena y cubre tanto del pensamiento poético de Gabriela y Mistral.

Hasta aquí he venido tratando de su circunstancia californiana, de su persona, sentimientos, pensamientos, escritos y palabras. Me gustaría, ahora, traer viva a Gabriela Mistral a estas páginas en dos semblanzas evocadas por su compatriota y amigo, Fernando Alegría, otra de las figuras destacadas de quienes escribimos en español en Estados Unidos. La primera, recogida en su casa de Santa Bárbara, la segunda paseando por Sea-Cliff en San Francisco:

Me impresionó su soledad. En medio de centenares, millares, de visitantes. La vi decaída... Pero se le iluminaban los ojos al ver a sus amigos y les entregaba su casa abierta de par en par. Conversaba hasta altas horas de la noche, fumando incansablemente, bebiendo a pequeños sorbos su whisky con hielo [...]. Yo me quedaba horas oyéndole su canturreo de tonos suaves, apenas quebrado al fin de una frase, lleno de frases criollas, interrumpido para dar una fumada, mirándole los ojos un poco lejanos, dorados como yerba asoleada... (*Genio y figura*, 85)

Y continúa evocando que al atardecer, en la penumbra “su voz iba cambiando el ambiente”: el crepúsculo de la calle Anapamú se convertía en uno en Los Andes”, pues, como concluye, ella “llevaba al Norte Chico en el regazo”. (*Genio y figura*, 86) Con ocasión de una visita a San Francisco, en 1947, cuando el Mills College le confirió el título de doctor Honoris Causa, tras un paseo en auto por las calles de San Francisco, “más empinadas que las de Valparaíso”, Fernando Alegría agrega: “Nos bajamos en Sea Cliff y ella observaba con un telescopio a las focas que hacían maromas entre las rocas. Después caminábamos por la playa y Gabriela se agachaba a encender un cigarrillo, protegiéndose del viento que le revolvía los cabellos blancos”. (*Genio y figura*, 86)

Esta es la segunda imagen de Gabriela Mistral en California que me gustaría revivir aquí: paseando por la playa de San Francisco, sus cabellos ondulando con el viento, hermanada a esa figura de su poema, “La que camina”:

Aquel mismo arenal, ella camina
siempre hasta cuando ya duermen los otros;
y aunque para dormir caiga por tierra
ese mismo arenal sueña y camina.

Síntesis de una vida viajera y vagabunda (toda una sección de *Lagar* se titula “Vagabundaje”), que también nos remite a aquellos versos de Antonio Machado: “Caminante, no hay camino,/ se hace camino al andar”. El sentimiento de extranjería se manifiesta en muchos de sus poemas escritos en estas tierras. Ella misma alude a ello, en el poema “Madre Mía”, “¿A quién se lo estoy contando desde esta tierra extranjera” (*Lagar*, 119), donde la madre aparece vinculada al sentido simbólico de Tierra, “voy contándola a la Tierra”, contando y cantando también a la tierra nativa en la extranjera, en su *Poema de Chile* y en la sección “Naturaleza” de *Lagar*, donde su tierra es toda la de América, pues en ella aparecen, junto a plantas de California y de Arizona como en “Ocotillo”, “Palmas de Cuba”, “Canción del maíz”, “Ceiba seca” y a la palma de Chile en “Hallazgo del palmar”.

Paso, ahora, y como parte final de este ensayo, a exponer cómo California se proyecta en la escritura y temática de *Lagar*. Una carta del 30 de enero de 1947 a su gran amiga y colaboradora Palma Guillén, “Palmilla”, “Palmita”, en México, nos indica, que, viviendo en Monrovia, ya había escrito varios de los poemas de libro y que otros, que pudieron haber sido terminados aquí, son anteriores a su llegada a California, pues, como escribe, “he luchado sobre esos originales de hace años”. Se lamenta en la carta de que su amiga la critica, pero que no la ayuda mucho. Es conocida la continua revisión a que sometía su lenguaje poético, en busca de la pureza de la expresión: “Ya te mandé una Reclusa, que iba pensada y no respuesta. Fue hace días la Amapola. Debe llevar repeticiones y otras cosas feas”, y añade unas palabras que traslucen que está casi forzada a escribir por ser Premio Nobel, en las condiciones que se encontraba afectada por las enfermedades y con la responsabilidad que le acarrea, por lo que esperaba de ello, el premio. “Es cosa tremenda ser P.N., y seguir escribiendo. Pero esos lindos viejos quieren que sigamos, y... óyelo bien, no quieren premiar a viejos, porque ya están callándose”, y añade: “Ahora te va Hospital y tal vez la Salvia, en dos versiones. Vieras que me alivia escribir plantas, aun cuando sé que las hago torturadas”. (*Proyecto Preservación*, 135) Toda una sección de *Lagar*, la ya mencionada “Naturaleza”, trata de eso: “escribir plantas”.

Tal carta nos confirma que varios poemas de *Lagar* fueron escritos en Monrovia; concretamente los que ella menciona son: “Una reclusa” que, como tal no figura en el libro publicado, pero que se puede relacionar con la sección, de fondo autobiográfico, “Locas mujeres”, con títulos que nos remiten al de la reclusa (“La fugitiva”, “La abandonada”, etc.), “Amapola de California”, “Hospital”..., de la sección “Guerra”, aunque en ese poema lleva la guerra y el horror a la guerra, asimismo, a sus propias entrañas, “Salvia”, no aparece en *Lagar*, pero sí en *Poema de Chile*, lo cual demuestra que ambos últimos poemarios se escribieron, en gran parte, simultáneamente, y en California.

“Amapola californiana” está dedicado a Eda Ramelli, quien fuera directora del Departamento de Lenguas Romances

en el City College de esta ciudad (a quien conocí en los años 60), y a quien recomendaba, en la carta citada a la traductora, para que le ayudara a hacer las revisiones de las traducciones, por su talento y “bella sensibilidad”: “Yo he dedicado a ella una poesía hecha aquí —en Monrovia— mi ‘Amapola amarilla’ (la que sería su “amapola californiana”) escribe en dicha carta. (*Proyecto Presentación*, 196) “Hospital” alude a las tres semanas que permaneció en un hospital de Los Ángeles, experiencia que relata en una carta a sus amigos chilenos Carmela y Carlos Errázuriz: “El malestar que cargué por Europa y que seguí aquí, una flaqueza grande de cuerpo y una semi-ceguera que me hacía caerme constantemente acabaron en un hospital donde estuve tres semanas...”. (*Proyecto Preservación*, 136) En otra carta a Inés María y al rector de la Universidad de Puerto Rico Jaime Benítez, dice que ha mandado “uno de mis poemas sobre mi SUICIDADO, no SUICIDA” (se refiere a su hijo adoptivo, Juan Miguel, “Yin”, al que creyó asesinado y no suicidado, como repite en tantas ocasiones, y lo cual agravó más su duelo, tan vivo ya durante toda su vida y, muy intenso en esta etapa californiana), y continúa:

y allí los dos podrán entender cuánto pierdo no yendo con vosotros, cuánto necesito de afirmadero, porque creo que ese poema que le he dedicado, Inés María, no tiene un solo verso que no sea la seca y vertical realidad de mi vida y está limpio de la tonta y deshonesto cosa que se llama “literatura”. (*Proyecto Preservación*, 150)

Toda una declaración de principios estético-vitalistas en torno a la sección “Luto” de *Lagar*, la más dolorosa y desconsoladora del libro, y, en concreto al largo poema al que se refiere, el cual cierra la sección “El costado desnudo”, dedicado a Inés María Marín. Estos poemas de “Luto”, terminados en California, los debió empezar a escribir a poco de la muerte del hijo, para mitigar su dolor y seguir en diálogo con él. En el primero, titulado “Aniversario”, dice:

Todavía, Miguel, me valen,
como al que fue saqueado,
el voleo de tus voces,
las saetas de tus pasos
y unos cabellos quedados
por lo que reste de tiempo
y albee de eternidades... (39)

En otros poemas de *Lagar* hay referencias directas y/o indirectas a su vida en California. Por ejemplo, “Doña Veneno”, de la sección “Jugarretas”, bien pudiera ser un poema alusivo a la “famosa secretaria” que tanto la injuriara, como se lamenta, por extenso, en carta (12 de octubre de 1946) a Palma Guillén, desde Monrovia. El poema culmina con estos versos: “Todos me preguntan si/ ya vino la malhadada/ y luego me dice que.../ es peor si se retarda”. (*Lagar*, 33) “Nacimiento de una casa” también se refiere a su casa en Santa Bárbara, pues como escribe a Palma Guillén en carta del 30 de enero de 1947, “Hay una casa en trance de hacerse...”. (*Proyecto Preservación*, 135) En otros poemas del libro hay alusiones a la casa. En una poeta tan errante como ella, ésta parece ser, en su memoria y el recuerdo nostálgico, la de su niñez en Chile, en el recuerdo nostálgico, o, también, la de Santa Bárbara. Creo que se puede afirmar que en su madurez esta es la casa en que Gabriela Mistral se sintió más como en “su propia casa”. Recordemos que hacia el final de su vida hablaba de volver a ella. Sin embargo, en “Nacimiento de una casa”, como en varios más del libro, la mansión a la que apunta es la ultraterrena. “Nacimiento de una casa” tiene ya un sentido bífico, que recuerda a la unión barroca de cuna-tumba, como podemos ver en sus últimos versos:

En torno al bendecidor
hierven cien cosas trocadas;
fiestas, bodas, nacimientos,
risas, buenaventuranzas,
y se echa una Muerte grande,
al umbral atravesada...

Lagar es su último libro publicado en vida. En él, la desolación que había lamentado de joven parece multiplicada por la

edad y el sentimiento del desarraigo y desconsuelo. Podemos decir que en su poesía se vive el eterno retorno. Una de las últimas secciones se titula “Tiempo” (“Amanecer”, “Mañana”, “Atardecer”, “Noche”), una noche que apunta a “la noche oscura del alma” de San Juan de la Cruz, pues hay en esta última poesía de Gabriela un anhelo de trascendencia mística que la eleva sobre el doloroso sentido-sentimiento que ella misma confiere a su poemario: “Este libro se llamará *Lagar* —nos responde desoladamente—. El destino ha pisoteado mi corazón, como las mozas pisan las uvas en el lagar”, afirma en conversación con Osvaldo Valdés de la Paz, en septiembre de 1951, recogida en *Moneda dura*. (249-255) Su “pisoteado corazón”, no obstante, se sigue abriendo, en su fase final, al amor cosmogónico, divino y humano. Quizás sobre estos temas y el de la paz universal trató en alguna posible visita, desde Santa Bárbara, al cercano Ojai, con su admirado, el gran Jiddu Krishnamurti, sobre quien escribió un ensayo, y quien a lo largo de varias décadas hizo de dicho lugar paradisiaco un hogar de confluencia espiritual mundial.

A pesar de sentirse enferma y envejecida, todavía cuando Gabriela Mistral abandonó California siguió con su vagabundaje, su vida y escritura nomádica: años de dolor (el dolor personal y por el estado del mundo), pero también de gozo y alegrías, viviendo en nuevas tierras, dialogando y entablando amistades con nuevas personas: Veracruz, Rapallo, viajes a Alemania, Francia, Inglaterra, vuelta a Chile, Nueva York y Roslyn Harbor, puerto en donde finalmente entregó su cuerpo. Además de lo gran poeta que fue, en sus últimos años fue también reconocida y admirada como embajadora universal del entendimiento entre las culturas, y defensora de la paz y los derechos humanos, y en forma muy especial y única, de los de la niñez.

Se despidió Gabriela Mistral de California con estos versos de su “Adiós”:

Adiós la tierra de dos años,
dorada como Epifanía
dulce de andar, dulce de ver,
y de tomar la vida mía.

De ti me voy, también me voy
aunque restar bien me creía. (*Lagar*, 168)

La que fuera su casa ha sido demolida, pero “sus novios”, los árboles del pinar que la rodeaban, la sigue esperando. Asimismo, su espíritu sigue revoloteando por esta “tierra dorada” como esos ángeles y arcángeles que tanto vuelo dan a su poesía. En Santa Bárbara Gabriela Mistral es el “ángel tutelar” de *Ventana Abierta*, revista latina de literatura, arte y cultura, que publicamos aquí y lleva ya catorce años de existencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alegría, Fernando. *Genio y figura de Gabriela Mistral*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.
- Arce, Magda y Gastón Von dem Bussche. *Proyecto Preservación y Difusión del Legado Literario de Gabriela Mistral*. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1993.
- García Huidobro, Cecilia. *Moneda dura. Gabriela Mistral por ella misma*. Santiago de Chile: Catalonia, 2003.
- Gazarian-Gautier, Marie-Lise. *Gabriela Mistral. The Teacher from the Valley of Elqui*. Chicago: Franciscan Herald Press, 1975.
- Mistral, Gabriela. *Lagar*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1954.
- . *Páginas en prosa*. Ed. María Hortensia Lacau. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1962.
- . *Materias*. Ed. Alfonso Calderón. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1978.
- . *Recados para hoy y mañana. Textos inéditos*. II. Ed. Luis Vargas Saavedra. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, 1999.
- Quezada, Jaime, ed. *Bendita mi lengua. Diario íntimo de Gabriela Mistral. (1905-1956)*. Santiago de Chile: Planeta/Ariel, 2002.
- Steiner, George. *Diez posibles razones para la tristeza del pensamiento*. Madrid: Siruela, 2005.



Mills College, en San Francisco (California), donde G. Mistral recibió un doctorado Honoris Causa en 1947. © Foto, Mills College

APOSTILLAS A UNA POLÉMICA EDITORIAL EN TORNO A GABRIELA MISTRAL

Alberto Acereda

Arizona State University & ANLE

El recuerdo de la figura de Gabriela Mistral en este artículo y en el marco de la presentación y publicación del presente volumen con motivo del V Congreso Internacional de la Lengua Española en Valparaíso coincide con una curiosa e innecesaria polémica generada en Chile, y en buena parte del mundo literario hispánico, sobre la misma poeta. Se debe esto a la publicación de varios documentos hasta ahora desconocidos del legado de Gabriela Mistral y, entre ellos especialmente, a la publicación de fragmentos y cartas íntimas entre la autora y su amiga norteamericana Doris Dana, treinta y un años menor que la poeta. La intención de este artículo es exponer los términos de dicha polémica a fin de considerar sus implicaciones literarias. Si la labor de la crítica literaria es investigar y arrojar luz sobre obras literarias y sus correspondientes autores, sobre todo cuando se trata de nombres tan importantes como el de Gabriela Mistral, justo es reconocer que los epistolarios son también materiales que favorecen la comprensión más cabal y completa tanto de los autores como de su creación literaria. Con todo, un acercamiento a esta cuestión ayuda a entender que si hoy seguimos leyendo a Gabriela Mistral no es tanto por lo que sus cartas íntimas puedan decir o dejen de decir, sino por lo que en su obra hay en cuanto a logros literarios y artísticos.

La historia de la polémica

A fines de 1945 Gabriela Mistral regresó a Estados Unidos por cuarta vez, en esta ocasión como cónsul en Los Ángeles. Con el dinero obtenido tras recibir el Premio Nobel de Literatura —en torno a los cien mil dólares norteamericanos— pudo comprarse dos casas en el sur de California, una de ellas en Santa Bárbara. Será allí donde también fue componiendo algunos de los poemas de su libro *Lagar* publicado después en

Chile en 1954. En esos años, ya desde 1946, Gabriela Mistral conoce a Doris Dana, una joven escritora estadounidense que por entonces tiene apenas 20 años y con quien establece una honda amistad que durará hasta su muerte en 1957 y que es el origen de la polémica que aquí nos ocupa. Gabriela Mistral fue nombrada cónsul en Nueva York en 1953, cargo que consiguió, al parecer, para estar junto a Doris Dana. Desde entonces, ésta se convertiría en su portavoz y albacea oficial, así como en su acompañante a Chile en el famoso viaje de honores en 1953. Pese al frío neoyorquino, Mistral acabó acomodándose en Long Island, en las afueras de Nueva York, en casa de la rica familia de Doris Dana donde permaneció ya hasta su muerte.

Doris Dana reunió varias decenas de cartas y centenares de ensayos literarios, que hoy constituyen el más importante legado inédito de Gabriela Mistral y que pasó a manos de su sobrina Doris Atkinson después de la muerte de Dana en noviembre de 2006. Tras ello, la heredera firmó en Washington los documentos que autorizaban a que los escritos de la poeta chilena regresaran a su país de origen y que designaban como destinatarios de su legado a la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos de Chile.

Gran parte de dicho material, con unos 40.000 documentos, llegó a la Biblioteca Nacional de Chile en diciembre de 2007. El trabajo de recopilación, transcripción y clasificación fue realizado por el humanista chileno Luis Vargas Saavedra y otros investigadores. Desde entonces se han publicado varios volúmenes con textos inéditos de Gabriela Mistral, como la edición póstuma de los poemas inéditos publicada en 2008 con el título *Almácigo* o el epistolario con Doris Dana titulado *Niña errante*, preparado por Pedro Pablo Zegers, publicado a finales de agosto de 2009 y que es el que ha generado junto a otras cosas la polémica a la que nos referimos.

Vale la pena detenerse en la figura de Doris Dana (1920-2006), porque en torno a ella se han vertido muchos comentarios y otras tantas especulaciones que vienen a unirse a otros rumores y opiniones en torno a Gabriela Mistral. Doris Dana fue una escritora estadounidense nacida en una familia

aristocrática de la sociedad neoyorquina. Recibió una cuidada educación en el Lennox School, haciendo sus estudios de secundaria en el exclusivo Bryn Mawr College para, finalmente, obtener una licenciatura en Literatura del Barnard College de la Universidad de Columbia. Allí precisamente conoció en 1946 a Gabriela Mistral. Gracias a la gestión de la propia Eleanor Roosevelt, Mistral pudo realizar una serie de exposiciones de sus obras literarias en el Barnard College. Fue allí donde Doris Dana se sintió atraída por la poesía de la chilena. Un tiempo después presentó a Gabriela Mistral una publicación traducida al alemán, producto de su propiedad intelectual y editada junto al crítico Charles Neider, llamada *La estatura de Thomas Mann*, escritor a quien Doris Dana conocía personalmente. Como agradecimiento por haber incluido un ensayo de Gabriela Mistral en dicho volumen, Dana recibió una invitación personal de la poeta chilena para que la visitase en su propiedad en Santa Bárbara, California. Desde ahí, la amistad entre ambas resultó en una serie de episodios y cartas que son el origen de la polémica. Tras varios viajes juntas por México, Italia y Chile, regresaron a Estados Unidos.

La polémica surge cuando ya en vida de Gabriela Mistral surgen algunos comentarios sobre el hecho de que la supuesta “secretaria” de la poeta, Doris Dana, era más bien su amante. Años después, y más allá de las cartas, se hizo público que Doris Dana había revelado en 1999 a “Informe especial” que el supuesto sobrino de Gabriela Mistral, Juan Miguel Godoy Mendoza, alias Yin Yin, nacido en Francia y muerto a los dieciocho años por suicidio en Brasil en agosto de 1943, era en realidad el hijo biológico de Gabriela Mistral, producto de un romance fugaz de la poeta con un hombre cuya identidad nunca se reveló. En una entrevista a Doris Dana a cargo de Cherie Zalaquett Aquea y publicada en *Revista El Sábado*, de *El Mercurio*, de Santiago de Chile, el 22 de noviembre de 2002, se reiteraba esta cuestión y Doris Dana reconocía sus dudas sobre si debía contarle o no. Aun así, Doris Dana afirmó:

Lo pensé mucho. Pero cuando yo muera, ¿quién iba a decir la verdad? Las amigas más cercanas de Gabriela en esta vida éramos Palma Guillén y yo. Gabriela quiso a

este muchacho con tanto amor. Su muerte fue la tragedia más grande de su vida. Pensé que ella ahora, en este mundo que es muy diferente al de su juventud, hubiera querido mostrar que este sí era su hijo. En verdad, yo creo que este hubiera sido su deseo ahora. En el tiempo de Gabriela hubiera sido un escándalo.

Respecto al padre, Doris Dana reiteró:

No tiene nombre. No es una persona conocida. Ni recordaba su nombre. Fue un italiano. No era un amigo de ella ni nada. Era una cosa que pasó en un momento de pasión y resultó un niño. Pero ella después nunca vio a este hombre. Estas cosas sucedieron mucho antes de que yo la conociera. Palma Guillén la acompañó a dar a luz en Francia. Ella lo llevó a Italia hasta que llegó Mussolini, el fascismo, y para evitar que él viviera la guerra, ella se fue a Brasil donde años después el chico moriría.

Varios críticos e investigadores chilenos juzgan que la revelación de Dana fue tardía y poco creíble. Escritores e investigadores como Luis Vargas Saavedra rechazaron esa versión, indicando que Gabriela Mistral en sus últimos años daba señales de mitomanía. Aun así, Doris Dana reiteró con rotundidad en dicha entrevista que las personas más cercanas a Gabriela Mistral, como Palma Guillén o Emma Cossío de Villegas también sabían de esa maternidad.

La relación entre Doris Dana y Gabriela Mistral trascendió, como apuntamos, hacía la opinión pública chilena estando aún la poeta en vida y se corrieron rumores de su supuesta relación amorosa con la joven estadounidense. Tales rumores llegaron a oídos de Gabriela Mistral, quien, dolida, decidió no volver a radicarse en su patria, prefiriendo permanecer en los Estados Unidos. Doris Dana negó tajantemente que tanto la poeta como ella mantuvieran una relación amorosa. Al respecto, Doris Dana expresó en la misma entrevista de 2002 a Cherie Zalaquett Aquea:

Me da escalofrío que la gente de Chile, un pueblo que tuvo a una persona comparable a Sócrates, a Platón, una cabeza, un alma tan magnífica, tan espiritual de una estatura maravillosa, sólo hable de si fue *gay*, anduvo con este o este otro hombre o si aparece desnuda en una película sobre su vida. Esa gente no está mirando lo que realmente era Gabriela. A mí no me hacen reír. Son tan tontos. Han perdido todo el legado de una gran figura.

Doris Dana se estaba refiriendo a la película *La Pasajera*, que por entonces se empezaba a rodar bajo la dirección del chileno residente en México, Yuri Labarca, y con guión de Francisco Casas. En la misma entrevista, Doris Dana afirmó también:

En mi vida con Gabriela, ella no tuvo vida sexual. Lo de Yin Yin fue algo de su juventud pasional viviendo en Europa, donde pasó la mayoría de su vida. Usted sabe del famoso Romelio Ureta. Y Gabriela misma siempre me contó que la persona con quien ella de más adulta hubiera querido casarse era Jorge Hubner, pero decía que cada vez que se juntaban, peleaban; entonces, mejor no casarse.

Tras esto y para concluir después sobre la cuestión de su relación con Gabriela Mistral, Doris Dana aseguró:

Eso es mentira. Yo tampoco soy homosexual. Ella me quiso mucho y yo también a ella. Yo hubiera hecho cualquier cosa por ayudarla, pero era como una mamá para mí. Siempre decía que si me hubiera conocido cuando Yin Yin estaba vivo, y yo hubiera visto que él estaba pasándolo mal, le hubiera ayudado para salir de Brasil. Ella creía que yo habría ayudado para salvar a Yin Yin. Ella me miraba en el mismo nivel que a Yin Yin, como hermana de Yin Yin.

A pesar de estas declaraciones de Doris Dana, el 29 de agosto de 2009 apareció un artículo de Elizabeth R. Horan en el diario *La Tercera* sobre la correspondencia epistolar entre la poeta y Doris Dana. Horan, que publicó el mismo texto en la

revista inglesa *Chroma; A Queer Literary and Arts Journal*, realizó un minucioso análisis de la relación aportando más datos y al hilo de sus conversaciones personales con Doris Dana a lo largo de los años ochenta. Su relato prosigue contando cómo tras la muerte de Doris Dana, Doris Atkinson le mostró la caja de cartas que Gabriela Mistral le había escrito a Doris Dana y que ella misma (Horan) clasificó, escaneó y ordenó. Para Horan, la verdad de la relación personal entre Gabriela Mistral y Doris Dana se aclarará únicamente cuando las cartas se presenten en su totalidad, sin ser editadas o podadas y en forma digital y acceso libre, tal y como se comprometió a hacerlo la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos del Ministerio de Educación de Chile al tomar posesión de ellas.

Estas revelaciones y el anticipo de las cartas en la prensa y su publicación parcial en libro, suscitó diversas opiniones de los investigadores chilenos a diversos medios y prensa. La socióloga Sonia Montecinos reconoció en el diario *El Mercurio* que le había dado pudor leer las cartas, y se preguntó las razones para seleccionar del nuevo y enorme legado de Mistral las cartas entre ella y Doris Dana. Según Montecinos, en un contexto chileno anegado de voyerismo y fisgoneo, de goce perverso por las comidillas de la farándula, un libro como éste se entendería como parte de una cultura que busca solazarse con lo íntimo. Para el teórico y crítico literario Cedomil Goic, hablar de la sexualidad de Gabriela Mistral supone errores en torno a la poeta, que era una mujer sensible, de afectos sinceros e intensos, lo que no significa otra cosa. Para el poeta Armando Uribe, Premio Nacional de Literatura, la correspondencia encierra gran fuerza lírica. Para el presidente de la Fundación Premio Nobel Gabriela Mistral, el poeta Jaime Quezada, esas cartas muestran un amor pleno y ayudan a desmoronar algunos mitos y fábulas. El escritor Grínor Rojo aseguró que estas cartas no deberían cambiar mayormente nada sobre la interpretación y valoración que se pueda tener de la obra de la Mistral.

El diario *El Mercurio* publicó también en su edición digital del 30 de agosto de 2009 unos fragmentos del libro editado por el Conservador del Archivo del Escritor, Pedro Pablo Zegers, bajo el título *Niña errante*, y que aparecería luego

publicado en edición limitada con transcripción, prólogo y notas de dicho crítico en el mes de septiembre de 2009 en Chile por parte de la editorial Lumen. El volumen incluía la correspondencia entre Gabriela Mistral y Doris Dana desde 1948 a 1956. Bajo el título “Las cartas de amor de Mistral y Doris Dana” se dio ya un adelanto de esas cartas. Las misivas publicadas confirmaban ya una apasionada relación de intimidad entre ambas, interpretada como homosexual, aspecto que Doris Dana negó hasta el final de sus días. Así, el 24 de noviembre de 1949 Gabriela Mistral le escribe a su amiga norteamericana (todas las citas se toman de la fuente digital referida en la Referencias Bibliográficas):

Doris mía, Procuero cuidarme para ti. Yo no tengo razón de vivir. Cuando llegaste, yo no tenía nada, parecía desnuda, y saqueada, paupérrima, anodina como las materias más plebeyas. La pobreza pura y el tedio y una viva repugnancia de vivir. Todo lo has mudado tú y espero que lo hayas visto. [...] Un abrazo tierno, Gabriela.

Gabriela Mistral fue —como ella reconoce en una de sus cartas, la del 21 de mayo de 1949 a Doris Dana— “un ser elemental, sin matices y brutalmente sincero”. En esa misma carta, la Mistral le recuerda a su amiga: “Es cierto que eres muy joven y que tienes mucha fe en ti y en el poder del encanto no poco misterioso que Dios puso en ti y que obró sobre mí. Pero la verdad es que lo vivido por mí contigo era algo tan absurdo — y tan perfecto— que no podía durar. Era de un absurdo descomunal”. Y algo después prosigue mostrando las turbulentas relaciones entre ambas:

He visto un verdadero examen de conciencia y no hallo en mí sino una culpa: haber creído, a base de la coquetería que tú tienes con casi todos, que había en ti algo parecido al cariño por mí y haber obrado en consecuencia con eso. Debiste tú haberme dado una rehúsa neta e inmediata. No hubo nada parecido a eso. Tal vez comenzaste un juego conmigo cuyo calificativo prefiero no estampar. No se juega así con seres de mi

especie; creo que nadie hizo nunca conmigo algo semejante. Y por esto y por mucho más, yo vivo ahora en un verdadero estupor, en un asombro del cual no logro salir. Parece una burla que me hiciese el Demonio. [...] Quemados el sentimiento y la pasión, yo guardaré hacia ti un agradecimiento profundo de la ayuda que me diste para vivir. En esta vida o en otra, eso te será devuelto por Dios o por los seres. Adiós, Doris Dana. Sé feliz con quien sea.

Unos meses después de esa carta, el 31 de noviembre de 1949, Gabriela Mistral le dice a Doris Dana: “Pero, así y todo, te pido no escribirme. Déjame curarme, déjame reaprender mi pobre vida de antes”. Resulta curioso que en las cartas sea observable una mofa por parte de Gabriela Mistral de lo que ella llama las “feministas”, tal y como muestra una misiva del año 1954 donde la Mistral le reconoce a Doris Dana: “¿Y qué hago allá solita y entregada sólo a mi niñito-fantasma y a algunas feministas?”. Por lo mismo, en otra carta de septiembre de 1952, es sintomático que Gabriela Mistral exponga sus dudas hacia la ideología comunista, así como otras reflexiones que compartió con Doris Dana y que ayudan a conocer mejor a la poeta.

Gabriela Mistral y su época estadounidense

Las polémicas cartas intercambiadas con Doris Dana hay que enmarcarlas en los años de Gabriela Mistral en Estados Unidos. Sabemos que Gabriela Mistral visitó por vez primera Estados Unidos en 1924, al abandonar México. Regresó a vivir en ese país varias veces y durante distintas temporadas. Dictó clases en centros universitarios como Barnard College, Vassar College y Middlebury College entre 1930 y 1931. En 1938 vivió unos meses en Florida con visitas esporádicas a Washington D.C. y Nueva York. Por motivos de salud se estableció en California entre 1945 y 1948 para, finalmente, ir a vivir a Nueva York desde 1954 hasta su muerte en 1957. Sus diferentes artículos en la prensa fueron publicados en diarios como *La Nueva Democracia* y fue gracias a los cursos que fue impartiendo después en varios centros universitarios norteamericanos con lo que

pudo sobrevivir cuando perdió su pensión de maestra jubilada. Luis de Arrigoitia (pp. 124-133) ya probó que la posición de Gabriela Mistral ante los Estados Unidos fue, pese a sus dudas y resquemores, fundamentalmente conciliadora. A caballo entre su escepticismo ante la llamada dependencia económica de Hispanoamérica frente a Estados Unidos y el desconocimiento del Norte frente a sus vecinos del Sur, Gabriela Mistral buscó el ideal de unir las dos Américas bajo un mismo concepto panamericano democrático. Su esperanza para las Américas se apoyaba así en dos frentes: el intelectual (ampliación de la cultura) y el religioso (a través del Cristianismo). Margot Arce de Vázquez y otros biógrafos de Gabriela Mistral coinciden en señalar cómo después de la muerte en 1943 de Juan Miguel Godoy, el único miembro de su familia que le quedaba a la poeta, Gabriela Mistral entró en una época de decadencia corporal que se irá agravando hasta el final de sus días. Es por ello que buscó en las costas de California el sol y la paz. Sin embargo, allí le sobrevino una aguda crisis diabética que le llevó casi a la ceguera y donde vivió sola y sumida en una tristeza personal, relatada también por sus biógrafos. Hasta 1948 cumplió con su cargo consular en California, primero en Monrovia —cerca de Los Ángeles— y después en Santa Bárbara. Tras varias dudas sobre dónde ubicarse decidió entonces ir a México para, tras varios viajes, establecerse en Nueva York ya desde 1954 hasta su muerte en 1957.

Palma Guillén de Nicolau, crítica literaria y amiga personal de Gabriela Mistral, apuntó ya en la introducción a la edición de la poesía de Mistral editada en México en 1976, que en su libro *Lagar* (1954) “están los versos escritos en la cruel etapa de su dolor por la muerte de Juan Miguel, además de muchos otros” (xivi). Traemos aquí a colación el libro *Lagar* porque sus versos —escritos en los dieciséis años anteriores a su publicación, o sea desde 1938 a 1954— coinciden con esa etapa de duelo y, a la vez, con algunos de los años en que Gabriela Mistral se relacionó y carteó con Doris Dana. Si el título del que fuera su mejor libro, *Tala*, aludía al acto de talar y al necesario despojo y pulido poético para emprender la reducción de la escritura, a través del corte de lo accesorio, el

título del libro *Lagar* venía a suponer otro paso más. Aludiendo en su título al lugar donde se pisa la uva, *Lagar* es en sí una metáfora de la creación poética y vital de Gabriela Mistral. Publicado en la editorial Pacífico de Santiago de Chile en 1954, *Lagar* es así el libro más complejo —incluso hermético— de Gabriela Mistral, y por ende el menos popular y acaso el menos entendido de todos los de su autora. Atrás quedaban grandes poemas de Gabriela Mistral: los “Sonetos de la muerte” o “El poema del hijo”, de *Desolación* (1922); las canciones de cuna o las rondas recogidas en *Ternura* (1924); los nocturnos, los poemas de materias o los recados de *Tala* (1938). Con todo, *Lagar* fue en buena medida el centro de la vida de Gabriela Mistral en los años previos a su muerte y, en este sentido, habría que conectarlo con la polémica en torno al mencionado epistolario. Con *Lagar*, pese a todo, estamos ante un libro de más silencios que voces y que no alcanzó ni en su momento, ni todavía en nuestros días, una justa valoración.

De *Lagar* interesaría ahondar en la sección “Locas mujeres”, formado por poemas que son, a nuestro juicio, autorretratos de la propia Gabriela Mistral: “La otra”, “La abandonada”, “La ansiosa”, “La bailarina”, “La desasida”, “La desvelada”, “La dichosa”, “La fervorosa”, “La fugitiva”, “La granjera”, “La humillada”, “La que camina”, “Marta y María”, “Una mujer”, “Mujer de prisionero” y “Una piadosa”. Así lo confirma también la amiga personal de la poeta, Palma Guillén de Nicolau, para quien en esos retratos suyos la poeta “describe con minuciosa lucidez todos los estados de ánimo por los que fue pasando después de la muerte del último de los suyos” (xxxvi). Curiosamente, la misma crítica también señala con rotundidad que a Gabriela Mistral “le molestaba mucho que la gente hurgara en su vida...” (xxii). La cuestión que aquí interesa destacar, al hilo de la polémica que nos ocupa como objeto de este artículo, es que algunos de esos poemas de *Lagar* se escribieron, efectivamente, antes de la muerte del mencionado Juan Miguel Godoy, pero también hubo otros que coincidieron en el tiempo con la amistad personal de Gabriela Mistral con Doris Dana. Así se explica, por ejemplo, que uno de los poemas de *Lagar*, el titulado “Muerte del mar” esté dedicado precisamente a la joven norteamericana.

En 1965, Luis Vargas Saavedra realizó su tesis doctoral sobre *Lagar II*, dirigida por Dámaso Alonso, en la Universidad Complutense de Madrid. Lo inédito permaneció archivado durante varios años hasta que, tras la muerte de Doris Dana, su heredera permitió abrir las cajas en que se atesoraba el legado completo de Gabriela Mistral. Ahí aparecieron otros muchos textos de “Locas mujeres”, los titulados: “Estampa de la Camarga”, “La enferma”, “La celosa”, “La convidada”, “La danzadora”, “La dudadora”, “La enclavada”, “La enfermera”, “La solitaria”, “La trascordada”, “Marías”, “Mujeres de pescadores”, “Mujer presa” y “Nosotras”. Además, aparecía otra sección sobre “Mujeres griegas”, con textos titulados “Mujeres griegas”, “Antígona”, “Casandra I”, “Casandra II” y “Clitemnestra”. Recientemente, esta sección de *Lagar* ha llamado la atención del hispanismo norteamericano, con una edición bilingüe en español e inglés preparada por Randall Couch que incluía varios poemas. Esos textos muestran un claro interés de Gabriela Mistral por el tema femenino, presente en gran parte de su poesía, y que debería estudiarse en relación con otros poemas anteriores suyos como “La mujer fuerte” o “La mujer estéril” de *Desolación*, “La tierra y la mujer” de *Ternura* o “Mujeres catalanas”, de *Tala*, por citar unos cuantos títulos con referencia expresa a la mujer. El único poema dedicado explícitamente a Doris Dana por Gabriela Mistral es, como apuntamos, un poema elegíaco al mar, al que la chilena presenta como inesperadamente muerto en una noche y ante el que la humanidad canta:

[...]

‘¡Talassa, viejo Talassa,
verdes espaldas huídas,
si fuimos abandonados,
llámanos a donde existas,
y si estás muerto, que sople
el viento color de Erinna
y nos tome y nos arroje
sobre otra costa bendita
para contarle los golfos,
y morir sobre sus islas!’ (200)

La labor de los investigadores interesados en dilucidar estas cuestiones debería centrarse en indagar la fecha de escritura de dichos poemas y contrastarlos con las fechas de las cartas a Doris Dana. Sólo así podrá certificarse si realmente existe una conexión literaria o alguna marca o huella de su relación y amistad en esos textos poéticos. Cabría fijar temporalmente la redacción de algunos poemas de *Lagar* como “Una palabra”, o de varios de los nocturnos, como “Canto que amabas”. Aun así, y a diferencia de su epistolario —donde Doris Dana está presente— un rastreo de la poesía de Gabriela Mistral no ofrece por ahora demasiadas claves que permitan ver la presencia de su amiga estadounidense. Cabría, además, contrastar todo esto con la correspondencia que Gabriela Mistral sostuvo con otras amigas y que está todavía por publicarse. Por lo mismo, estamos aún a la espera de una completa biografía de Gabriela Mistral que muestre documentalmente su relación con otras figuras femeninas como la mexicana Palma Guillén, la puertorriqueña Consuelo “Coni” Saleva y la propia Doris Dana. De igual manera, la crítica debe todavía determinar si a los conocidos poemas publicados por Gabriela Mistral pueden añadirse otros poemas inéditos que pudo conservar Doris Dana en su archivo y comprobar si en ellos se halla una veta erótica. Finalmente, haría falta contrastar los trabajos existentes sobre varios aspectos relevantes al particular a cargo de investigadoras como Fiol-Matta, Zaldívar, María Eugenia Góngora o la compilación de Agosín.

Palabras finales

Los detalles y apreciaciones hasta aquí señalados muestran que la publicación de las cartas de los autores, cuenten o no con el permiso de quienes tienen la autorización de los materiales, suelen generar disputas y polémicas. El debate en torno a Gabriela Mistral que estamos viviendo a la hora de escribir este artículo es una más de los muchos que la intrahistoria literaria nos ofrece. De lo que no cabe duda es que todos estos documentos favorecen la mejor comprensión de las obras de cada autor y de lo que constituyó su más honda historia personal. Sin los epistolarios y los testimonios íntimos de

figuras como Katherine R. Whitmore, sacados a la luz por Enric Bou en 2002, los críticos de poesía hoy todavía pensaríamos erradamente que un libro de amor como *La voz a ti debida* (1934) de Pedro Salinas estaba destinado a la esposa del poeta, Margarita Bonmatí. Gracias a esas cartas sabemos que aquellos ideales de amor de Pedro Salinas iban por otro camino mucho más real que imaginado. Sin epistolarios y testimonios personales de esta índole, todavía seguiríamos también creyendo hoy erróneamente que los sonetos de amor de *El rayo que no cesa* (1936) de Miguel Hernández fueron todos escritos para Josefina Manresa en la distancia, cuando no fue tampoco así. Por lo mismo, sin la publicación de los *Sonetos del amor oscuro* de Federico García Lorca continuaríamos hoy sin poder explicar otras tantas cosas de su mundo lírico y de la importancia que para esos versos tuvo su amigo y amante Rafael Rodríguez Rapún. Lo importante es que el valor de dichos poemas y poetas sigue siendo exactamente el mismo al margen de los detalles o gustos personales.

En el caso de Gabriela Mistral ocurre algo parecido: el valor de su obra no se altera por la publicación de estas cartas. Más bien al contrario, gracias a ellas entendemos mejor el talante y el perfil de su propia intrahistoria, de su vida y de su obra. Así, por ejemplo, el epistolario *Cartas a Gabriela*, compilado por Abraham Quezada, reúne veinticinco misivas, la mayoría de Pablo Neruda y Delia del Carril. En ellas se observan datos curiosos que no sólo muestran el interior de Gabriela Mistral sino también del propio Neruda. Así, sabemos por ejemplo, cómo desde 1949 Neruda insiste en invitarla a congresos de la paz o de la cultura, celebrados en distintos países con el apoyo de la antigua Unión Soviética para frenar a Estados Unidos mediante la condena de intelectuales destacados. Gabriela Mistral simplemente no responde a esas invitaciones de Neruda. Ni siquiera asiste al Congreso Continental de la Cultura que tuvo lugar en Santiago de Chile en 1953, al que Neruda la había invitado a inaugurar y presidir. De igual modo, Gabriela Mistral se negó a aceptar el Premio Stalin en una carta de mediados de 1954, que Neruda había recibido el año anterior y del cual era jurado. También el 14 de diciembre de 1951, Neruda hace a Gabriela Mistral cómplice

involuntaria de su adulterio con Delia del Carril cuando le pide a la poeta y diplomática, entonces a cargo del consulado de Chile en Nápoles, que para su viaje a Capri le busque una casa independiente, con cocinera, o una casa de familia sin otros pensionistas o en último caso un hotel sin turistas para reunirse secretamente con Matilde Urrutia. Nada de todo esto podría ser conocido sin la publicación de los epistolarios. Lo mismo ocurre con las cartas íntimas de Gabriela Mistral con Doris Dana.

Estas cartas personales de la poeta chilena a su amiga estadounidense han causado desafortunadamente un exagerado revuelo en la sociedad chilena y en el mundo literario hispánico. Resulta desafortunado que, como ya mostraron los críticos Daniel Balderston y José Quiroga, la Fundación Mistral no permita la reproducción de poemas de la poetisa en las antologías de poesía homoerótica. A fin de cuentas, tan errados están quienes atacan la publicación de estas cartas e inéditos como quienes quieren hacer ahora de Gabriela Mistral un icono del activismo, tal y como muestra el uso de Gabriela Mistral por parte de grupos y organizaciones políticas ajenas a la literatura. A fin de cuentas, por encima de los episodios e intimidades de estas cartas, más allá de Doris Dana o de cuanto puedan revelar estas misivas (o en las intercambiadas con Victoria Ocampo o con Pablo Neruda, o en las cartas de amor de Gabriela Mistral a Manuel Magallanes, entre otras), si hoy seguimos leyendo a Gabriela Mistral es por la altura y calidad de su obra literaria y no por su vida privada. Si seguimos interesándonos por su obra y su nombre permanece entre los más altos de la poesía hispánica del siglo XX, ello no se debe tanto a sus intimidades con Doris Dana, sino a sus incuestionables logros como poeta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agosín, Marjorie, ed. *Gabriela Mistral: The Audacious Traveler*. Athens: Ohio UP, 2003.
- Arce de Vázquez, Margot. “*Gabriela Mistral*”, *persona y poesía*. San Juan de Puerto Rico: Asomante, 1958.
- Arrigoitia, Luis de. *Pensamiento y forma en la prosa de*

- Gabriela Mistral*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1989.
- Balderston, Daniel y José Quiroga. *Sexualidades en disputa. Homosexualidades, literatura y medios de comunicación en América Latina*. Buenos Aires: Centro Cultural Rojas, 2005.
- Bou, Enric, ed. *Pedro Salinas. Cartas a Katherine Whitemore, 1932-1947*. Barcelona: Tusquets, 2002.
- Careaga, Roberto. "Cartas íntimas entre Mistral y Doris Dana dividen a mistralianos". *La Tercera*. Santiago de Chile, 31 de agosto, 2009, p. 41.
- Fiol-Matta, Licia. *A Queer Mother of the Nation: The State and Gabriela Mistral*. Minneapolis: University of Minnesota P, 2002.
- Góngora, María Eugenia. "Construcción del sujeto femenino en el diario y la carta de amor: Lily Íñiguez y Gabriela Mistral". *Revista Chilena de Literatura* 64 (2004), pp. 149-154.
- Horan, Elizabeth R. & Doris Meyer, eds. & trads. *This America of Ours: The Letters of Gabriela Mistral and Victoria Ocampo*. Austin: Texas UP, 2003.
- . "La intimidad de Gabriela Mistral y Doris Dana". *La Tercera*. Santiago de Chile, 29 de agosto, 2009, pp. 70-72.
- . Las cartas de Doris Dana y Gabriela Mistral. *LaTercera.com*, 29 de agosto, 2009. [http://latercera.com/contenido/727_175058_9.shtml]
- Mistral, Gabriela. *Desolación. Ternura. Tala*. Lagar. Ed. Palma Guillén de Nicolau. México, D.F.: Editorial Porrúa, 1976.
- . *Selected Poems of Gabriela Mistral*. Ed. & Trad. de Doris Dana. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1971.
- . *Lagar II*. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1991.
- . *Madwomen. The Locas mujeres Poems of Gabriela Mistral*. Ed. & Trad. Randall Couch. Chicago: U of Chicago P, 2008.
- . *Almácigo. Poemas inéditos de Gabriela Mistral*. Ed. Luis Vargas Saavedra. Santiago de Chile: Universidad Católica de Chile, 2008.
- . *Niña errante. Cartas a Doris Dana*. Ed. Pedro Pablo

Zegers. Santiago de Chile: Lumen, 2009. [“Las cartas de amor de Mistral y Doris Dana”:

<http://blogs.elmercurio.com/cultura/2009/08/30/las-cartas-de-amor-de-mistral.asp>]

Neruda, Pablo. *Cartas a Gabriela. Correspondencia escogida de Pablo Neruda y Delia del Carril a Gabriela Mistral (1934-1955)*. Ed. Abraham Quezada. Santiago de Chile: RIL Editores, 2009.

Zalaquett Aquea, Cherie. “Doris Dana: ‘Me da escalofrío lo que dicen de Gabriela’”. *Revista El Sábado*, de *El Mercurio*, Santiago de Chile, 22 de noviembre de 2002.

[Reproducida en

<http://www.letras.s5.com/gm171004.htm>]

Zaldivar, María Inés. “Gabriela Mistral y sus ‘locas mujeres’ del siglo XX”. *Taller de Letras* 38 (2006), pp. 165-180.



Gabriela Mistral con Doris Dana

LOS ARTÍCULOS DE GABRIELA MISTRAL EN LA NUEVA DEMOCRACIA, DE NUEVA YORK

Christian Rubio

The University of Louisiana at Monroe & ANLE

La Nueva Democracia fue publicada en Nueva York por el Comité de Cooperación en la América Latina. Salió por primera vez en enero de 1920. A pesar de estar fundada bajo un marbete de índole religiosa (protestante), la revista admitía que el hombre no sólo vive de la religión sino también de la ciencia, y hacía suya la definición del hombre dada por Aristóteles como “un animal social”.¹⁹ Asimismo, fue una de las primeras publicaciones en la que aparecieron referencias directas al feminismo y a la justicia social.²⁰

Una de las grandes colaboradoras de *La Nueva Democracia* fue la poeta y educadora Gabriela Mistral. Ya de entrada, habría que recordar que sus artículos periodísticos siempre se fueron apasionados a la vez que objetivos. En el presente artículo, se examinarán los veintinueve artículos que escribió para *La Nueva Democracia*, y cuyos temas principales giran en torno a la religión, la política, el feminismo y la educación.

Religión

Gabriela Mistral consideraba la religión como una parte esencial de la vida. Sin embargo, antes de definir su propia religiosidad, la escritora pasó por un período de confusión debido, quizás, a su vasta y variada lectura sobre el tema.²¹ Los artículos que publicó en *La Nueva Democracia* ratifican sus convicciones religiosas, nacidas del catolicismo: “[...] he anclado en el

¹⁹ “Nuestro Saludo y Nuestro Programa”. *La Nueva Democracia*, Vol. 1, No. 1, Nueva York, enero de 1920, pp. 1-2.

²⁰ Luis de Arrigoitia, *Pensamiento y forma en Gabriela Mistral* (Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1979) p. 39.

catolicismo, después de años de duda [...]”.²² Sin embargo, la visión religiosa de Gabriela no se limitaba a un simple credo o creencia espiritual solipsista. Para ella, la religión debía tener un papel fundamental y activo en la sociedad como, por ejemplo, el de promover la justicia social, la paz y la igualdad.

Con respecto a la justicia social, Mistral no dudó en resaltar los errores cometidos por la Iglesia Católica en Latinoamérica. Es más, le exigió a dicha institución que iniciara un proceso de autoexamen para poder recuperar la batalla que el continente estaba perdiendo ante los avances del jacobinismo.²³ El laicismo integral que promulgaba dicho movimiento fue a lo que Gabriela Mistral se opuso firmemente. Para ella, el jacobinismo se había infiltrado en las masas porque la Iglesia católica había abandonado su lucha contra la injusticia. El pueblo, al verse desamparado y aherrojado a lo que la chilena llamó “una servidumbre sencillamente medioeval”,²⁴ buscó refugio, y lo encontró en las promesas artificiales que el jacobinismo le ofrecía, de manera muy diferente a la espiritualidad que el cristianismo le había brindado hasta entonces.

¿Por qué la Iglesia había perdido esta partida?, se preguntaba Gabriela. De acuerdo a la escritora, la Iglesia había incurrido en una serie de crasos errores como, por ejemplo, el minusvalorar la importancia que tenía la educación acompañada de una sólida base religiosa. Muchas de las soluciones para los problemas de la sociedad radicaban en las escuelas, en los maestros. La fe, apuntó la poeta chilena, debía tratarse como la política, y por ello debía llegar a todos y no sólo a una minoría selecta. Por otro lado, el catolicismo se había olvidado que la idiosincrasia del criollo cambia de acuerdo a sus necesidades: al verse abandonado por la Iglesia católica, había abierto las puertas al materialismo de jaez jacobina.

²¹ Gabriela Mistral, “Cristianismo con Sentido Social”, *La Nueva Democracia*, Vol. V, No. 7, Nueva York, julio de 1924, pp. 3-4 y 31.

²² *Ibid.*, p. 3.

²³ *Ibid.*, p. 4.

²⁴ Gabriela Mistral, “Catolicismo y Protestantismo”, *La Nueva Democracia*, Vol. VI, N° 11, Nueva York, noviembre de 1925, pp. 3-4.

Ese materialismo se había filtrado en casi todos los niveles sociales —continúa planteándose la escritora—, inclusive entre los propios educadores. Por ello, Gabriela Mistral llama a una especie de “reconquista”²⁵: o se adopta el cristianismo como una verdadera religión,

[...] o se declara lealmente que la doctrina de Cristo la aceptamos sólo como una lectura bella, en el Evangelio, o como una filosofía trascendente que eleva la dignidad humana, pero que no es para nosotros una religión, es decir, una conducta para la vida.²⁶

Pese a todo esto, Mistral mantiene su fe católica, aunque también apoya, y la señaló como una necesidad, la libertad de credos en la América Latina.

La poeta chilena temía que la Iglesia recurriese a métodos represivos contra aquellos que se afiliaran a otros credos, lo que sólo llevaría a una nueva crucifixión del Señor.²⁷ Por el contrario, lo que ella anhelaba era un mundo en que todos trabajaran juntos, mano en mano, respetando la fe individual. A pesar de su comprensible reticencia, Mistral no dudó en apoyar los avances de las creencias protestantes en Iberoamérica, e incluso puso de relieve los beneficios que estas creencias reportarían no solo a los creyentes sino a los indiferentes y hasta a los ateos.

Gabriela Mistral elogiaba el protestantismo norteamericano, y aunque admitía que no había sentido nunca esa admiración inicial de otros por estas iglesias, sí le llamaba la atención la influencia que el cristianismo norteamericano había desplegado para minimizar las desigualdades entre las diferentes clases sociales. Después de todo, a Gabriela Mistral siempre se le reconoció por poseer un “amor paciente, amor tolerante,

²⁵ Las comillas son del autor.

²⁶ *Ibid.*, p. 31.

²⁷ Gabriela Mistral, “Unidad Cristiana”, *La Nueva Democracia*, Nueva York, marzo de 1944, pp. 8-9.

amor a los ignorantes, a los débiles y pequeños y amor saturado de servicio”.²⁸

Para Mistral, el catolicismo latinoamericano padecía de dos defectos: “la ignorancia y la parálisis social”²⁹, males que habían abierto las puertas al predicador estadounidense. Admiraba, además, el espíritu práctico que propulsaba el progreso de esta nación:

Estados Unidos está en boca de cada jacobino, que alaba su prosperidad, cuando necesita un dato útil para algún discurso. Pero ese mismo jacobino calla delante de la asamblea, el hecho enorme de que ese gran pueblo que señala de modelo a nuestras masas desposeídas, es la segunda nación cristiana del mundo. Muestran la frondazón del árbol, esconden la raíz, hablan de ‘solidez’, de ‘vida radiante’, de ‘conciencia cívica’, y ocultan el hecho de que todo eso nace de la religiosidad viviente de un pueblo que reza y trabaja, y pone lo divino como el final de toda la faena de superación. Tiene EE. UU. en nuestros países la triste suerte de ser interpretado unilateralmente, como taller, y no como el campo religioso, que fue, es y seguirá siendo.³⁰

Mistral también consideraba a los Estados Unidos como un modelo de la fe. Fue precisamente en este país donde se concibe lo que Gabriela Mistral llamaba La Buena Fe³¹, que se origina a raíz de la Segunda Guerra Mundial, y que para nuestra poeta era una virtud que se necesitaba para ganar la guerra. Se trataba de algo que iba más allá de los actos heroicos y de las luchas armadas; su fundamento se encontraba en la adopción de una verdadera fe cristiana que apuntaba a la unión de los pueblos y

²⁸ “Gabriela Mistral en Norte-América”, *La Nueva Democracia*, Vol. V, N.º. 7, Nueva York, julio de 1924, pp. 20 y 31.

²⁹ “Cristianismo con Sentido Social”.

³⁰ Gabriela Mistral, “Cristianismo con Sentido Social”, *La Nueva Democracia*, Vol. VI, N.º. 11, Nueva York, noviembre de 1925, pp.3-4.

³¹ Gabriela Mistral, “La Buena Fe”, *La Nueva Democracia*, Nueva York, junio de 1944, pp. 13-14.

proclamaba la creencia libertadora mediante la cual se podía vencer a los enemigos.

Sin embargo, para Gabriela Mistral, la base de toda la cristiandad radicaba, no sólo en esa fe espiritual y la justicia social, sino en la Biblia. El Libro Sagrado tuvo un papel importantísimo desde su niñez: fueron su hermana y su abuela materna quienes comenzaron a enseñárselo.³² Para Mistral, la Biblia no era sólo un libro, sino la fuente necesaria de todo conocimiento personal. Para ella, desconocer la Biblia equivalía a una total indiferencia cultural y educativa. La lectura del Santo Libro, que representaba su fortificación espiritual, tuvo en ella un efecto significativo y trascendental.³³ Por eso creía que era de vital importancia mantener la Biblia al alcance del pueblo. Esta “estrategia” era una de las diferencias entre el protestantismo anglosajón y el catolicismo latinoamericano. Según Mistral, si el pueblo estadounidense conservaba con firmeza sus principios religiosos era porque mantenía la Biblia, su fuente de inspiración espiritual, siempre a la mano. Para ella, el Libro Sagrado contenía enseñanzas fundamentales para la formación de la humanidad. Aunque Gabriela Mistral reconocía las diferencias culturales existentes entre anglosajones e hispanoamericanos, veía en la lectura del Libro Sagrado una conexión entre estas culturas: “Mi pasión de la Biblia es tal vez el único puente que me comunica con el mundo anglosajón, el único pedazo de suelo común en el que me encuentro sentada con esta raza”.³⁴

La Biblia, según la poeta, tenía que poseer un rol importante en la vida de todas las personas. Mistral afirmó, fiel a su vocación de educadora, que el futuro estaba en manos de la juventud. Los jóvenes debían desempeñar un papel primordial en la lucha contra el liberalismo impío y los partidos rabiosos y radicales que intentaban depreciar la influencia de la religión

³² Onilda Jiménez, *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral* (Miami, Florida: Ediciones Universal, 1982) p. 25.

³³ Gabriela Mistral, “Contestaciones a la Encuesta Recientemente Publicada por “La Nueva Democracia”, *La Nueva Democracia*, Vol. XII, N^o. 2, Nueva York, febrero de 1931, pp. 12 y 31.

³⁴ *Ibid.*, p. 19.

en las masas. Por otro lado, no se debía desdeñar la importancia de la ciencia:

Cuento entre mis muy escasas esperanzas la de ver en la América nuestra nacer una juventud cristiana que se amamante en los dos pechos de la religión y la ciencia; que valerosamente se desentienda del catolicismo feudal y haga un programa de reformas sociales con un sentido de reparación para las masas; que rehaga todo el derecho bajo una luz cristiana y que vuelva a alimentar con meollos sobrenaturales la literatura y las artes que se envilecen infinitamente bajo normas materialistas.³⁵

Política y Paz

En las páginas de *La Nueva Democracia*, las ideas políticas de Gabriela Mistral —fruto de sus creencias cristianas— giraban en torno a la justicia social, la promoción de la paz y, quizás lo más importante, la política exterior de los Estados Unidos y Latinoamérica. En este sentido, no vaciló en señalar la animosidad que contra Estados Unidos comenzaba a sentirse en muchos países, a raíz de las decisiones unilaterales que últimamente había tomado el país norteamericano. Por último, habló sobre la paz universal, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial.

Veamos ahora un caso concreto. Gabriela Mistral, conocedora cabal del problema agrario de México, denunció las críticas que había recibido ese país por parte de varios países industrializados, pero al mismo tiempo estableció que ese juicio hacia la realidad del latifundismo mexicano era infundado debido a la falta de un conocimiento profundo del problema. Para poder reflexionar sobre la cuestión de una forma objetiva, afirmaba, había que familiarizarse con el meollo de la realidad mexicana. Gabriela Mistral pensaba que la era revolucionaria mexicana aún no había concluido. Sin embargo, los llamados

³⁵ Gabriela Mistral, “Jacobinismo Viejo y Cristianismo Nuevo”, *La Nueva Democracia*, Vol. X, N.º 2, Nueva York, febrero 1929, pp.3-4.

guerrilleros de la revolución seguían perdiendo el tiempo en estériles luchas religiosas. Según la escritora, la historia del problema agrario México país venía de tiempos coloniales, ya que desde esa época los indios cultivaban la tierra para una oligarquía blanca. Décadas después de la independencia, los indios todavía seguían trabajando para un puñado de blancos; aún no se había reconocido que la mayoría mexicana era india y así sería para siempre. Tarde o temprano —advirtió Mistral— los indios se rebelarían contra el poder blanco. Por lo tanto, era necesario que se empezara a reconocer tal realidad, pues sólo así se podría lograr que los indios se sintieran parte del Estado. El recurso principal que tenía México era la tierra, y por lo tanto, la mayoría tenía que sentirse dueña de algo de ella. Esta distribución, según Mistral, se debería hacer con el fin de multiplicar la producción, pero teniendo cuidado de no caer en el sistema empleado en Rusia. La repartición que se había comenzado a llevar a cabo en México entrañaba, según Mistral, dos grandes problemas: “el sistema federal debilita la responsabilidad del centro o desvirtúa la inspiración del Ejecutivo con sus manejos locales, y la extensión del país, agravada con la falta de caminos, suele hacer imposible la acción del centro en los pueblos lejanos, donde el abuso logra quedar impune”.³⁶ Pero también alabó los logros de esa revolución agraria diciendo que el avance de una reforma tan difícil pero necesaria para un verdadero futuro democrático era digno de todo encomio.

El país que ya disfrutaba de un presente democrático era los Estados Unidos, y Gabriela Mistral no vaciló en hablar sobre esa nación y su política hacia Latinoamérica. Según Mistral —mediadora de hecho entre Hispanoamérica y EEUU³⁷—, el país norteamericano debería relacionarse más con Latinoamérica precisamente por ser un país “nuevo”.³⁸ En un artículo que tituló “Si Estados Unidos”, Mistral señaló que EEUU debería cooperar con la América Latina sin pedir privilegios mayúsculos, ya que esa actitud no haría más que echar leña al fuego de la

³⁶ Mistral Gabriela. “México. La Cuestión Agraria”, *La Nueva Democracia*, Vol. V, No. 9, Nueva York, septiembre de 1924, pp.3-5 y 32.

³⁷ De Arrigoitia, p. 124.

³⁸ Las comillas son del autor.

desconfianza que ya había empezado a brotar entre nuestros países. Desde antes de la Guerra Fría, Mistral ya conocía los intentos del país norteamericano de establecer gobiernos extranjeros que le favorecieran. Asimismo declaró que lo que Estados Unidos debería hacer, si en realidad estaba interesado en los países latinoamericanos, era instruir a sus periodistas para que no divulgaran informaciones viciadas, así como canjear a maestros por los industriales y banqueros estadounidenses que iban a nuestros países. Y no sólo eso: Mistral exigió que EEUU comprendiera mejor nuestra cultura para que dejara de considerarla inferior. En conclusión, Estados Unidos, como país cristiano que era, debía cooperar con el progreso y no con el dominio imperialista.³⁹

Gabriela Mistral reconoció que la publicación de *La Nueva Democracia* era una de esas formas de cooperación, ya que parte de la misión de esa revista era la “espiritualización de nuestra cultura”.⁴⁰ Y no tuvo ambages en afirmar que la religión es parte de toda cultura y por lo tanto había que usarla para acortar distancias entre los pueblos. Estados Unidos y Latinoamérica profesaban dos religiones principales que, aunque diferentes, se basaban en el cristianismo; juntos podrían batallar contra el materialismo impío que invadía Latinoamérica. Sin embargo, no titubeó en declarar que la América Latina debería denunciar las injusticias y abusos que se cometían en contra de su soberanía por parte del aparato industrial norteamericano.

No le faltaban a Gabriela Mistral argumentos válidos para resaltar los problemas que existían entre los Estados Unidos y Latinoamérica: fue por eso que se mantuvo escéptica con respecto a una posible Sociedad de las Naciones Americanas⁴¹. Según ella, lo que había en común entre la América hispana y la

³⁹ Gabriela Mistral, “Si Estados Unidos”, *La Nueva Democracia*, Vol. VI, No. 12, Nueva York, diciembre 1925, p. 4.

⁴⁰ Gabriela Mistral, “Gabriela Mistral y *La Nueva Democracia*”, *La Nueva Democracia*, Vol. VI, N°.1, Nueva York, enero 1925, p. 3.

⁴¹ Gabriela Mistral, “Contestación a una encuesta sobre una Sociedad de las Naciones Americanas”, *La Nueva Democracia*, Vol. VIII, N°. 7, Nueva York, julio 1927, pp. 6-7 y 30.

anglosajona era su identificación como pueblos nuevos, pero sus diferencias raciales y lingüísticas los distanciaban. Esa idea de crear una Sociedad de las Naciones Americanas era una utopía nacida a raíz de la Confederación de Estados Europeos. Gabriela Mistral pensaba que la idea era viable en el Viejo Continente pero no en este lado del mundo.

Uno de los problemas más graves que existía entre las dos Américas era lo que ya se empezaba a llamar imperialismo yanqui. Un evento que marcó quizás el inicio de tal sentimiento se mencionaría luego en el artículo de Mistral sobre la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua. La estrategia que debería seguir EEUU era la de la no intervención, evitando, entre otras cosas, encontrarse con una miríada de pugnas civiles en Latinoamérica. Advirtió Mistral que la generación universitaria ya empezaba a sentir cierta hostilidad hacia el país del norte, sin darse cuenta que la razón y causa de los problemas latinoamericanos no eran los Estados Unidos sino el sistema feudal que España impuso en sus colonias. De todos modos, Mistral pensaba que Estados Unidos debería mantener una mentalidad más abierta en su trato con los hispanoamericanos, un juicio más sensato y entender que el temperamento latino era muy diferente al anglosajón.

Los profesores y los ministros protestantes norteamericanos ya habían empezado a poner en práctica ese razonamiento, en su dimensión espiritual, pero no así en el plano laboral. Esa persona que solía ser jefe de los mineros y agricultores maltrataba al indígena, y hasta lo miraba con desdén. Es más, afirmó Mistral, su visión era hipócrita, puesto que por un lado profesaba un profundo sentimiento y respeto cristiano hacia su gobierno, mientras que por el otro le era indiferente el hispanoamericano. Para empezar, se deberían humanizar las condiciones laborales. No bastaba con darles viviendas a los trabajadores indios; había que remunerarlos con los mismos dividendos que darían esos mismos industriales norteamericanos a la mano de obra blanca de su país.

A pesar de que rechazó el “odio al yankee”,⁴² los sentimientos antiimperialistas por parte de Gabriela Mistral salieron a relucir con motivo de la intervención de EEUU en varios países centroamericanos y del Caribe. Aunque Gabriela reconocía que en el país norteamericano había personas honestas, intelectuales e industriales dignos de todo respeto, no vaciló en levantar la voz de protesta contra el intervencionismo del país del norte en situaciones políticas de carácter nacional. Dentro de ese reproche a la política de intrusión, Mistral le recordó a EEUU que era un país modelo con respecto a las potencias europeas que se tambaleaban en la década de los 20. Es más, no dudó en recordar la admiración que ese país había suscitado en el mundo gracias a su defensa de la libertad y la democracia. Pero ese sentimiento, tras los sucesos ocurridos en México, la República Dominicana, y en especial la guerra civil en Nicaragua, ya no era el mismo. Mistral no titubeó en hacer un llamado de alerta a lo que ya no eran indicios, sino hechos evidentes de una posible estrategia que llevaría tarde o temprano al más rampante imperialismo. Más de ochenta años han transcurrido desde que Mistral levantara esa voz de protesta, pero hoy día sigue más vigente que nunca.⁴³

Pero Gabriela Mistral sabía que la política exterior de los Estados Unidos no reflejaba el espíritu de trabajo y de progreso de esa gran nación. En su artículo “Cómo edifican”⁴⁴, escribió sobre el barrio de la Universidad de Columbia en el alto Manhattan, que consideraba como barrio suyo y por el que sentía gran cariño. En ese artículo (incluido en este libro) describió detalladamente la Catedral protestante de St. John the Divine, obra arquitectónica digna de admiración. Pero para ella, esta Catedral representaba más que una mera construcción, pues si por un lado simbolizaba ese prurito norteamericano de hermanar lo antiguo con lo moderno, por el otro también era muestra

⁴² De Arrigoitia, p. 126. Las comillas son del autor.

⁴³ Gabriela Mistral, “Estados Unidos y Nosotros”, *La Nueva Democracia*, Vol. VIII, No. 5, Nueva York, mayo 1927, p. 14.

⁴⁴ “Como Edifican” había sido publicado en *La Nación*, pero luego republicado en *La Nueva Democracia*, Vol. XII, N^o. 1, Nueva York, enero 1931, p. 12.

de su política expansionista, cuyo ejemplo más evidente estaba en el voraginoso crecimiento, en la industria automovilística, de la compañía Ford.

Por último, en un discurso en una escuela secundaria de Santa Bárbara, California, Gabriela Mistral habló sobre la paz. Según la poeta, ésta era una parte importante de la familia. Todos deberíamos amar la paz porque eso significaba amar la vida. Conservar la paz era vivir en armonía, la cual había de existir entre el hombre y la naturaleza, tal y como lo deseaba el Creador. Conforme a su profundo sentimiento religioso, Mistral afirmó que la paz era la ley de Dios, y vivir dentro de la misma representaba disfrutar de los derechos que la humanidad había recibido de Él. Estados Unidos había logrado promover la paz en Europa y, acotó Mistral, “devolver el juicio a Alemania”.⁴⁵ El mundo intentaba mantener la paz a través de la Naciones Unidas, pero Mistral reconoció que la paz no se podría lograr del todo si no se empezaba con implementar la justicia. Por lo tanto, conminó a los estudiantes a que fueran predicadores de la paz y a que logaran lo que nadie había hecho hasta aquel entonces, y poder así escribir un nuevo capítulo en la historia del mundo.

El feminismo

Con ciertas reservas, Mistral confesó que más que ser antifeminista, a ella los llamados “logros”⁴⁶ de aquellos grupos no la convencían. Para la poeta chilena las diferencias fisiológicas del hombre y la mujer eran tan evidentes y se encontraban tan definidas que no tenía sentido hablar de igualdad laboral entre los sexos.

En dos artículos publicados por separado, bajo el mismo nombre, “Una nueva organización del trabajo” y “Separación del trabajo por sexos”,⁴⁷ Gabriela Mistral delineó sus pensa-

⁴⁵ Gabriela Mistral, “Palabras Sobre La Paz”, *La Nueva Democracia*, Vol. XXVIII, No. 3, Nueva York, julio 1948, pp.30-32.

⁴⁶ Las comillas son del autor.

⁴⁷ Ambos artículos fueron publicados en números consecutivos en marzo y abril de 1927.

mientos de una forma muy clara. Para ella, los tipos de trabajo, tanto manuales como intelectuales, deberían estar divididos de acuerdo al sexo de las personas. Por eso, no podía entender, por ejemplo, que la mujer trabajara como obrera en las líneas ferroviarias o que se empleara de chófer. Para ella, estos eran oficios infames sólo aptos para el hombre. Asimismo, y así lo expresó en varias ocasiones, temía que la mujer cayera también víctima de la fiebre militarista.

Mistral dividió los trabajos en tres grupos diferentes: los aptos sólo para el hombre, otros sólo para la mujer y un último en el que el sexo de los trabajadores era indiferente. En el estaban los trabajos que requerían fuerza bruta, como los de minería. En el segundo grupo estaban los empleos de actividades un tanto ligeras y “en las cuales se afemina, *pierde su dignidad de varón...*”⁴⁸ En el tercer grupo se encontraban los oficios en los que el sexo era irrelevante. Pero la escritora no sólo clasificó los oficios, sino que fue más allá y dijo que había trabajos que demandaban cierta visión intelectual, como los del campo de la administración de justicia, los puestos presidenciales y hasta aquellos escaños de representantes y congresistas. Para Mistral, se requería cierta “madurez absoluta de la conciencia, *una visión panorámica de la pasión humana, que la mujer casi nunca tiene. (Yo diría que jamás tiene)*”.⁴⁹ Los trabajos masculinos no sólo exigían tanto la fuerza bruta y la inteligencia específica ya mencionadas, sino también enfrentarse a la necesidad o la malicia.⁵⁰

Subyacía y pesaba en estas declaraciones mistralianas sobre el feminismo su gran amor hacia los niños.⁵¹ La autora

⁴⁸ Gabriela Mistral, “Una Nueva Organización del Trabajo Separación del Trabajo por Sexo”, *La Nueva Democracia*, Vol. VIII, N.º 3, Nueva York, marzo de 1927, pp.3-4. Las cursivas son de Mistral.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 4. Las cursivas son de Mistral.

⁵⁰ Gabriela Mistral, “Una Nueva Organización del Trabajo Separación del Trabajo por Sexo”, *La Nueva Democracia*, Vol. VIII, N.º. 4, Nueva York, abril de 1927, pp. 6-7.

⁵¹ Ana María Cuneo, “El “Mujerío” en Gabriela Mistral: Plenitud y Diferencias”, *Revista Chilena de Literatura*, Vol. 53, Chile, noviembre de 1998, pp. 107-115.

creyó que la mujer debería ser profesora, guía principal del niño durante sus primeros años y, desde luego, que no debía abandonarle para dedicarse a trabajos que no representaban progreso.⁵² Para Gabriela, los trabajos típicos de la mujer debían ser los de “maestra, médico o enfermera, directora de beneficencia, defensora de menores, creadores en la literatura de la fábula infantil, artesana de juguetes, etc.”.⁵³ Mistral también se refirió a las excepciones que había que tener en cuenta, como las mujeres que se veían forzadas a cumplir la función de padre y madre: las viudas, las divorciadas o las que eran abandonadas por sus esposos.

Muy por el contrario a lo que uno pudiera deducir de su artículo “La nueva organización del trabajo”, Mistral se declaró feminista de derecha: “feminista con reservas al programa máximo, creyendo ... que se puede todavía en medio de los leninismos del tiempo, hablar una lengua de medida...”⁵⁴ Mistral, al “defender”⁵⁵ sus ideas, criticó la falta de tolerancia de aquellos que no pensaban como ella. Es más, para la educadora chilena, “*la mujer es el peor enemigo de la mujer*”.⁵⁶ Y dijo esto porque existían en los debates fuerzas que se dedicaban a minimizar la opinión del lado contrario, y no mostrar el respeto que toda mujer merece.

Empero, la poeta chilena advirtió que ella no había reducido el papel de la mujer a la maternidad. Es más, estaba al tanto de los problemas que ésta padecía y que había necesidad de luchar para que alcanzara el lugar merecido en la sociedad⁵⁷, aunque esto no significara que dejara de ser el modelo principal para los niños. Y aunque su postura se mantuvo firme, Mistral admitió que ella no era ninguna especialista en el tema, sino que habían sido sólo sus experiencias las que habían coadyuva-

⁵² *Ibid.*, p. 108.

⁵³ *Ibid.*, p. 6.

⁵⁴ Gabriela Mistral, “Carta Interesante”, *La Nueva Democracia*. Vol. VIII, N.º 11, Nueva York, noviembre de 1927, pp.14-15.

⁵⁵ Las comillas son del autor.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 14. Las cursivas son de Mistral.

⁵⁷ Cuneo, p. 109.

do a la formación de sus ideas. Fue tal su defensa que también rectificó lo que ella llamó un errata de imprenta de *La Nueva Democracia* comunicándoselo al editor de la revista. Al parecer en el artículo de Mistral se decía que Juana de Arco había sido “la payasa de Francia”, en vez de la *payesa*,⁵⁸ que quiere decir campesina, de Francia.⁵⁹

La educación

Sabemos de la Gabriela Mistral autodidacta, de la poeta educadora y de su gran amor por los niños.⁶⁰ No es sorpresa para nadie que la chilena valorara tanto los libros. También es sabido que escribió muy en particular sobre la educación y sobre el momento de seleccionar el oficio de cada individuo.

Gabriela Mistral escribió sobre la importancia de los libros y sus respectivas materias.⁶¹ Los libros de historia —según la autora de *Lagar*— tenían como función básica la de mostrar la esencia humana, aunque pusieran de relieve las diferencias existentes entre los pueblos. Estos libros, especifica Gabriela, inclinaban a los estudiantes a la humildad, a agradecer los sacrificios de los héroes. La admiración de la historia por parte de los lectores era fundamental para la vida en sociedad. Los libros que despertarían la curiosidad de muchos estudiantes por ese mundo desconocido eran los de geografía, pues les permitirían explorar el acercamiento entre las diversas culturas. Para conocer la Naturaleza, era indispensable la lectura de los libros de ciencia, aunque alertaba a los estudiantes a que no se dejaran llevar por fanatismos científicos.

Con respecto a los libros de literatura, Mistral destacó la importancia de la novela, que era “un modelo de simplificación, y a la vez concentración de la vida humana”.⁶² Por otro lado, tanto la poesía como el drama fortalecían las emociones huma-

⁵⁸ La cursiva es del autor.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 15.

⁶⁰ De Arrigoitia, p. 7.

⁶¹ Gabriela Mistral, “Varias clases de Libros”, *La Nueva Democracia*, Nueva York, diciembre de 1922, p. 17.

⁶² *Ibid.*

nas. Es más, la poesía era capaz de devolvernos la inocencia infantil.

Mistral exhortó a los estudiantes a que amaran los libros, porque eran ellos serían siempre sus mejores y más fieles compañeros. Los libros les abrirían las puertas del conocimiento y les guiarían por los torturados y sinuosos caminos de la vida.

Llega el momento en que todos los hombres han de escoger un trabajo, un oficio. Es importante, decía Mistral, saber elegir una ocupación, porque ésta: “dura más que la mujer y tanto como el hijo”.⁶³ Mistral pidió a los hombres que cuando escogieran un oficio, lo hicieran porque estaban convencidos de que ejerciéndolo serían felices, y no por afán de riqueza, ocio o vanidad.

Aunque reconocía Mistral que algunos tenían el talento de ejercer más de un oficio, era el deber de cada individuo escoger el que más le complaciera. También resaltó que hay trabajos en los que no se veían los frutos del sacrificio a corto plazo, sino que el oficio requería: “jadeo y sacrificio largo”.⁶⁴ La poeta chilena indicó que la ocupación representaba a veces quiénes eran los hombres, los definía.

Hacia finales de la década de los veinte, se había creado en Europa el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, y Gabriela Mistral fue designada consejera de esta organización. Ella reconoció el valor de tal instituto, y resaltó la importancia de la creación de “un mapa de la producción científica, literaria y artística”.⁶⁵ Esto, según Mistral, permitiría poner en contacto de manera fácil y directa a los expertos de diferentes campos con los maestros. Otro importante resultado del mismo proyecto, según ella, fue el acortamiento de

⁶³ Gabriela Mistral, “En la Antesala del Oficio”, *La Nueva Democracia*, Vol. VIII, N.º 10, Nueva York, octubre de 1927, pp. 18 y 30.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 18.

⁶⁵ Gabriela Mistral, “El Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones”, *La Nueva Democracia*, Vol. X, N.º 12, Nueva York, diciembre de 1929 pp. 5 y 32.

distancia entre los pueblos que estaban lejanos geográficamente y a veces hasta olvidados.

El trabajo conjunto de los expertos y maestros también permitiría el acceso a muestras reales para una verdadera enseñanza para éstos y materiales de investigación para aquéllos. Asimismo, mediante la enseñanza de ciertos campos por personas autóctonas o cercanas a los trabajos manuales se añadía más autenticidad, ya que, según Mistral, la enseñanza por medio de “turistas”⁶⁶ conllevaba malinterpretaciones acerca de las culturas. Y es que el “moderno” profesor, como lo llamó la poeta, era aquel que viajaba, no como mero observador sino que trabajaba y aprendía con sus propios ojos, para así llevar su conocimiento a la Sorbona o a la Residencia.

En uno de sus últimos artículos, publicado en 1949, Mistral advirtió sobre la xenofobia que se vivía en las escuelas latinoamericanas. Esto se debía a la llegada, un tanto inesperada, del europeo blanco a las aulas de América del Sur. Esta xenofobia radicaba en el momento convulsivo que se vivía después de la Segunda Guerra Mundial. Este ambiente, de acuerdo a la poeta chilena, no era el adecuado para el estudiante de tez blanca, ojos claros y muchas veces en mejor condición económica. Mistral exhortó a los educadores a que ayudaran a estos niños europeos a incorporarse de manera real a la sociedad. Es incorporación no se obtendría por medio de simples leyes, sino a través de la bondad y la creación de una verdadera conciencia popular.

Apéndice

Los editores de *La Nueva Democracia* sabían la gran importancia que tenía Gabriela Mistral, no sólo en Latinoamérica sino en los Estados Unidos. Y por eso en tres ocasiones se publicaron en sus páginas artículos sobre la poeta chilena. En 1924, con motivo de su visita a Washington D.C., un artículo destacaba el papel importantísimo que desempeñaba Mistral en

⁶⁶ Las comillas son del autor.

la unión entre el mundo anglosajón y el latinoamericano.⁶⁷ En este mismo artículo se afirmaba que Gabriela Mistral, por su amor a la verdad y a la justicia, era la persona idónea para acortar las distancias existentes entre el Norte y el Sur de América.

En un segundo artículo se resaltaba la importancia que tenía la gran poeta chilena, pero ya esta vez desde Europa.⁶⁸ La palabra de la poeta chilena contenía no sólo la humildad necesaria sino una ideología de conciencia pura, de mirada objetiva, canto sereno y una voz sembradora y cristiana.

En enero de 1946, *La Nueva Democracia* publicó un volumen extraordinario, impreso en Nueva York pero escrito en Río de Janeiro, con motivo de la adjudicación del Premio Nobel a Gabriela Mistral. *La Nueva Democracia* no sólo alababa a la poeta chilena, sino que se enorgullecía de que ella fuera parte de la plantilla redactores y lectores de la revista.



Barnard College

⁶⁷ “Gabriela Mistral en Norte-América”.

⁶⁸ L.E. Nieto Caballero, “Gabriela Mistral”, *La Nueva Democracia*, Vol. XI, N.º 7, Nueva York, julio de 1930, pp. 10 y 29-30.



DE GABRIELA MISTRAL A ODÓN BETANZOS LOS SONETOS DE LA MUERTE

Luis Pérez Botero

Universidad de Saskatoon, Canadá & ANLE

En Chile, el Premio Nacional de Poesía de 1914 lo recibió Gabriela Mistral por *Los sonetos de la muerte*. Fue publicado en el año 1922 en una colección de poesías titulada *Desolación*. En el año 2000, en los Estados Unidos, Odón Betanzos publicó una colección de cincuenta y seis sonetos titulada *Sonetos de la muerte*. Esta coincidencia de títulos despierta en los lectores la curiosidad de saber si en estas dos series de sonetos, escritos por dos autores diferentes, hay más coincidencias que la de los títulos. Para aclarar esta duda presento un análisis semiótico de los dos poemas.

La profesora Estelle Irizarry, en el estudio-prólogo a los *Sonetos de la muerte* (2000), parte del subtexto formado por las tragedias griegas y la tradición poética de España a la que Odón hace referencia. Destaca la secuencia de las dos partes del poema en referencia. En la primera la presencia de la muerte obsesiona al poeta. En la segunda, el recuerdo de la muerte del hijo invade sus pensamientos y sentimientos. Irizarry termina su ensayo examinando el simbolismo que permea todo el poema.

Para presentar una imagen de la estructura del poema de Gabriela Mistral, compatible con la estructura del poema de Odón Betanzos, es preferible recurrir a las técnicas de análisis lingüístico-estructural más reciente. El uso de la terminología del análisis semiótico es lo más indicado para resolver los aspectos interpretativos que surgen en estos dos poemas. Si volvemos la vista a las ideas que caracterizan los análisis lingüístico-literarios desde la mitad del siglo pasado, veremos cómo surgieron en Europa nuevos métodos para interpretar la creación poética. El análisis semiótico, propuesto por Algirdas J. Greimas en *Structural Semantics* (1966), abrió también nuevas perspectivas para el estudio de la poesía como entidad

autónoma. La semiótica es el estudio de las relaciones entre los signos y lo que representan en el dominio de la poesía. Desde las primeras décadas del siglo veinte se empezó a usar el análisis de los signos en el estudio de la estructura de los poemas. En los círculos universitarios de Europa y América se despertó el interés por el estudio de la estructura de lo poético considerado como un fenómeno semiótico. A los críticos literarios de hoy los mueve el deseo de sustituir los métodos tradicionales de análisis, basados hasta ahora en la preceptiva literaria. Los consideran viciados de nominalismo. Desean cambiar estos métodos por el nuevo procedimiento de analizar la poesía basándose en la teoría de los signos o sea en la semiología que abarca todo lo relativo al sentido del lenguaje poético.

El punto de partida de la semiología es el papel de los llamados semas. Se los considera como el punto de partida de la interpretación. Se los define como la unidad mínima y diferencial de la significación. De los semas se pasa a los sememas que son conjuntos de semas que evocan un solo lexema o unidad lingüística. La función semiótica es la capacidad de crear o utilizar signos interpretativos. Los poetas son los que saben evocar de la manera más ingeniosa esta función.

Al semema de la semiótica, corresponde al lexema de la lexicografía. Con los elementos que aparecen repetidos en los sememas se crean las isotopías semióticas que conglomeran los signos en dominios de sentido uniforme.

Con base en estas nociones previas, podemos ahora comenzar a analizar semiológicamente el poema de Graciela Mistral, *Los sonetos de la muerte*. (Las cursivas que siguen son del autor).

Del nicho helado en que los hombres te pusieron
te *bajaré* a la tierra humilde y soleada.

En estos dos primeros versos del poema de Gabriela Mistral aparecen dos señalamientos, uno del espacio y otro del tiempo, o sea las deixis necesarias para concretar los dominios del poema. La primera deixis señala el nicho o sea la construc-

ción levantada en un cementerio en donde los hombres han colocado el cadáver de la persona a la que el poeta habla. Emplea el pronombre *tú*, propio del lenguaje familiar. Le dice afectuosamente: *Te bajaré* del nicho helado en que te pusieron. Esta promesa se cumplirá o no se cumplirá porque el verbo con el que promete bajarlo del nicho a la tierra está en tiempo futuro o sea en un tiempo indefinido. Nadie sabe ni sabrá cuando ella se atreverá a violar las normas de los cementerios. Lo que sí determina claramente es el espacio, “la tierra humilde y soleada” donde algún día depositará los restos del querido muerto, que nadie sabe quién es, o cómo se llama. Cautelosamente Gabriela se guarda para sí ese nombre que representa la persona que tanto ha amado en vida y que sigue amando después de muerta. El nicho helado y la tierra soleada forman el contraste que define el tema inicial del poema. La amante va a sacar de su nicho los huesos helados del amado y los va llevar a la tierra llena de sol. El sol y la tierra asoleada son los dos testigos mudos de esta escena. Fueron los hombres los que hicieron desaparecer el cuerpo muerto del amado. Y es una mujer la que promete “resucitarlo”. La poeta tiene ya armado el escenario y puestos en escena a los personajes para la poetización del más hermoso argumento, el amor.

Los dos versos siguientes completan la introducción. Es un poco inusitado que haya alguien que hable a un muerto. El poeta no está obligado a sujetarse a ningún canon de costumbres. Le dice al amado algo que suena como un secreto íntimamente guardado:

Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
Y que *hemos de soñar* sobre la misma almohada.

Continúa hablando en futuro, pero emplea una forma que destaca una especie de compromiso o destino fatal. El dormirse ella en la tierra humilde y soleada no es simplemente cerrar los ojos y perder el uso de los sentidos. La autora habla de soñar ambos sobre la misma almohada del muerto, o sea sugiere que ambos han de estar juntos, o que ambos han de estar muertos. Pero no dice cómo ha de morir la visitante. Guarda este secreto para que el lector intente adivinarlo. Además, el soñar ambos

sobre la misma almohada es la manifestación de la estrecha intimidad en que se sentirán los dos durmientes después de la muerte. La poeta habla en términos claros para ambos amantes, pero oscuros para el que lea estos versos hechos con la franqueza de una conversación ordinaria. Hay que tener en cuenta la intención del poeta cuando corre un velo sobre las intenciones que mueven a la amante. Cuando dice que los hombres, los sepultureros, no han de saber que ella ha de dormirse en la tierra, está diciendo algo así como que ella ha de morir sin que nadie lo sepa, con el fin de estar con el amado para siempre.

Los cuatro versos anteriores constituyen la primera estrofa del primer soneto. En ella la acción se tiene lugar en un ambiente único, con dos actores, uno muerto y una persona viva. Esta pareja supone la unidad latente entre la amante y el amado. El poeta establece la unidad narrativa y semántica entre el amor y la muerte. Esta unidad constituye el sema primordial del poema, como aparecerá más adelante. Hay otra unidad narrativa y semántica formada por la pareja amor-muerte. La muerte ha condenado al amante a la frialdad de un nicho solitario, en la soledad de un cementerio, hasta que todos olviden al amado que fue infiel a sus promesas. Una lectura más a fondo revela que el amor supone luz/intimidad/fervor. La amante quiere llevar a su amado a la tierra del sol, para hablar con intimidad. La muerte, por el contrario, lleva consigo frialdad/soledad/olvido.

Las dos palabras *misma almohada* forman un clasma que equivale a un lexema de sentido ambiguo: se puede entender como una referencia a la intimidad entre dos personas muertas o a un matrimonio entre muertos. El lector ha de escoger la interpretación que le parezca más pertinente.

En el segundo cuarteto aparece un nuevo microuniverso en el cual la tierra humilde y soleada del primer microuniverso poético se transforma en cuna. La visitante aparece como una madre que acostará al hijo dormido. Gabriela despliega su sensibilidad femenina en los detalles de una escena familiar:

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo *dormido*,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

La dulzura de la madre que acuesta al hijo y la suavidad de cuna de la tierra que recibirá el cuerpo del muerto, presentado en esta estrofa como un nene dormido, llevan a reconocer una cierta metamorfosis semántica.

Por otra parte, la expresión *hijo dormido* tiene un sentido metonímico. La tierra que adquiere suavidades de cuna extiende la metonimia a la tierra convertida en cuna para que la madre humilde acueste en ella a su hijo dormido. Dormido y dormir, son metáforas que apelan a la muerte, el sueño eterno. Las rimas, dorm-ido y dolor-ido, tienen también sentidos correferentes. En el léxico de Gabriela Mistral *soñar* se toma a veces en el sentido de estar muerto. El término dolorido se refiere al estado de dolor permanente causado por un golpe. En el texto la poeta habla en confianza con su lector ausente y evita decirle en este punto que su amado está muerto desde hace tiempo:

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

En el primero de los tercetos la autora hace la promesa de esparcir tierra en polvo y polvo de rosas sobre los amados despojos. El efecto que produce este espolvorear es elevar esos restos al nivel de lo sagrado. El polvo azulado y el polvo leve de la luna están en el cielo. Hay otra lectura para entender este texto. La tierra en polvo, mezclada con polvo de rosas, se convierte en una imaginaria polvareda de luna que se lleva presos por el espacio azulado los huesos del amado, convertidos en livianos y sagrados despojos.

Me alejaré cantando mis *venganzas hermosas*,
porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
¡bajará a disputarme tu puñado de huesos!

En el último terceto del primer soneto la poeta confiesa que su deseo de llevar los despojos del amado a los espacios selénicos obedece a su afán de que ninguna rival pueda disputárselo. Habla como mujer enamorada que defiende hasta más allá de la muerte la posesión de su amado: en la profundidad del espacio están bien guardados los huesos de ese único hombre que ella amaba y sigue amando. Por eso exclama que su venganza es hermosa. Las últimas palabras de este soneto cierran la primera parte del diálogo con un amado muerto. La que ama es ella. La que es capaz de defender su derecho a amar hasta después de la muerte es también ella.

En el primero de *Los sonetos de la muerte* aparece la narradora de una historia imaginada y localizada en un cementerio. En el primer cuarteto del segundo soneto la autora lleva al lector a un microuniverso de soledad y depresión. Empieza con la experiencia de una especie de dolor del mundo.

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que *no quiere seguir*
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres contentos de vivir.

El lexema complejo, *no quiere seguir*, tiene como causa el *largo cansancio* que hace imposible el pequeño universo de esta estrofa, en el cual el alma dice que no arrastra más la masa del cuerpo por el camino por donde van los hombres contentos de vivir. Dicho de otro modo, el alma le dice al cuerpo que se quiere separar de él, o sea que quiere dejarlo morir. El alma es la que mueve el miniuniverso de la rosada vía, que la tiene cansada por ir arrastrando la masa de un cuerpo que quiere ser feliz con los hombres contentos de vivir. Es posible encontrar, siguiendo el esquema de Culler, los actantes de esta escena:

- >El que actúa: *largo cansancio*
- >El objeto: *el no querer seguir*
- >El destinatario: *el cuerpo*
- >El ayudante: *arrastrando su masa*
- >El sujeto: *el alma*
- >La oposición: *los hombres felices*

En el segundo cuarteto aparecen los presentimientos expresados en el primero. Pero notemos que los verbos están en futuro, o sea son producto de la imaginación: *sentirás, esperaré, hablaremos, hará, sentirás*. En estas dos estrofas la poeta introduce la isotopía de un diálogo entre la amante y el amado, juntos después de muertos. Cuando cesan todos los ruidos, conversan por toda una eternidad revelándose las verdades que se ocultaron durante su vida.

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que *otra dormida* llega a la quieta ciudad.

Esperaré a que me hayan cubierto totalmente...
iy después hablaremos por una eternidad!

La otra dormida que llega a la quieta ciudad es otra muerta que llevan al cementerio los sepultureros. El uso de *dormida* en el sentido de muerta se justifica porque ambos sujetos tienen caracteres comunes. Una persona dormida es igual a una persona muerta. Ambos tienen los ojos cerrados y permanecen inmóviles. Y también presentan elementos propios de cada una, como la persona muerta no habla, la persona dormida puede despertarse y hablar. El uso de *otra dormida* puede tomarse en casi como una broma macabra: la dormida puede tener los ojos cerrados y permanecer inmóvil hasta que la lleven al cementerio. La colocan en un nicho por equivocación. La *quieta ciudad*, en lenguaje poético, es otra metáfora que se justifica por la misma razón. Estamos ante la presencia de dos componentes, uno propio de la ciudad, lugar donde los hombres hacen sus negocios, y otro característico de los cementerios, lugar donde reposan los restos de los muertos. En la lectura ordinaria el sentido sigue la segunda característica. El amado muerto no sentirá cavar la tierra. Pero en la quieta ciudad de los muertos nadie ve llegar a otro u otra dormida. Para los dos amantes la mejor oportunidad para hablar a solas de su pasado es estar muertos.

Sólo entonces sabrás el porqué, *no madura*
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Esta estrofa contiene un inesperado juego de tiempos verbales. La expresión *Sólo entonces* pone la acción de saber en un futuro condicional que se completa con otro condicional posterior; que madure su carne para estar en las hondas huesas. De ese entonces temporal depende el “tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir”. Dada esta condición, el amado podrá dormir, o sea morir, sin fatiga. El amante, sin embargo, no sabe el último porqué de su situación actual. La autora se lo dice después de dar la razón de la tardanza en una frase intercalada abruptamente: tu carne no estaba madura todavía para estar callada en una honda sepultura. Es extraño este juego verbal entre quien se supone que está muerta y habla como quien está viva para dar la razón por la cual el amado está muerto.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura,
Sabrás que en nuestra alianza *signo de astros* había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

Donde se hará luz es precisamente en la zona oscura de los destinos de los hombres. La amante afirma que saldrán a la luz esos secretos inviolables. Solamente aquí y ahora el amado sabrá de boca de su amante que en el compromiso de alianza de los dos había un signo escrito por los astros en el cielo. La amante y su amado juraron amarse para siempre. Este fue el pacto enorme. Es ya hora de que el amado reconozca que ha violado ese pacto sagrado. Por esta sola causa tenía que morir.

En el tercer soneto hay un cambio de tiempo y de lugar. Pasa del tiempo de la imaginación, al tiempo de la realidad. En la primera estrofa la amante habla en confianza con su amado para mostrarle que los falsos amigos, los de malas manos, se han apoderado de su vida. Le recuerda el pasado cuando salió de la inocencia, *plantel nevado de azucenas*, y se fue al encuentro de la vida arriesgada. Es la amarga revelación de lo que le ha sucedido al joven después de haberse comprometido con su amada. Los de *malas manos* se lo llevaron cuando *en gozo florecía*. Es notable el cambio de tratamiento en esta estrofa. Primero trata a su amado de tú. Al final le dirige la palabra en un enigmático él:

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él.

Ante esta situación desgarradora, a la amante le queda solamente el recurso de pedir ayuda al Señor. Le implora que arranque a su *sombra amada* de las manos de los que se lo llevan por una senda por donde ellos no saben guiar a nadie. La metáfora *sombra amada* contrasta con la luz que se ha hecho sobre los destinos humanos, como vimos en el soneto anterior. Estas expresiones muestran el sentido y la significación de la tragedia del amado. No le queda sino resignarse a lo que pueda suceder. Ciega por el dolor, recurre a una atrevida hipótesis: si de ningún modo puede arrancar a su amado de las manos fatales, el Señor de la vida y de la muerte tendrá que hundir a la *sombra amada* en el largo sueño de la muerte:

Yo le dije al Señor: Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o lo hundes en el largo sueño que sabes dar!

Tampoco este recurso parece efectivo. En el terceto que sigue, la amante desesperada se hace otra vez presente exclamando que no le puede gritar a su amado, ni le puede seguir. El amado se aleja ciegamente de ella. Es un barco empujado por el huracán que hace sucumbir inexorablemente al amado en el abismo oscuro de la nada. Para describir este último paso el poeta emplea una petición imperativa dirigida al Señor. Primero le pide que lo retorne a sus brazos. Si ella no lo retiene, el Señor tendrá que segararlo en flor como los segadores siegan las espigas podridas:

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un viento negro de tempestad.
Retórnalo a mis brazos a mis brazos, o le siegan en flor.

En el último terceto, la amante vuelve al pasado para decir que la vida feliz del que ella tanto amaba se acabó como se ter-

mina el viaje de un barco que se detiene en alta mar. Para poner al vivo el contraste final, la autora designa la vida del amado con la metáfora *la barca rosa*. La barca de la felicidad desaparece en las sombras de la noche. El clasma *viento negro de tempestad* designa la tragedia suprema de una muerte solitaria. *Se detuvo la barca rosa de su vivir* es la isotopía que pinta la muerte trágica de una persona amada. La poeta habla en un lenguaje en clave. Con esa metáfora en boca de la amante, la poeta da a entender que el amado nunca retornará a sus brazos. Desde este escenario trágico se salta al presente. Constata los hechos reales puestos como signos de la vida y de la muerte. Se pregunta a sí misma si acaso ella no sabe todo lo que significa amar, o si al menos tuvo piedad del amado. Nadie le responde. Está sola, ante un nicho, en un cementerio solitario. Como toque final, ella misma se da la respuesta diciendo: “Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor”. Por encima de todas las tragedias del amor y de la muerte, Dios sabe los insondables secretos del amor y juzgará a sus hijos con el amor más grande:

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

El universo imaginativo de este poema se compone de tres microuniversos que giran en torno del amor. En el primero, la amante quiere convertir el mundo helado de la muerte en el mundo “soleado” del amor que triunfa de sus rivales internando los restos de su amor en la tierra soleada. En el segundo, situado en el mundo de la muerte, la amante dialoga con su amado para recordarle que los dos han jurado ante los astros del cielo amarse hasta más allá de la muerte. Por haber roto este pacto, el amado ha tenido que morir. En el último microuniverso, la amante pide al Señor que le devuelva el amado a sus brazos. En cada uno de estos *microuniversos* la actante es la misma, pero los rivales son distintos. Al principio son las amantes del mismo joven. Al final, son las *malas manos* que no saben guiar a nadie y lo hacen perecer.

La gran isotopía del poema es el amor. En el primer soneto, el amor tiene la dulcedumbre de una madre que lleva a la

cuna a su hijo dormido. También es el amor lo único capaz de obligar a la tierra a hacerse suavidades de cuna. En el segundo soneto el amor se manifiesta en hacer hablar de amor por toda la eternidad a los dos amantes. En ese diálogo la amante le recuerda al amado la promesa que hicieron los dos de amarse por toda la eternidad. El ha roto ese pacto y por eso ha tenido una muerte prematura. En el tercer soneto la amante le pide al Señor que le devuelva su *sombra amada* que los hombres de malas manos le han hecho morir. El Señor permanece en silencio. El amado se muere. La amante se pregunta si acaso ella no sabe lo que es el amor. Y se responde a sí misma diciendo que el Señor es el único que comprende todo lo que es amar.

Otra isotopía que se adivina en casi todos los versos del poema es la muerte. El dormirse sobre la misma almohada del muerto es estar muerto. Lo que los hombres depositan en el nicho es el cuerpo de un joven muerto. El largo sueño que el Señor da es morir.

Un clasema interesante es el de *signo de astros* que aparece en el cielo mientras los dos amantes se prometen amor hasta la muerte. Una *señal de astros* aparece el día en que el amado rompe el pacto de amor. Ese signo o señal que los astros forman en el cielo, y que la poeta evoca en el momento decisivo para los dos amantes, es un salto hacia la inmanencia del poema. Por encima del influjo de los astros no está sino el poder del Señor.

En estos ejemplos el sema *dormir* aparece formando clasemas: *he de dormirme* en la tierra humilde y soleada; *el niño dormido* que la madre pone en la cuna; *otra dormida* que llega a la quieta ciudad; *tuviste que bajar sin fatiga a dormir*. En conclusión, en *Los sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral la expresión lingüística equivalente a este semema es el lexema *morir*. La misma equivalencia tiene el lexema *sueño* en *el largo sueño que sueles dar* que aparece en el segundo cuarteto del tercer soneto. En el segundo terceto del segundo soneto se emplea, en cambio, el verbo *morir* en sentido propio. Es decir, que la oposición de la muerte y la vida es la estructura inmanente del poema. Solo el amor puede romper este cerco.

Otro ejemplo típico es *en gozo florecía*. El gozo es un sentimiento propio del ser humano. Por otra parte, el florecer se da en las plantas. El poeta une el sema *gozo* al clasema *florece* para construir una nueva unidad semémica. Al amado lo dominaron las *malas manos*. El gozo que sentía el amado desaparece como desaparece la belleza en las flores secas. *En gozo florecía* constituye el único clasema que en el poema hace sombra a la isotopía del *amor*.

En los clasemas *la rosada vía* y *la barca rosa* se encuentra otro tipo de unidad sémica. El unir *rosada* al lexema *vía* está lejos de ser una construcción natural. Lo mismo sucede con una *barca rosa*. Sin embargo, ambas construcciones apuntan a un mismo sentido; en ambas se insinúa que los jóvenes no saben guiar su barco y se pierden en el mar. El sema *vivir* amalgama las referencias del poema en una isotopía en la que el joven se entrega a una vida peligrosa, a espaldas del amor fiel de la amante, que se declara incapaz de detenerlo.

Siguiendo la definición de Tesnière, adoptada por Greimas, los actantes son las personas o las cosas que participan en un cierto grado en la acción. Con esta idea directriz busquemos los elementos actanciales que aparecen en el texto de *Los sonetos de la muerte*. En el primer soneto sobresale el *yo* de la narradora que anuncia la acción. Es ella la que se expresa en tiempo futuro para decir que bajará del nicho helado al amado, lo acostará en la tierra soleada, lo espolvoreará con polvo de rosas y se alejará cantando sus hermosas venganzas contra sus rivales. En el segundo soneto la amante alterna con el amado. Él sentirá que cavan la tierra briosamente. Ella espera a que la cubran de tierra para cumplir la promesa que hizo de hablar con el amado por una la eternidad. En ese diálogo íntimo él sabrá el porqué tuvo que bajar a dormir/morir y el papel que desempeñan los signos de los astros que también son actantes. Por no haber cumplido el compromiso contraído, el amado tiene que morir cuando todavía es joven. En el tercer soneto figura la acción perversa de los que tomaron en sus manos la vida del amante cuando abandonó su hogar. Ella pide al Señor que arranque a su amado de las manos de sus falsos amigos. Manifiesta que no puede seguirlo ni puede gritarle, porque él no la

oye. Aparece aquí una serie de antiactanciales. Como última instancia, le pide al Señor que le traiga a sus brazos al amado. Pero él ya está lejos. Es como una barca empujada por un huracán en la oscuridad. La barca se detiene de repente. El amado ha muerto. La amante no sigue buscando a su amado. Por último, se pregunta si los que conocen su historia dirán que ella no ha sabido amar, o que no ha tenido piedad por su amado. Este marco actancial termina con una conclusión apocalíptica. Sólo el Señor comprende los secretos del amor humano.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Battistessa, Ángel. *El poeta en su poema*. Buenos Aires: Editorial Nova, 1964.
- Betanzos Palacios, Odón. *Sonetos de la muerte*. Nueva York: Colección Raíz y Verbo, 2000. Prólogo de Estelle Irizarry.
- Blanchard, Marc Eli. *Description: Sign, Self, Desire. Critical Theory in the wake of Semiotics*. The Hague-Paris-New York: Mouton Publishers, 1980.
- Burnshaw, Stanley, ed. *The Poem Itself*. New York-London-Toronto-Sidney-Tokyo: Simon and Shuster, 1981.
- Culler, Jonathan. *Structuralist Poetics Structuralism, Linguistics and the Study of Literature*. London: Routledge and Kegan Paul, 1975.
- Eco, Umberto. *La Struttura assente Introduzione alla ricerca semiológica*. Bompian, Milano: 1968.
- Greimas, Algirdas J. *Semantique Structurale*. Paris: Larrouse, 1966.
- Jiménez, Juan Ramón. *Antología poética*. Vicente Gaos ed., Madrid: Ediciones Cátedra, 1977.
- Lázaro Carreter, Fernando. *Estudios de Poética*. Madrid: Taurus Ediciones, 1976.
- Mistral, Gabriela. *Poesías completas*. Edición definitiva, Madrid: Aguilar, 1968.
- . *Antología de Poesía y Prosa*. Selección y Prólogo de Jaime Quezada, Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Perron, Paul and Danesi, Marcel. *A. J. Greimas and Narrative Cognition*. Toronto: Semiotic Circle, 1993.

Ricoeur, Paul. *The Conflict of Interpretations, Essays in Hermeneutics, Phenomenology and Existential Philosophy*. Evanston: Northwestern University Press, 1974.
Riffaterre, Michael. *Semiotics of Poetry*. Ed. de Thomas A. Sebeok, Bloomington: Indiana University Press, 1978.



© Gerardo Piña-Rosales

...he de dormirme en la tierra humilde y soleada...

**GABRIELA MISTRAL “LA EXTRANJERA”:
LA COMPLEJIDAD POÉTICA DE SU
DESARRAIGO Y PERTENENCIA.**

Luis Alberto Ambroggio

Academia Norteamericana de la Lengua Española

El 11 de enero de 1957 muere en Nueva York, en una de sus tantas residencias en diversos lugares de los Estados Unidos, Gabriela Mistral (Lucila Godoy Alcayaga). Su vida y su poesía habían estado marcadas una itinerancia entre culturas e identidades, un desapego en movimiento, un sujeto extraño en continuo desplazamiento. Ya lo había profetizado en los versos del poema “Extranjera”: “Vivirá entre nosotros ochenta años,/pero siempre será como si llega,/.../ Y va a morir en medio de nosotros,/ en una noche en la que más padezca,/con sólo su destino por almohada,/de una muerte callada y *extranjera*.”. Al contrario de lo que postula Saavedra Molina, el estudio crítico de su poética no puede prescindir de su biografía hecha de pérdidas, desde el paraíso original, a los tres años abandonada por su padre, violada a los siete, expulsada de su escuela a los once, pierde a su madre, a sus amores, a su país, a su niño Yin Yin; desilusiones fuente del asombro que provoca la mirada y el conocimiento, experiencias que la convierten en la desarraigada por antonomasia y también en la “magnífica errante” o la “independiente soberana”.⁶⁹ Es simbólico que tanto su nacimiento literario como su muerte física hayan acaecido en Nueva York.

Nutriéndose del rico corpus de estudios críticos mistralianos, este ensayo se concentra en analizar no sólo el texto del poema arriba mencionado, sino también su contexto con las características complejas del sentimiento de extranjería de Gabriela Mistral en el mapa autobiográfico de sus experiencias como mujer, como poeta, su ontología viajera, con destierros y

⁶⁹ Waldemar Verdugo, “Gabriela Mistral y los maestros de México”, en <http://www.letras.s5.com/gm230905.htm>.

estadías en diferentes pueblos y ciudades de Chile y muchos otros países, su muerte y vivencia póstuma con esa transgresión pasional, dolor y experiencia vivencial de un desarraigo y pertenencia en pugna, en su patria poética. Son referentes además en este estudio su poema “País de la ausencia” (también de su poemario *Tala*, 1938) y su libro póstumo *Poema de Chile*.

En mi artículo “El exilio como condición poética”⁷⁰ afirmaba que ser poeta es estar lejos, lejos incluso de uno mismo, como si el poeta —por definición y condicionamiento de su ser— fuese un perenne extranjero, llevando un exilio a cuestas, o mejor dicho, adentro: “...Yo andaba por el mundo./ Mi casa fueron mis palabras. Mi tumba el aire” (Octavio Paz), o en los versos de César Vallejo “¡Alejarse! ¡Quedarse! ¡Volver! ¡Partir! / Toda la mecánica social cabe en estas palabras!”. También en el sentido del título del libro de Julia Kristeva *Extranjeros en nosotros mismos*⁷¹.

Se trata de una concepción y acepción amplia del término “exilio” y “extranjería”, a partir de sus etimologías (“exulare”, salir de lo propio o “ex solum” según la cuestionada etimología de Massimo Cacciari⁷²) y de “extranjería” (*estrangier*, extraño, fuera de la homogeneidad de la familia, de una nación, diferente, forastero con sentido de separación, diferencia, alienación, peregrinaje y vagabundez).⁷³ Implica no sólo el aspecto político, sino también el socio-económico, profesional, personal, psicológico, entre otros, una experiencia de algún modo forzada; el rechazo, el perenne movimiento desapegado, la inadaptación, la expulsión, el autoexilio, la amplitud de modalidades que abarca la idea de “irse de” y “vivir en” un lugar fuera del que conforma la identidad primaria del poeta con la dicotomía, la

⁷⁰Luis Alberto Ambroggio, *Poemas desterrados* (Buenos Aires: Alicia Gallegos Ed., 1995).

⁷¹ Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1991.

⁷² Massimo Cacciari, “La paradoja del extranjero”, en *Archipiélago*, pp. 26-27, Madrid, 1996, p. 19.

⁷³ Ver la conferencia de apertura del seminario “¿Qué es el Extranjero?” por Pierre Stanislas Lagarde en <http://www.psf-esp.com/spip.php?article25>.

dualidad experimentada, entre “lo/s de acá” y “lo/s de allá” y el perenne sentido de extrañamiento. Todo en una personalización compleja de la identidad, que se entiende como identificación (igualdad) y diferenciación, en el contexto del vínculo de integraciones parcial (individuación), integración temporal (mismidad) e integración social (pertenencia), conforme a la categorización de León Grinberg⁷⁴ o a los modelos antropológicos resumidos por Robbins: identidad en equilibrio (*the identity health model*), identidad interactiva (*the identity inteaction model*) e identidad como cosmovisión (*the identity world-view model*).⁷⁵

Dentro de este discurso, “La extranjera” es un poema que condensa y magnifica el sentimiento de Gabriela Mistral como ser de ninguna parte. Susana Munnich Busch, en su estudio sobre este poema, concluye: “Como dijo muchas veces Nietzsche, para los hombres de la modernidad tardía todos los puentes se han roto y sólo un loco, que cree en lo imposible podría imaginar que se pueden reconstruir. Igual que a muchos individuos de fines del siglo pasado y de mediados del XX, a la extranjera el mundo entero se le ha transformado en un lugar extraño, temible, donde la pertenencia se ha reducido a utopía”.⁷⁶

El poema y su contexto

La Extranjera

“Habla con deajo de sus mares bárbaros,
con no sé qué algas y no sé que arenas;
reza oración a dios sin bulto ni peso,
envejecida como si muriera.
Ese huerto nuestro que nos hizo extraño,
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.

⁷⁴ León Grimberg, *Teoría de la identificación* (Madrid: Tecnipublicaciones, 1985).

⁷⁵ R.H. Robbins, “Identity, culture and behavior”, *Handbook of social and cultural anthropology*, Chicago: Rand McNally and Co., 1973.

⁷⁶ Susana Munnich Busch, “La extranjera”, en <http://cabierta.uchile.cl/revista/7/extranjera.htm>

Alienta del resuello del desierto
y ha amado con pasión de que blanquea,
que nunca cuenta y que si nos contase
sería como el mapa de otra estrella.

Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden sólo bestezuelas.
Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y *extranjera*".

Auspiciado por Victoria Ocampo, se publica en 1938, fuera del país natal de la poeta, dentro del poemario *Tala*, dedicado a su íntima amiga Palma Guillén y cuyas ganancias dona para ayudar a niños vascos huérfanos a raíz de la Guerra Civil Española. Dedicado a su amigo, el traductor francés Francis de Miomandre, aparece en la sección titulada Saudade, y llama la atención que esté entre comillas, hecho que la misma poeta explica en sus "Notas" diciendo que la poesía entrecomillada "pertenece al orden que podría llamarse *La garganta prestada*... A alguno que rehuía en la conversación su confesión o su anécdota, se le cedió filialmente la garganta".⁷⁷ Estrategia para poder decir lo no dicho desde una posición de alteridad, de observadora.

El marco anecdótico en el que surgen estos versos y su título aluden al rechazo por parte de algunas maestras y escritores mexicanos, al hecho de que Vasconcelos hubiera llamado a una "extranjera" (como si fuera su apodo) a trabajar en México y a la ola xenófoba de ataques cuando se le puso el nombre de Gabriela Mistral a una nueva Escuela Hogar, con su estatua esculpida por Ignacio Asúnsolo, con comentarios como "—...¿Qué venía a enseñar, que no supiéramos ya, esa 'extranje-

⁷⁷ En *Tala* (Buenos Aires: Ed. Losada, 2003) p. 159.

ra'?”; al enterarse Gabriela Mistral de esta oposición, desairada y llena de dolor, decidió marcharse en el acto.⁷⁸

Con endecasílabos clásicos y selectos elementos retóricos, Gabriela Mistral opta por parapetarse en el distanciamiento de una persona poética femenina para expresar, entre otras cosas, su experiencia y, paradójicamente, su orgullo en el complejo fenómeno de la enajenación cultural y personal. Maneja su misterio en tercera persona, incorporando la otredad en voces emblemáticas, múltiples y extrañas que “constituyen posibles identidades en el exilio”, escribe Bernardita Llanos.⁷⁹ El primer verso con el epíteto “bárbaro” (relacionado con su lenguaje y territorio) nos remite polisémicamente a los conceptos de otredad, de incultura, de falta de civilización y modernidad. Los versos segundo y tercero recalcan esta dicotomía extranjería/pertenencia utilizando referentes topográficos y religiosos, con un cuarto verso que expresa el dolor agónico del desarraigo, desentendimiento. En los versos siguientes (5-10) reacciona con símbolos de aferramiento: a una fauna familiar, a la pasión de sus amores (rojos o blancos, ¿qué importa?), que configuran interiormente su universo ideal, celestial, independientemente de lo se diga. En los versos siguientes (11 al 18) se reafirma con orgullo e independencia, hasta atreverse a delinear su futuro, deletreando sus características: una vida larga, siendo de aquí y allá, pero en continuo movimiento, sin estancarse, con la centralidad y modalidad del habla que entenderán las criaturas (como a Francisco de Asís; los humildes, los menos aventajados de su preferencia). En el verso 15 proclama que “morirá en medio de nosotros” (deseo de compañía frente a ausencias y soledades; o soledad a pesar de la inevitable compañía superficial), con el padecimiento y dolor profundo que es oscuridad, rematando en el verso 18 su condición ontológica de extranjera hasta en la muerte. Desenfado, desafío, aserción en lo que se es, en

⁷⁸ Lo cuenta detalladamente Palma Guillén de Nicolau en su Prólogo a *Lectura para mujeres*, Gabriela Mistral compiladora (México: Ed. Porrúa, 1988) pp. ix-x.

⁷⁹ En el artículo “Más allá de la ciudad letrada, escritoras de nuestra América. Edición del retorno y sus fantasmas: ‘Tala’ y la patria de Mistral”, *Cyber Humanitatis*, 22 (otoño 2002).

este difícil paso por la vida con tanta desolación, cuestionamientos, rechazos, triunfos, amores, desamores, injusticias, posibilidades, muerte, vividos y expresados todos con la transgresora libertad de la pasión.

La complejidad de su extranjería

La extranjería de Gabriela Mistral conlleva una marcada y peculiar complejidad conformada por su múltiple y continua trasegar entre culturas, identidades, aspectos socio-políticos y psicológicos, basados en sus experiencias de vida, con un sentido de complicados extrañamientos, rechazos, desplazamientos, enajenaciones, nostalgias, escape del entrampamiento y libertad de poetizar su patria chica.

En los primeros versos del poema “La extranjera”, el vocablo “bárbaro” sitúa la extrañeza de la protagonista en una dicotomía entre las culturas primigenias (indígenas, bíblicas) y la del contexto en que está transterrada. La extrañeza ante la cultura de la “barbarie” y la cultura de la “civilización” está presentes, con toda su carga subversiva, en la cosmovisión mistraliana.

Otro aspecto de su extranjería, presente en este poema y en otros de *Tala*, se relaciona con la ruptura de ciertos límites sociales o convencionales, como pueden ser las relaciones amorosas fuera de la moral occidental católica, o fuera de su contexto heterosexual. Además de su desafío al patriarcado y al machismo, los versos 7 al 10 del poema, han sido interpretados, por ejemplo por Eliana Ortega⁸⁰, como cultores de una ética-estética femenil, de diferencia sexual, en el que se alude a una posible relación de amada-amante, sin ceñirse a la convención

⁸⁰ En el artículo: “Otras palabras aprender no quiso”: la diferencia mistraliana”, *Revista Nomadías*, 3, Santiago de Chile, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Programa de Género y Cultura, Ed. Cuarto Propio: 1998, pp. 38-43, y en el artículo “Amada Amante. Discurso femenil de Gabriela Mistral”, en *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*. Ed. Regina Rodríguez. ISIS Internacional, Casa de la Mujer, La Morada, Santiago de Chile: 1989. pp. 41-45.

de la heterosexualidad, más allá de la referencia a su intensa vida erótica, como mujer soltera e independiente, en la realización de sus amores pasionales y carnales (como fueron con Alfredo Videla Pineda, Romelio Ureta —que se suicidó—, el distinguido joven Magallanes Moureé, con el escritor mexicano José Vasconcelos¹³, y otros). Son irrelevantes para el propósito de este artículo que ni el tema del hijo (“sobrino adoptivo”) ni el de su mentado lesbianismo se hayan podido o no verificar.⁸¹ La mera posibilidad de estos diferentes puntos de vista con respecto a la poeta indica su apertura a una ruptura de límites semejante a la que protagonizaron las poetas chicanas en su traspaso de fronteras en cuanto al desmantelamiento del discurso binario (fronterizo) del patriarcado tradicional.

Finalmente, el aspecto territorial, acaso el más obvio de su extranjería. Su vida fue un constante deambular por un mundo extraño, irreal y, a veces, hostil. Ya decía Octavio Paz que “la poesía es el alimento de los desterrados y disidentes del mundo burgués”. Sus acciones, múltiples voces y sueños despojados de extranjera provienen de ese continuo movimiento que marcó su vida. Este desarraigo se refleja en el poema “La extranjera” a través de la disglósia lingüística y las disasociaciones del signo poético, típico de este tipo de experiencia. La poeta vive desplazándose: emigra de su ambiente rural, se autoexilia de su país natal (35 de sus 67 años los pasó fuera de Chile), se mueve como maestra en diez ciudades chilenas diferentes, reside en numerosas partes del mundo (México, Italia, Portugal, España, Francia, Estados Unidos, Brasil, incluidas las doce ciudades donde encabeza el consulado de su país, pero con una actitud de expatriada y “desasida”), para contrarrestar lo cual crea su propio imaginario y patria poéticas, como veremos en los apartados siguientes, aferrándose con nostalgia a sus raíces americanas y a Chile, el país de sus sueños.

Por cuanto Gabriela Mistral elige continuamente el exilio, como sujeto moderno, cosmopolita, errante, en estado de des-

⁸¹ Se discuten exhaustivamente estos temas en el libro de Susana Munnich, *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora* (Santiago de Chile: Editorial LOM, 2005).

aliento, asombro o ensueño, se aplica muy bien lo que Kristeva afirma, de estar “siempre ausente, siempre inaccesible para todos”, aferrándose “fieramente a lo que le falta, a la ausencia, a algún símbolo”⁸²

Dentro de estos parámetros, el discurso y la lírica mistraliana es en todo caso un discurso de resistencia, enfrentado a la alienación impuesta por el orden social y sus diversas implementaciones identitarias (nacional, de género, de clase, de raza, de tradiciones, convenciones en la formación del “ego”).

Extranjería e identidad

En medio de esta vida de extranjería, no resulta fácil delinear las pautas identitarias de Gabriela Mistral; la identidad entendida como identificación (igualdad) y diferenciación (alteridad), adaptando al caso complicado de la personalidad nómada mistraliana los antes mencionados modelos de Robbins y Ginsberg.

La individualidad, el equilibrio, su mismidad, Gabriela Mistral las derivaba de la combinación dialógica entre el apego y el desapego en el conjunto de sus configuraciones en su identidad femenina de raíz rural y religiosa y su errante extranjería con sus desvalores y traumas. Construye su identidad como mujer, como educadora y ser social, como chilena y expatriada, de un modo relacional, abierto e irreversible. Por ello, no hay conflicto entre la multiplicidad de intensas emociones y francas objetivaciones. “De Chile, ni decir”⁸³ y, sin embargo, el retorno lúdico a la geografía de la madre tierra, mejor aún a su patria chica, su lugar de nacimiento, en el huerto que cultiva en “La extranjera” y el *Poema de Chile* reflejan una tensión interna que marca a la vez un retorno y un cuestionamiento poético de cómo se concibe la identidad nacional. Vuelve, como dice Grínor Rojo, a la Matria : “un Chile que no es el del Padre (pa-

⁸² En *Extranjeros en nosotros mismos* (Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1991).

⁸³ *Bendita mi lengua sea: diario íntimo de Gabriela Mistral (1905-1956)* (Santiago de Chile: Planeta, Ariel, 2002). Contiene el Cuaderno de California (1946-1947).

tria), sino el de la Madre... Idea que se relaciona con la lectura de Patricio Marchant en *Sobre árboles y madres* (1984), texto en el que —siguiendo teorías psicoanalíticas— se interpreta la poesía de Mistral como manifestación del reconocimiento latente de una realidad originaria: la falta de madre, la pérdida de la Unidad Dual que el ser humano intenta recuperar a través del instinto filial.

Por una parte, Chile, ese “país de la ausencia, país extraño” que nunca abandona del todo a pesar de afirmar “*Patria y nombre te devuelvo, / para fundirte el olvido, / antes de hacerte dormir / con tu sueño y con el mío*”. Y en el *Cuaderno de California* escribe: “Quiero morir en paz en este destierro que parece enteramente voluntario, pero que no lo es”⁸⁴. Así en su misma voluntad de ser, en el carácter nomádico de su personalidad, combina la relación con el Otro en ella/ Otros/Otras, en un diálogo interno con sus propias vivencias plurales que conforman paradójicamente la identidad o identidades mistralianas a lo largo de su vida. Es curioso cómo Gabriela Mistral maneja esta complejidad indefinible, esta combinación ambigua de influencias más allá de los paradigmas como factores esenciales en su identidad y cosmovisión que contrasta con el binarismo occidental: “Yo no soy de esos dualistas y el dualismo en muchas cosas me parece herejía”.⁸⁵

Pero desde esa identidad de huérfana, como en todo proceso de extrañamiento, de extrañeza, de extranjería, de desarraigo, hay siempre un aferramiento a las raíces, expresado en nostalgias, deseos, idealizaciones. De allí que los temas de extranjería y búsqueda de la identidad configuren un proceso dialéctico. Este encuentro y rechazo, de apego y desapego de la patria —como la provocada por el trauma del abandono— ilusturan los poemas “País de la ausencia” de *Tala* y su poemario póstumo *Poema de Chile*, que creó a lo largo de los últimos

⁸⁴ En Jaime Quezada, op. cit., *Cuaderno de California (1946-1947)*.

⁸⁵ *La Lengua de Martí* (La Habana: Secretaría de Educación, 1932), citado por Luis de Arrigoitia, *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral* (Río Piedras, Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989) p.99.

veinte años de vida errabunda. En estos poemas, sobre todo en el *Poema a Chile*, la poeta abraza a la vez que se enfrenta a Chile. Sus sentimientos frente a la patria permanecen ambivalentes: por eso morirá “callada y extranjera”. Así lo apunta Adriana Valdés: “Me gustaría leer con detención *Tala* [...] no como el establecimiento de una identidad poética determinada, sino como el campo de batalla de varias; como el titubeo; como la oscilación de la identidad”.⁸⁶

Y, sin embargo, en medio de esta situación compleja de intersecciones identitarias, observamos que Gabriela Mistral no abjuró nunca de su panamericanismo, de su subjetividad mestiza latinoamericana, de su andinidad (“Andina Gabriela”, la bautiza Cecilia Vicuña⁸⁷), de su amor por el habla, por la lengua-madre, el español. “Ciudadana de las Américas” la llama el poeta Jaime Quezada Ruiz, recordando que ella misma se definía a menudo como “una mujer de acérrima lengua Americana en la tonada criolla que es mi poesía”. A este tenor, Quezada Ruiz nos recuerda también que la Academia Sueca, al otorgarle el Premio Nobel de Literatura, declaró que la poesía de Gabriela Mistral había “hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.⁸⁸ Es muy relevante, en este sentido, la centralidad del apartado “América” en su poemario *Tala*, con sus poemas “Sol de Trópico” y “Cordillera” y los dos Himnos anexos: Al Maíz y al Mar Caribe (inspirado este último en Puerto Rico, pero que menciona a la máxima divinidad quechua). De hecho privilegió siempre a este poemario porque a su juicio allí había expresado la raíz de lo “indo-americano” con la que se identificaba. En fin, nada mejor que sus propias palabras para definirla: “Ya sabe Ud. cómo me importa la raza indo-española de punta a cabo. Ya sabe cómo el mapa de nuestra América es para mí una cosa de carne, y no un

⁸⁶ “Identidades tráfugas (Lectura de Tala)” en *Una palabra cómplice: Encuentro con Gabriela Mistral*. Ed. Regina Rodríguez (Santiago de Chile: Isis-La Morada, 1990).

⁸⁷ “Andina Gabriela” en *Una palabra cómplice: Encuentro con Gabriela Mistral*.

⁸⁸ En *Bendita mi lengua sea: diario íntimo de Gabriela Mistral (1905-1956)*.

cartón ni una geología. Hay muchas flaquezas, muchas confusiones y muchas miserias en nuestra sangre tendida a lo largo de un Continente; pero ¿quién dice todo el bien latente, la sensibilidad maravillosa que Dios nos dio, las posibilidades inmensas de nuestro mestizaje cuando se discipline y se oriente la generosidad de una parte, la inteligencia de otra, que hasta el extraño nos nota? Siento un orgullo vivo e intenso de ser de donde soy, de hablar español, de cargar con mi raza mestiza a cuestas, y de saber que el éxito definitivo de nuestra América es cosa de un siglo más, tan seguro como nuestro sol y nuestras estaciones”.⁸⁹ Palabras que corrobora Palma Guillén: “Había bebido el espíritu de la raza nuestra en los grandes escritores de América —en Bolívar, en Sarmiento, en Rodó, en Martí— y era una hispanoamericana (ella que venía de la tierra que hizo suyo al venezolano Bello) al mismo tiempo que una chilena cabal, es decir, que creía en la unidad esencial de la América Latina y la sentía no sólo en la Historia y en la lengua, sino también en la sangre y en la tierra que nos liga y nos identifica”.⁹⁰

Desde el exilio original: deseo de patria y vivencia póstuma recuperando el paraíso ideal (de “La extranjera” al *Poema de Chile*).

Insistimos en señalar que Gabriela Mistral, como otros escritores y poetas, crean su poética a partir de pérdidas, en el desarraigo y el aislamiento, en la extrañeza y en el exilio de sí mismos. El filósofo Leszek Kolakowski así lo afirma: “la creación es hija de la inseguridad, de alguna clase de exilio, de la experiencia del lugar perdido”.⁹¹

A partir de esta experiencia como sujeto dinámico, “en fuga”, como “tráns-fuga”, moviéndose siempre, entrecruzando otredades, cruzando y descruzando límites, en ese dejar de ser, para ser, y seguir siendo otra en el mismo ser, en las transformaciones del vivir, Gabriela Mistral comienza a expresar su pa-

⁸⁹ En *Gabriela Mistral íntima*, citada por Luis de Arrigoitia, *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*, p.100.

⁹⁰ En *Lecturas para mujeres. Gabriela Mistral (1922-1924)*.

⁹¹ Citado por Pedro Xavier Solís, *Pablo Antonio Cuadra Itinerario* (Managua: Academia Nicaragüense la Lengua, 2008) p. 161.

tria poética, su rico imaginario, aferrándose a su/s cuerpo/s en un lenguaje a veces profundamente erótico (como en los versos “A ti me vuelvo, a ti me entrego,/ en ti me abro, en ti me baño!”), creando alucinada su paraíso y eventualmente su gloria,⁹² su identidad existencial. Su existencia nomádica, fundamentada en la intensidad, le permite construir libremente, sin ataduras, un nuevo modo de vivir, de sentir, de crear y de relacionarse. Utiliza para esto diversas personas, personajes, máscaras de identidades o proyecciones, como fragmentos que de un modo misterioso constituyen y reconstituyen su todo. Es iluminador vislumbrarlo siquiera en la frágil transparencia de sus textos. Nos encamina con los versos iniciales de *Poema de Chile* (“Hallazgo”), poemario que intenta ordenar conforme a los lugares aludidos de norte a sur hasta su “Despedida”:

Bajé por espacio y aires
y más aires, descendiendo,
sin llamado y con llamada
por la fuerza del deseo,
y a más que yo caminaba
era el descender más recto
y era mi gozo más vivo
y mi adivinar más cierto,
y arribo como la flecha
éste mi segundo cuerpo
en el punto en que comienzan
Patria y Madre que me dieron.
¡Tan feliz que hace la marcha!

Construye entonces esta patria poética, ese conjunto de sostenes personales,⁹³ en su paso o huida por el universo, con el

⁹² Temas desarrollados en el libro de Grínor Rojo *Dirán que está en la gloria... (Mistral)* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1997).

⁹³ Véase la oportuna distinción que hace Susana Munich en su artículo “Deseo de Patria en Gabriela Mistral”, *Revista Signos* 2002, 35 (51-52), pp. 101-117: “Cuando nombramos la patria decimos autoridad, poderes públicos, fuerzas armadas, policía, aparato judicial y legislativo, fiestas patrióticas, escudo, bandera, canción nacional, tradiciones, folclore, historia tal como se la cuenta. En un cierto sentido el país es

poder de una sacerdotisa, acaso con la identidad de la sabia vejez, huyendo del mundo en cuanto puede significar placer y del propio deseo, para superar el sufrimiento del amor en sus pérdidas. Cuenta su patria, como queriendo resolver conflictos y fisuras; reinventa su mundo, su pequeña historia, su espacio interior/inferior al centro (redondez de equilibrio y sexo)/frente del discurso, recorriendo su autobiografía. Dice al respecto Adriana Valdez: “La sibila conquista, con esas privaciones, el dominio de la vida y la comprensión de la muerte. Su proceso de desprendimiento la vuelve ‘salvaje’, ‘solitaria’, y ‘sin miedo’, e increíble para los demás, para el cielo burlón, ‘*que se asombra que haya mujer así sola*’. Y adquiere una movilidad en las constelaciones, un desplazamiento espacial por los territorios del zodíaco; la sibila goza de las compensaciones de las brujas, y paga su precio, la vejez. Sujeto imaginario difícilmente tolerable, decía yo, para la cultura en la que ella producía sus versos habla el duelo transparente de cualquier identidad, habla el fantasma que lo ha perdido todo, hasta a sí mismo, en un juego ‘*de tomar / y de desasir*’, ‘*de patrias y patrias / que tuve y perdí*’. Habla desde el “País de la ausencia”, en que el tiempo transcurrido vuelve fantasmales los lugares, y en el que el cambio de lugares vuelve fantasmal al tiempo: y la identidad aquí ni siquiera se construye como máscara, deja la huella de algo lamentable, de algo que no llega a constituirse a los ojos de los hombres; el puro miedo de Vallejo, del que partimos; la pura ausencia”⁹⁴. Otra lectura también plausible es la de Luis Oyarzún cuando sintetiza: “Ella es la Madre Gea que inventaría —o inventa— un país imaginario —su país—. Es la huerta, el

la relación sensorial con los elementos de la patria. Si hubiese que improvisar una correspondencia entre las nociones de madre y padre con ‘país’ y ‘patria’, diríamos que el primero es madre, mientras que a la segunda la veríamos organizada por el padre. Pienso que el ‘Diccionario de la Real Academia Española’ nos da la razón, pues entiende por país la ‘nación, región, provincia, territorio. Pintura o dibujo que representa cierta extensión de terreno’”. De la patria en cambio dice ‘tierra natal o adoptiva ordenada como nación a la que se siente ligado el ser humano por vínculos jurídicos, históricos, y afectivos’”.

⁹⁴ “Identidades tráfugas (lectura de *Tala*)”, En Raquel Olea y Soledad Fariña, eds. *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*.

jardín humilde de las viejas aldeanas como ella; pero es más huerta que jardín, pues éste ya le parece demasiado lujo... Es el hondón mítico de la tierra, esa Gea permanente que la sobresalta en el amor. Y con ella, fundiéndose ensimismada, vive”.⁹⁵

Hegel se expandió en el análisis de la extranjería intrínseca de la cultura. Nietzsche estableció que somos siempre extranjeros para nosotros mismos. Kristeva, citando las teorías de Freud, afirma que si reconocemos nuestra extranjería no la sufrimos ni la gozaremos fuera de nosotros mismos. Si todos somos extranjeros, no hay extranjeros.⁹⁶ En tal consciencia colectiva, universal, Gabriela Mistral, como ejemplo paradigmático, se puede desprender de la pérdida de su yo e identidad. En el “pasar” fabuloso (ver “Cabalgata”) de su escritura, su lenguaje, sus versos (su verdadera patria) en estos poemas y poemarios, se manifiesta esa consciencia transgresiva⁹⁷ que le permite superar las brechas entre padre/madre, entre hombre/mujer, entre clase dominante/ clases dominadas, entre europeo/indio, cuerpo/no-cuerpo, entre el yo y el otro y los otros de yo, su propia diversidad como sujeto de vida y escritura, con un misterioso centro de equilibrio y de eros. Gabriela Mistral Viaja en ellos por sus referentes espacio-temporales, dentro de las connotaciones negativas y no exenta de excentricidades, tratando de recuperar lo entrañable y en el proceso funda con libertad desafiante un nuevo espacio, de trascendencia corpóreo-espiritual, acaso mítica, donde tanto ella como persona, su alma y el alma de su pueblo se redimen antes de morir y callar en el paraíso universal, en armonía y comunión transterritorial con su extranjería real, sicológica y ontológica.

⁹⁵ *Diario íntimo*, Santiago de Chile, Departamento de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile: 1995, p. 547.

⁹⁶ Julia Kristeva, *Strangers to ourselves*, trad. de Leon S. Roudiez, (New York: Columbia University Press, 1991) p. 192.

⁹⁷ Ver artículo de Elizabeth Horan, “Gabriela Mistral: language is the only homeland”, en *Dream of light and shadow: portraits of Latin American women writers*, ed. de Marjorie Agosin (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995) pp. 119-142.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrigoitia, Luis de. *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*. Río Piedras, Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1989.
- Concha, Jaime. *Gabriela Mistral*. Madrid: Edic. Júcar, 1987.
- Goodchild, Philip. *Deleuze and Guattari. An Introduction to the Politics of Desire*. London: Sage, 1992.
- Guillén, Palma. "Introducción", en *Gabriela Mistral: Desolación-Ternura-Tala-Lagar*. México, Editorial Porrúa, 1981.
- Guzmán, Jorge. Diferencias latinoamericanas (Mistral, Carpenter, García Márquez, Puig). Santiago: Universidad de Chile, 1985. pp. 7-77.
- Horan, Elizabeth. "Gabriela Mistral: Language is the only Home land." En *A Dream of Light and Shadow. Portraits of Latin American Women Writers*. Albuquerque: University of New Mexico, 1995. pp.119-142.
- Kristeva, Julia, *Extranjeros en nosotros mismos*. Barcelona, Plaza Janés Editores, 1991.
- Lasic, Nada y Szumiraj, Elena, eds. *Joyce o la travesía del lenguaje: Psicoanálisis y literatura*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1993.
- Mistral, Gabriela. *Desolación-Ternura-Tala-Lagar*. México, Editorial Porrúa, 1986.
- . *Lecturas para mujeres*. México, Editorial Porrúa, 1980.
- . *Antología*, 8a. Santiago de Chile: Zig-zag, 1982.
- . *Antología de poesía y prosa de Gabriela Mistral* (compilación y prólogo de Jaime Quezada). Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- . *Tala*, Ed. Losada, Buenos Aires: 2003.
- Munnich, Susana, *Gabriela Mistral: Soberbiamente transgresora*. Santiago de Chile: Editorial LOM, 2005.
- Olea, Raquel. "Otra lectura de 'La Otra' en *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*. Santiago de Chile, Isis-La Morada, 1990.
- Ortega, Eliana. "Amada Amante. Discurso femenino de Gabriela Mistral", en *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*. Regina Rodríguez ed. Santiago de Chile: ISIS Internacional, Casa de la Mujer, La Morada, 1989. pp. 41-45.

- Rich, Adrienne. "Motherhood: The Contemporary Emergency and the Quantum Leap", en *On Lies Secrets and Silences: Selected Prose 1966-1978*. New York, Norton & Company, 1979.
- Rojas, Gonzalo. "Recado errante", En *Gabriela Mistral*. Humberto Díaz Casanueva, ed. Veracruz: Universidad Veracruzana, 1980. p. 149.
- Rojo, Grínor. *Dirán que está en la Gloria. (Mistral)*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Taylor, Martin, *Sensibilidad religiosa de Gabriela Mistral*. Madrid: Gredos, 1975.
- Valdés, Adriana. "Identidades tráfugas" en *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*. Regina Rodríguez. Santiago, ed. Santiago de Chile: ISIS Internacional, Casa de la Mujer, La Morada, 1989. pp. 75-85.
- Vicuña, Cecilia. "Andina Gabriela" en *Una palabra cómplice. Encuentro con Gabriela Mistral*. Regina Rodríguez. Santiago: ISIS Internacional, Casa de la Mujer, La Morada, 1989.



© Gerardo Piña-Rosales

GABRIELA MISTRAL: LIRICA TRASHUMANTE

Yara González Montes
Universidad de Hawaii & ANLE

*Tanto quiso olvidar que ya ha olvidado,
tanto quiso mudar que ya no es ella,
tantos bosques y ríos se ha cruzado
que al mar la llevan ya para perderla...*

“La que camina” (*Poesías completas*, 493)

Gabriela Mistral fue sin lugar a dudas una mujer extraordinaria que logró imponerse a su tiempo y seguir un destino singular y único que culmina en el año 1945, cuando la Academia Sueca le otorga, por su poesía lírica, el Premio Nobel de Literatura. A ella le corresponde el orgullo de haber sido el primer escritor de América Latina que recibe dicho galardón.

En 1922 el Instituto de las Españas de Nueva York, por iniciativa de Federico de Onís, profesor de literatura de la Universidad de Columbia, le publica su primer libro, *Desolación*. Su segundo libro, *Ternura*, se publica en Madrid en el año 1924, *Tala*, fue publicado en 1938 en Buenos Aires, *Lagar*, se publica en Santiago de Chile en 1954. *Poema de Chile*, de publicación póstuma, ve la luz diez años después de su muerte (1967).

Con la publicación de *Desolación* comienza Gabriela Mistral una relación singular de atracción y rechazo con los Estados Unidos, que va a extenderse hasta su muerte ocurrida en Nueva York el 10 de enero de 1957.

En 1924, dos años después de la publicación de su primer libro, Gabriela visita Nueva York por vez primera. Se le rinde un homenaje en Washington donde lee un ensayo que titula

Unión cristiana de las Américas, que fue reproducido en varios periódicos de la capital. Es invitada a dar una conferencia en la Universidad de Columbia sobre la Reforma Educacional en México. Esta primera estancia suya en Nueva York es breve. Parte hacia Europa ese mismo año y allá permanece recorriendo diferentes países hasta 1930, año en que regresa a tierra norteamericana invitada por la Universidad de Columbia. Dicta cursos sobre literatura latinoamericana e historia de la civilización hispanoamericana. Ofrece charlas en Middlebury College. A esta época corresponde su conocido ensayo sobre la Estatua de la Libertad, a la que percibe como “una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York”. (Scarpa, 1-5)

En 1931 continúa enseñando en Nueva York y Washington. Ese mismo año es invitada por la Universidad de Puerto Rico para pronunciar el discurso de graduación, que titula *El sentido de la profesión*, en el que, dirigiéndose a los graduados y al público allí presente, afirma: “Amigos, ustedes saben cómo remueve las entrañas volver a escuchar la lengua propia, y qué faena dulce como bañada en la leche materna es la de pensar para su propia carne, cuando se ama bien la propia carne...” (Mistral, citada por Luis de Arrigoitia y Edith Faria, 15). Escribe, además, el *Elogio de la isla de Puerto Rico*, donde declara: “En ninguna parte oí más tierna la santa lengua mía; habiendo vivido entre tantas gentes ninguna me bañó como ésta el corazón de las mieles morales de la casta. Para que yo entendiese hasta donde llega la dulzura del idioma...” (Mistral, citada por Arrigoitia y Faria, p. 43). La autora transpira felicidad por encontrarse en un país hermano.

Es larga la trayectoria de Gabriela en consulados, misiones diplomáticas y culturales. Toda su vida fue un vagabundear de un lado a otro cumpliendo a conciencia con todas las tareas que le encomendaban.

En este ensayo voy a concentrarme primeramente en los tres primeros poemas de su libro *Lagar*, el que constituye el *Prólogo* del mismo, “La otra”, y los dos poemas que forman la sección titulada *Desvarío*: “El reparto” y “Encargo a Blanca”, poemas en mi opinión, sumamente significativos ya que refle-

jan dos elementos fundamentales en su poética: trashumancia y desdoblamiento.

En 1908, en un pueblo de la provincia de Coquimbo, donde había sido trasladada para enseñar en una de sus escuelas, “aparece publicada, en el periódico *El Coquimbo* la poesía: “Del pasado”, firmada por Gabriela Mistral”. (Quezada, *PC*, p. 743) Esta es la primera vez que utiliza este seudónimo, creando un *alter ego* que no va a abandonarla jamás. No se conformó la autora con firmar sus poemas con su nueva identidad, sino que quiso dejarnos constancia literaria de este importante acontecimiento en el poema “La otra”:

Una en mí maté
yo no la amaba.

Era la flor llameando
del cactus de montaña;
aridez y fuego;
nunca se refrescaba.

Piedra y cielo tenía
a pies y espaldas
y no bajaba nunca
a buscar ‘ojos de agua’.

Donde hacía su sies
las hierbas se enroscaban
de aliento de su boca
y brasa de su cara. [...]

La dejé que muriese
robándole mi entraña.
Se acabó como el águila
que no es alimentada.

Sosegó el aletazo,
se dobló, lacia,
y me cayó en la mano
su pavesa acabada.

Por ella todavía
me gimen sus hermanas,
y las gredas del fuego
al pasar me desgarran. [...]

¡Yo la maté. Vosotras
también matadla! (PC, 437-438)

La poeta pretende desvincularse en el poema, de una parte integrante de su personalidad, la que representa la mujer apasionada de habla recia donde aspereza y pasión conviven, aquella parte de sí misma que no se doblega. Se apresura, sin embargo, antes de matarla, a robarle su propia entraña o sea una entraña que había sido compartida por ambas y esto, es significativo, porque la(s) entraña(s) encierra(n) lo más oculto y valioso del ser humano. Arrancarle las entrañas a alguien equivale a arrancarle el alma. O sea que la parte más importante de la desaparecida pasa a formar parte de manera íntegra de la sobreviviente. Quizás esta sea la razón por la cual Lucila nunca dejó de formar parte de ella, nunca la abandonó del todo. “Tras haber recibido el Premio Nobel, la poeta escribió en su cuaderno de notas: “Nadie entendía mucho —incluida yo— esto de ser Premio Nobel Gabriela Mistral y llamarse diplomáticamente *Srta. Lucila Godoy*. Una Lucila Godoy, a estas alturas de mi vida, de nombre más bien romántico rural de una *María* de Isaac ya vieja y de un Martín Fierro de Elqui todo junto”. La confesión de su doble identidad vuelve a reiterarse en otra cita tomada de los papeles personales de Gabriela: “¿Qué si tuve otro nombre? Sí, yo tuve dos: el que me dieron de veras (Lucila Godoy) y el que me di de mañosa (Gabriela Mistral). Y el nuevo me mató el viejo: “Una en mí maté, yo no la amaba” (Münich, 28). Estas declaraciones de la propia Gabriela atestiguan lo que hemos venido afirmando.

Sin embargo, esta polaridad va a crear en sus textos tres espacios diferentes que se integran en la mayoría de los casos en una unidad poética: el espacio de Lucila, el de Gabriela y el que pertenece a nosotros, los receptores de su palabra poética. Lucila es la vidente que viaja retroactivamente del presente al pasado, no sólo es la depositaria del recuerdo de la patria que

ha quedado atrás, sino también la joven que aspiraba como toda mujer al amor, al matrimonio, a la maternidad, esa muchacha que parece haber renunciado a todo y decide irse a la desolada Patagonia cumpliendo sus funciones de educadora con celo inigualable, esmero que se extenderá más tarde a sus numerosas ocupaciones en consulados y otras tareas que realizó representando a Chile en el extranjero.

Gabriela, “la que camina”, la andariega, la viajera incansable, la exiliada voluntaria, la mujer que posee una voluntad de hierro y renuncia a todo para entregarse a una meta: obtener el reconocimiento mundial no sólo por su creación lírica, sino también por dar a conocer y lograr la aceptación y reconocimiento de la cultura y los valores intelectuales y humanos de una Latinoamérica que no había sido valorada en todos sus aspectos. Su lírica trashumante surge de lo íntimo de su vida diaria, de lo profundamente doloroso que asediaba su existencia en cualquier lugar del mundo, ya estuviera en Lisboa, Nápoles, Copenhague, París, Italia o los Estados Unidos. Como Pedro Salinas ha observado: “El poeta absorbe la realidad pero al absorberla reacciona en contra de ella; y así como el aire que es respirado está sometido a un cambio químico al pasar por nuestros pulmones, esa realidad regresa al mundo transformada poéticamente por el poeta” (Salinas, 5; la traducción es mía). Y ese aire extranjero que rodeaba a nuestra poeta en sus múltiples moradas, salía de sus pulmones, la mayor parte de las veces, convertido en el inolvidable recuerdo de los paisajes de su país natal. En una carta que le escribe a su íntima amiga Victoria Ocampo, fechada en París el 29 de mayo de 1939, le confiesa: “¡Yo estoy —y siempre he estado en París— en el Valle de Elqui!” (Horan and Meyer, 97; la traducción es mía) Y esto yo podría asegurar que ocurría no sólo en París sino en todos los lugares donde vivió en su exilio voluntario. Físicamente estaba en una ciudad cualquiera, pero espiritualmente permaneció siempre en su Chile natal.

Gabriela Mistral llegó a convertirse en vida en el símbolo de la identidad latinoamericana, a pesar de haber vivido más de la mitad de su vida entre Europa y los Estados Unidos. “Había bebido el espíritu de la raza nuestra en los grandes escritores de

América, en Bolívar, en Sarmiento, en Rodó, en Martí y era una hispanoamericana al mismo tiempo que una chilena cabal, es decir que creía en la unidad esencial de América Latina y la sentía no sólo en la Historia y en la lengua, sino también en la sangre y en la tierra que nos liga y nos identifica”. (Guillén, vi) Este amor por los países latinoamericanos, este apego a lo suyo, esa admiración por nuestra cultura no la abandonará jamás. Es por esto que al llegar por vez primera a Puerto Rico no puede ocultar el placer que le produce estar en un país hermano. En su breve ensayo “Conversando con las mujeres puertorriqueñas” comenta: “El milagro de la sangre común es tal a causa de las dos sangres idénticas que son la lengua y el hábito, que nos emparejan lo mismo las virtudes que los errores. Antillas y continente tropical acusan las mismas especies de palmeras a veces, la cara cubana y la cara brasileña burlan con su semejanza a la geografía y más juntos aún que árboles y caras andan nuestros problemas, lo mismo en la angustia que en la esperanza”. (Mistral citada por Arrigoitia y Faria, 25) Esta unidad que ella vislumbra en nuestros pueblos, en casi todos los ámbitos, caracteriza toda su obra. No fue por casualidad que al recibir el Premio Nobel de Literatura lo obtiene “por una poesía lírica inspirada en poderosas emociones y por haber hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”. (Quezada, *PC*, 31)

Por último, el tercer espacio de su poesía es aquel donde su voz nos llega desde ella misma, donde nos habla de sus más recónditos sentimientos, sin intermediarios de ningún tipo, y nos corresponde a nosotros, sus lectores, interpretarlo. El camino que ha emprendido no le será fácil y el dolor que experimenta nos llega íntegro. Gabriela se contempla a sí misma en el poema “El reparto” y nos ofrece la visión exacta de su más íntima realidad:

Sí me ponen al costado
la ciega de nacimiento,
le diré bajo, bajito,
con la voz llena de polvo:
—Hermana, toma mis ojos.
¿Ojos? ¿para qué preciso

arriba y llena de lumbres?
En mi Patria he de llevar
todo el cuerpo hecho pupila,
espejo revolvedor
ancha pupila sin párpados.

Iré yo a campo traviesa
con los ojos en las manos
y las dos manos dichas
deletreando lo no visto
nombrando lo adivinado.

Tome otra mis rodillas
si las tuyas se quedaron
trabadas y empedernidas
por las nieves o la escarcha.

Otra tómeme los brazos
si es que se los rebanaron.
Y otras tomen mis sentidos.
Con su sed y con su hambre

Acabe así, consumada
repartida como hogaza
y lanzada a sur o a norte
no seré nunca más una.

Será mi aligeramiento
como un apear de ramas
que me abajan y descargan
de mí misma, como de árbol.

¡Ah, respiro, ay dulce pago,
vertical descendimiento! (PC, 439-440)

Resulta significativo que “El reparto” se halle en la sección que le sigue inmediatamente al poema “La otra”, porque son dos poemas cuyo tema es una reflexión filosófica sobre la fragmentación del ser, en ambos casos de su propio ser. En “El reparto” la desmembración es aún mayor. Es como si la autora quisiera

que pensáramos muy seriamente en un tema que describe su existencia. Su ser en el mundo. Su conciencia reflexiva refleja la aceptación, por parte de ella, de su propio ser. “Esta conciencia (de) sí no debe ser considerada como una nueva conciencia sino como *el único modo de existencia posible para una conciencia de algo*”. (Sartre, 21) La hablante lírica se va despojando de sentidos corporales y miembros de su anatomía con generosa abnegación. Finalmente, es “repartida” y “lanzada” en direcciones opuestas. Casi al final del poema ocurre una transformación, en el fragmento que ha quedado de lo que fuera su cuerpo en árbol cercenado, como si ella estuviera creando ante nuestros ojos una nueva Dafne, que físicamente incompleta y suponemos que intensamente adolorida, se dispone gustosa a un descendimiento donde hallará el ansiado reposo. Ya en este punto, logra sentirse “aligerada y feliz” al alcanzar lo que ella califica como un “vertical descendimiento” y el correspondiente descanso que seguirá al mismo. Tengo que confesar que al leer este poema no he podido evitar visualizarlo y al hacerlo asociarlo con un cuadro de Dalí titulado *Apparatus and Hand* (Descharnes y Néret, 120), donde en un paisaje desolado y solitario un cuerpo de mujer mutilado reposa, mientras su cabeza descansa a cierta distancia del cuerpo. El lienzo que Gabriela nos ha dejado aquí por medio de su palabra poética tiene características oníricas propias del surrealismo. A esto pudo haber contribuido el desconsolado paisaje que nuestra autora confrontó en la Patagonia y en la soledad que debió haber vivido allí. Sin duda ese panorama quedó grabado para siempre en su subconsciente y pasó a ser considerado por ella como parte de su propio ser. Esta época de su vida representó un exilio dentro de su propio país, por la distancia en que esa región está situada del resto de Chile, por su aridez, y por su clima, “la tierra a la que vine no tiene primavera...” (PC, p. 748), nos dice.

Debemos añadir aquí el exilio voluntario que más tarde se impone ella misma a partir de 1922 cuando viaja a México y continúa en el extranjero con tareas consulares y educativas en diferentes países hasta su muerte en Nueva York en 1957. Creo que este último poema refleja de forma muy personal, la esencia de sus exilios: uno impuesto, y el otro voluntario. “Y es que la particular naturaleza de la experiencia del exilio —el aban-

donde del hogar, la importancia que adquiere la correspondencia y las relaciones humanas, las comparaciones, la separación espacio temporal, la duplicidad y la división del ser – conducen al autor, quizás de manera inconsciente, a un diálogo consigo mismo sobre la naturaleza misma del proceso literario, así como de las dificultades que nacen del esfuerzo por reproducir la realidad. A mi modo de ver, la literatura del exilio no representa una categoría literaria única, con lenguaje y convenciones propias, sino más bien, el descubrimiento del proceso literario en sí mismo. El yo del expatriado necesita pruebas que atestigüen lo que está experimentando, y la tenue naturaleza de esta prueba, la creación literaria en sí misma, es la que produce la tensión que caracteriza a la literatura del exilio. (Ugarte, 24) En el poema “El reparto” –que acabamos de reproducir aquí–, Gabriela da fe de las idas y venidas de su propia existencia y la tensión que se imponía al tratar de realizar su propósito vital, llegar al máximo sacrificio, darlo todo para lograr sus objetivos. En el poema se despoja de “ojos”, “rodillas”, “brazos”. Su cuerpo es desmembrado y lanzado en direcciones opuestas, a “sur o a norte”. Esta es, efectivamente, una transposición de lo que Gabriela experimentando en su interior.

Siempre en tránsito, con la mirada de una visionaria, la hablante lírica reconoce su propio destino y sus consecuencias: “no seré nunca más una”, nos confiesa atribulada. Se sabe imposibilitada para lograr su unidad vital fuera de su patria, en esa vida errante que va a llevar mudándose de un consulado a otro, de un país a otro, de un continente a otro. Sin embargo, acepta conforme su destino, considerando que “el descendimiento” al que está condenada al final de su ruta tiene una característica suprema, su verticalidad; seguir la línea recta que se ha impuesto sin apartarse de ella, esa es su meta. Y a la consecución de esa finalidad dedica su existencia.

“Encargo a Blanca”, dedicado a Blanca Subercaseaux es el poema que cierra la sección “Desvarío”. En este poema la autora nos conduce a un ambiente más allá de la vida, en el que comprobamos una vez más que es en su poesía donde nuestra autora atesora sus visiones.

Yo no sé si podré venir.
A ver si te cumplo, hermana.

Llego, si vengo, en aire dulce
por no helarte la llanada
o en el filo de tu sueño
con amor, y sin palabra.

Empínate por si me cuesta
hallémonos a media marcha,
y me llevas un poco de tierra
por que recuerde mi Posada.

No temas si bulto no llevo
tampoco si llego mudada.
Y no llores si no te respondo
porque mi culpa fue la palabra.
Pero dame la tuya, la tuya
que era como paloma posada. (PC, 440-441)

Una expresión dubitativa inicia la acción en un poema donde la autora identifica nuevamente la visión estética con un estado onírico. La duda de poder cumplir con lo prometido a su amiga Blanca continúa en la segunda estrofa, donde el *si* condicional enfatiza lo inseguro de la situación. La sensación térmica de frío unida al sueño de Blanca y al silencio de la visitante aumentan la incertidumbre. El encargo consiste en que Blanca le traiga “tierra de su Posada”. La obsesión de Gabriela por su querido y nunca olvidado valle de Elqui traspasa aquí las fronteras de la vida. Gabriela insiste en aclarar que su apariencia física ha variado describiéndose a sí misma como viajera sin equipaje, al mismo tiempo que con suaves imperativos desea evitar el sufrimiento de su amiga, a la que continúa diciéndole, “no llores si no te respondo”, porque, aparentemente, en este punto de su camino habrá perdido también la facultad del habla. A todo esto se añade la confesión primordial que le hace a su amiga: “porque mi culpa fue la palabra”. Afirmación inusitada que nos deja desde ese más allá en el que se coloca en el espacio poético. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (San Juan, 115), y si Dios creó el

mundo en que vivimos a través del Verbo, Gabriela, convertida en hacedora de sí misma y de su mundo, parece sentirse culpable de su propia creación, invocando a su amiga para que le ceda la pureza de su palabra, como si deseara un nuevo comienzo y un nuevo retorno. Esta declaración de la poeta vincula tres tiempos: el presente en que se escribe el poema, el pasado, cuando comenzó a crear el mundo poético hasta aquí logrado, y el futuro, en el que desea un nuevo comienzo. En este momento los ojos de Gabriela miran en el tiempo y más allá de él.

En 1925, después de haber viajado a México, Estados Unidos y Europa, Gabriela regresa a Chile. En Santiago permaneció aproximadamente un año y después se traslada a la ciudad de La Serena, donde cuida de su madre y planea fundar una escuela. Allí declara que Vicuña—donde fue proclamada, “Hija ilustre y predilecta de la ciudad”—“es mi único lugar estable junto con el valle de Elqui, en el cual me crié y donde viví mi primera docena de años”. (Quezada, *PC*. 754) En este momento se le concede una pensión de jubilación. Sin embargo, al año siguiente, en 1926, la nombran consejera en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, que formaba parte de la Sociedad de las Naciones, con sede en París. Y Gabriela viaja a París. No volverá a ver a su madre, que muere en La Serena en el año 1929. Comienza entonces una actividad incansable en diferentes cargos en el extranjero que la obligan a viajar de un lado al otro del mundo.

En el verano del año 1954, Gabriela viaja a Chile de nuevo, invitada por el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Después de dieciséis años de ausencia de su país natal, desembarca en el puerto de Valparaíso. El recibimiento que le tributan es apoteósico. La Universidad de Chile la recibe en su Salón de Honor y la condecora con la mayor distinción académica: el título de Doctor Honoris Causa. En octubre, Gabriela regresa a Estados Unidos. *Lagar*, su cuarto libro, se publica en Chile ese mismo año en el mes de diciembre, dos meses después de la partida de Gabriela.

En agosto de 1955, desde Roslyn Harbor, New York, le confiesa a su fiel amiga Victoria Ocampo en una carta : “... desde

hace algunos meses yo he pedido regresar a Chile por dos meses, sabiendo que los chilenos me critican constantemente por mi ausencia. No he tenido respuesta a mi nota.... Por quince años o más he estado viviendo lejos de mi país, y esto me crea una enorme soledad, y de acuerdo a lo que una 'bruja' que vino a esta casa me dijo, todo el mundo allá me odia por haber estado ausente.... En todo caso, creo que he cumplido mis obligaciones enviándole al ministro esa carta oficial con mi declaración de que quiero regresar por algún tiempo, por el tiempo que ellos quieran darme". (Horan and Meyer, 252; la traducción es mía) Este deseo de regresar a su país de origen una vez más nunca llegó a materializarse. Gabriela va sintiendo más profundamente su infinita soledad, una soledad de la que ya en su primer poemario, *Desolación*, nos dejaba constancia:

Los rostros que yo amo, de los míos,
quedaron atrás,
y mi alma los teje, los borda
encima del mar. (*PC.*, 102)

A medida que el tiempo transcurre aumenta en ella el deseo de tener a su lado a alguien que pueda llamar familia, particularmente después de la muerte de su sobrino Yin Yin, suceso que la dejó sumida en la más absoluta depresión.

En dos ocasiones, al parecer, con la salud ya bastante quebrantada, Gabriela intenta permanecer en un lugar fijo, echar raíces, tal vez no en forma permanente, pero al menos contar con un lugar que pudiera llamar "mi casa" y sintiera verdaderamente suyo. En junio de 1947 "se traslada a vivir en Santa Bárbara, California, en una casa que ha adquirido con el dinero del Premio Nobel. "Santa Bárbara es para mí, sobre todo, un cierto airecillo que me aligera el corazón, que me lo descansa y suaviza. Ando allí sin cansarme a causa de él. Ando con otro genio, ando otra. Y creo que todo eso es el cierto airecillo del mar" (Quezada, *PC.*, 771). Uno de los poemas más entusiastas de *Lagar* es el que titula "Nacimiento de una casa", en donde se va palpando la alegría que se experimenta a medida que se levantan las paredes de la construcción:

Una casa va naciendo
en duna californiana
y va saltando del médano
en gaviota atolondrada.

El nacimiento lo agitan
carreras y bufonadas,
chorros silbados de arena,
risas que suelta la grava,
y ya van las vigas-madres
subiendo apelianadas.

Puerta y puertas van llegando
reñidas con las ventanas,
unas a guardarlo todo,
otras a darlo, fiadas.
los umbrales y dinteles
se casan en cuerpos y almas
y unas piernas de pilares
bajan a paso de danza.

Yo no sé si es que la hacen
o de sí misma se alza;
más sé que su alumbramiento
la costa trae agitada
y van llegando mensajes
en flechas enarboladas. [...] (PC., 453-454)

No he podido encontrar datos específicos que me aseguren que este poema lo escribió nuestra autora en relación a su casa de Santa Bárbara, pero de cualquier manera, es un texto que destila ilusión y gozo ante la maravillosa construcción poética de la misma, cuyo desarrollo va teniendo lugar ante nuestra vista. No es difícil visualizarla en sus diferentes etapas. Sus metáforas, llenas de vida y movimiento, adquieren un encanto muy especial. Todo en él es alegría, los constructores, con sus “carreras, bufonadas, risas”, van levantando la estructura de la misma ante nuestros ojos. Podemos percibir la construcción con el sonido y el movimiento que la acompañan. Las vigas se convierten en gráciles pelícanos que ascienden con ligereza a pesar de

su peso y tamaño. Puertas y ventanas se humanizan al involucrarse en una gran riña por ejercer funciones opuestas mientras van acomodándose en los lugares correspondientes. La autora establece una distinción entre la puerta principal y las otras puertas de la casa. Ellas “se casan”, tienen “piernas”, “cuerpos” y “alma”. En la tercera estrofa el movimiento y rapidez del mismo es de tal magnitud que se llega a dudar si la casa la hacen los obreros o si, como por arte de birlibirloque. Hasta la naturaleza llegan los efectos de este “alumbramiento”. Y es “el viento, portador de los “mensajes”, posiblemente de felicitación a sus dueños, el que origina los movimientos que van a dejarse sentir en la costa. “La luz y el aire”, personificados, en actitud de incredulidad se acercan a palpar la inigualable construcción para comprobar su realidad. De improviso, la casa se llena de gnomos, proporcionándole al poema un movimiento interior inusitado que culmina en la estrofa siguiente con el rápido y “sesgado” descenso del Ángel Custodio que le hace entrega de la casa a la costa “en alta virgen dorada”. La poetan visualiza todos los eventos felices que van a ocurrir en el futuro dentro de las paredes de esta construcción, pero al final, inesperadamente, la muerte “atravesada” en el umbral pone fin, bruscamente, al ambiente de felicidad creado.

En torno al bendecidor
hierven cien cosas trocadas
fiestas, bodas, nacimientos,
risas, bienaventuranzas,
y se echa una Muerte grande
al umbral, atravesada. (*PC*, 454)

Este poema que está saturado de un intenso sentimiento de gozo, poco común en los poemas de Gabriela, es significativo. En carta a Victoria Ocampo desde Monrovia, California (abril 19 del 1947), le dice en la postdata: “Estaré en Santa Bárbara dentro de un mes. Los Ángeles es terrible para mí. Quiero estar allá, primero por la clínica, y porque la ciudad es dulce y delicada”. (Horan and Meyer, 162; la traducción es mía) Sin embargo, en 1948 parte para México y ya no volveremos a verla más en el hogar californiano donde parecía feliz. En tierra mexicana, vuelve a experimentar el deseo de establecerse de

manera permanente o semipermanente, y es cuando “el Presidente Alemán le ofreció para que se quedara, tierras en el Estado de Veracruz; tierras que, al final, cuando ya se había construido de su peculio una casita en ellas, no le fueron entregadas porque están en un lugar que se llama Miradores y que queda dentro de la franja de no sé cuántos kilómetros, en el que por mandato constitucional, no pueden tener propiedades los extranjeros.... Entristecida por ésta y por otras cosas, se fue de México el último día del año 1949”. (Guillén, xvii). De México regresa a Estados Unidos.

En 1951 se le encomiendan tareas consulares en Italia. Vive en Rapallo y en Nápoles con una salud precaria en climas invernales que no le favorecen. A su regreso a Nueva York, en 1953, fija su residencia en Roslyn Harbor, Long Island. Desde allí le dice a Victoria Ocampo en carta que se supone escrita en marzo del 1953: “Doris [se refiere a su amiga y secretaria Doris Dana] ha comprado, de su propio peculio, la casa desde donde te estoy escribiendo, que es muy acogedora. Puedes considerarla como la tuya propia, ya que es de ella y ella te quiere tanto como yo”. (Horan and Meyer, 195; la traducción es mía) Y en una carta posterior (1953), escrita también a Victoria Ocampo, le dice: “Hay algunos libros aquí que probablemente tú no has leído, sólo unos pocos porque mi biblioteca está en mi casa en California.... pero cuando pienso en los tres días que me toma el viaje de Santa Bárbara hasta aquí, decido quedarme aquí”. (Horan and Meyer, 219; la traducción es mía) No he encontrado ninguna otra mención del hogar de Santa Bárbara posterior a esta. En Roslyn Harbor permanece Gabriela hasta su traslado al Hampstead General Hospital (Long Island) cuando se agrava su estado de salud y donde muere el 10 de enero de 1957.

Pero Gabriela Mistral no nos ha abandonado del todo. Ella vivirá para siempre en su palabra poética y en la naturaleza con la que se sentía totalmente identificada.

Soy la ladera y soy la viña
y las salvias, y el agua niña:
itodo el azul, todo el candor!
Porque en sus hierbas me apaciento

mi Dios me guarda de sus vientos
como a los linos en la flor. (PC., 104)

Allí, bajo la protección del Dios que tanto amó, ha encontrado la paz, el consuelo y la felicidad que tanto se merecía y que no pudo lograr durante su existencia terrenal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arrigoitia, Luis y Edith Faria. *Gabriela Mistral en Puerto Rico*. Puerto Rico: Edit. de la Univ. de Puerto Rico, 2008.
- Descharnes, Robert and Néret, Gilles. *Salvador Dalí. 1904-1989. The Paintings. Vol. I, 1904-1946*. Köln. 2004.
- Guillén de Nicolau, Palma. “Gabriela Mistral (1922-1924)”, en *Lectura para mujeres*. México: Editorial Porrúa, 1980.
- Horan, Elizabeth and Meyer, Doris. *This America of Ours. The Letters of Gabriela Mistral and Victoria Ocampo*. Austin: University of Texas Press, 2003.
- Mistral, Gabriela. *Poesías Completas*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 2001 (p. 437-438). Todas las referencias a la poesía y datos biográficos de la autora corresponden a esta edición.
- Münnich Bush, Susana. *Gabriela Mistral. Soberbiamente transgresora*. Santiago de Chile: LOM, 2005.
- Sartre, Jean-Paul. *El ser y la nada*. Trad. Juan Valmar. Buenos Aires: Editorial Losada. 1998.
- Salinas, Pedro. *Reality and the Poet in Spanish Poetry*. Westport, Connecticut: Greengood Press, 1980.
- San Juan. *La Santa Biblia. Antiguo y Nuevo Testamento*. Miami: Editorial Vida, 1986.
- Scarpa, Esteban. *Gabriela anda por el mundo*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1978. En <http://www.gabriela-mistral.uchile.cl/prosa/estlibertad.HTML>
- Ugarte, Michael. *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 1999.

GABRIELA MISTRAL Y LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

Alister Ramírez Márquez

The City University of New York, BMCC & ANLE

La estudiosa mistraliana Palma Guillén de Nicolau se lamentaba en la introducción de *Desolación, Ternura, Tala, Largar* (México: Editorial Porrúa, 1976) de que muy pocos críticos se hubieran ocupado de los escritos en prosa de su entrañable amiga Gabriela Mistral. Para Guillén era necesario recopilar los numerosos artículos publicados en diarios y revistas hispanoamericanos:

[...] la abundantísima obra en prosa de Gabriela que está dispersa en numerosos diarios y revistas de América y de España y con la que se pueden formar, cuando menos 3 o 4 libros de unos 250 a 300 páginas cada uno. Tengo noticias de que algunos amigos de G.M. han empezado ya este trabajo en Chile. (xiii)

Es importante recordar que Gabriela Mistral dejó publicados antes de morir cuatro libros de poesía, que originalmente fueron tres: *Desolación* (1922), *Tala* (1938) y *Tala y Desolación*, un solo libro de poesía infantil (1945). Editorial Losada publicó la segunda edición, corregida y aumentada, de *Ternura*. El tercer libro fue *Lagar* (1954).

Desde la muerte de la poeta en un Hospital General de Hampstead de Long Island, Nueva York, en 1957, se publicaron numerosas ediciones de sus obras poéticas. Sin embargo, tomó casi dos décadas para que se empezara la recopilación y publicación sistemática de sus discursos, oraciones, reflexiones, ensayos, recados, artículos y semblanzas. Por fortuna, los comentarios y las recomendaciones de la estudiosa Palma Guillén en referencia a la escasa producción de estudios sobre su prosa, ya no son necesariamente un campo ignorado e inexplorado de la extensa obra mistraliana.

Gracias a las investigaciones inestimables de estudiosos como el padre Alfonso Escudero, Sergio Fernández Larraín, Roque Esteban Scarpa, Luis Vargas Saavedra, Alfonso Calderón, Jaime Quezada, entre otros, la prosa de Gabriela Mistral ha sido en gran parte recuperada. El tema del cual me ocupo es precisamente de su prosa, y en particular de algunos de sus artículos que fueron recopilados por Roque Esteban Scarpa.

Es preciso recordar que la poeta partió de Chile en 1922 con su secretaria Laura Rodig rumbo a México. Don José Vasconcelos, secretario de educación pública de México, la invitó a cooperar en la reforma educativa y en la organización de bibliotecas populares. A partir de ese momento comenzó su peregrinaje por las Américas y Europa hasta el día de su fallecimiento en Nueva York. Es necesario destacar su espíritu viajero y universal para comprender gran parte su producción literaria. El paisaje que Mistral describió tanto en su poesía como en su prosa abarca una visión intensa que va desde las tierras anglo-sonas, pasando por el Caribe, hasta la Patagonia.

En 1924 viaja por los Estados Unidos y el Viejo Continente. En 1926 llega a Ginebra como delegada de Chile a la Liga de las Naciones, luego visita a Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil. En 1930 visitó de nuevo a los Estados Unidos y vino como invitada para dictar cursos y conferencias en universidades estadounidenses. En 1931 recorrió Centroamérica y las Antillas. En 1932 –nombrada “Consulesa vitalicia” por el congreso de Chile– comenzó su carrera consular y representó su país en el exterior a partir de entonces.

En sus artículos escritos al socaire de sus números viajes e inspirados por sus nuevos hallazgos de lugares y personas también está siempre presente un inalienable sentimiento de soledad, de extranjería. Recordemos aquel texto titulado “La Estatua de la Libertad” (1931), en el que la poeta toma el punto de vista de una extranjera chilena que observa, por ejemplo, con ojo crítico y asombrado, un símbolo de una sociedad que admira y la perturba a la vez:

La Estatua de la Libertad sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York y uno de sus imperativos inevitables sobre el ojo del viajero. Aunque no debería serlo: al cabo aquella persona en fierro es francesa de concepción, francesa de manufactura y francesa de donación.

Mistral califica a Nueva York como una ciudad terrible. Pero hay que tener en cuenta que la gran metrópolis de esa época era la Nueva York de la Gran Depresión. Miles de ciudadanos neoyorquinos seguían desempleados, y, para ella como extranjera y otros visitantes, la pobreza y el desconcierto de los ciudadanos estaban a flor de piel. Mistral –mujer cosmopolita– trata de equilibrar su pasión con la realidad que tiene frente a sus ojos.

Mistral muestra un profundo interés en el proceso creativo de cómo fue concebida y cincelada la Estatua de la Libertad:

A los esteticistas les decepciona siempre ver ‘la cocina’ de la estatuaria y andar por los adentros brutales de un vaciado de yeso o de bronce. No a mí, porque si el arte está por fuera, está por dentro la artesanía, que me conmueve más. Viendo y manoseando el interior del molde, estas costras, estos verdugones, estas fealdades, se sabe lo que cuesta aquella piel lisa regalada a la luz, se van entendiendo las forjas, los ajustes, la ingeniería, las mañas y también las torpezas.

Desde una etapa muy temprana de su producción, Gabriela Mistral dirige su mirada hacia un proceso de desmaterialización, o, como diríamos hoy, de deconstrucción, del proceso estético. Así como ella va desnudando sus temores y deseos en sus poesías, de igual forma se refleja en su prosa directa una intención clara por encontrar la belleza en aquello que se considera antiestético. Por un lado, si a los lectores u observadores de una obra de arte les interesa la obra por fuera, es decir, ya terminada, Mistral está más preocupada por esa serie de imperfecciones y fealdades –como ella las llama– que siente muy dentro de la obra misma.

La materia que tiene en sus manos, es decir, el dolor, la nostalgia, el deseo o la angustia de la muerte, son los temas en su obra. Cabe decir que varios críticos han estudiado la poesía de Mistral a partir de sus vivencias personales y plantearon su poesía como si fuera una secuencia de hechos cronológicos. Palma Guillén comenta que:

Algunos de éstos, para entender a Gabriela Mistral, se han forjado una novela o historieta [...] Alguno cuenta con todos sus pelos y señales, siguiendo los poemas de *Desolación*, una novela que va de principio a fin, paso a paso, desarrollándose como quien dice de poema en poema, en una serie de capítulos: el encuentro con el amado; lo que ella se queda diciendo, pensando o sintiendo; lo que para ella es esa amor –lazo terrible, hallazgo predestinado–; los deseos de la enamorada [...] (Guillén, ix)

Ahora bien, la descripción que hace Mistral de la Estatua de la Libertad tampoco se podría leer como una novela. Si recorre con su mirada curiosa el regalo de los franceses a los americanos lo hace desde una visión inquisitiva y siempre preocupada por la estructura interna de una creación artística. No es casualidad que ponga la mirada en el vaciado de la Estatua de la Libertad. Se trata de comprender una obra desde dentro y ver “La cocina”, como ella denominaba al proceso de creación. Mistral se conmueve y se pregunta:

¿Por qué no trajeron a la magnífica fiesta de la inauguración a algunos de los vaciadores de la estatua? Bartholdi no hizo más en su masa que los obreros mismos, ya que ella constituye mejor un asunto de construcción que de arte legítimo.

De acuerdo con la poeta, los artesanos son también parte integral del proceso de creación y merecen un absoluto reconocimiento. Su humanismo está presente tanto en su poesía como en su prosa, pero no se trata de una gratuita sensibilidad ya que su simpatía por los más desfavorecidos fue siempre parte de su praxis.

Cuando Mistral, después de hacer su recorrido ascendente por la estatua, llega a la cabeza de la misma, se deslumbra por la visión que aparece ante sus ojos: Nueva York.

Lo mejor cabeza es, naturalmente, la diadema de rayos, y tan petos son ellos que me punzan mientras escribo. Siete rayos, siguiendo la cifra de las cosas verdaderas; la electricidad en la cabeza salta por las siete púas metálicas (A la ciudad misma, a Nueva York, la veo yo dotada con una aureola semejante, pero esta cuenta setenta mil setenta y siete espadas eléctricas, que día y noche se disparan en todas las direcciones). Si hubiera faltado a la estatua la insinuación fulmínea, la figura habría quedado inexpresiva y yacente.

Para Mistral no deja de ser sorprendente esta imagen de la gran ciudad desde la misma estatua:

Ya estamos arriba; pero como a nadie se le ocurrió abrir una salida oportuna, una ventanita en mitad del monumento allá por la cintura o hacia los pechos, se llega a lo alto para no verla a ella misma sino a la ciudad: el Hudson taciturno de este mes, la punta de Manhattan arbolada de unos bellos rascacielos que parecen cuernos de antílope, y la Isla de los Inmigrantes.

La poeta ya se imagina la Estatua rodeada por miles de avioncitos como si fueran libélulas, y los compara con insectos que revolotean con alegría en torno a su cuerpo:

Habrá que esperar la industria de aeroplanos pequeños [...] para venir aquí a revolar en torno de su cuerpo, de su cuello y delante de sus mejillas, gozándola según nuestro antojo.

Y cuando la poeta empieza el descenso de su viaje, que la ha llevado a la misma cabeza de la Estatua de la cual resalta la diadema de rayos y “tan petos son ellos que me punzan en el recuerdo cuando escribo”, hace una descripción detallada de la túnica que envuelva a la estatua. Mistral nos cuenta que “no

sólo es una diosa cubierta –ya cristiana–sino la patricia que carga lanas o linos útiles, bellos de llevar”.

Asimismo recuerda a José Martí y su padecimiento cada vez que la miraba y le recordaba a Cuba:

El la consideraba como los franceses que aquí la pusieron, una diosa para el uso del universo, una espolonada para la libertad de todos los pueblos. Yo la veo en el año de 1930 convertida en una diosa local, vuelta hacia los Estados Unidos, en vez de estarlo hacia el este como lo quisieron sus donadores. Ahora despacha, bajando un poco el brazo para rehusar, a los inmigrantes que llegan a la isla vecina.

Tanto la libertad de los pueblos americanos como su sentido universal de los Derechos Humanos serán temas permanentes en sus discursos y sus conferencias. Sus comentarios siguen siendo vigentes.

A través de su prosa clara, directa, desprovista de adjetivos rimbombantes, apasionada y precisa a la vez, Mistral es capaz de llegar con su voz al lector que ya no tiene frente a ella. Es una extranjera-viajera con la sensibilidad para observar un mundo ajeno, que ella intuye desde muy adentro e incorpora a su obra poética y prosística. Jaime Quezada afirma que: “Su apego por el relato o el contar era su expresión cotidiana de revelar las muchas cosas que miraba, tocaba y sentía, una necesidad de acercamiento al prójimo”. (Quezada, 9)

La descripción que hace Mistral de la Estatua de la Libertad –como una mujer marítima, con pedestal hecho para resistir las marejadas del mar, con una cabeza de la cual salen rayos y es sostenida por un cuello firme– constituye un testimonio más de sus apasionados ideales humanistas, americanos. Es notable cómo al final del texto su voz narradora se identifica con el personaje del texto:

Esperamos hasta los pesimistas un poco pensando que al cabo la diosa que preside el litoral es una extranjera

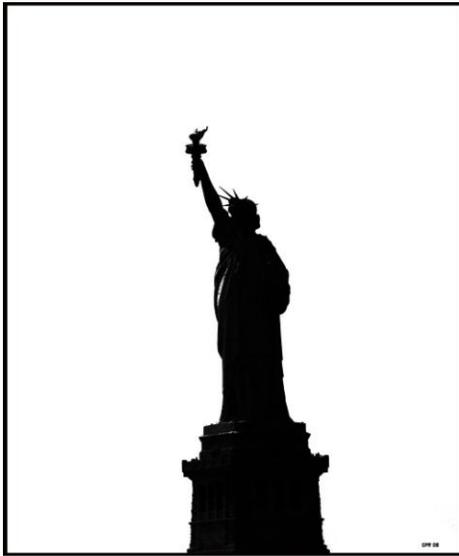
nacionalizada, que su cuerpo ha pasado el mar y debe acordarse de que vino de Francia, y de que por sajónísima que la haya querido Bartholdi, la marca de una palma latina ha quedado sin remedio a lo largo de sus metros...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Guillén de Nicolau, Palma. *Gabriela Mistral Desolación, Ternura, Tala y Lagar*. Introducción. México: Editorial Porrúa, 1976.
- Quezada, Jaime. *Gabriela Mistral Cuenta Mundo*. Prólogo y notas. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1993.
- Scarpa, Roque Esteban. *Gabriela anda por el mundo*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1978.



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

LEYENDO A GABRIELA MISTRAL EN NUEVA YORK

Manuel Garrido Palacios

Academia Norteamericana de la Lengua Española

Me siento a leer en uno de los lugares predilectos de Gabriela Mistral en Nueva York. Ningún fondo más acorde con el momento que el rumor del agua de la fuente que dicen que la recuerda. “Miro correr las aguas de los años,/ miro pasar las aguas del destino./ Antiguo amor, te espero todavía:/ la tierra está ceñida de caminos”. Paso las páginas de uno de sus libros, *Desolación*, primero de los que publica aquí, e intento pintar en mi mente a la mujer que lo escribe y que muere en esta ciudad a los 67 años, la Profesora Normalista venida de su Chile natal, la que se abre camino en 1904 en la Escuela de La Compañía al tiempo que colabora en *El Coquimbo* de La Serena y en *La Voz de Elqui* de Vicuña, la que pierde el gran amor, cuya muerte temprana marca su existencia, la llamada madre de América, la que en 1914 obtiene un premio en Santiago con Sonetos de la Muerte y en 1945 el Nobel de Literatura. Antofagasta, Punta Arenas, Temuco “La bruma espesa, eterna, para que olvide dónde/ me ha arrojado la mar en su ola de salmuera./ La tierra a la que vine no tiene primavera:/ tiene su noche larga que cual madre me esconde. / El viento hace a mi casa su ronda de sollozos/ y de alarido, y quiebra, como un cristal, mi grito./ Y en la llanura blanca, de horizonte infinito,/ miro morir intensos ocasos dolorosos. / ¿A quién podrá llamar la que hasta aquí ha venido/ si más lejos que ella sólo fueron los muertos?”; a la que conoce en la Araucanía a Neftalí Reyes, que dará su obra al mundo como Pablo Neruda, a la representante ante la Liga de Naciones en Europa, a la errante; “Este largo cansancio se hará mayor un día y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir”, que abandona el nombre de Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, para hacer un homenaje permanente a Gabriele D'Annunzio y a Frédéric Mistral. “El nombre mío que he perdido,/ ¿dónde vive, dónde prospera?/ Nombre de infancia, gota de leche,/ rama de mirto tan ligera./ De no llevarme iba dichoso / o de llevar mi adolescencia/ y con

él ya no camino/ por campos y por praderas./ Llanto mío no conoce/ y no la quemó mi salmuera;/ cabellos blancos no me ha visto,/ ni mi boca con acidia,/ y no me habla si me encuentra./ Pero me cuentan que camina/ por las quiebras de mi montaña/ tarde a la tarde silencioso/ y sin mi cuerpo y vuelto mi alma”.

Leer a poetas lejanos en sitios lejanos —¿lejanos de dónde, de qué?— confiere al verso dimensiones nuevas, lo apura como si fueran las últimas palabras creadas, o las primeras; “Es la noche desamparo/ de las sierras hasta el mar./ Pero yo, la que te mece,/ iyo no tengo soledad!/ Es el cielo desamparo/ si la Luna cae al mar./ Pero yo, la que te estrecha,/ iyo no tengo soledad!/ Es el mundo desamparo/ y la carne triste va./ Pero yo, la que te oprime,/ iyo no tengo soledad!”. Gabriela parece decirle a la soledad que es tronco que nunca prende, que le empaapa el alma el silencio y que ya el alma lo padece, para repetirle por contra que no tiene soledad, porque “Se va de ti mi cuerpo gota a gota./ Se va mi cara en un óleo sordo;/ se van mis manos en azogue suelto;/ se van mis pies en dos tiempos de polvo./ ¡Se te va todo, se nos va todo!/ Se va mi voz, que te hacía campana/ cerrada a cuanto no somos nosotros./ Se van mis gestos que se devanaban,/ en lanzaderas, debajo tus ojos. / Y se te va la mirada que entrega,/ cuando te mira, el enebro y el olmo./ Me voy de ti con tus mismos alientos:/ como humedad de tu cuerpo evaporo./ Me voy de ti con vigilia y con sueño,/ y en tu recuerdo más fiel ya me borro./ Y en tu memoria me vuelvo como esos/ que no nacieron ni en llanos ni en sotos./ Sangre sería y me fuese en las palmas/ de tu labor, y en tu boca de mosto./ Tu entraña fuese, y sería quemada/ en marchas tuyas que nunca más oigo,/ iy en tu pasión que retumba en la noche/ como demencia de mares solos!/ ¡Se nos va todo, se nos va todo!”.

Sentado en este lugar tan de ella, siento que su voz se eleva sobre lo que existe como un canto poderoso que surge de lo más profundo del sentimiento. No es la forma. No quiere su obra ser vista con la lupa fría del contador de sílabas —heptasílabos, alejandrinos, romance, copla, silva—, sino bajo el prisma invisible de la tristeza, el más extraño deseo que puede albergar el alma; tristeza tallada en el yunque de los recuer-

dos. “...la interrogación que sube a mi garganta/ al mirarlos pasar, me desciende, vencida:/ hablan extrañas lenguas y no la conmovida lengua/ que en tierras de oro mi pobre madre canta./ Miro bajar la nieve como el polvo en la huesa;/ miro crecer la niebla como el agonizante,/ y por no enloquecer no encuentro los instantes,/ porque la noche larga ahora tan solo empieza”; de la bondad, la más insólita cualidad del ser humano; “Creo en mi corazón, el que en la siembra/ por el surco sin fin fue acrecentando./ Creo en mi corazón, siempre vertido,/ pero nunca vaciado”; del amor, el misterio transformado en impulso; “Quiso el amor soledades/ como el lobo silencioso./ Se vino a cavar su casa/ en el valle más angosto/ y la huella le seguimos/ sin demandarle retorno”.

Sus versos, “No turbó su ensueño el agua”, digo más: sus vocablos, no son fruto de una búsqueda en la complejidad del lenguaje, sino un encuentro afortunado con el elemento exacto que va a definir cada idea poética y la va a dotar de poder duradero. “Siento mi corazón en la dulzura/ fundirse como cera:/ son un óleo tardo/ y no un vino mis venas,/ y siento que mi vida se va huyendo/ callada y dulce como la gacela”.

El amor que se trunca en su vida, “Del nicho helado en que los hombres te pusieron, te bajaré a la tierra humilde y soleada”, lo intuye en los paisajes místicos dichos con escueta perfección: “Tú no oprimas mis manos./ Llegará el duradero/ tiempo de reposar con mucho polvo/ y sombra en los entretejidos dedos./ Y dirías: ‘No puedo amarla,/ porque ya se desgranaron/ como mieses sus dedos’/ Tú no beses mi boca./ Vendrá el instante lleno/ de luz menguada, en que estaré sin labios/ sobre un mojado suelo./ Y dirías: ‘La amé, pero no puedo/ amarla más, ahora que no aspira/ el olor de retamas de mi beso’/ Y me angustiara oyéndote,/ y hablaras loco y ciego,/ que mi mano será sobre tu frente/ cuando rompan mis dedos,/ y bajará sobre tu cara llena/ de ansia mi aliento./ No me toques, por tanto. Mentiría/ al decir que te entrego/ mi amor en estos brazos extendidos,/ en mi boca, en mi cuello,/ y tú, al creer que lo bebiste todo,/ te engañarías como un niño ciego./ Porque mi amor no es sólo esta gavilla/ reacia y fatigada de mi cuerpo,/ que tiembla entera al roce del cilicio/ y que se me rezaga en to-

do vuelo./ Es lo que está en el beso, y no es el labio;/ lo que rompe la voz, y no es el pecho:/ ¡es un viento de Dios, que pasa hendiéndome/ el gajo de las carnes, volandero!”.

Dios “terrible y fuerte” está ahí, necesariamente ahí para preguntarle con versos de dolor y desgarró por su amante muerto. La vida es una empinada cuesta hacia una cita ineludible con la luz o con las sombras a través de Dios; una preparación sobrecogedora hacia la visión suprema. “Grávidos van nuestros ojos de llanto/ y un arroyuelo nos hace sonreír;/ por una alondra que erige su canto/ nos olvidamos que es duro morir./ No hay nada que ya mis carnes taladre./ Con el amor acabóse el hervir./ Aún me apacienta el mirar de mi madre./ ¡Siento que Dios me va haciendo morir!”.

No; no es la forma. La voz poética no es la forma, aunque sea el señuelo que en principio pudiera llamar nuestra atención. La forma sólo encierra el encanto. Se abre, sale el perfume y se hace poema para compartirlo al detectar el idioma maravilloso de lo bello. Ahí está esa voz. Si a ello añadimos la oportunidad de expresar este milagro en su momento, a su hora, en su tiempo, cuando el oído interior necesita otras maneras de extraer de la palabra la poesía que contiene, tendremos a Gabriela Mistral, sin que el agua deje de correr al fondo de sus versos “*en esta tarde lenta como una hebra de llanto*”.

RECORDANDO A GABRIELA MISTRAL

Marie-Lise Gazarian
St. John 's University & ANLE



Gabriela Mistral, con la "Niña Azul"
Roslyn Harbor, Nueva York

Gabriela era un ser luminoso, majestuoso, con una sonrisa llena de ternura y una mirada traviesa, como si fuera una niña. A su casa de Roslyn Harbor, Nueva York, yo la solía visitar todos los fines de semana. La casa estaba rodeada de flores y la ventana principal daba a un bosquecillo. Gabriela amaba los árboles, las montañas y el mar. Más de una vez me la encontré conversando con uno de los árboles que adornaba el jardín. El árbol formaba parte de la familia, era, como me lo señalaba, "el rey", "el esposo", "el amante". Escogía las casas donde vivir, no por sus habitaciones o su comodidad sino por su cercanía a la naturaleza. En este ambiente de paz escribía por entonces su *Poema de Chile*. A veces, me leía unas páginas del manuscrito, que iba a ser su testamento lírico. A veces, la veía rodeada de libros con ilustraciones de animales y de plantas. Necesitaba tenerlos a su alcance, por si se le escapaba el nombre de una flor o de una criatura. Dibujaba con palabras a su Chile, al que llevaba en el alma y al que quería con la ternura y pasión de una madre. Le gustaba también coleccionar figuras de animales de cerámica, metal o madera, sobre todo

ciervos. Solía llamar a las escapadas que hacía en busca de fotografías y reproducciones “salir de monerías”. Daba afectuosamente el nombre de “monos” a las ilustraciones de plantas y animales. Como San Francisco de Asís, a cuya orden pertenecía, acariciaba con la mirada a toda la creación y se acercaba a las cosas más diminutas para escuchar el latir de la tierra. Descubría en una mesa un árbol, en el árbol un bosque, en el bosque a Dios. Presencí en varias ocasiones cómo preguntaba a las visitas que pasaban por su casa—Victoria Kent, Victoria Ocampo, Jacques Maritain, Germán Arciniegas, entre otros— cómo se llamaba tal animal o tal árbol.

Conocí a Gabriela Mistral y a Doris Dana, su secretaria y luego albacea, en las Naciones Unidas durante un concierto que conmemoraba el séptimo aniversario de la adopción de la Declaración Universal de Derechos Humanos. En aquel entonces, mi hermano Jean trabajaba en las Naciones Unidas como Director de la Secretaría de la Asamblea General y, gracias a él, pude acercarme a ella. Gabriela estaba sentada entre su gran amigo Dag Hammarskjöld, el Secretario General de las Naciones Unidas, y Doris Dana. No leyó su mensaje sobre Derechos Humanos, tal vez por esa gran humildad que la caracterizaba o simplemente por cansancio. Ya estaba entrando en el otoño de su vida. Lo hizo en su lugar José Maza, el entonces Presidente de la Asamblea General. Con la sonrisa tierna de esas madres a las que cantaba en su poesía, me confió: “Si todavía creyera en la reencarnación, hubieras sido hija mía”, y me dio el apodo de “Niña Azul”. Ese momento iba a marcar toda mi vida.

A Gabriela le gustaba dar infinidad de apodos tanto a sus amigos como a la misma naturaleza: a la tierra, al bosque, a las flores, al mar, a la montaña, a las manos, al cabello, a los ojos de San Francisco de Asís, a quien le dedicó una de las prosas más hermosas jamás escritas. A Doris la llamaba “la gringuita”, “hijita mía”, “niña ambulante”. Gabriela solía llamarse a sí misma “patiloca”, vagabunda como su propio padre, que fue por el mundo cantando con su guitarra, como los trovadores y payadores de antaño.

Tuve la dicha de ser testigo de su creación literaria y de entrar en la privacidad de su vida. A Gabriela no le gustaba el tono de su voz, a la que encontraba monótona. No advertía la fascinación que su palabra ejercía en los que convivían a su lado. Silenciosa, bajo el encanto mágico de su conversación, que, más que diálogo se convertía en monólogo, yo la escuchaba hablar, la observaba escribir. Su voz, como la describió Victoria Ocampo, era la voz del continente americano, con sus sonidos, sus colores, sus pasiones. Oírla hablar era participar de un milagro. Víctor Andrés Belaúnde, el entonces presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, me comentó una vez que, para él, su conversación se asemejaba a un perfume. Gabriela Mistral solía volver sobre la obra, como un artista sobre un lienzo o un escultor sobre la piedra. Nunca estaba satisfecha frente a la página ya llena de palabras. Me acuerdo de ella recostada en la cama de su cuarto o sentada en un sillón, con algún viejo libro suyo en la mano, Subrayaba renglones con un lápiz de color azul cambiando una palabra, reescribiendo un verso. La palabra, para ella como para José Martí o para Rubén Darío, tenía alas y había que cuidarla y perfeccionarla, con un afán casi místico.

Recuerdo que cuando la visitaba, me decía que no perdiera mi tiempo leyendo su obra sino que estudiara a los clásicos, entre ellos a Dante, su “padre”. La vi en muchas ocasiones, doblada sobre la página, trabajando sobre un poema para encontrar la palabra exacta. Solía escribir variaciones sobre el mismo tema, versiones distintas del mismo poema. A veces, la veía sentada frente a varios textos de un mismo poema, luchando por encontrar el que sería definitivo. A veces, al terminar de leer un libro de historia o una biografía, de repente brotaba de su fuero interior un poema. La sorpresa era descubrir el poema —verdadera prenda— escrito a mano y con lápiz en la última página en blanco del libro que acababa de terminar de leer. Hacía falta pasarlo a máquina para que volviera a pulirlo y le diera su último toque. Me contaba Palma Guillén, la hermana espiritual de Gabriela Mistral, al respecto: “Su poesía fue siempre para mí una sorpresa. La encontraba, perdida, olvidada, en un cuaderno que parecía estar en blanco y en el que, hacia la mitad, estaban escritos unos versos maravillosos, o me los en-

contraba en una hojita, dentro del libro que había estado leyendo. Yo sacaba en limpio cuidadosamente aquellas primeras versiones y luego, un día, se las ponía delante para que las leyera o las corrigiera. ...Veo sus ojos claros, soñadores o alegres: ‘No está mal eso, Palmita. Déjame aquí...’” (Marie-Lise Gazarian, 116)

Inmensa lección de humildad y modestia ante la obra es lo que nos ha enseñado Gabriela Mistral y sigue enseñándonos. “Jamás haré el papel de vocero de mi nombre literario ni de mi obra misma”, afirmó ella en una carta a Gabriel González Videla. Nunca fue su intención promover su obra; sin embargo, supo promover la de otros escritores tanto del Viejo como del Nuevo Mundo, como lo podemos apreciar a través de su prosa periodística y de sus numerosas cartas. Esas cartas, por supuesto, las escribía sobre la marcha, como conversaciones interrumpidas entre amigos, en las que contaba quien había venido a visitarla, a veces se desahogaba. Esas cartas son, tal vez, lo que se asemeja más al calor de su voz.

Gabriela Mistral poseía un concepto profundamente religioso de lo que era para ella la creación literaria. La escritura era un camino hacia la perfección, y el libro, una ofrenda que regalaba a los demás. Esos dos principios dominaron su vida tanto personal como literaria. Como una abadesa se imponía una muy estricta autocensura. Su mejor amiga había sido a lo largo de la vida la Santa Biblia. Miraba el libro con reverencia: representaba para ella una entrega de cuerpo y alma. En su “Decálogo del artista” dijo: “De toda creación saldrás con vergüenza, porque fue inferior a tu sueño, e inferior a ese sueño maravilloso de Dios, que es la naturaleza”. (36) Escribir era dar a luz, en sus propias palabras: “Darás tu obra como se da un hijo: restando sangre de tu corazón”.

La página en blanco era para ella, como para los místicos, una montaña árida que se asciende y descende bajo la inspiración divina. Gabriela establece un paralelismo entre el ascenso místico del alma en un anhelo de unirse con Dios con el ascenso místico del “Poeta” en un afán de unirse con la “Poesía”. Viajara incansable que comunicaba directamente con el Ser Supremo y

con la Suprema Poesía, emprendió la aventura con la Poesía, sometiéndose incondicionalmente a Sus mandamientos. En “La flor del aire” nos hace partícipe de ese encuentro con ella: “Y ella me dijo: ‘Sube al monte./ Yo nunca dejo la pradera,/ y me cortas las flores blancas/ como nieves, duras y tiernas.’” (“La flor del aire”. (*Poesía, Gabriela Mistral*. Antología Mayor, 343) Nunca satisfecha, la Poesía, como una reina inflexible, le pide cada vez más sacrificios. La aventura con la poesía representa una labor ardua que, mediante autodisciplina y pasión, culmina en arrebatos de éxtasis y de entrega. Ya no se trata de cortar flores blancas, ni bermejas, ni amarillas, sino cortar las flores invisibles del aire: “Me las corté como si fuese/ la cortadora que está ciega./ Corté de un aire y de otro aire,/ tomando el aire por mi selva... ”. (“La flor del aire”, *Poesía, Gabriela Mistral*. Antología Mayor, 344-345) El poeta prescinde de la belleza exterior para descubrir la belleza recóndita del alma. La sublime recompensa es el poema.

Recordar a Gabriela Mistral no ha sido para mí evocar la figura ya legendaria, conocida de todos por sus “Canciones de cuna”, sus “Sonetos a la muerte”, o por haber sido el primer escritor latinoamericano a quien se le otorgara el Premio Nobel de Literatura y ser hasta la fecha la única mujer del continente latinoamericano en recibir tal reconocimiento. Recordarla es sentirla presente en todo lo que nos rodea. Es hacer un viaje con ella por Chile, especialmente por su Valle de Elqui. Es, además, hacer un viaje a través de los países donde representó a su país como diplomática, el papel que desempeñó ante la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas y el Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas, órgano del que se la considera madre espiritual. Es la madre que sonrío y nos enseña a decir: “¡Señor! Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la Tierra”. (*Selected Poems of Gabriela Mistral*, 36)

Vivir esos momentos de encantamiento en la casa de Roslyn Harbor, donde Gabriela pasó los últimos años de su vida, fue algo inolvidable. Me hablaba de su infancia, de su madre, de Yin Yin, su sobrino, del Rey David, de tantas otras cosas. Mujer del Antiguo Testamento, mujer del Valle de Elqui, mujer de

América, mujer universal, me contaba sus conversaciones con otro vasco y gran amigo, don Miguel de Unamuno.

Le agradaba estar sentada en el jardín, regar las plantas, dar paseos en coche, ir a la playa, visitar escuelas, hablar con los niños, releer los libros que más admiraba. Me decía: “Uno debe leer mucho, y debe hacerlo todos los días”.

Cincuenta años han pasado y he vuelto a pisar la casa de Roslyn Harbor. Muy emocionada, atravesé el umbral de la casa, recorrí la sala, los cuartos, caminé por el jardín, busqué entre los árboles del bosque al árbol preferido de Gabriela a quien llamaba “rey, padre, amante, esposo”. El tiempo no había pasado. Vi a Gabriela llevarme de la mano hacia la ventana y, con ternura franciscana, señalarme su árbol, erguido como ella, y entablar una conversación con él. Esos diálogos-monólogos eran joyas que, incluso, a veces, superaban sus escritos. Entrelazaba cuentos y creaba leyendas con versiones distintas sobre el mismo tema. Las personas que poblaron su vida y las casas y los lugares por donde transcurrió su vida se juntaban y se deshacían para formar “El país de la ausencia”. Era vivir la vida como un poema; era percibir en forma personal el proceso de la creación literaria. Su lenguaje se asemejaba al de Santa Teresa, pero con raíces muy hondas, ancladas en tierra andina.

Recuerdo a Germán Arciniegas cuyas visitas a casa de Gabriela Mistral coincidieron en muchas ocasiones con mi propia estancia en Roslyn Harbor. En el prólogo a mi libro *Gabriela Mistral, la maestra de Elqui*, el gran ensayista, educador y diplomático colombiano esboza un enternecido cuadro de Gabriela poco antes de su muerte: “En las últimas semanas de su vida, cuando Gabriela vivía en Roslyn Harbor, en casa de Doris Dana, yo solía visitarla, y me parecía de encantamiento ver la placidez distraída con que veía pasar las horas, entre tres seres vivos que no la desamparaban: Doris, la dueña, que fue en los últimos años su ángel guardián; una niña que silenciosa y como absorta, vestida de azul, parecía vivir únicamente para mirarla y escucharla; y una gata siamesa voladora que saltaba de un rincón al otro de la alcoba, una gata del color de las de Fujita, que parecía haber venido al mundo con la única misión de dis-

traer a esta chilena que iba entrando, al mismo tiempo que los árboles del bosque vecino, en el dorado otoño de su propio crepúsculo”.

En su libro *América mágica II, Las mujeres y las horas*, Arciniegas evoca una escena durante una de sus últimas visitas a Roslyn Harbor: “Gabriela repasó las cosas en torno, haciendo uno de esos inventarios que hacen los enfermos. Vio a Doris, y a Marie-Lise Gazarian, a quien llamaba ‘la niña azul’, que pasaba las horas sentada al borde de su cama. Doris, ‘la niña azul’: otras dos gatitas suyas. ... Aquel era el mundo más remoto, más distante de Nueva York. Los gatos, la nieve, Doris, la niña azul, y esas cosas menudas y pequeñas por las cuales tenía que pedir Gabriela. ... Y dominando esta corte, la reina de Elqui, la reina del reino de las araucarias”.

Mi hermano y yo estuvimos con Gabriela Mistral por última vez en el Hempstead General Hospital un día antes de que entrara en coma. Sobre una mesa, al lado de su cama, se veía el retrato de su madre. Habló de ella como si ya estuviera unida a ella en espíritu. Desde la ventana se veía una hermosa puesta de sol. Cuando me despedí de ella, sus ojos se dirigieron a mí, retuvo largamente mi mano entre las suyas y dijo: “Nos veremos el martes”. Esas fueron sus últimas palabras para mí.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Gazarian-Gautier, Marie-Lise. *Gabriela Mistral. La maestra de Elqui*. Editorial Crespillo: Buenos Aires, 1973; en *Gabriela Mistral: vida y obra*. Antología Mayor, Cochrane: Santiago de Chile, 1992.
- Mistral, Gabriela. *Selected Poems of Gabriela Mistral*. Trad. y ed. de Doris Dana. Johns Hopkins Press: Baltimore, 1961.
- . *Poesía, Gabriela Mistral*. Antología Mayor: Cochrane, 343, 1992.



Marie-Lise Gazarian con Gabriela Mistral, Roslyn Harbor, NY

GABRIELA MISTRAL COMO CRÍTICA LITERARIA A LA LUZ DE LOS ESTUDIOS DE ONILDA JIMÉNEZ

Elio Alba Buffill

Kingsborough C. College & ANLE

El libro *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral* constituye la reproducción de la tesis de doctorado de Onilda Jiménez en la Universidad de Nueva York. La profesora Jiménez nació en Cuba, y obtuvo en la Universidad de la Habana los títulos de Licenciada en Derecho Diplomático y Consular y Doctora en Filosofía y Letras. Entró en la carrera consular y diplomática por oposición, ejerciéndola brevemente como cónsul en Caracas, Venezuela, y en 1963 regresó a Cuba, llamada por su Ministerio. En 1964 sale de su patria rumbo a Madrid, permaneciendo allí alrededor de un año. Trasladada a los Estados Unidos (donde residió hasta su fallecimiento en junio de 2010), ganó una beca para el Teachers College de la Universidad de Columbia y obtuvo un *Master of Arts*. En 1979 recibió un Doctorado en Literaturas Hispánicas por la Universidad de Nueva York.

Desde 1968 enseñó español y literaturas hispánicas en Jersey City State College, hoy New Jersey City University. Su valiosa labor docente y de crítica literaria hizo posible que el alto centro docente donde ejerció su magisterio durante muchos años la nombrara Profesora Emérita. La profesora Jiménez ha escrito numerosos cuentos, crónicas; artículos publicados en revistas de este país y antologías, baste citar, en aras de la brevedad, *Narrativa y libertad*, editada por Julio Hernández Miyares. También es autora del libro *La mujer en Martí* (1999), que recibió una muy positiva recepción crítica y fue la editora de una antología bilingüe de poesía y prosa: *On the road/ En camino*. En resumen, como es evidente, Onilda Jiménez, une a sus valiosos estudios, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, una destacada labor como creadora y como crítica literaria. Pero es en esta última faceta de su actividad literaria en la que nos concentraremos, por ser este libro objeto del presente estudio, esencialmente un libro de exégesis literaria.

Por tanto, considero muy esclarecedor en esta parte inicial de este trabajo reproducir textualmente el comentario del profesor John A. Coleman, que dirigió esa tesis en New York University. Dice así el doctor Coleman:

Como director de la tesis doctoral de Onilda A. Jiménez deseo dar una idea clara del extraordinario logro que la misma representa. La autora ha explorado un aspecto de la distinguida poetisa chilena Gabriela Mistral que no había sido tratada antes —el examen crítico desde el punto de vista, tanto de su desarrollo cronológico como temático. Su trabajo ha requerido una investigación exhaustiva, lo que ha permitido inmensos descubrimientos, sobre todo en materia de manuscritos desconocidos. (Onilda Jiménez, *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral*, 13. Todas las citas posteriores de esta obra se referirán a esta edición y aparecerá al final de la cita, con el número de la página entre paréntesis).

El profesor concluye su juicio hablando tanto del feliz resultado del trabajo de la Dra. Jiménez como de la manera que había logrado este objetivo. En cuanto a ese primer aspecto, considera que la tesis era tanto un descubrimiento de nuevos materiales como una completa codificación y crítica de material conocido pero disperso, y en relación al segundo, califica la tarea que llevó a cabo, más que difícil, extraordinaria, ya que ella la había efectuado de una manera escrupulosa e iluminadora. Termina expresando el orgullo de su Departamento porque esa disertación lo había honrado. (13)

En el prólogo de este libro, de la propia autora Onilda Jiménez, la profesora confiesa que fueron dos factores los que la llevaron a la selección de la temática del mismo. La primera, desde luego fue su atracción por la figura estudiada dada su importancia en la literatura española e hispanoamericana y el carácter representativo de su obra y la segunda, la falta de balance en el estudio de la misma que había descubierto al revisar su bibliografía, encontró que había muchas biografías y artícu-

los que pretendían dar una visión personal, es decir la Gabriela según el escritor, que en consecuencia mostraba la bibliografía pasiva de la Mistral, cargada de la subjetividad de los críticos. Además encontró estudios parciales de su poesía pero una gran escasez de los de su prosa, que estaba dispersa en artículos, conferencias y cartas, pero no reunida en libros, sino perdida en esos aludidos medios de expresión de América y Europa. Específicamente, en cuanto a su crítica literaria, reconoció que un gran vacío se cernía sobre esa vertiente de la obra mistraliana, y apuntaba, con acertado juicio, que si algo se hablaba de ella, era de sus trabajos sobre José Martí, pero nada más.

Jiménez analiza que la muerte de la eminente escritora en 1957 produjo necesariamente un incremento de estudios sobre ella, que culminó en la década del sesenta; sin embargo, en la del setenta fue de una desolada pobreza. No obstante, concluía que Gabriela y su obra no habían perdido importancia, ni se habían agotado las posibilidades de su estudio. Por el contrario, a medida que pasaba el tiempo, la figura de Mistral aumentaba en importancia como voz representativa de una época y de un continente y adquiría más relieve porque se desprendía de esa subjetividad crítica que la condicionó en cierta medida durante su vida.

Sentadas esas premisas, es fácil comprender las dificultades a las que se enfrentaba nuestra crítica, ante la cantidad y dispersión de los materiales que necesariamente tenía que consultar, dado el ambicioso proyecto que se había propuesto. No obstante, lo cierto es que en el siglo XX, en este país se fue produciendo un proceso paulatino, que sería de gran repercusión sociológica: es decir, la emigración a los Estados Unidos de un sinnúmero de hispanoamericanos.

Todo ese proceso sociológico fue despertando en este país un mayor interés por la cultura hispana, lo que facilitó un tanto la ardua y difícil labor de la Dra. Jiménez para lograr su objetivo; además, se conjugaron diversos factores que coadyuvaron en distinto grado a ayudarla en su tarea. Uno, de carácter biográfico, fue el hecho de que Gabriela Mistral, como se sabe, una vez logrado cierto reconocimiento internacional a su obra, salió

de Chile y vivió una vida un tanto nómada, hasta fijar su residencia en este país. Otro factor fue el creciente interés en esta gran nación por la cultura hispanoamericana y la hispánica en general. A esto favoreció primero la labor profesoral desde cátedras universitarias de este país y su fecunda labor cultural tanto en la prensa hispana como inglesa, de los exiliados de la Guerra Civil española, y, posteriormente, ante la implantación de un régimen comunista en Cuba, la llegada al país de un contingente masivo de exiliados cubanos, entre los que abundaban profesores que pronto ocuparían cátedras de español y literaturas hispánicas en universidades estadounidenses.

Entre las diferentes fuentes, que según la propia autora facilitaron su labor, estuvo en primer lugar, el archivo de la propia escritora chilena, que estaba en esa época en poder de su secretaria y amiga, Doris Dana. Jiménez califica este archivo como su fuente principal, y señala que “contiene copias de artículos, algunos revisados y enmendados por mano de la misma autora. Otros han sido obtenidos por Doris en periódicos y revistas de otras partes del mundo, ya que ella preparaba desde hace tiempo la publicación de su prosa”. (16)

Además del archivo de la poeta chilena, Jiménez tuvo a su disposición la gran riqueza bibliográfica que disfruta todo estudioso que viva en el gran distrito metropolitano neoyorquino. Jiménez menciona varias bibliotecas, y cita razones específicas para esas consultas. Por ejemplo: la Biblioteca Pública de la ciudad de Nueva York, que posee la colección en *microfilms* de *Repertorio Americano* de Costa Rica, revista en la que Gabriela publicó sustancialmente; la biblioteca de Gabriela Mistral al momento de su muerte, que Dana había donado al Barnard College y la Casa Hispánica de la Universidad de Columbia, con un valioso material sobre la eminente escritora chilena; la Biblioteca del Congreso en Washington D.C., que tiene la colección completa de *El Mercurio* de Santiago de Chile, periódico del que Mistral fue corresponsal por muchos años.

La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral, de Onilda Jiménez, está dividido en tres extensos y luminosos capítulos. El primero se acerca a la *formación intelectual* de la

escritora estudiada, que siempre es una vía de acercamiento ante cualquier escritor, pero que, como la misma autora de este libro reconoce, adquiere mayor relevancia, cuando se trata de una figura literaria, como en este caso, Gabriela Mistral, que fue autodidacta.

En este capítulo, Jiménez demuestra ser una verdadera crítica del siglo XX: siempre tiene presente el texto mistraliano y parte en todas sus interpretaciones del mismo. Ahora bien, en su acercamiento crítico subyacen, muy diluidos, los postulados de dos escuelas exegéticas decimononas: la metodología positivista de Hipólito Taine, con su criterio sociológico y sus claves interpretativas de raza, medio y época, y también el criterio psico-biográfico de Saint Beuve.

Jiménez considera que para ajustar a cabalidad su crítica a la obra de Mistral era necesario examinar en primer lugar las ideas de la poetisa chilena sobre los géneros literarios en general, la poesía, el americanismo literario y la literatura femenina. Por eso titula el segundo capítulo de su libro: “La teoría literaria”.

El tercero y último capítulo del libro se dedica a recorrer toda la obra de exégesis literaria realizada por Gabriela, y que reúne en cinco acápites, a saber: el primero, la literatura española de la Edad Media al Siglo de Oro, que comprende dos subdivisiones, la poesía popular, los clásicos, la poesía épica: la Araucana de Alonso de Ercilla, por una parte y de la otra, Cervantes y Lope de Vega. Los restantes acápites son: el romanticismo, el modernismo y los poetas posmodernistas, el realismo y el vanguardismo y posvanguardismo.

En el primer capítulo, el que se refiere a la formación intelectual de Mistral, Jiménez nos presenta ya de entrada los inconvenientes que su nacimiento en medio de la pobreza de su familia y el aislamiento geográfico y cultural de la región en que nació pudieran haber limitado su afán de saber y el correspondiente proceso de educación y desarrollo mental. A estos factores específicos, Jiménez agregaba los prejuicios acerca de la condición de la mujer en el mundo en general y en Hispano-

américa en particular, respecto a su evolución cultural, en la época en que la escritora chilena vino al mundo. La misma Mistral atribuía el haber vencido todos los factores negativos que conspiraron para que no pudiera educarse a su “esfuerzo”. (19) Solamente cursó la Escuela Primaria, ya que en la Escuela Superior de Vicuña estuvo sólo unos pocos meses, pues una maestra ciega la acusó de haber robado materiales escolares y fue expulsada. Por otra parte, no fue admitida en la Escuela Normal, porque el capellán Juan Ignacio Munizaga aconsejó que no se le permitiera ingresar porque sospechaba de sus ideas sociales. Pero pese a todos estos ataques inmerecidos, siguió estudiando, leyendo, guiada por su hermana Emelina. Jiménez subraya, ante las injusticias, el premio al “esfuerzo”: “No pudo obtener su título de maestra normalista pero, con el tiempo le fue otorgado, el doctorado Honoris Causa de las universidades de Chile, Guatemala, Puerto Rico, Columbia, Florencia y California”. (20)

Pese a esos inconvenientes, Jiménez considera que si bien la infancia de Gabriela careció de muchas cosas, disfrutó de otras fundamentales: el cariño de su madre y su hermana y la espléndida naturaleza del Valle de Elqui. En efecto, Mistral siempre recordó a su madre con amor y gratitud. También mencionaba frecuentemente a Emelina, su hermana mayor, que le llevaba quince años y fue quien le enseñó a leer y a escribir, y la inició en la Biblia, cuya asidua lectura fue muy importante en su formación intelectual y espiritualidad. A la Biblia la llamaba “Canción de cuna de los pueblos”, “eterna nodriza con candor y sabiduría” y explicaba lo que le había enseñado y lo que significaba en su vida. (26) La lectura de la Biblia le abrió secretos caminos a su espiritualidad pujante y le robusteció la inmensa sed de conocer. Esa hambre de saber la llevó a la lectura indiscriminada, pero su inteligencia natural le advirtió, desde muy pronto, los peligros que conllevaba esa voracidad de conocimiento, como Jiménez demuestra con exhaustiva y pertinente documentación.

Los textos que contenía la biblioteca personal de Mistral en el momento de su muerte demuestran su humanismo, pues además de los abundantes libros de literatura, abundan los de

filosofía, ciencias sociales y artes. Jiménez los compara retroactivamente con los que pudo tener en Chile, en las dificultades de la niñez y en el proceso paulatino de crecimiento siempre en ávida búsqueda de libros.

Otro aspecto que Jiménez destaca de la vida de Mistral es su viaje a México, cuando ya era bien conocida en su país y en el continente por sus colaboraciones en las revistas literarias a las que periódicamente contribuía: *Elegancias*, de Rubén Darío, en París, *Repertorio Americano*, de Costa Rica, *Atlántida*, de Constancio C. Vigil y las habaneras, *Cuba Contemporánea*, *El Fígaro* y *Social*, que le tributaron un acogedor homenaje, en su paso por La Habana, cuando ella se dirigía a México.

Con gran precisión, destaca Onilda Jiménez, cuando se detiene en ese primer viaje al extranjero, en lo que llama “Descubrimiento del indio”. Dice así la perspicaz exégeta:

Es bastante sorprendente que quien habría de convertirse en una especie de ‘Madre de Las Casas del Siglo XX’ (como diría Unamuno), no se hubiese interesado antes en el indio. La raza aborígen americana abunda en Chile y especialmente en Temuco, donde trabajó y vivió Gabriela por un largo período. No sólo no escribió nada sobre él en su país, sino que al parecer no le impresionaba bien y nunca había hecho mención de un posible ancestro indio. (40)

Sobre el motivo de ese cambio, Jiménez alude a un texto en prosa de Gabriela en el que cuenta que en una ocasión que estaba mirándose en un ojo de agua en México, vio reflejada su imagen al lado de un indio que gentilmente la ayudaba a beber; de pronto, el rostro del indio le recordó el rostro de su padre. Bien fuera por esa vívida experiencia personal, bien por haber llegado a un país sumido en una contienda bélica en el que se planteaba la defensa del indio, o por su participación en la labor cultural de Vasconcelos en la Universidad, lo cierto es que experimentó a partir de esa época una creciente preocupación por el indio, su destino histórico y la defensa de sus derechos.

Un segundo aspecto que Jiménez considera muy importante en la etapa mexicana de Mistral fue la proposición que se le hiciera, y que ella aceptó, de preparar un libro de texto escolar, y que resultó en *Lectura para mujeres* para la Escuela-Hogar que se estaba construyendo en su nombre. Jiménez pone de manifiesto el hecho de que por su formación autodidáctica la escritora no había estado nunca antes sujeta a una labor metódica. *Lectura para mujeres*, antología de poesía y prosa con algunos textos originales suyos, significó una labor de recopilación que duró más de un año. Mistral tuvo que leer mucho material, repasar algunos textos que ya conocía pero también descubrir otros, y procuró que en sus páginas no faltaran autores hispanoamericanos. Como concluye Jiménez, su horizonte cultural se amplió muchísimo. Además, el título de la antología ya anuncia la preocupación por la esencia femenina, que permeará su primera obra poética, *Desolación*.

Jiménez termina este capítulo de su libro, evaluando el impacto cultural europeo. A ese efecto señalaba, que lo que Gabriela Mistral necesitaba, era después de México, conocer esa Edad Media que admiraba tanto por su espiritualidad, con sus catedrales, su artesanía y su poesía popular. Tenía necesidad de adquirir el conocimiento de la vieja Europa. La crítica consideraba que Gabriela siempre lamentó el no haber poseído aquellos bienes de que disfrutaron los pueblos viejos, es decir humanidades, tradiciones, Edad Media. Además analiza que Mistral se sentía atraída por Francia y el espíritu latino pues era hija de la generación modernista, a la que tanto se le había acusado de afrancesada. También la exégeta trae a colación, la segunda visita a Francia de Gabriela Mistral, como miembro de la Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones, en la que tuvo la oportunidad de trasladarse a vivir en Provenza, que era la tierra de su ídolo juvenil, Federico Mistral. Al mismo tiempo, Jiménez anotaba el hecho de que Gabriela había sido siempre buena lectora de Domingo Faustino Sarmiento y que coincidía con él, en reconocer, lo mucho que le debían a Francia.

No obstante Jiménez, destacando esa espontaneidad, esa sinceridad, ese afán de ser objetiva que caracteriza la prosa

crítica de la Mistral, argumentaba que, pese a su admiración por la literatura francesa en general, encontraba en la de su época, una afectación, una falta de sinceridad, una abundancia de temas exóticos, que influían negativamente sobre los escritores hispanoamericanos contemporáneos, pues se dejaban llevar por el “galicismo mental” al que aludía Juan Valera.

Jiménez enfatiza un segundo factor en el impacto cultural europeo, pues reconocía que —si bien Francia ganó la admiración intelectual de la gran escritora chilena como rectora en el mundo de la latinidad— Italia se la había ganado en el orden del sentimiento, pues nos había dado la raíz de nuestra lengua. Además, la exégeta recordaba la afirmación de la Mistral en relación a que Italia también le había dado a América, especialmente a la del Sur, la sangre de miles de emigrantes. Entusiasmada, dice la crítica cubana, captando el sentir de Gabriela Mistral, “Para ella Roma es autora, creadora, sustentadora de nuestra alma”. (50)

El tercer y último factor que destaca en el impacto cultural europeo es España que Onilda Jiménez evalúa con cierta intencionada significación, que anuncia en el título del acápite “España, la controversial”. La mayor deuda con España, Mistral lo proclamaba siempre, era por la lengua. Si otros factores del gran legado hispánico los consideraba —dice la exégeta Jiménez— discutibles o negativos, su agradecimiento por la lengua era pleno porque la sentía tan unida a nuestro ser como el alma o las entrañas

La impresión de su primer viaje a la Madre Patria será muy positiva. La reproduce Jiménez en su libro y la transcribo textualmente:

De México, pasé a Europa, impresionándome mayormente, bajo el aspecto sentimental, España. Yo no quería a España lo suficiente, pero ahora he hecho una reivindicación total. Me encanta el alma del pueblo, especialmente el campesino, Es un pueblo heroico, de sobriedad grande y de limpieza de costumbres, como no hay otro. En general traigo la impresión que la de Espa-

ña es la raza mejor, como calidad del individuo, así como Suiza, lo es desde el punto de vista colectivo. En aquel país hay cultivo del hombre, muy grande, que en el pueblo es inconsciente y en la gente culta consciente.
(53)

Onilda Jiménez aclara que los tropiezos, más que con España, con los españoles, vendrían después. A mí me parece que realmente, en vez de con los españoles debiéramos decir que algunos españoles, pues como lo prueba fehacientemente ella misma, en éste, su excelente y bien documentado libro, Gabriela Mistral tuvo muchos y muy buenos amigos españoles. La verdad fue que surgieron algunos episodios en que la sinceridad que siempre le caracterizó, bien en cartas privadas que cayeron posiblemente de modo accidental en manos de algunos españoles que no simpatizaban con ella; bien en escritos para artículos en periódicos y revistas, le ocasionaron grandes problemas, que alcanzaron mayor dimensión, porque fueron escritos cuando a su reconocida grandeza literaria se unía el hecho de ocupar importante representación diplomática de su país de origen, su amada patria chilena. Por ejemplo, el primer incidente pudo determinar en cierta medida su traslado de Cónsul de Chile en Madrid a ocupar ese mismo puesto en Lisboa.

Como afirma la exégeta, Mistral siempre atribuyó sus problemas con algunos españoles a la cuestión del indio y presenta, con esa amplia cita de fuentes, documentación excelente que prueba sus atinadas opiniones, la tristeza que caracterizó a Mistral, que sentía muy profundamente que sus críticos españoles nunca la habían entendido. Con atinada deducción, concluye la crítica afirmando que lo que no se daba cuenta la Mistral, era que el apasionamiento y hasta la intransigencia de que acusaba a los españoles estaba también en ella y no eran producto precisamente de su sangre india sino de su herencia hispánica visible,

La autora de este libro aclara que, antes de iniciar el segundo capítulo que, como apunté previamente, se refiere a teoría literaria, se había dado cuenta de la inseparabilidad de la teoría y de la crítica literaria y que cuando la Mistral pretendía

exponer sus opiniones sobre determinadas escuelas, tendencias y autores, pisaba en el vacío si no mencionaba al mismo tiempo los principios en que se sustentaban. Citando para avalar su tesis, el reconocido libro de René Welleck y Austin Warren, *Teoría Literaria*, en que se planteaba en términos generales, que la teoría literaria era imposible si no se asentaba sobre la base de estudio de obras literarias concretas porque no se podía llegar *in vacuo* a criterios, categorías y esquemas. Lo que era igual a la inversa, es decir que no era posible ni la crítica ni la historia, sin un conjunto de cuestiones, sin un sistema de conceptos, sin puntos de referencias, sin generalizaciones. De ahí que la autora ratificaba en el inicio del capítulo que presentaría en el mismo una síntesis de los principios que constituirían el fundamento de la crítica literaria de Gabriela Mistral, que iba a presentar en el capítulo siguiente y último del libro por medio de sus interesantes juicios literarios.

Este segundo capítulo está dividido estructuralmente en seis acápites; El primero es Concepto de los géneros; el siguiente, Determinismo en la obra literaria; el tercero es La formación del escritor; el cuarto, Elaboración de una Poética; el quinto, El americanismo literario y el último, Literatura femenina. En cada uno, también nos detendremos brevemente, dada la naturaleza panorámica de este trabajo.

Comienza Jiménez el primer acápite, con este análisis sobre los géneros literarios, precisando que Mistral no pretendió nunca desarrollar una teoría literaria ni adherirse concretamente a una doctrina, pero si manejaba el concepto del género literario y distinguía los géneros clásicos y los modernos como por ejemplos de estos últimos, el ensayo y el poema en prosa. La crítica hace una brevísima revisión histórica de la doctrina de la pureza de los géneros, es decir de que no podían mezclarse, subrayando el respeto que por centurias se le tuvo y subraya que el siglo XIX, con la libertad romántica y la popularidad de la imprenta, la puso en entredicho, empezando por intentar no reconocer géneros definitivos, pues se consideraba la posibilidad de que podían nacer unos o morir otros y también mezclarse entre sí. Con otra muestra de su gran labor investigativa, la crítica hace evidente que Mistral comparte las ideas de algunos

de sus contemporáneos opuestas a la distinción en los géneros literarios. Los ejemplos sirven por otra parte para evidenciar la extraordinaria sensibilidad estética de Mistral como crítica literaria.

Un segundo aspecto en que Jiménez se detiene es el determinismo en la obra literaria, Siguiendo a Hipólito Taine — recuérdese su famoso prólogo a su *Historia de la Literatura Inglesa*— Onilda Jiménez alude a los tres factores que, según la teoría de crítica positivista de ese gran maestro francés, influyen fundamentalmente en el estado o condición moral de los escritores, la raza: constituida por las disposiciones innatas y hereditarias de los pueblos, que se mantienen firmes; el medio, se refiere al lugar, el factor geográfico, que incluye también el clima y la época que se refiere al momento histórico. La crítica, aludiendo a que Mistral estaba en el marco de las ideas de Taine que todavía tenían cierta relativa vigencia —y al que menciona específicamente en su artículo “Un poco sobre el Ecuador”— ve al escritor fuertemente determinado por la raza y el medio geográfico. Como siempre en este libro, Jiménez no se limita a sentar las premisas teóricas sino que va al texto mistraliano para probar con citas que sirvan de ejemplos que corroboren sus opiniones. Baste un caso. Señala que a la luz de esta doctrina, se ha considerado que la aridez de la meseta castellana ha sido un factor sobre su habitante que ha propiciado limitar sus exuberancias hasta dejarlo en la más soberana sencillez estilística. Gabriela considera que esta es la razón de explicar la sobriedad y el equilibrio de la prosa de Jorge Mañach, nacido y criado en un país tropical y marino como Cuba, pero en quien fue muy poderosa la vieja tradición de Castilla y Cataluña.

El tercer factor que Jiménez analiza es el de la formación del escritor. Señala que las facultades naturales, por sí solas, no pueden producir un buen escritor y que hace falta una etapa difícil de formación, de estudios regulares, en que las experiencias vitales se integren como materias literarias. La crítica indica que Mistral le da a la palabra *vocación* una connotación religiosa, al considerarla como *encargo*, como misión en la vida que debe tener primordial importancia. Mistral consideraba que al no entender los seres humanos la literatura como voca-

ción fundamental, hace que traten de encontrar vocaciones secundarias, segundos planos, como la enseñanza, el periodismo, la diplomacia, etc.

Todo lo cual, como afirma la crítica cubana, está muy ligado con el profesionalismo literario, que es una realidad en Europa y solamente un sueño en Hispanoamérica. Con esas citas tan ilustrativas del pensamiento mistraliano que siempre utiliza la crítica, Mistral señala que el burocratismo de la enseñanza perjudica al maestro y funcionario o empleado escolar y — pensando en Vasconcelos, su gran protector en México — considera que éste no incurrió en su obra, en los dos riesgos en que podía caer el profesor universitario: la erudición y la deshumanización.

Sobre el periodismo opinaba que tenía una alta misión, la de orientar al pueblo, pero comprendía que el de su época tenía mucho a la crónica donde se informaba sin opinar y donde lo importante era reflejar la actualidad. Jiménez finaliza este acápite de la formación del escritor con las ideas de la ilustre chilena sobre el autodidactismo y las humanidades y la lucha del que escribe, por su originalidad. En una entrevista en su país, hablando de la escuela chilena en particular pero con ciertas referencias universales, decía que había llegado a un escepticismo muy grande y que creía cada vez más en la cultura autodidáctica. No se trataba, anota Jiménez, de un rechazo absoluto a la formación académica sino que opinaba que nuestra educación no cumplía su verdadera misión. De las humanidades señalaba Mistral, “el clasicismo forma *hombres completos*, jefes reales que tienen de la vida individual, lo mismo que de la nacional, un sentido de unidad”. (85) A lo que agregaba, con enfoque preciso y gran belleza expresiva, “el clasicismo es un modelo cenital de vida, una manera solar de existencia, es la organización cabal del espíritu y una experiencia humana de cuatro mil años”. (85)

En la lucha por la originalidad, Jiménez nos muestra que para Gabriela Mistral es ésta el valor máximo del escritor. Al preguntarse en qué debe consistir la originalidad enumera una serie de posibilidades: estilo, temas, ideas y tono; aunque pos-

teriormente evalúe la importancia de esos factores, y contesta: “la lengua, mucho más que el concepto, será siempre la marca del escritor” y casi a continuación, ratifica “...pero es siempre un lenguaje nuevo la marca de fuego de la criatura literaria que asoma”. (88)

El cuarto acápite de este capítulo está dedicado a estudiar la elaboración de una Poética. De entrada, Jiménez reconoce que el título de este acápite pudiera resultar engañoso porque Mistral no elaboró nunca una Poética *per se*, pero en varias ocasiones se manifestó sobre el Arte Poética. Su concepto de la poesía —coincidente con el de Gustavo Adolfo Bécquer— apuntaba a la visión del poeta como guardador de recuerdos. Sin embargo, Jiménez cree que Mistral ve en el poeta algo más: no sólo es el que recuerda, sino el que comunica lo que siente y, en ocasiones, es intérprete del otro. Precisa Jiménez que en el fondo era adscribir a los poetas hispanoamericanos del siglo XIX y algunos de su época una función colectiva o social. Para Gabriela, continúa Jiménez, la poesía no es sólo la comunicación de un contenido psíquico, sino sagrado, como la religión, tal y como se practicaba en la Antigüedad. Agrega la crítica cubana que Mistral coincide con Octavio Paz al considerar la experiencia poética como religiosa. Circunscribir la inspiración en el ámbito de lo sagrado equivale a reconocer que en el momento de la creación surge un factor externo al poeta: la inspiración o musa, lo que llama Octavio Paz “irrupción de una voluntad ajena”. (3). Jiménez señala que en el artículo “Gracia en la poesía”, Mistral adopta una posición ecléctica, equidistante de otros dos trabajos suyos, el de los *Versos sencillos* de Martí, en el que se afilia a la inspiración sin reservas y “Una definición: el hombre europeo”, en el que se une a la importancia de la voluntad y el trabajo.

En relación al ritmo, Jiménez indica que, considerado el modernismo como la expresión hispana de la crisis universal del espíritu —característica del fin de la centuria decimonona, según Federico de Onís—, es explicable la actitud de los modernistas en buscar reafirmación en un mundo que se tambaleaba ante la demolición de sus viejos dogmas y mitos. Afirma que Mistral, como los modernistas, tenía gran interés por las doc-

trinas esotéricas (teosofía y budismo), que buscan la armonía o perfección universal, y también por el pitagorismo: de ahí que le dé importancia al ritmo y haga en su obra alusiones a Pitágoras, nombre casi sagrado para los modernistas.

En cuanto al quinto factor que Jiménez evalúa es el americanismo literario de su época. Mistral pensaba que los escritores hispanoamericanos, por seguir apegados a los postulados literarios europeos, carecían de originalidad. La literatura hispanoamericana —opinaba la poeta chilena— estaba abocada a apoyarse en la europea por mucho tiempo y solamente cuando empezara a basarse en los elementos autóctonos comenzaría a independizarse. El proceso de imitación no terminaría hasta que América, consciente de sí misma, lograra forjarse una personalidad propia. Añadía que la gran cantera de originalidad de la literatura hispanoamericana estaba en la naturaleza y el folklore, a los que se le había dado la espalda en un funesto afán de universalidad. En relación al castellano, Mistral se sentía muy orgullosa de poder expresarse en su lengua madre: “Préstamo precioso significa para nosotros la lengua de Castilla, traspaso delicado y digno, de mano y garganta, a mano y garganta finas, lote más profundo que el mismo de la sangre. Precisamente en ella, en la lengua, reside nuestra fusión con España, la única durable”. (115)

En el último acápite, Jiménez afirma que la literatura femenina, tanto española como hispanoamericana, fue hasta la época de Gabriela Mistral muy pobre. Entre el grupo numeroso de hombres escritores que se destacaron en el siglo XIX fueron muy pocas las mujeres que lograron reconocimiento: Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán, Fernán Caballero y Clorinda Marto de Turner. Gabriela Mistral pertenece a una generación de grandes voces femeninas como Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou, María Eugenia Vaz Ferreira, y en momentos en que las mujeres comienzan a luchar por la igualdad intelectual con los hombres. Claro que los inicios de esa lucha, específica la crítica, fueron extremadamente difíciles por el hecho de que el medio literario estaba dominado por los hombres. Jiménez nos recuerda la opinión bastante negativa que la misma Mistral tenía de la

poesía chilena de la época, una poesía donde predominaba el tema de la mujer amorosa, quizás reminiscencia tardía de un romanticismo un tanto decadente. Con esa inteligencia y perspicacia que siempre la caracterizaron, unidas a su vasta cultura, —que como hemos visto en este libro fue fundamentalmente autodidáctica—, Mistral pensaba que los temas más prometedores para crear una genuina literatura femenina eran el hogar, la maternidad y la literatura infantil, que tan estrechamente veía unida a la maternidad, ya fuera ésta física o espiritual.

La crítica literaria de Gabriela Mistral, como evidencia Jiménez en este libro, se encuentra esparcida en prólogos, conferencias, artículos y cartas. Jiménez aclara que algunos de los artículos periodísticos fueron publicados después como prólogos, aunque muchos de ellos los escribió Gabriela específicamente como tales, como necesarias consecuencias de compromisos con escritores jóvenes que necesitaban su apoyo. Muchos de sus amigos alabaron su generosidad. Sin embargo ella tenía —como Enrique José Varona— un concepto muy serio de la exégesis literaria, pues estaba convencida que la crítica literaria debía asentarse en dos ejes primordiales: el estudio bibliográfico y el análisis riguroso. Jiménez afirma que aun aceptando que algunos de sus comentarios críticos fueran producto de la amistad o del compromiso, la escritora chilena nunca se excedió en el elogio, ni tan siquiera cuando evaluaba alguna obra que le mereciera auténtico admiración.

Onilda Jiménez dedica este capítulo final a señalar la literatura que más interesó a Mistral como crítica. Lo dividió en cinco acápites. En el primero incluyó la literatura medieval y también la del Siglo de Oro y el Renacimiento. Además, su interés por el género poético la impulsó a estudiar la poesía popular y los clásicos, y después la poesía épica renacentista; y por último dos figuras sobresalientes de nuestra gloriosa literatura española: Cervantes y Lope de Vega. Los otros acápites de este capítulo están dedicados a los cuatro movimientos literarios que precedieron o convivieron con la presencia vital de la escritora chilena: el romanticismo; el modernismo y posmodernismo; el realismo y el vanguardismo y posvanguardismo.

Hay en general una preocupación mayor por lo contemporáneo como se hace evidente en esta valiosa y cuidadosa selección que hace la profesora Jiménez porque, como aclara, una buena parte de la obra de crítica literaria de la eminente chilena estuvo orientada a escribir artículos de divulgación en revistas y periódicos. Es necesario señalar, que en este último capítulo hay un sutil pero evidente cambio, por lo menos de matiz, en la presentación de los juicios literarios mistralianos. Es innegable que, si bien se mantiene en ellos la valiosa presencia de la exégeta, con las continuadas y adecuadas citas de Mistral, es evidente, que debido a la propia naturaleza de este capítulo final, dedicado a la selección de los temas y autores literarios que más atrajeron sus juicios críticos, la labor de Jiménez, aunque es constante y refleja su conocimiento de las distintas temáticas sobre la que se enfoca la opinión de Mistral, resulta necesariamente más velada, si bien no deja nunca de ser relevante y orientadora. En efecto, en esta última sección, Jiménez no introduce y define la naturaleza de la cita de Mistral, como lo hacía en el primer capítulo, para fijar la formación intelectual de la escritora, ni indaga sobre fundamentales aspectos de teoría literaria, que debían esclarecerse, como antecedentes necesarios e iluminadores, como lo hacía en el segundo, para presentar esta selección de juicios, literarios con los que termina el libro.

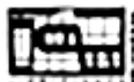
Este libro de Onilda Jiménez, con su riguroso y exhaustivo análisis de la obra crítica de Gabriela Mistral ha sido, y seguirá siendo, fundamental para lograr que su amplio y brillante aporte en esta materia vaya ganando, con el transcurso de los años, el reconocimiento que merece.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Jiménez, Onilda. *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral*. Miami: Ediciones Universal, 1983.

ONILDA JIMÉNEZ

**LA CRITICA LITERARIA
EN LA OBRA DE
GABRIELA MISTRAL**



P.O. Box 48077 Gainesville, Florida,
U.S.A.

**UN ANÁLISIS DE LA PROSA MISTRALIANA,
DESDE LA PERSPECTIVA CRÍTICA
DE EUGENIO FLORIT.**

Esther Sánchez-Grey Alba

La obra literaria de una poeta como Gabriela Mistral, que alcanzó los más altos sitios de la creación artística, ha sido analizada desde las más variadas perspectivas y por lo tanto es harto difícil tratar de encontrar una faceta inexplorada de la misma. Es por eso que hemos preferido buscar el apoyo crítico de otro poeta que, como ella, encontró su destino final en los Estados Unidos, después de andar numerosos caminos y con el que se pueden encontrar muchos puntos de contacto con la ilustre chilena. Porque en efecto, Eugenio Florit nació en Port Bou, un pequeño puerto de España, en la zona fronteriza con Francia, es decir, en un punto distante de su mundo hispánico, lo mismo que el valle del Elqui lo fue para Gabriela; luego pasó a Cuba, muy joven, en donde hizo sus estudios superiores hasta graduarse de abogado en la bicentennial Universidad de La Habana y después de involucrarse en el ambiente cultural y literario de la isla, llegó a New York destinado al Consulado general de Cuba en esa ciudad. Después, habiendo ya logrado reconocimiento su obra poética, se dedicó a la enseñanza del español y su literatura en Columbia University, de donde se jubiló como Profesor Emérito de dicha universidad. Las similitudes con la Mistral son evidentes. Ambos encontraron en la literatura en general, con énfasis en la poesía, la mejor manera de expresarse y lograr la comunicación con su mundo cultural; y los dos vivieron los últimos años de su vida en la gran urbe metropolitana de New York, crisol de tantas culturas, donde pudieron desarrollar su obra a plenitud, ligados permanentemente a su génesis hispana y promoviendo con su ejemplo y sus enseñanzas el conocimiento de esa cultura en los Estados Unidos de Norteamérica.

Eugenio Florit analizó la obra poética de la Mistral en un

ensayo ya clásico y de referencia obligada⁹⁸. Florit escribió de Gabriela Mistral: “Se miró a sí misma, sí, pero supo mirar también a Chile, a América, al mundo y nos ha dejado un paisaje poderoso o suave, según lo veía, y todo él lleno de figuras”.⁹⁹ Y quien conozca la poética de Florit pensará como nosotros: que la visión del mundo del crítico tenía esta misma perspectiva.

La palabra clave en este análisis es *paisaje*, porque Florit le da una acepción mucho más amplia de la que de inmediato sugiere de visión de lo externo. Florit habla de un paisaje externo y de uno interno. El externo es, lógicamente, el que la poeta contempla en su circunstancia inmediata: la naturaleza circundante, tan cambiante en cada latitud; los pueblos que va conociendo en su andar, con sus costumbres y maneras peculiares de ser; las ciudades que visita, cada cual distinta en su arquitectura y topografía. El interno es el que la configura a ella como persona en sus dos dimensiones, la humana y la literaria, pues todo creador en definitiva no hace más que revelar en su obra su propio ser.

Una de las fuerzas más poderosas de ese paisaje interno es el amor, según considera el crítico —quien reconoce a la vez que es preponderante en todo gran poeta (62)—, y que aparecía ya en *Desolación* (1922). En ése, su primer poemario, es muy frecuente el tema del amor humano en sus más variadas formas. Ahí está la creyente que se aferra a la cruz de Cristo y como penitente se reprocha: “¡Odio mi pan, mi estrofa y mi alegría,/ porque Jesús padece!”¹⁰⁰; está también la que ha descubierto el sentimiento del amor hacia otro ser y su presencia se impone en todas partes y admite: “¡le tendrás que escuchar!... ¡lo tendrás que hospedar!... ¡lo tendrás que creer!... (71) y como

⁹⁸ Eugenio Florit, “Paisaje y poesía en Gabriela Mistral”, en *Eugenio Florit. Obras completas*. Luis González del Valle y Roberto Esquenazi-Mayo, eds. (Boulder, Colorado: Society of Spanish and Spanish American Studies. University of Colorado, 1991) Vol. V, pp. 100-107.

⁹⁹ “Paisaje y poesía en Gabriela Mistral”, p. 102.

¹⁰⁰ Gabriela Mistral, “Viernes Santo”. *Desolación* (Madrid: Espasa Calpe, 1972), p. 22. Las futuras referencias a este texto pertenecen a esta edición (4ta. ed.) y se indicarán con el número de la página entre paréntesis.

corolario ineludible, el fuego de los celos, que es el reverso del amor, le hace decir con amargura: “Él pasó con otra;/ yo le vi pasar./ Siempre dulce el viento/ y el camino en paz./ ¡Y estos ojos míseros/ le vieron pasar!” (82) Luego están sus famosos “Sonetos de la muerte”, que le dieron fama universal, y otros poemas que hablan del vacío que ha quedado en su vida tras la muerte del amado, como en “La espera inútil”, “La obsesión”, y otros en los que la desesperación por la ausencia del amado le desgarró el alma. Aunque Gabriela negó años más tarde la trascendencia de aquel amor de la adolescencia, es innegable que, quizás por haber sido el primero, dejó su huella lírica en aquel poemario con el que se presentó literariamente, pues en todo él hay un hálito de profunda tristeza. Dos ejemplos magníficos son “Balada de la estrella” (136) y “La lluvia lenta”. (137) Su mirada se torna hacia la naturaleza; en el primero, le da dimensión humana a la estrella para hacerla su confidente y confesarle lo triste y sola que se encuentra y pedirle que le diga si hay otra que lleve en su alma tanta tristeza y llanto como ella; en el segundo hay también una personificación, pues ve el cielo “como un inmenso/ corazón que se abre, amargo,/... y sangra en la lluvia como ...fino llanto amargo/ cayendo! ... hacia la Tierra yacente/ y transida”.

Además de este amor humano, que se hace tan patente en la parte lírica de *Desolación*, se muestra también en él, en la sección de prosa, algo del amor universal a la tierra y a la naturaleza —que el crítico Florit descubre en *Tala*, su segundo libro importante— junto a otras dimensiones, con un sentido, a nuestro entender, de raíz profundamente cristiana. Por ejemplo, en “Motivos del barro” (181), la poeta se hace polvo del camino para mirar desde esa perspectiva al mundo que conoció: a los niños, imagen de los que enseñó un día y a los que amó, y a alguien a la que odió como enemiga y ahora es, como ella, polvo. He ahí el tópico de la futilidad de las pasiones en la vida, ante la trascendencia de la muerte, que nos iguala a todos. En “Poemas del éxtasis” (189-194) hay un monólogo íntimo ante la experiencia inefable de saberse amada, hasta que llega en el VII a hacer el recuento de lo que es su alma: primero fue “un gran árbol en que se enrojecía un millón de frutos”; después, “un arbusto retorcido de sobrio ramaje, pero todavía capaz de manar

goma perfumada”; y por último, “una pequeña flor de cuatro pétalos”, cada uno de los cuales responde a un nombre: Belleza, Amor, Dolor y Misericordia, y que fueron abriéndose uno a uno. Es oportuno, quizás, mencionar en este punto el estudio que realizó Anita Arroyo¹⁰¹ sobre las veces que Gabriela Mistral se identificó con un árbol. Ya tempranamente, en “El espino”, de *Desolación*, dice: “Me ha contado que me conoce,/ que en una noche de dolor/ en su espeso millón de espinas/ magullaron mi corazón”. (128). En *Ternura* (1924), dedicado a todos los niños de América a los que ha enseñado, aparecen los pinos y, en su “Ronda de la ceiba ecuatoriana” resplandece la ceiba, “verde llamarada de la América”. En *Tala* (1938) se hace parte de la naturaleza cuando dice: “... olvidaste entre todas tus formas/ mi alzada de lento ciprés;” y por último, con las palmas de Las Antillas sintió su “cuerpo quieto, las olas locas,/ y como cien madres las palmas”.

Y es que la naturaleza es parte congénita de Gabriela Mistral, quien desde niña, en el valle del Elqui, en la parte más septentrional de Chile, sintió la presencia abarcadora de los Andes, que habla de soledades, de silencios y de inmensidades. El hombre de esas latitudes se hace hermético, concentrado en sí mismo, pero Gabriela sintió desde muy temprano el ansia de comunicarse con el exterior. Para ello bebió ávidamente en cuanto libro pudo encontrar: la voz silente de sus páginas le descubría mundos ignotos y esferas no soñadas. Los libros fueron sus compañeros y sus amigos, y así los recordaba con cariño en aquel poema titulado “Mis libros” (23):

¡Libros, callados libros de las estanterías,
vivos en su silencio, ardientes en su calma;
libros, los que consuelan, terciopelos del alma,
y que siendo tan tristes nos hacen la alegría!

Mis manos en el día de afanes se rindieron;
pero al llegar la noche los buscaron, amantes,

¹⁰¹ Anita Arroyo, “Diario vegetal de Gabriela Mistral” en *América en su literatura* (San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1967), pp. 433-451.

en el hueco del muro donde como semblantes
me miran confortándome *aquellos que vivieron*.
[...]

Como maestra que fue desde los quince hasta los veinte años, primero en una escuela rural de su contorno natal y posteriormente profesora e inspectora de Liceos en Los Andes y Antofagasta, los niños fueron su primer contacto con la parte viviente de la naturaleza, y es lógico que volcara en ellos el amor que en su alma se anidaba, y al que nadie, si no un niño, sabe corresponder en igual medida, trayendo consigo alegría. De este sentir da testimonio su famoso pequeño poema “Yo no tengo soledad”. (148).

Los niños siempre fueron fuente surtidora de su poesía, pero también lo fue la Naturaleza, que se descubrió en todo su esplendor —como ya hemos señalado— a medida que sus pies recorrían el mundo americano de sur a norte. Y en medio de todo ello, el Hombre, con su diversidad de pasiones y de incógnitas.

Sobre este particular, Eugenio Florit hace una observación muy perspicaz: “Ni uno solo de nuestros grandes hombres o mujeres —dice— se quedó tranquilo en su rincón, porque al hombre hay que conocerlo donde vive y donde muere, viviendo y muriendo con él, cerca de sus angustias y de sus esperanzas, acariciando a sus niños y respetando a sus ancianos”.¹⁰² Para sustentarla, hace una enumeración exhaustiva de grandes figuras de nuestra América que siguieron ese patrón de conducta. Gabriela Mistral —nos dice Florit— supo, como mujer errante, “transitar por muchos caminos y detenerse en la sombra de muchos árboles a mirar el paisaje para describirlo después como si fuera el suyo propio”.¹⁰³

Una de esas paradas en el camino la hizo ante un grupo de maestros, en México, en 1949.¹⁰⁴ Es ése un magnífico ejemplo

¹⁰² “Paisaje y poesía en Gabriela Mistral”, p. 102.

¹⁰³ “Paisaje y poesía en Gabriela Mistral”, p. 102.

¹⁰⁴ María Hortensia Lacau, ed., “El oficio lateral” en *Páginas en prosa. Gabriela Mistral* (Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1949), pp. 4-11.

de lo que venimos buscando en la obra mistraliana, pues hizo en esa ocasión un recorrido total desde ambas perspectivas. Empezó por analizar su paisaje interno, desde época muy lejana, al recordar aquél, su primer trabajo como maestra cuando todavía era adolescente, del cual no guardaba muy gratos recuerdos porque no fue muy bien aceptada ni por la directora — que quizás no supo comprender que era ella quien debía facilitarle el camino a la joven e inexperta maestra —, ni por los habitantes de la comunidad, que no estaban conformes con que la plaza de su escuela hubiera sido ocupada por alguien de tan poca edad que en muchos casos la de sus alumnos la sobrepasaba. Fue desde entonces —según admite— que se refugió en la naturaleza y logró una comunicación casi fraternal con el “habla forestal”. También fue en esa época que un viejo periodista, llamado Bernardo Ossandón, le abrió el mundo maravilloso de los libros al darle generosa entrada en su amplia biblioteca, en cuyos estantes encontró algunos que no llegaba a entender, biografías “formativas y encendedoras”, según sus palabras; el que más le fascinó fue un libro con los famosos *Ensayos* de Montaigne, que, en forma conversacional, le descubría mundos desconocidos. Mucho tuvo que admirar a Montaigne para musitar ante su tumba en Burdeos, veinte años más tarde: “Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre”. (5)

Como resultado de esas lecturas iniciales a las que le siguieron otras ya dependientes de su propia selección, derivó como “oficio lateral” el de la escritura en prosa primero y en verso después, siguiendo quizás, según admite, una vocación paterna, pues también le había interesado en la infancia la escultura o pudiera haber sido la botánica, puesto que la naturaleza le atraía enormemente. De esa observación íntima de su propio ser, pasa a enfrentarse al paisaje externo de los otros seres que ha conocido en sus recorridos por otras latitudes, especialmente de Europa. Es muy interesante la observación que hace de que muchos hombres de estudio buscan en un menester colateral el descanso a sus labores cotidianas, como si quisieran establecer un equilibrio entre la inteligencia y los sentidos. Entre esos recursos colaterales observó Gabriela que la música tiene un favor muy especial que ella justifica en que como tiene un ámbito de expresión tan amplio, sirve tanto para el

consuelo como para la alegría, es decir, que puede transportar el alma hasta donde ésta quiera llegar.

El factor telúrico también apuntó la Mistral que tiene influencia en el elemento humano y que lo condiciona. Así, dice de los franceses que es una “raza harto terrícola” y que entre sus novelistas es muy común que huyan de la vida urbana a favor de la campestre, donde pueden disfrutar del goce que da el tener un espacio verde propio. Por su parte, los checoslovacos, alemanes y nórdicos en general, como que en esas regiones abundan los bosques y las selvas, son muy aficionados a la madera labrada y a la carpintería artesanal en general. En cuanto a los italianos es de admirar su afán por buscar materiales en su tierra para la creación o transformación de los mismos. Saltando a la gente de nuestro continente, encontró sorprendente que en el terreno desértico de California se haya logrado crear un edén de flores gracias a la pasión por la jardinería de su gente.

Desde esa posición de observar al “otro” —como diría Miguel de Unamuno—, fija su atención, como es natural, en quienes son parte de su propio mundo, los hijos de América. Esto lo desarrolló magistralmente en el mensaje para la juventud escolar de las veintiuna repúblicas americanas que por invitación de la Unión Panamericana escribió en ocasión de celebrarse por primera vez, el 14 de abril, en 1931, el Día de las Américas¹⁰⁵. Fija en el mismo las circunstancias geográficas e históricas que le imponen a los hijos del Nuevo Mundo la obligación de “comprensión respecto de las sensibilidades opuestas” puesto que nuestro continente está situado por Gracia Divina entre Europa y Asia, es decir, entre dos culturas, y somos hijos del Viejo Mundo y de las razas aborígenes, es decir, que somos producto de una integración cultural y étnica que nos distingue y nos identifica en una singularidad netamente hispanoamericana que debemos cuidar y orientar hacia altas metas. Ese sentir su-

¹⁰⁵ “Voto de la juventud escolar en el Día de las Américas” en *Páginas en prosa*, pp. 44-47. Publicado en *Repertorio Americano* de San José de Costa Rica, el 11 de abril de 1931.

yo se manifiesta en otro artículo anterior, llamado “El grito”¹⁰⁶ en el que hace evidente su amor y preocupación por nuestra América. Es un llamado a las fuerzas vivas de la sociedad, para que cada una coopere en su justa medida a forjar un mundo hispanoamericano con sólidos valores morales y culturales, sin odios para el vecino del Norte que labora y forja con reciedumbre su futuro. Es la voz magisterial que orienta y que educa a quienes quiere.

Una experiencia formidable en su vida fueron los dos años que pasó en México (1922-1924), invitada por José Vasconcelos, a cargo en ese entonces, de la Secretaría de Educación, con la encomienda de recopilar un libro de lecturas para escolares. El resultado fue *Lecturas para mujeres*, que según ella explica en la introducción recopiló sólo para una Escuela Hogar que se inauguró con su nombre, a la que concurrirían alumnas de quince a treinta años con un propósito más bien industrial de darles una herramienta para desenvolverse en la vida. Pero a pesar de que la escuela tendría esa orientación, Gabriela decidió ofrecerles en este texto a las estudiantes, la oportunidad de asomarse a piezas literarias que de otro modo quizás nunca llegarían a conocer pues —según sus palabras— “Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura”.¹⁰⁷

En la introducción del mismo va justificando los acápites que incluyó. El primero, que tituló “Hogar”, es al que ella le da especial importancia porque suple la carencia frecuente en los libros de lectura, de atender a la formación de madre en la mujer, que ella consideraba muy importante puesto que en su opinión “Ya sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos”, (xv) concepto éste que es muy valedero para comprender mucho de la obra mistraliana en general.

¹⁰⁶ “El grito” en *Páginas en prosa*, pp. 48-50. Publicado en *Repertorio Americano* de San José, Costa Rica, el 17 de abril de 1922.

¹⁰⁷ Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres* (México: Editorial Porrúa, 1971), p. xv. Las siguientes referencias a este texto se referirán a esta edición (3^{ra}) y se indicará el número de la página entre paréntesis.

Con la preocupación de darle a la mujer una formación no sólo cultural, sino espiritual, que le permitiera a ésta cultivar una sensibilidad más receptiva a las artes y la historia, incluyó las dos secciones subsiguientes: una que llamó “México y la América española” y la otra “Motivos espirituales”. En la primera dice haber encontrado cierta dificultad para seleccionar piezas de historia en que se contara ésta con belleza en el lenguaje y amenidad en la forma, o sea, libres de la rigidez y severidad del investigador. En esta sección puso especial interés en propiciar el amor patrio en las educandas, enfocándolo desde una perspectiva observada en su propia experiencia como maestra y que es muy curiosa, pues da qué pensar. Según ella, “el patriotismo femenino es más sentimental que intelectual” (xviii) implicando con ello que la mujer se siente más tocada por la emoción del paisaje nativo y por la tradición de su pueblo, que por relatos heroicos. Puso sumo cuidado, como era lógico, en fomentar el fervor mexicano con piezas como “El Águila y la Serpiente”, “Cantos de Netzahualcóyotl”, “Motivos de Cuauhtémoc”, “Croquis Mexicanos” y “México maravilloso” una descripción de su propia pluma, de las impresionantes grutas de Cacahuamilpa. El paisaje hispanoamericano se hizo presente en la casa y la puerta colonial, en la presencia de los animales como la tortuga, el venado y el faisán y en ciertas plantas y frutos. Pero el factor humano no se quedó atrás; allí aparecen figuras de relieve continental, algunas nacidas en estas tierras de América, otras de españoles que forman parte de su historia. Así, aparece el cura Hidalgo, el Padre de las Casas, Bolívar y San Martín, retratados por Martí; Don Vasco de Quiroga, Cristóbal Colón y Sor Juana Inés de la Cruz, en un fragmento de la propia Gabriela, escrito con tan hondo sentimiento que del mismo se ha dicho que “está en verdad hablando de una hermana de otros tiempos, de ella misma en otro siglo y otros meridianos, de su máscara o doble colonial: en las líneas del rostro el mismo gesto desesperado de la apetencia de conocer e indagar”¹⁰⁸ Y por último, lo que no podía faltar por su natural

¹⁰⁸ Juan Loveluck, “Estirpe martiana de la prosa de Gabriela Mistral” en *Gabriela Mistral* (Veracruz, México: Centro de Investigaciones Lingüístico- Literarias. Instituto de Investigaciones Humanística, Universidad Veracruzana, México, 1980), p. 123.

responsabilidad magisterial, también se preocupó por enseñar conceptos de un valor espiritual incalculable como lo que es Patria, según la interpretación del argentino Arturo Capdevila, y la Unidad Hispanoamericana, enseñada por Rodó.

Vale señalar que Gabriela no pudo resistir la tentación de escribir ella misma de su suelo natal. Con ternura filial describe primero el territorio físico: “Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar” (95) y después de irlo describiendo con sus cambios telúricos, sus selvas y sus desiertos, sus playas y sus praderas, concluye por decir: “Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡Tenemos el mar... el mar... el mar!” (96) Y luego habla de su historia y de la gente que la hizo y que la perdura, gente recia, con sangre mezclada en las venas y la tenacidad de Caupolicán tatuada en las entrañas. (97) Es una pieza hermosa en su brevedad y en el amor y el orgullo patrio con que está escrita, aunque con sobriedad, con elegancia y con cierto íntimo sentido de autorretrato cuando dice: “raza nueva que no ha tenido a la Dorada Suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana”. (96)

En la sección siguiente, “Motivos espirituales” hay la preocupación, por una parte, de cultivar el alma de sus alumnas dentro de un marco cristiano de compasión y consideración para el prójimo y de amor para todo lo que la naturaleza le ofrece al hombre para su provecho y bienestar: tierra, mar, árboles, flores y animales. Por otra parte, no desatiende modelar su carácter enseñándoles la reciedumbre de los héroes, el valor inalienable de la libertad, el ejemplo de quienes han dejado señalado su paso por la historia, como el Dante, Miguel Ángel, Cervantes, el Cid Campeador o Sarmiento. Pero como comprende que todo ser formado sobre esas bases y estructuras necesitará eventualmente trasladar sus emociones en una forma de expresión que le identifique, les procura los medios abriéndoles el mundo de las artes, ya sea en la palabra escrita en prosa o poesía, ya sea en la música, con su poder abarcador, o en la forma inmóvil de una escultura que hace oír el secreto de la piedra que la contenía.

Hay tres trabajos en este libro que merecen especial interés. El primero, “Poema de la madre” (33), contiene fragmentos de “Poemas de las madres” que aparece en *Desolación* con diecisiete secciones de prosa poética en la que se va describiendo paso a paso el proceso de la maternidad, y termina con dos bajo el título de “Poemas de la madre más triste”. Según explica en una nota, los escribió al ver una tarde, en la aldea de Temuco, a una mujer de pueblo sentada a la puerta de su rancho, en avanzado estado de gestación, que reflejaba en su rostro una honda tristeza y dio la coincidencia de que en el mismo momento en que ella pasaba, un hombre se detuvo ante la mujer y le dijo algo que la hizo enrojecer. La poeta se sintió en la obligación moral de escribir esas notas para resaltar que la santidad de la vida comienza en la maternidad y que ésta es por lo tanto sagrada (p. 110). En estos poemas escritos en prosa, como en muchos otros, en verso, la Mistral desarrolla el significado de esa maternidad espiritual de la que habló en la introducción y que nos parece punto clave de su temática. Pensemos por ejemplo, en “La mujer estéril”, “Piecitos...”, “Manitas...”, “Meciendo” o en la prosa poética “Los cabellos de los niños”, por sólo mencionar los más conocidos. Para el libro de *Lecturas para mujeres* seleccionó solamente cuatro de los de la primera parte, que bastan para dar el concepto general de lo que significa la maternidad, hasta llegar a la conclusión de que la Naturaleza es la madre primigenia de todos, la que nos sustenta, la que nos forma, la que nos enseña a vivir. Quizás porque en su niñez Gabriela tuvo inclinación a la escultura, sus conceptos, especialmente cuando analiza generalidades, tienen un innato contenido plástico. No necesita usar de símiles ni metáforas, la imagen lo dice todo. Así en este caso, nos trasmite el mensaje que se propone cuando dice: “No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos” (33).¹⁰⁹

¹⁰⁹ Para la selección del pensamiento feminista de Gabriela Mistral realizada por Pedro Pablo Zegers Blachet, de la Biblioteca Nacional de Chile, se escogió como título *Gabriela Mistral. La tierra tiene la actitud de una mujer*. Ernesto Guajardo, ed. Santiago de Chile, 1998.

Los otros dos trabajos que debemos resaltar son “Silueta de la india mexicana” (61) y “A la mujer mexicana” (90-91), puesto que uno es complementario del otro. El primero es un retrato a todo color de la india, que es parte integral del paisaje. Empieza por la descripción de su físico, de su color, de su silueta que según el vestido que lleve será ancha a veces, “como una rosa abierta” o delgada, “como el jazmín”; ve algo bíblico en el rebozo que lleva unas veces ceñido a la cintura y otras desplegado desde la cabeza, o sujetando al hijo con el que va a todas partes. Luego la sitúa en medio de la meseta, caminando con sus pies desnudos, bajo la inmensa ala protectora del sombrero de su compañero. Es todo una visión plástica del mundo mexicano. En el otro, no hay descripción alguna; es una alocución a la mujer, con el propósito de despertar el sentido de responsabilidad que tienen como madres, de forjar hijos que se identifiquen con su patria, que busquen en la cultura el mejoramiento de sus vidas, que sean capaces de lograr un futuro cada vez mejor para su pueblo. Es importante señalar en este punto, que Gabriela se estaba dirigiendo a la mujer en general, a las que engendraron hijos y a las que no, puesto que todas deben sentir por su propia naturaleza, lo que ella llamaba “maternidad espiritual”, que no es más que el instinto natural de la mujer de anidar amor hacia el prójimo, de proteger al desvalido y preservar la inocencia de un niño. Así lo prueban las palabras con las que termina esta apelación: “Mujer mexicana: en tus rodillas se mece la raza entera, y no hay destino más grande y más tremendo que el tuyo en esta hora”. (91) La importancia de este trabajo suyo es que va dirigido al propósito fundamental que perseguía con este libro y que señaló en su introducción de que la mujer encuentre en este texto “los motivos que deben formar a la madre”. (xv)

Nos hemos detenido especialmente en este libro porque consideramos que es una muestra cabal de aquel paisaje interno que veía el crítico Florit y que hemos estado intentando rastrear. En él ha quedado plasmado el sentido ético y moral de la autora que, como maestra que era, se preocupó primero de formar al individuo en sí, como parte funcional de la sociedad, partiendo de la base germinal del hogar y la familia, y después lo situó dentro de su circunstancia geográfica e histórica y lo

motivó a desarrollarse espiritualmente con las herramientas necesarias para poder contribuir con eficacia a la sociedad en la que se ha de desenvolver. Por otra parte, para lograr los fines propuestos, se valió de fragmentos literarios de autores del mundo hispánico o extranjeros, pero en la selección, como es natural, buscó aquellos temas que dibujaran el paisaje externo que a ella le atraía que eran el de la naturaleza y el de nuestro mundo americano, con sus sierras y sus praderas; con su gente y sus costumbres, con sus sueños y sus promesas.

Sólo nos queda señalar sobre este libro una coincidencia que si bien la autora no expresó, se hace posible dado el contenido didáctico que se ha indicado y la orientación moral y ética que persigue. Según la crítica ha señalado reiteradamente, la influencia de Martí en Gabriela Mistral fue extraordinaria y fue en México, precisamente, donde Martí había encontrado refugio de hogar y acogida de amigos fraternos, que Gabriela puede sumergirse en la obra portentosa de quien más tarde reconoce que fue “el maestro más ostensible” en su obra.¹¹⁰ Juan Loveluck, en un estudio específico sobre la influencia de Martí en esta escritora, la encuentra en estas tres dimensiones: la devoción a lo propio; el infatigable indagar en la condición mestiza; y una búsqueda infatigable de originalidad expresiva,¹¹¹ lo cual se percibe evidentemente en este libro. Es posible, pues, que Gabriela, al elaborarlo, con fin tan específico, haya recordado *La edad de oro* que José Martí hiciera para los niños de América, para todos en general, los niños y las niñas, para hablarles de todo lo que incitara su curiosidad, y conocieran el mundo en que vivían y lo que se podía esperar de ellos, pues los veía como los caballeros y las madres del mañana. Esto nos lo hace pensar el que Gabriela, en la introducción de *Lecturas para mujeres*, lo calificó de ensayo para un libro posterior que algún día pudiera hacer, en su país, con más tiempo y sosiego, dedicado a las mujeres de América. (xv)

¹¹⁰ Juan Loveluck. “Estirpe martiana de la prosa de Gabriela Mistral”, en *Gabriela Mistral*, p. 126.

¹¹¹ “Estirpe martiana...”, p. 124.

Para concluir quisiéramos subrayar que Gabriela Mistral estuvo siempre consciente de los momentos transformadores que le tocó vivir, que eran los de transición entre el siglo XIX y el XX, y sabía que los avances de índole técnica que se estaban produciendo y que propiciaban la industrialización, traerían como consecuencia grandes cambios sociales, los cuales podían determinar que la mujer perdiera algunas de las cualidades que tradicionalmente la identificaban y condicionaban. En la introducción del mismo, ya apuntaba como positivo que la mujer estuviera adquiriendo independencia económica con su participación en la vida profesional e industrial, pero le preocupaba notar como consecuencia de ello “cierto desasimio del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad”. (xvi) Es indudable que en la ejecución de su libro dedicado a la mujer, la autora tuvo en mente tratar de superar ese problema de actualidad que veía como un arma de doble filo y por eso lo acomete directamente en el siguiente párrafo de “A la mujer mexicana”:

Cuando te digan, excitándote, de madres que no sufren como tú el desvelo junto a la cuna y no dan la vaciadora de su sangre en la leche amamantadora, oye con desprecio la invitación. Tú no has de renunciar a las mil noches de angustia junto a tu niño con fiebre, ni has de permitir que la boca de tu hijo beba la leche de un pecho mercenario. Tú amamantas y meces. Para buscar tus grandes modelos no volverás tus ojos hacia las mujeres locas del siglo, que danzan y se agitan en plazas y salones y apenas conocen al hijo que llevaron clavado en sus entrañas. Volverás los ojos a los modelos antiguos y eternos: las madres hebreas y las madres romanas. (90)

Después de haber conocido Argentina y Uruguay y haber viajado por los Estados Unidos y Europa, escribió en la *Revista Universitaria* de Santiago de Chile, en 1927, un artículo titulado “Feminismo, la opinión de Gabriela Mistral” con el objeto de expresar su punto de vista sobre el tema y aliviarse así de “un peso”, puesto que consideraba que la entrada de la mujer en el trabajo, sin establecerse ciertas reglamentaciones que ella consideraba indispensables, había creado “un estado de verdadera

barbarie”. Hay que tener en cuenta que reacciones tan extremas como la suya no hayan sido poco frecuentes en aquellos momentos de transformación. Tiempo después, en 1946, al año siguiente de haberle sido otorgado el Premio Nobel, publicó en *Política y Espiritu* de Santiago de Chile, un artículo titulado “Sobre la mujer chilena”¹¹² en el que se puede apreciar que ya su opinión ha dejado de ser tan radical. Empieza el mismo por hacer una semblanza de la mujer de la cordillera, concediéndole un valor extraordinario por su resistencia, su dedicación a la familia y su adaptabilidad a cualquier circunstancia y en contraste, de la mujer citadina de Santiago reconoce que ha logrado incursionar en todas las profesiones y en el campo de la literatura y las artes plásticas, ganándose el respeto y la aceptación de sus colegas masculinos.

Quizás a algunos les haya sido un tanto difícil comprender a Gabriela Mistral porque resistió el dejarse llevar del vértigo de los tiempos y mantuvo siempre la imagen con la que salió de su pueblo de Vicuña, en Chile, pero es que llevaba prendida en el alma el silbar del viento de la cordillera y la inmensidad azul del mar que la enfrentaba y nunca quiso romper ese nexo sutil con su tierra. En definitiva, aunque dijo una vez que había quedado reducida a una pequeña flor de cuatro pétalos, siempre fue aquel “Árbol hermano, que clavado / por garfios pardos en el suelo, / la clara frente has elevado / en una intensa sed de cielo”.¹¹³

¹¹² Este artículo y el anterior sobre el feminismo aparecen en *Gabriela Mistral. La tierra tiene la actitud de una mujer*.

¹¹³ Gabriela Mistral. “Himno al árbol” en *Lecturas para mujeres*, p. 224.



Eugenio Florit

TRAS LAS HUELLAS DE GABRIELA MISTRAL EN NUEVA YORK

Jorge Ignacio Covarrubias

Academia Norteamericana de la Lengua Española

Algunos, sin saberlo, han hospedado ángeles.
Hebreos, 13:2

Cómo empezó todo

Todavía no despunta el alba y el gigante ya se ha desperado porque en realidad no duerme nunca. En sus entrañas, los panaderos hornean la masa, los técnicos regulan los niveles del suministro eléctrico, los telefonistas tienden sus tentáculos para conectarla con el resto del mundo, los policías transitan sus rutas, los paramédicos corren a atender un paciente, el personal de limpieza se esmera por dejar impecables las oficinas vacías para la jornada que se avecina. Poco después, el transporte público se colma de pasajeros, el tránsito se congestiona, y un río humano se precipita en oficinas, talleres, comercios, fábricas, escuelas para reanudar la vertiginosa rutina diaria. Es Nueva York, la megalópolis que flexiona sus músculos desde el Bronx hasta Wall Street y se oxigena en el Parque Central. Es la ciudad imán para todo el mundo —como alguna vez lo fueron Roma o París—, la nueva Babilonia, la madre castradora que atrae, abarca y absorbe, que concita amores y odios, ombligo del mundo —como pretendió serlo Delfos—. Es tan absorbente que por su enorme seno pasan anónimas las celebridades, como si las famas adquiridas en otras latitudes se redujeran en ella a la insignificancia. Nueva York es tan grande que lo empequeñece todo. Y esta ciudad que no perdona, que atrae y repele a la vez, que entusiasmo y asusta, con un vigor a toda prueba que apenas sintió el cimbronazo de los ataques que derribaron sus torres orgullosas, suele olvidar a los individuos que pasaron por ella, sencillamente porque casi nadie que merezca el recuerdo dejó de vivirla, visitarla o recorrerla.

Gabriela Mistral, la primera hispanoamericana en ser galardonada con el Premio Nobel de literatura —y primera y única mujer de Hispanoamérica hasta ahora— está indisolublemente vinculada con Nueva York y su entorno. Porque la gran poeta chilena, honra de todo un continente, un idioma y una cultura, vivió en Nueva York, trabajó en Nueva York, publicó en Nueva York y murió en Nueva York. En esta ciudad inánime e implacable, ¿qué huellas habrá dejado Gabriela de América? ¿Qué vestigios quedan de su paso entre nosotros?

¿Cuál fue el primer contacto de Gabriela con Nueva York? Nada más y nada menos que el generoso ofrecimiento que le hicieron desde la ciudad en 1921 para publicar su primer libro, ya que hasta entonces, pese a que estaba cobrando fama por los poemas que habían aparecido en distintos medios, no tenía un volumen publicado. El ofrecimiento se lo hizo el profesor español Federico de Onís desde el Instituto de las Españas. Pero de Onís falleció en 1966 y el instituto ya no existe. ¿Por dónde empezar? Decidimos encaminar nuestros primeros pasos hacia el heredero del Instituto de las Españas, el *Hispanic Institute* o Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia.

Hacemos la primera de las que serán tres visitas al Instituto. El *Hispanic Institute* fue fundado en la Universidad de Columbia en 1920 como centro de estudios para difundir la cultura hispana y luso-brasileña en todas sus manifestaciones y para promover actos académicos y sociales que contribuyeran a la producción cultural hispana y luso-brasileña en Europa, Latinoamérica y Estados Unidos.

Llegamos en nuestra primera visita a la Casa Hispánica. La residencia está situada en el número 612 Oeste de la calle 116 de Manhattan, del otro lado de la avenida Broadway, frente al campus central de Columbia. Nos recibe Eunice Rodríguez Ferguson, directora adjunta del instituto. Ferguson nos dice que cuando asumió su cargo en 2005 se encontró con una situación desastrosa, ya que el sótano del edificio se había inundado tiempo atrás y se había deteriorado un rico archivo con material no sólo de Gabriela Mistral sino también el de otros creadores. Pero dejemos que ella nos lo cuente: “El archivo estaba en

el sótano de este edificio. Se había inundado el sótano con hasta tres pulgadas de agua. Fue sumamente triste. Había documentos dañados por el agua y llenos de hongos. Eran archivos académicos, administrativos. Casi todos estaban en cajas de cartón, pero también en archivadores con gavetas de metal. Era lamentable, enternecedor. Había un documento sobre la visita de García Lorca que hasta decía cuánto tenía que pagar de alquiler”. Entre los documentos que pudo rescatar “encontramos una carta de puño y letra de Gabriela Mistral dirigida a Federico de Onís. Y había un ejemplar del libro que le publicamos (Desolación)”; y agrega, “Quise salvaguardar lo que encontré. No había catalogación. Me puse en contacto con los Archivos de Columbia donde se catalogaba toda la información. Mi primera misión fue catalogar el archivo general del Instituto para transferirlo después a Columbia. Entre el 2005 y el 2006 me encargué que todo pasara a los Archivos de Columbia”.

No podemos ocultar nuestra curiosidad y queremos ver el sótano. El sótano parece responder a la descripción de Ferguson, sólo que sin agua a la vista. Está lleno de archivos metálicos oscuros y cajas de cartón con documentos y libros amontonados, pero es material nuevo, no el remitido a los Archivos de Columbia. Sin embargo las paredes están enmohecidas, despin-tadas, descascaradas; los caños oxidados, como testigos mudos de una inundación que dejó sus estragos sin que Columbia hiciera mucho esfuerzo por reparar el daño. De todos modos puede acreditarse a Ferguson —según nos cuenta— que haya salvado lo que pudo.

¿Qué aspecto presentaban en aquel entonces esos documentos de Gabriela y muchos otros? En una visita posterior, Ferguson llegó a facilitarnos fotografías suyas de lo que encontró en el sótano en el 2005: la comparación de nuestras fotos de agosto del 2009 con las de cuatro años atrás casi no muestran diferencias ¿Cuánto tiempo habrá estado el material de Gabriela Mistral en el sótano antes de que se inundara? Es una pregunta a la que Ferguson no puede responder. Quizás haya estado años, como testimonio de una falta de interés de Columbia hasta ese entonces por documentos, libros y archivos

de por lo menos una Premio Nobel y de un gran poeta como García Lorca.

¿Pero el Instituto habrá entregado todo el material a Columbia? ¿No quedaría algo como recuerdo del paso de Gabriela Mistral? La gran chilena nunca estuvo en este edificio del Instituto Hispánico sino en el anterior, donde funcionaba el Instituto de las Españas, que, según nos dice Ferguson, estaba en el 419 Oeste de la calle 117, entre Amsterdam y Morningside. “Ese edificio ya no existe”, nos comenta. “Se demolió para construir la facultad de derecho”. Pero como el Instituto Hispánico y su sede, la Casa Hispánica, son sucesores de aquél, Mistral es tan suya como su antecesor. En efecto, la subdirectora nos confiesa que el Instituto conserva un pequeño tesoro: la carta que de Onís le envió a Gabriela invitándola a publicar un libro de poemas, y la respuesta afirmativa que la poeta le dio explicándole por qué aceptaba pese a haberse negado a ofrecimientos similares de Chile, Argentina, México y España. Y en nuestra tercera visita, Ferguson nos facilita esas cartas.

La carta de Federico de Onís, bajo el membrete de Columbia University in the City of New York-Department of Romance Languages, escrita a máquina y firmada a mano (ortografía original), dice así:

Señorita Gabriela Mistral
Punta Arenas
Chile.

Distinguida señorita:

Escribo a Ud. en nombre del General Executive Council del Instituto de las Españas en los Estados Unidos, del cual soi uno de los miembros, para decirle lo siguiente:

Este invierno dí yo, en esta Universidad, una de las conferencias organizadas por el Instituto en la cual me ocupé de Ud. y de su admirable obra poética. Más que por mis palabras, por la virtud de sus poesías nobles i sinceras, el público norteamericano quedó tan impresionado que inmediatamente surgió la idea de mostrar

de alguna manera el entusiasmo de los americanos del Norte que estudian la cultura hispánica por la mujer que con una voz nueva les habla tan fuertemente al corazón desde la América del Sur. Como una parte mui considerable de los individuos pertenecientes al Instituto de las Españas está constituida por los Maestros de Español, cuyo número es aproximadamente de dos mil, éstos se sintieron especialmente impresionados por lo que yo les dije acerca de su majisterio ejemplar. Y la idea del homenaje a Ud. se ha concretado en la decisión por parte de los Maestros de Español en los Estados Unidos, de publicar una edición completa de sus poesías dedicada a su hermana del Sur por los Maestros de escuela de Norteamérica.

Si Ud. está dispuesta a aceptar dicho homenaje y debe estarlo por lo que significa de verdadero amor al espíritu español le agradecería mucho me lo comunicase así i me enviase al mismo tiempo todas las poesías tuyas que deben entrar en la edición. Nuestro deseo es que ésta contenga todas las que haya Ud. escrito hasta ahora, publicadas o no.

El libro será editado bajo los auspicios del Instituto de las Españas; pero como habrá mucha jente no perteneciente a él que deseará adquirirlo, nuestros editores, la casa Doubleday Page & Co., le fijarán un precio y se encargarán de distribuirlo y venderlo.

Antes de hacerlo, dicha casa comunicará a Ud. las condiciones económicas en que se ha de hacer dicha edición, y nosotros nos cuidaremos de que los derechos de Ud., como autora, resulten compensados de la manera más favorable.

Para que Ud. pueda juzgar del carácter e importancia del instituto, que ha sido fundado aquí por el Ministerio de Instrucción Pública de España i por las más importantes instituciones educativas de los Estados Unidos, le envió en paquete aparte, alguna información acerca de él. Y, para que pueda Ud. comprender la naturaleza de los problemas que entraña el estudio de nuestra cultura aquí y la dirección que yo con otros trato de darle, y a la que espero que desde lejos nos dé Ud. su ayuda, le envió

también un discurso por mí recientemente escrito para ser leído en la Universidad de Salamanca.

Esperando que su noble espíritu no nos falte en esta cruzada, cuyo alcance espiritual no se le escapará, se ofrece a Ud. como sincero amigo i admirador

Federico de Onís

En otra carpeta se encuentra la respuesta de Gabriela Mistral, también a máquina, con dos enmiendas y un agregado, y firmada a mano (ortografía original):

Señor
Don Federico de Onís
Nueva York.

Distinguido señor:

He recibido la mui honrosa comunicación en que Ud., a nombre de los profesores de castellano de ese país, se digna ofrecerme la publicación de mis poesías.

No había aceptado hasta hoy ofrecimientos diversos de casas editoriales, por estimar que, en esta abundante producción poética de la América nuestra, el mismo exceso mata el éxito de todo libro de versos que no tenga condiciones extraordinarias para perdurar.

Sin embargo, pensando de este modo, debo aceptar la invitación de Uds., por dos razones, una material i otra espiritual.

La material es ésta: se ha pensado en hacer sin mi autorización un libro, en el cual se incluiría seguramente mucho material que yo eliminaré.

La espiritual es más vigorosa. Su carta llegó a mí en una hora harto amarga. Maestra no titulada, mi último ascenso provocó en mi país una campaña, posiblemente justa, pero en todo caso innoble, de parte de algunos profesores. Este ascenso no significaba para mí sino la vuelta a la tierra solar, en que siempre he vivido, después de tres años de la vida más triste en la tierra fría. En la profunda depresión de ánimo en que me hallaba, recibí sus palabras, que me hicieron esperar i creer en el

Bien: ellas eran la voz de muchos hombres buenos que no me conocían, cuya palabra era, por lo tanto, insospechable de adulación, sincero ímpetu de entusiasmo generoso.

Nunca he creído en el mérito literario de mi obra; he creído, sí, que hai en ella una potencia de sentimiento que viene de mis dolores; he pensado que podría, en parte, consolar; en parte, confortar a los que sufren menos.

Van mis orijinales, i va con ellos la expresión de una gratitud mui sincera, mui honda, para Ud. i para esos maestros que hablan mi lengua i que, viviendo entre una raza que muchos llaman materialista, han reconocido alguna virtud purificadora en el canto de una lejána.

Dígales Ud. que no como un homenaje, sino como una ternura, he aceptado su dón.

Gabriela Mistral

Santiago de Chile, 14 de diciembre de 1921

El material rescatado por Ferguson no termina allí. También tiene la fotocopia de otra carta de Gabriela en esa misma fecha en la que le dice a Onís, entre otras cosas (ortografía original): “le envió los orijinales de mi libro. Sería un volumen mixto, de verso i prosa. No me resisto a dejar toda la prosa, porque en esa parte está lo más sano de mi producción, i tampoco sería posible pedirles que me publicasen dos libros”. Y también “le pido que usted coloque como Prólogo de la obra las cartas suya i mia que van en el legajo, a fin de justificar esta publicación, que siempre yo he rehusado. La editorial México, de ese país; la Cervantes, de Madrid; la América Latina, de París, la Atlántida, de la Arjentina i dos de mi patria me la han solicitado. Sólo podía moverme a aceptar una cosa tan bella i tan noble como el ofrecimiento de ustedes, i sobre todo, la hora en que llegó, amarga para mí, como se cuenta en mi carta aludida”.

Ferguson pone en nuestras manos un ejemplar de la edición original de *Desolación*, de 1922. Al abrirlo, en la parte su-

perior derecha está la firma de su dueño, “F. de Onís”, y en varias de sus páginas tiene algunas líneas subrayadas de los poemas.

El Instituto de las Españas fue obra de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), que había sido creada el 11 de enero de 1907 por Amalio Gimeno, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en España. La junta, que pretendía terminar con el aislamiento español y enlazar con la ciencia y la cultura europeas, se propuso promover reformas en las esferas de la ciencia, la cultura y la educación. Presidida desde sus comienzos por Santiago Ramón y Cajal, la junta creó entre otras instituciones el Centro de Estudios Históricos de Madrid dirigido por Ramón Menéndez Pidal, y promovió los contactos con el exterior, despachando a de Onís a Nueva York.

Columbia para varones, Barnard para mujeres

Como en el Instituto Hispánico nos han dicho que el material que había sobre Gabriela Mistral había pasado a los Archivos de Columbia, allí seguimos nuestra investigación. Y aunque sólo basta cruzar la avenida Broadway para entrar en el campus principal de Columbia, a la altura de la calle 116, esta indagación nos llevará adelante en el tiempo, ya que si *Desolación* se publicó en 1922, cuando la escritora no estaba en Nueva York, y si dos años después hizo —según cuenta Pedro Pablo Zegers Blachet— una visita breve a Nueva York para agradecer al Instituto de las Españas la publicación de su libro, recién en 1930 volverá para tomar contacto con Columbia, Barnard y el Vassar College.

Antes todo conviene hacer dos averiguaciones. En primer lugar consultamos el catálogo en Internet de Columbia University Libraries para ver qué material de y sobre nuestra escritora tiene la biblioteca de la universidad. Esa búsqueda muestra 96 títulos, entre ellos cuatro ejemplares de *Desolación*: dos de Santiago de Chile de 1926, uno de Buenos Aires, sin fecha precisa, y otro de Barcelona del 2000. En definitiva, ningún ejemplar de la edición original de Nueva York de 1922 como el que

vimos en el Instituto. El catálogo indica que los 93 libros están en la Biblioteca Butler, en Barnard o en línea.

A Pamela Graham, directora del Área de Estudios en el Centro de Documentación e Investigación de Derechos Humanos de la Universidad, y bibliotecaria de estudios latinoamericanos e ibéricos, le preguntamos dónde se guarda el material sobre Gabriela Mistral que le entregó el Instituto Hispánico. Para nuestra sorpresa, nos responde: “Columbia no tiene ningún archivo relacionado con Mistral. Una colección de la biblioteca personal de Mistral fue donada al Barnard College en los años 70. Creo que el grueso de los documentos de Mistral fue a la Biblioteca Nacional de Chile después de muchos años de litigio. Hay por lo menos tres pequeñas colecciones de material sobre ella en Estados Unidos”, y nos indica la Universidad de California en Los Angeles, la Universidad de Texas en Austin y la Universidad de Harvard. Pero añade de todos modos: “Puede usted acceder a los Archivos de la Universidad para ver si pudieran tener alguna información sobre su paso por Columbia”.

Siguiendo sus instrucciones, nos ponemos en contacto con Catherine N. Carson, archivera de la sección de Rare Book and Manuscript de biblioteca de la Universidad de Columbia. Carson nos responde que “los Archivos de la Universidad de Columbia contienen varios artículos relacionados con Mistral. Hay dos archivos sobre Mistral: uno en nuestros Archivos Biográficos Históricos (Historical Biographical Files) y otro en nuestros Archivos Centrales (Central Files), que son los registros administrativos principales de la Universidad. Además, está la foto de un retrato de Mistral en nuestra Colección de Fotografías Históricas (Historical Photographic Collection). Los Archivos tienen también una tarjeta de citas que registra la designación de Mistral como disertante visitante en Barnard en 1930. También podría haber información adicional relativa a las disertaciones de Mistral en los boletines, catálogos y directorios de la universidad de 1930-1931. Es posible que los Archivos de Barnard, que son administrados por separado de los Archivos de la Universidad de Columbia, puedan tener material adicional sobre Mistral”.

Carson nos suministra información precisa sobre lo que buscamos: debemos consultar en los Archivos Centrales la Carpeta (*Folder*) 38 en la Caja (*Box*) 671, y en los Archivos Bibliográficos Históricos, la Carpeta 4 en la Caja 219. Tanto esos dos archivos, como el de fotos, podemos examinarlos en la sección de Rare Books and Manuscripts, en la Biblioteca Butler de la Universidad, un amplio edificio dentro del campus, sobre la calle 114 Oeste, a mitad de camino entre Broadway y la avenida Amsterdam.

El material viene dentro de carpetas cuidadosamente compaginadas. Encontramos algunos recortes de periódicos como un artículo en el *New York Times* que anuncia el fallecimiento de Gabriela Mistral en 1957 y un homenaje que le tributan en las Naciones Unidas. Pero hay algo mucho más interesante: la fotocopia de una carta escrita a máquina bajo el rótulo “confidencial”, firmada por Richard Herpers, secretario de la universidad y dirigido a “La Honorable Gabriela Mistral, *in care of*” Miss Doris Dana, a la dirección de la casa de ésta en Long Island. La carta, fechada el 7 de septiembre de 1954, dice (en inglés; ésta y las demás traducciones al español son del autor de este artículo):

Estimada Señorita Mistral:

El vicepresidente Krout le ha anticipado que recibirá una carta del Secretario de la Universidad relativa a ciertos asuntos vinculados con la Tercera Convocatoria del Bicentenario de Columbia el domingo 31 de octubre de 1954, en cuya ocasión usted recibirá el título de Doctora en Letras, honoris causa. Ésta es la carta prometida, y con el propósito de claridad describo los distintos detalles en los párrafos a continuación:

LA TERCERA CENA DEL BICENTENARIO

Usted recibirá una invitación formal del presidente y la Sra. Kirk para que sea su invitada a la Tercera Cena del Bicentenario que se llevará a cabo en el Gran Salón de Baile del Hotel Waldorf-Astoria, el sábado por la no-

che del treinta de octubre. Espero que reserve esa noche para esta función pre-convocatoria a la que asistirán los candidatos al título honorario y sus esposas. Será de etiqueta.

TARJETAS DE ADMISIÓN PARA LA CONVOCATORIA, TREINTA Y UNO DE OCTUBRE

La Universidad tendrá el placer de proporcionar tarjetas de admisión a los miembros de su familia y amistades. Si desea enviarme sus nombres y direcciones, me complacerá enviarles por correo las entradas directamente a ellos o, si usted prefiere, enviárselas a usted a sus nombres.

VESTUARIO ACADÉMICO Y REUNIÓN

Si no desea traer sus propios birrete y toga, la Universidad gustosamente se los suministrará para su uso en la Convocatoria. Haga el favor de informarme lo antes posible su tamaño de sombrero, altura y medida de pecho. La muceta le será colocada sobre los hombros como parte de la ceremonia, y se le entregará el diploma. Tanto la muceta como el diploma quedarán de su propiedad. Si la Universidad le consigue birrete y toga, las hallará en su asiento en el lugar designado de reunión para los candidatos a los honores; de no ser así, haga el favor de traer su propia vestimenta académica a la sala de reunión.

La Convocatoria tendrá lugar a las 3 p.m. en la Catedral de St. John the Divine, Avenida Amsterdam y Calle 112 Oeste. La reunión de los candidatos será en la Sala de Exposiciones. Este edificio está adyacente a la Catedral en el lado sur, accesible en automóvil por una entrada por la Avenida Amsterdam.

Se le solicita que esté en la sala de Exposiciones no más tarde de las 2.15 p.m. para permitir que se le ponga la toga y tome asiento para una serie de fotografías que harán miembros de la prensa. Normalmente no se permiten las fotografías durante la Convocatoria.

LA CEREMONIA

El otorgamiento de los títulos tiene lugar como una por parte de los ejercicios de la Convocatoria. Se la llamará su nombre en el orden indicado en el programa impreso. En ese momento haga el favor de ponerse de pie, dejando su birrete en su asiento, y avance para recibir el título. Un asistente ceremonial estará a mano para servirle de guía. Después de recibir la muceta y el diploma, volverá a sentarse.

FOTOGRAFÍA

Para propósitos publicitarios y para el registro permanente de la Universidad, apreciaríamos que nos enviara, de ser posible, una fotografía suya reciente.

Si hay algún detalle que mi carta no haya cubierto, por favor no vacile en escribirme. Puede que le resulte útil el formulario adjunto para responder a mis muchos pedidos de información. La Universidad aguarda con gran placer tenerla como su invitada el domingo treinta y uno de octubre.

Sinceramente suyo,
Richard Herpers
Secretario de la Universidad

Y también está la respuesta que envía Gabriela Mistral en ese formulario adjunto (en inglés): dice que concurrirá a la Cena del Bicentenario el 30 de octubre de 1954, pide cuatro entradas y que sea la universidad quien le suministre el birrete y la toga.

El archivo incluye asimismo una fotocopia del texto de proclamación de Gabriela Mistral como doctora en letras, firmado por el presidente de la universidad Grayson Kirk con fecha del 31 de octubre de 1954:

GABRIELA MISTRAL

Por el título de Doctor en Letras

Anteriormente maestra en las escuelas rurales de su Chile natal; renombrada poetisa, la belleza de cuya 'Desolación', en 1922, hizo provincia suya el mundo de las letras; a lo largo de su trabajo con escuelas y bibliotecas

de México ganándose la gratitud de esa nación; como profesora visitante en el Barnard College y asistencia útil al Instituto Hispánico de esta universidad, verdadera amiga de Columbia; perspicaz enviada de Chile a España, Portugal, Brasil y, desde 1946, a Estados Unidos, fortaleciendo siempre los vínculos de amistad; receptora en 1945 del Premio Nobel de Literatura; mujer ilustre.

Grayson Kirk

Presidente

31 de octubre de 1954

Solicitamos a continuación el archivo de fotos. La carpeta correspondiente tiene una sola foto archiconocida de nuestra heroína, de perfil, tomada el 31 de octubre de 1954.

Ahora bien, como Carson nos recomendó revisar “los boletines, catálogos y directorios de la universidad de 1930-1931”, inspeccionamos los volúmenes que hay en la misma sala donde revisamos las carpetas. Empezamos por el *Bulletin of Information* de la Universidad de Columbia. En la sección dedicada al Barnard College, correspondiente a 1930-1931, aparecen mencionados los dos cursos que Mistral dictó durante su estada en esa casa de estudios, íntimamente ligada a Columbia. Uno de ellos es el curso de Movimientos contemporáneos en la literatura hispánica (*Contemporary Movements in Hispanic literature*). El otro curso de Gabriela en Barnard que figura en el catálogo es el de Civilización hispánica (*Hispanic civilization*), y se describe así: “Una visión del desarrollo histórico de la civilización española y latinoamericana y su significado en la vida del mundo actual; los distintos aspectos de la cultura hispánica: literarios, artísticos, políticos y económicos”.

Cuando Gabriela Mistral llegó a Columbia-Barnard, ya habían admitido mujeres en las facultades de arquitectura, bellas artes, periodismo, negocios, medicina y derecho. Columbia aceptó finalmente en 1983 —52 años después del paso de Gabriela Mistral— la coeducación, es decir, que varones y mujeres pudieran estudiar juntos asistiendo a clases comunes. En definitiva, Columbia fue un mero paso intermedio para la docu-

mentación sobre Gabriela Mistral. Al parecer, prevaleció la división existente en aquella época que parecía distinguir entre una Columbia para varones y un Barnard para mujeres, y por lo tanto Barnard salió ganando. Y además de lo que Columbia le hubiese cedido de los archivos rescatados del Instituto Hispánico, Barnard se benefició con una donación de un millar de libros de la biblioteca personal de Gabriela Mistral por generosidad de su albacea y amiga Doris Dana, en 1976.

Entramos en el sanctasanctórum

Gabriela Mistral enseñó en Barnard durante el invierno de 1930-31, que fue la etapa en que vivió varios meses en Nueva York. Para ir a Barnard desde Columbia sólo basta volver a cruzar la avenida Broadway hacia el oeste, ya que la gran universidad pionera de la enseñanza femenina se extiende por esa arteria entre las calles 116 y 120 y limita en la parte posterior con la Avenida Claremont. En el extremo sur, sobre la calle 116, están los pabellones de dormitorios Brooks y Hewitt Hall —donde se alojó Gabriela Mistral— y en el extremo norte, sobre la 120, se encuentra el edificio Milbank donde está la oficina de la presidenta. En medio están las aulas y la biblioteca.

El cbersitio de Barnard anuncia que la universidad cuenta entre las colecciones especiales de los archivos Barnard, “la biblioteca personal de la poeta chilena Gabriela Mistral ganadora del Premio Nobel”. Para orientarnos sobre lo que tiene Barnard de Gabriela Mistral tomamos contacto con la archivera de referencia (Reference Librarian) Karen Dobrusky, quien nos dice: “Tenemos una pequeña colección de libros de su propia biblioteca personal. No son sus escritos, sino libros que le pertenecieron. Algunos de los libros tienen anotaciones en los márgenes que ella había hecho. Esto es de gran interés para la mayoría. También tenemos dos pequeñas cajas con una colección de ‘Misceláneas sobre Mistral’. Y en la universidad hay una talla de madera con el rostro de Gabriela Mistral que pertenece a nuestros archivos. Lamentablemente no tenemos mucho sobre ella, no tanto como espera la gente”.

Unos cuantos días antes de nuestra visita, Dubrovsky había sido tan amable como para facilitarnos un primoroso catálogo de la biblioteca de Barnard titulado *The Gabriela Mistral Collection*, que enumera todos los libros de Mistral. El catálogo, de 80 páginas, contiene 976 libros de la biblioteca personal de la escritora chilena. María Bassett, archivera de esta sección, nos conduce a la biblioteca. Al ver la colección no podemos menos que evocar los versos mistralianos de “Mis libros”: “Libros, callados libros de las estanterías,/ vivos en su silencio, ardientes en su calma; libros, los que consuelan, terciopelos del alma,/ y que siendo tan tristes nos hacen la alegría”.

El catálogo, publicado en 1978, comienza con un prólogo de Doris Dana (en inglés, con una cita inicial en español de Gabriela Mistral) que dice así:

LA BIBLIOTECA DE GABRIELA MISTRAL

Pasión de leer, hermosa calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Debido a que los libros tenían una naturaleza tan personal para Gabriela, los motivos de mi decisión de ceder su biblioteca al Barnard College fueron también personales. El Barnard College ha desempeñado un papel importante tanto en la vida de Gabriela como en la mía. En primer lugar, Gabriela enseñó en Barnard en 1930 y yo misma me gradué en Barnard en 1944. Fue allí en la Universidad de Columbia, en el Instituto Hispánico, que se publicó en 1922 el primer libro de poesía de Gabriela, *Desolación*. Mi primera reunión con Gabriela tuvo lugar en el Milbank Hall en marzo de 1946, cuando ella habló al Departamento de Español a su regreso de Estocolmo después de recibir el Premio Nobel. Por sobre todo, al donar esta biblioteca a Barnard, universidad que ha hecho tanto por los derechos de las mujeres, tengo la esperanza de llamar la atención sobre una de las grandes mujeres de nuestro tiempo.

Durante su vida, Gabriela reunió varias bibliotecas. La mayoría lamentablemente se han perdido. Una de ellas, una colección de los libros que poseía de maestra joven

en Chile, quedó al cuidado de su hermana Emelina. Ahora es una biblioteca pública en un pequeño museo en Vicuña en la casa donde Gabriela nació.

En el momento de su muerte, los libros que componían su biblioteca en mi casa de Roslyn Harbor, Long Island, totalizaban unos 6.000. De esa colección he seleccionado cerca de 1.000 libros que dan un atisbo de su pensamiento, sus preferencias literarias y su historia personal. La mayoría de estos libros tienen subrayados o anotaciones de Gabriela, líneas firmes decisivas trazadas con su lápiz azul favorito, a veces un comentario conmovedor o revelador, ocasionalmente una réplica cáustica al costado de alguna 'tontería'. Los expertos hallarán invalorable todos estos libros.

La colección incluye los autores que más valoraba y a quienes apelaba a menudo en busca de sustento espiritual, Rilke, Emerson, Tagore, Martí, Maeterlinck, Dostoievsky, por nombrar unos pocos. Además hay libros de personas que desempeñaron un papel importante en su vida, José Vasconcelos, Don Miguel Unamuno, Jacques Maritain, Rubén Darío, Eduardo Frei, Victoria Ocampo, Esther de Cáceres. En sus páginas hay muchas notas personales como la carta conmovedora de Alfonsina Storni en la portada de un libro que ella le dio a Gabriela.

Se incluyen libros para niños que Gabriela usaba para aprender el idioma inglés. Las numerosas anotaciones atestiguan cómo se esforzaba para esto, y ha escrito al final de cada página las palabras que no conocía. Abundan las sorpresas en la biblioteca de Gabriela. Por ejemplo, a veces, en la contraportada de un libro o en las cubiertas interiores hallamos a Gabriela en una pausa de su lectura haciendo un ejercicio de composición de rimas. O a veces hallamos el fragmento de un poema que Gabriela se había apresurado a anotar para que no se le escapara.

Algunos libros, marcados o no por ella, han sido incluidos debido a que los temas eran particularmente gratos para su corazón y eran a menudo una fuente de

temas poéticos: historia natural, botánica, folclor, mitología, filosofía y estudios religiosos.

Gabriela era afectada a recopilar antologías, aunque la única que publicó jamás fue *Lecturas para Mujeres*. Sus colecciones de citas manuscritas o a máquina que le gustaban particularmente se encuentran entre los libros de esta biblioteca. Cuando encontramos la letra ‘C’ por ‘copiar’ en los márgenes de su lectura, sabemos que deseaba incluir esa oración o párrafo en dichas colecciones. Sin embargo, cuando precisa con más detalle como ‘copiar hasta aquí’ y hay párrafos tachados atravesados por un gran ‘NO’, sabemos que estaba trabajando en una antología para publicación.

La letra ‘T’, por “tema”, indicaba que alguna idea había captado su atención para su posible desarrollo poético o para un artículo en prosa. A veces indicaba esto con un comentario en vez de la ‘T’. Por ejemplo: en la página 234 de *Vita Privata delle Piante*, de Elio Baldacci, Gabriela escribió ‘Yo, planta’ sobre un comentario del autor relativo a los cambios en el desarrollo de las especies de plantas con el surgimiento y caída de continentes.

Creo que la Biblioteca de Gabriela Mistral añade una nueva dimensión al estudio, por iluminar más profundamente los pensamientos y procesos creativos de esta gran poeta latinoamericana. Es también mi esperanza que esta biblioteca crezca por medio de la generosidad de otros que tengan materiales que deseen añadir a la colección.

Doris Dana

Ejecutora, Sucesión de Gabriela Mistral
Bridgehampton, New York

Aun antes de tener los libros en la mano, el catálogo es una riquísima fuente de información. ¿Qué contiene ese millar de libros de la biblioteca personal de Gabriela? (sin olvidar que, de acuerdo con Dana, era apenas la sexta parte de la biblioteca que dejó a su muerte). Hay libros en español, francés, italiano, portugués, inglés y latín. Entre los clásicos grecolatinos hay obras de Plutarco, Tácito, Virgilio, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Herá-

clito y Platón. Son numerosos los libros sobre filosofía y psicología: de Alfred Adler, Benedetto Croce, Friedrich Engels, José Ferrater Mora, Georg Hegel, Carl Jung, Friedrich Nietzsche, José Ortega y Gasset, Bertrand Russell, Jean Paul Sartre, Arthur Schopenhauer, Benito Spinoza. Abundan los libros de historia: Jacob Burckhardt y dos títulos de Oscar Pinochet de la Barra, *La Antártida chilena, estudio de nuestros derechos* y *La Antártida chilena; o, Territorio chileno antártico*. La religión ocupa un espacio destacado en la biblioteca mistraliana: aparecen Confucio, Kalidasa, Rabindranath Tagore, el cardenal John Henry Newman, Santo Tomás de Aquino, los Upanishads, el Mahabharata y el Bhagavadgita. De literatura española se encuentran las *Novelas Ejemplares cervantinas*, *El criticón* de Baltasar Gracián, el *Lazarillo de Tormes*, *Los sueños* de Francisco de Quevedo, el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, teatro escogido de Lope de Vega, *Voces de gesta* de Ramón del Valle Inclán y el *Romancero gitano* y *Yerma* de Federico García Lorca. Las demás literaturas europeas están representadas por numerosos títulos que incluyen algunas de las nombres más famosos de la literatura occidental: D'Annunzio, Baudelaire, Dante, Dostoievski, Goethe, Hesse, Ibsen, Kafka, Kipling, Lagerloff, Maeterlinck, Mann, Frédéric Mistral, Rilke, Shakespeare, Shelley, Tolstoi y Wilde, entre otros. La literatura de Estados Unidos no le va a la zaga, con obras de Faulkner, Hemingway, O'Neill, Poe, Steinbeck y Whitman. Pero las letras hispanoamericanas ocupan el lugar más destacado con una sucesión de autores y títulos que les hacen honor: Ciro Alegría (*El mundo es ancho y ajeno*, *Los perros hambrientos*), Miguel Angel Asturias (*Leyendas de Guatemala*), Jorge Luis Borges (*Antología de la literatura fantástica*), Marta Brunet (*Aguas abajo*), Rubén Darío (*Muy siglo XVIII*), Isidore Ducasse (*Los cantos de Maldoror*), Rómulo Gallegos (*Canaima*), José Hernández (*El gaucho Martín Fierro*), Juana de Ibarborou (*Estampas de la Biblia*), Leopoldo Lugones (*La guerra gaucha*, *Antología poética*), Pablo Neruda (*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*), Silvina Ocampo (*A las mujeres argentinas*), Horacio Quiroga (*Cuentos escogidos*), José Eustasio Rivera (*La vorágine*), Gonzalo Rojas (*La miseria del hombre*), Juan Rulfo (*El llano en llamas*), Domingo Faustino Sarmiento (*Facundo*, *Recuerdos de provincia*), Alfonsina Storni (*Mundo de siete po-*

zos). Y en cuanto al ensayo, se destacan Ralph Waldo Emerson, José Martí, Alfonso Reyes, José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno y José Vasconcelos.

Algunos libros, como ya indicaba Doris Dana, contienen anotaciones de Gabriela Mistral; otros están dedicados a ella. En el capítulo III de *Socialismo utópico y socialismo científico*, de Engels, que comienza: “Primeramente la producción, y después el cambio de productos, constituye el fundamento de todo orden social”, Gabriela ha escrito al margen, con lápiz rojo, a modo de pregunta, “y la producción intelectual cómo debe ser considerada?” *Leyendas de Guatemala*, de Asturias, lleva unas cuantas anotaciones y subrayados. El autor había escrito: “Y Atitlán, mirador engastado en una roca sobre un lago azul. ¡La flor del maíz no fue la más bella que la última mañana de estos reinos! El cuco de los Sueños va hilando los cuentos”. Junto a este texto, Mistral escribió “Lago Atitlán” y “La flor del maíz”. ¿Habrán sido alguna fuente de inspiración? En otro pasaje, a Gabriela le llama la atención el “chipilín, arbolito de párpados con sueño”, y anota debajo “Chipilín, arbolito con virtud narcótica”. Y en el índice, donde hay un glosario de términos guatemaltecos, Gabriela subraya un pasaje del párrafo dedicado al güipil, una camisa sin mangas de las indias, y escribe: “estoy haciéndome un güilpil”. En “Estudios de estética” de Alfredo Opiso, antes del capítulo I que desarrolla la idea de lo bello en Platón, Mistral escribió “Lo bello es la madre del amor i por lo tanto de la vida”. Y en *Fragmentos* de Karez-i-Roshan, Mistral la ha resaltado con dos líneas a la derecha, una sinuosa en negro y otra vertical en azul, el pasaje que dice “¡Oh! quién pudiera ir a la vez, ocultamente, hacia todas las mujeres que se llegan a nuestra orilla, y reservarse aun, para sí, su mayor caudal”.

No concitan menor interés los libros con dedicatorias de sus autores a la Mistral. Uno de ellos, *Ariosto, Shakespeare e Corneille*, de Benedetto Croce, lleva una tarjeta que tiene impreso “Benedetto Croce, Senatore, Trinità Maggiore, 12, Napoli” y a mano dice “A Gabriela Mistral” y abajo su firma. Lo que el pobre Croce no habrá sabido es que Gabriela nunca abrió el ejemplar ya que tiene todavía pegadas las páginas. En la dedicatoria de su *Jardín, novela lírica*, su autora Dulce María Loy-

naz le escribe: “A Gabriela Mistral, hermosura de nuestra América, honradora del continente. Su Dulce María, Madrid, Nov. 29-51”. Pablo Neruda le dedica su *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, escribiéndole: “A nuestra gran Gabriela, a Palma, Guillén, tan gentil, este pobre regalo”. Y Alfonsina Storni le envía su *Mundo de siete pozos* con esta dedicatoria: “Querida Gabriela. La recuerdo siempre con respeto y cariño. Escribí sobre Ud. el artículo que merecía cuando la nombraron cónsul. Me porto mal con Ud., pues, solamente en no mantener correspondencia, cosa para mí algo penosa. Quisiera saberla feliz. La abraza con afecto. Alfonsina. La excuso de juicios sobre el libro. Mi dirección para que sepa donde vivo. Via-monte 1078. 4º. Piso. B. Aires. Marzo 1935”. Jacques Maritain le escribe una brevísima dedicatoria en su “Situation de la poésie” diciéndole “à Gabriela Mistral, avec l’admiration et l’amitié de Jacques et Raïssa Maritain”.

Además del riquísimo tesoro bibliográfico, Barnard tiene dos cajas de “Misceláneas”, cuyo material más interesante son los Boletines 2, 3 y 4 del Museo-Biblioteca Gabriela Mistral de Vicuña, con la dirección de Pedro Pablo Zegers Blachet. Un artículo de la todavía adolescente Gabriela fechado en Vicuña el 30 de noviembre de 1905 empieza: “No reclamo para estas incoherencias del delirio de mi alma, nada sino una lágrima de tus ojos...”, uno de sus primeros escritos, “Carta íntima”, y firma Lucila Godoy y Alcayaga, La Compañía, 29 de noviembre de 1905.

En síntesis, en Barnard está vivo el recuerdo de Gabriela Mistral, con su millar de libros, anotaciones, dedicatorias. Mucho más que en Columbia propiamente dicha, aunque ambas casas de estudio comparten bibliotecas y cursos.

En Vassar: una conversadora fascinante

El Vassar College, donde Gabriela Mistral enseñó en el segundo semestre del período lectivo 1930-1931, es decir, de febrero a junio del 31, fue fundado en 1861 y es una prestigiosa casa de estudios de artes liberales altamente selectiva, residencial y coeducacional. Se encuentra en el pintoresco Valle del río

Hudson, a 120 kilómetros al norte de la ciudad y a cinco kilómetros del centro de Poughkeepsie.

En esta nueva etapa de nuestra investigación nos asiste Dean Rogers, asistente de las Colecciones Especiales en la biblioteca de Vassar. En la biblioteca de Vassar hay un total de 40 títulos de Mistral. Uno de esos libros es un ejemplar de la edición original de *Desolación*, del Instituto de las Españas de 1922, en contraste con la biblioteca de Columbia-Barnard que no ofrece ninguno.

El legajo de Mistral en Vassar es muy escaso. Solamente contiene unas veinte piezas, casi todas recortes de periódicos. Todas están en inglés, con excepción de una fotocopia de “Palabras para la Universidad de Puerto Rico” de Gabriela, de 1948. Pero tres de los recortes son locales y contienen algunos comentarios interesantes sobre la escritora: uno es de 1931 y anticipa su llegada como profesora visitante y otros dos son de 1945 que, además de anunciar el Premio Nobel que le acaban de otorgar, aprovechan para recordar algunos aspectos de su paso catorce años antes.

Empecemos por el del 14 de febrero de 1931 de la publicación *The Vassar Miscellany News*, que aparecía dos veces por semana. El artículo completo dice lo siguiente (en inglés):

DESTACADA MUJER HISPANA IMPARTIRÁ CURSOS AQUÍ

Gabriela Mistral enseñará en sustitución de la señorita Fahnestock en este semestre.

El Departamento de Español es sumamente afortunado este año de recibir en Vassar a una chilena muy distinguida e internacionalmente conocida, Gabriela Mistral, quien sustituirá a la señorita Fahnestock durante su licencia.

Como poeta, maestra y organizadora de trabajos educativos, y como contribuyente regular a los periódicos y revistas primariamente de Hispanoamérica, la señorita

Mistral es conocida desde hace tiempo en Sudamérica. Después de completar sus estudios en el Instituto Pedagógico de Santiago pasó varios años enseñando en las escuelas rurales de Chile, y fue allí cuando escribió varios de sus poemas. De 1912 a 1925 fue inspectora general y directora de varias academias en Chile.

La señorita Mistral dejó su trabajo en Chile cuando en 1922 aceptó la invitación de la Secretaría de Educación Pública en México para disertar allí sobre problemas educativos y sobre literatura de Hispanoamérica. Es adorada en todo México por la obra que realizó allí en la reorganización de la educación después de la revolución. Visitó Estados Unidos en 1924 después de salir de México, y en 1928 fue representante de las universidades de Chile y Ecuador en el Congreso de Mujeres Universitarias en Madrid, donde fue calurosamente recibida.

El primer volumen con la recopilación de sus poemas, *Desolación*, fue publicado en Nueva York por el Instituto de las Españas en 1922, y en 1924 el gobierno mexicano lanzó una edición de sus *Lecturas para mujeres*. Un volumen posterior de sus poemas, *Ternura*, relativo a los niños apareció en 1924 en Madrid.

Actualmente, la obra de la señorita Mistral ha tomado todavía un carácter más internacional; fue enviada por el gobierno de Chile como asesora de asuntos latinoamericanos al Instituto Internacional de Cooperación y al Instituto de Cinematografía Educativa, dos instituciones apoyadas por la Liga de Naciones. Una ausencia de estas actividades permitió que la señorita Mistral viniera este otoño como disertante visitante al Barnard College para el primer semestre, donde dictó *Civilización latinoamericana* y *Literatura hispanoamericana*.

La señorita Mistral impartirá cursos sobre literatura española contemporánea, literatura hispanoamericana y civilización hispanoamericana. Se organizarán varias conversaciones informales para todos los estudiantes de español y para todos los demás que estén interesados. Para los estudiantes de español, la oportunidad de estudiar bajo su orientación es única.

Los otros dos recortes de 1945 que encontramos en el legajo de Vassar, y que aunque no identifican la procedencia son evidentemente de órganos de la universidad, contienen algunos comentarios ilustrativos sobre la presencia de Gabriela en Vassar. Uno de ellos, fechado el 19 de noviembre, después de anunciar que la ex profesora visitante ganó “la semana pasada” el Premio Nobel de literatura, dice que además de impartir sus cursos, “dedicó una o dos tardes por semana de su propio tiempo a un coloquio en español al que los estudiantes iban y venían a voluntad según sus horarios. Allí ella hablaba y les hacía practicar hablando sobre muchos aspectos de la vida en los países de habla hispana como también su literatura. Como resultado del interés despertado, cuatro estudiantes que estudiaban español fueron a Madrid en el otoño siguiente para estudiar allí durante su tercer año universitario. Sus colegas la recuerdan como una persona extremadamente tímida y modesta pero fascinante”. Ese mismo recorte prosigue: “La señorita Mistral era una gran admiradora de las muchachas estadounidenses. Una vez dijo a la señorita Margarita de Mayo, hoy directora del Departamento de Español de Vassar, que “cuando la muchacha estadounidense camina tiene el aire de la Victoria Alada”. El segundo recorte, sin fecha precisa, informa que su ex profesora ganó el Nobel “hace varias semanas”, y recuerda que “La señorita Mistral estuvo en Vassar durante el segundo semestre de 1930-31 y enseñó cursos de literatura española contemporánea y literatura hispanoamericana. La señorita Mistral concitaba completamente la atención de su clase con su personalidad dinámica. Las estudiantes tenían el hábito de invitar a la señorita Mistral a almorzar después de clases y a hablar durante toda la tarde, dejando la discusión sólo para acudir a otras clases. La señorita de Mayo recuerda una vez en que la última clase de Mistral cayó el día antes de las vacaciones; todas las muchachas habían traído maletas, listas para salir de vacaciones en cuanto terminara la clase, pero el interés de la discusión fue tan intenso que ni la señorita Mistral ni la clase oyó la campana”.

A estos recortes citados les siguen en interés las fotocopias de dos semblanzas escritas a máquina —a la segunda de ella le falta la primera página—. La primera, de dos páginas, está fechada el 20 de diciembre de 1930, mientras Gabriela Mistral

estaba todavía enseñando en Barnard, y podría suponerse que fue escrita por alguien de Vassar. Entre otras cosas, considera a Gabriela como “una de las figuras más sobresalientes en la literatura latinoamericana contemporánea” y dice además que “fue una de las primeras escritoras en acudir a los temas de su propio país para inspiración; a las costumbres, las leyendas y el folclor de Sudamérica, y particularmente de su herencia india”. En la segunda semblanza —sin firma ni fecha— se comenta que “la conversación con Gabriela Mistral siempre es un placer. Le agrada hablar si es una conversación real y no el mero intercambio del diálogo convencional. Para aquellas personas fuera del Departamento de Español que puedan tomar contacto con ella (no habla inglés) encontrarán mucho de estimulante e interesante en su enérgico y fresco punto de vista y en su franqueza sencilla y profunda humanidad”.

“Presidente Truman, ayude a mis indiecitos”

En 1926 el gobierno chileno nombra a la maestra y poeta representante de su país en el Instituto de Cooperación Intelectual, organización dependiente de la Sociedad de las Naciones, con sede en París, y en 1932 ingresa en el servicio diplomático con el cargo de cónsul. En respuesta a una petición firmada por escritores como Unamuno, Ferrero, Duhamel y Maeterlinck, el presidente de la república de Chile Arturo Alessandri Palma crea en 1935 una ley especial por la cual nombra a Gabriela Mistral cónsul vitalicio. Será su segunda estada prolongada en el estado de Nueva York después de su paso por Columbia/Barnard y el Vassar College en 1930-31, aunque había pasado por la ciudad esporádicamente en 1946. A partir de 1953 Gabriela representa a Chile en el séptimo y octavo períodos de sesiones de la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de las Naciones Unidas.

Nos dirigimos al Equipo de Referencia de la ONU, Biblioteca Dag Hammarskjöld, Guía de Investigación de Documentación de la ONU. Y nos responden poco después literalmente: “No hemos sido capaces de localizar ningún discurso de Gabriela Mistral en la Asamblea General. También hemos revisado la

lista del personal en la Misión Chilena ante la ONU durante 1953-1955 y no hemos podido localizar su nombre en la lista”.

Ya que no contamos con material proporcionado por la ONU, apelamos al embajador de Chile ante la organización internacional, Heraldo Muñoz, que durante el 2009 fue nombrado titular de la Comisión de Paz y presentó en Nueva York su libro *A la sombra del dictador*. El embajador Muñoz es además presidente de la Fundación Gabriela Mistral, en Nueva York. Dialogamos con el embajador en los términos siguientes:

—Señor embajador, ¿qué nos puede decir de las funciones diplomáticas que cumplió Gabriela Mistral en Nueva York? ¿Cuáles fueron sus intervenciones más destacadas? ¿Hay alguna documentación que podamos consultar? Y sobre todo, ¿qué impresión dejó en los círculos diplomáticos chilenos e internacionales?

—*Gabriela Mistral, nuestra Premio Nobel en 1945, integró el servicio consular de Chile desde fines de los años 20 y hasta su muerte, acaecida en el Hospital General de Hempstead de Long Island el 10 de enero de 1957. En un comienzo ella fue un tipo especial de cónsul, llamado ‘de elección’, que hoy ya no existe. Posteriormente asumió como cónsul de profesión y, el 17 de septiembre de 1935, el Congreso Nacional de mi país aprobó una ley que la convirtió en cónsul ‘inamovible y vitalicio’, caso único en nuestra historia consular. Ella desempeñó sus cargos consulares en países como España, Portugal, Estados Unidos, Italia, Brasil y México. En diversos archivos existe bastante documentación acerca de su actividad consular y literaria. Por nombrarle sólo dos, en el Archivo General de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores en Santiago, se encuentra toda su labor consular ejercida en los diferentes países y continentes en que le correspondió representar a Chile. Otro archivo destacado es su Archivo Personal heredado por su amiga, la ciudadana estadounidense Doris Dana (fallecida a fines del 2006). Ese valioso conjunto documental, con mucho material inédito, se encuentra hoy en Chile en nuestra Biblioteca*

Nacional y en proceso de catalogación y reproducción a través de formato digital. Ya se puede acceder fácilmente a él a través del sitio web <http://www.dibam.cl> Por otra parte, en Estados Unidos hay alguna bibliotecas que albergan copias de sus trabajos consulares y literarios, como la Columbus Library en la sede la Organización de Estados Americanos (OEA) y en la Biblioteca del Congreso, ambas localizadas en Washington. Asimismo, existe una serie de notables trabajos publicados acerca de su vida y obra que complementan de manera importante el conjunto.

—¿Cuál es su impresión personal sobre el desempeño diplomático de Gabriela Mistral?

—*Antes que nada, Gabriela Mistral fue una poeta (y no 'poetisa', término que a ella no le gustaba), pero su actividad consular e intelectual, al mismo tiempo, fue muy intensa y destacada. Se desempeñó con brillo sin renunciar a sus ideas y principios y no importando si por ello pudiese recibir alguna reconvención ministerial. Hay una anécdota que, estimo, la retrata de cuerpo entero y da cuenta de sus deberes consulares e intelectuales. En 1952, estando de cónsul en Nápoles, Italia, y existiendo la orden expresa del Gobierno de Chile de la época de no recibir a Pablo Neruda (nuestro otro poeta Premio Nobel) debido a un proceso por injurias que se le seguía en el país, la Mistral reaccionó indignada señalando 'iMe prohibieron desde allá no recibir en el consulado a Neruda! ¡Qué poco me conocen! Me hubiera muerto cerrándole la puerta de mi casa al amigo, al más grande poeta de habla hispana y, por último, a un chileno perseguido'.*

—¿Son las oficinas donde trabajó Gabriela Mistral las mismas que se usan actualmente? ¿Queda algún recuerdo tangible de su paso en la misión de Chile ante las Naciones Unidas? (¿O en el consulado en Nueva York o en la Embajada en Washington quedará alguien en el servicio diplomático que haya conocido personalmente a Gabriela Mistral?).

—Desconozco los datos específicos sobre esta consulta. No obstante, tengo la certeza de que las actuales oficinas consulares en la calle 47 no son las mismas que albergaron a Gabriela Mistral a comienzos de los años 50 en esta misma ciudad. De hecho las sedes consulares y diplomáticas se van desplazando conforme las necesidades de nuestros países y la realidad del mercado inmobiliario de Nueva York. Aunque han pasado cerca de cinco décadas, sé que una joven tesista de entonces, llamada, Marie-Lise Gazarian-Gautier, fue amiga de ella a mediados de los años 50, quien además ha publicado libros sobre la Mistral. En Chile, leía hace unos días en la prensa, una entrevista dada por una ciudadana sueca, viuda de un diplomático chileno, en donde señalaba que a ella le correspondió acompañar a la Mistral y servir de traductora cuando recibió el Premio Nobel en 1945 en Estocolmo. En todo caso —reitero— por el tiempo transcurrido, son muy pocos los eventuales ‘testigos directos’ de las andanzas mistralianas.

—En las Naciones Unidas, ¿podría indicarnos en qué salas se presentó Gabriela Mistral? ¿Quedaría alguien en la ONU que la haya conocido personalmente?

—Es difícil saber en qué salas Gabriela Mistral estuvo en Naciones Unidas. He visto algunas fotos de la época en donde aparece sentada en la sala de la Asamblea General, acompañada del Secretario General de la época, y su propia asistente Doris Dana. La escena a la que me refiero corresponde al 10 de diciembre de 1955, cuando Gabriela Mistral, invitada por el secretario general de Naciones Unidas, asistió a Naciones Unidas en Nueva York para entregar a la Asamblea General su mensaje ‘Sobre los Derechos Humanos’. Le puedo agregar que ella fue una activa participante en los debates de dicha Organización y siempre estuvo atenta y dispuesta a involucrarse y hacer valer su condición de intelectual y Premio Nobel para causas que estimaba justas. Por ejemplo, en los años álgidos de la Guerra Fría y la carrera nuclear, fue muy activa en los movimientos por la paz a nivel mundial. Destaca, además,

entre el 16 de marzo y el 3 de abril de 1953, su presencia y participación en la 7ª sesión de la Comisión sobre “La Condición jurídica y social de la mujer” en Naciones Unidas en Nueva York, repitiendo, al año siguiente, entre el 22 de marzo y el 9 de abril, su participación en la 8ª sesión de la misma Comisión nuevamente en la sede de Naciones Unidas de esta ciudad.

—En su opinión, ¿cuál ha sido el legado del paso de Gabriela Mistral por Estados Unidos en general y Nueva York en particular tanto desde el punto de vista diplomático como el cultural y literario?

—Nueva York fue una ciudad muy importante para Gabriela Mistral. A mediados de los 30 se publican sus poemas en la Revista Hispánica Moderna de esta ciudad así como sus libros y dicta clases en lugares muy destacados como Barnard College de la Universidad de Columbia. Sin duda, en esta ciudad la Mistral emergió como una de las más potentes y señeras voces de la poesía en lengua castellana. En sus crónicas ella siempre recordaba con especial sentimiento sus primeros años neoyorquinos. A contar de enero de 1953, es destinada a trabajar en nuestro Consulado General en Nueva York y elegirá a Roslyn Harbor en Long Island como residencia permanente, un lugar espléndido para una escritora que amaba la naturaleza y la vida al aire libre. Curiosamente, ese lugar tiene un cierto parecido a su tierra natal localizada en el valle del Elqui, en el norte chileno. Estimo que su legado es sólido y consistente, no sólo por haber sido la primera mujer y persona de América Latina en haber recibido el reconocimiento universal del Premio Nobel, sino porque fue una mujer profundamente demócrata y libertaria, que detestaba los fascismos, los populismos, y que promovía el respeto por los derechos humanos de los indígenas, los niños y los desvalidos.

—¿Conoce usted o alguno de sus colaboradores y/o conocidos alguna anécdota sobre el paso de Gabriela Mistral por Nueva York en cualquiera de sus aspectos (diplomático, cultural, literario)?

—No conozco una anécdota específica que relacione a Gabriela Mistral con Nueva York, pero sí con Estados Unidos. En marzo de 1949, Gabriela Mistral se entrevistó en Washington con el presidente Harry S. Truman y, dando cuenta de su honda preocupación por la situación de los indígenas en nuestro continente, le inquirió a un muy sorprendido Truman: “Yo quería pedirle algo, señor presidente; un país tan rico como el que usted dirige, debería ayudar a mis indiecitos de América Latina que son tan pobres, que tienen hambre, que no tienen escuela”.

La casa de los espíritus

Sabemos que Gabriela Mistral vivió en la casa de su amiga Doris Dana en Roslyn Harbor. El pueblo se encuentra en Long Island, que comprende los condados de Nassau, al oeste, lindero con el condado de Queens que pertenece a la ciudad de Nueva York, y Suffolk al este. Roslyn Harbor está en el noroeste de Nassau, a unos 29 kilómetros de la ciudad.

Decidimos incursionar en Roslyn Harbor para ver si podemos localizar la casa donde vivió Gabriela. Lo único que sabemos —por las fotocopias del testamento, por la copia de una factura que le envía una editorial, por muchas otras versiones— es que la casa estaba situada en el número 15 de Spruce Street. Nos consta que la casa sigue en pie, ya que la documentalista chilena María Elena Wood estuvo un año antes —2008— filmando en la casa. Por eso decidimos tomar el toro por las astas e ir personalmente al pueblo. Nos vamos a Roslyn Harbor una tarde de verano, en agosto del 2009, junto con el director de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, Gerardo Piña-Rosales, y otro colega de la ANLE, Daniel Fernández.

Llegamos a Roslyn Harbor y enfilamos por Motts Cove Road South transitando por una carretera bordeada de árboles por la que no pasa un solo automóvil. Son casi las 3 de la tarde y sólo se atisban casas semiocultas detrás de arboledas sin nadie a la vista. Pero llevamos un as en la manga: el chileno Tevo

Díaz, el camarógrafo de Wood, que había vivido en el condado neoyorquino de Brooklyn hasta julio del 2009, fue tan amable en confirmarnos —desde Chile— no solamente que la casa donde vivió Gabriela Mistral estaba en pie, sino de enviarnos fotografías suyas filmándola. Aunque no recordaba el nombre de los dueños de casa ni la dirección, nos dio esa documentación valiosa. Entonces llevamos a nuestra excursión las fotos de Tevo Díaz, además de otras fotos antiguas de la época de Mistral. En efecto, el número 15 no existe. Por eso seguimos después del 25, el 30, el 75 y calle arriba. Las fotos de Tevo Díaz no muestran mucho de la casa sino los árboles que la ocultan. Pero es allí donde encontramos la solución: en una de ellas se ven dos árboles que se elevan formando un ligero ángulo, y en el tronco del más delgado se abre una muesca de más o menos un metro. Y al llegar al número 85 de Spruce Street ¡allí está la casa! Los árboles son inconfundibles.

Aparentemente, la casa ha sido sometida a algunas remodelaciones desde la época de Dana-Mistral. La propietaria actual de la casa se llama Joan Wagner, viuda de Robert Wagner. La casa es de tres dormitorios, con un patio al fondo rematado en un bosquecito tupido que desciende en una maraña de vegetación. “Estoy aquí desde hace treinta y ocho años”, nos dice la señora Wagner. “Cuando la compré, la agencia inmobiliaria me dijo que era la casa de Gabriela Mistral. Soy la tercera propietaria. Habíamos estado apenas dos semanas en la casa cuando vino gente de Chile para ver si podían poner una placa en la chimenea y les dije que no, pero les dejé que la pusieran en el fondo del bosque”, agrega. Según un artículo de la periodista Elisa Montesinos, Wagner había recibido un llamado del gobierno chileno en 1972 durante el gobierno de Unidad Popular, interesado en colocar la placa a modo de homenaje. Pero no hay placa a la vista y el bosquecito es tan enmarañado que resulta casi impenetrable.

Le preguntamos por qué el 15 Spruce se convirtió en 85, y la señora Wagner nos responde que *“un día cambiaron la numeración pero sigo recibiendo la correspondencia dirigida a 15 Spruce Street”*.

Cuando la compró, recuerda, *“la casa estaba totalmente deteriorada. Los dueños anteriores se fueron a Arizona. Compré la casa por el bosque y después fue renovada totalmente”*.

Nos dice que cuando vino el equipo chileno de filmación *“los vecinos me preguntaban a qué se debía y el cartero vino a ver qué pasaba”*, ya que el barrio es tan tranquilo que cualquier cara extraña llama la atención, y ni que hablar de equipos de cine, sonido e iluminación. *“Yo estoy en la película”*, dijo entusiasmada.

También nos muestra un ejemplar de la revista ABC de las Américas con un artículo en que los entrevistaron a ella y a su marido en 1973. Y sonríe al recordar una anécdota: *“Una vez vino gente de un servicio de limpieza. Había un señor chileno, le mostré la revista y le dije que aquí había vivido Gabriela Mistral. ¡Se entusiasmó tanto! Me dijo que de niño había aprendido sobre Gabriela Mistral en la escuela... y me aconsejó poner en venta la revista en eBay...”*

A continuación nos invita a recorrer la casa, que está impecable y reluciente. Empezamos por la sala comedor, en forma de “T”, cuya pared que da al jardín está casi totalmente compuesta por ventanas. Desde allí se ve el pequeño patio y el bosquecillo misterioso, una sinfonía de verde con hilillos de luz que se filtran entre las ramas tupidas cada vez que deja de llover. En los muebles del comedor, ni antiguos ni modernos, predomina el marrón oscuro. En cambio presiden la sala dos sillones de tapizado alegre de tonalidades naranja y ocre y una mesita ratona sobre una alfombra de flecos y un alegre color anaranjado. Junto al ventanal, dentro de la sala, se ven macetas con plantas caseras que traen la vegetación al interior. El muro lateral de la sala tiene revestimiento de ladrillos y la famosa chimenea que se perdió la placa de Gabriela. Pasamos también por los tres dormitorios, uno de ellos con un sofá y otro con una cama matrimonial con un acolchado alisado con la perfección de un hotel de lujo. En el tercero, la señora Wagner tiene una pequeña estantería iluminada con fotografías: el rincón de los

recuerdos. También pasamos por la cocina. Todo está impecable: cada cosa en su lugar. Predominan la limpieza y el orden. Al marcharnos, recordamos las palabras de Gabriela Mistral a la escritora argentina Victoria Ocampo: “Nosotras vivimos en un lugar de puro bosque. Es lindo en verano. Ven si puedes. Hay un gran silencio triste para algunos, muy dulce para mí, con tristeza y todo. Aunque vienen algunas personas a veces, lo cotidiano es que no hay gente extraña... Cuando veas tú esta casa te agradará su paz vegetal”.

La Fundación prolonga su memoria

El restaurante Pomaire es un rincón de Chile en Nueva York. Su propietario, Denic Catalán es también el tesorero de la Fundación Gabriela Mistral que preside el embajador chileno ante las Naciones Unidas, nuestro ya conocido Heraldo Muñoz. “Hace unos cuatro años —nos cuenta Catalán— llegó, desde Montegrande, Soledad García Huidobro con el fin de montar una exhibición en Nueva York, quien además de concretar su proyecto de exponer, perseguía la idea de que alguna persona o entidad la ayudara para poder continuar la obra social que ella había iniciado con los niños en el valle del Elqui. Cuando se presentó en el restaurante Pomaire fluyó espontáneamente una gran amistad entre los dos, originándose un compromiso de apoyo mutuo. Además de promocionar la exhibición de sus telares en el Pomaire, me comprometí a colaborar en la creación de la fundación de niños de Montegrande, lugar donde nace nuestra Gabriela Mistral, la cual había dejado todo su legado a los niños de esta ciudad, sellando así nuestro compromiso de continuar la obra impulsada por nuestra poetisa. Soledad ya se encontraba trabajando en su fundación Montegabriela cuando le pedí que me enviara una carta solicitando ayuda económica, y se la mostré a don Mario Paredes, quien en esos momentos era ejecutivo de Merrill Lynch y además estaba llevando la obra de Roberto Matta a Chile. El señor Paredes no sólo decidió visitar y ver la realidad de Montegrande y su precariedad, sino que creo se despertó en él un gran sentimiento, el cual lo motivó a trabajar arduamente. El señor Paredes me confesó que le pareció un proyecto muy interesante, ya que él había estado a cargo de clasificar todo el material sobre la obra de Gabriela

Mistral cuando trabajó con el cardenal O'Connor. Por consiguiente, me pidió concertara una reunión con el embajador Heraldo Muñoz en el más breve plazo, a fin de exhibir un video de Matta en la Misión Diplomática de Chile y además para explorar la posibilidad de que él se uniera a esta causa que aún no nacía. El embajador, un gran amante del arte, nos contó que durante su destino en Brasil fue honrado con la misión de poner un busto de Gabriela Mistral en una ciudad. Acto seguido, el señor Paredes le solicitó si aceptaría ser nuestro presidente, petición a la cual el embajador Muñoz accedió gentilmente, a pesar de lo escaso de su tiempo, lo que para nosotros fue un gran honor, ya que, en esos días, era el presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Hasta ese momento Doris Dana se encontraba aún con vida y todo lo referente a Gabriela Mistral y su obra estaba en la biblioteca del Congreso. Sin embargo, el embajador consiguió personalmente un escrito de Gabriela Mistral y nos invitó a comprarlo y enviarlo a Chile (Heraldo Muñoz, Mario Paredes, Juan Capello y yo), la presidenta personalmente nos envió las gracias en su nombre y en nombre del pueblo de Chile.

El vicepresidente de la Fundación, Mario Paredes, es referencia obligada para todo investigador de la presencia mistraliana en Estados Unidos, ya que —al igual que la Universidad de Barnard— tuvo en su poder y a su cuidado un millar de libros de la biblioteca personal de la escritora, que atesoró con gran empeño mientras duró su misión. ¿Cómo llegaron esos libros a sus manos? ¿Dónde estuvieron? ¿A dónde fueron a parar?

Además de vicepresidente de la Fundación, Mario Paredes preside la Cámara de Comercio Norteamericana Chilena, es presidente y miembro de la junta ejecutiva de la Asociación Católica de Líderes Latinos, y enlace presidencial de la American Bible Society. Durante muchos años fue director del Centro Hispano Católico del Noreste de los Estados Unidos, un centro regional fundado por los obispos católicos para dar atención a los inmigrantes hispanos en doce estados del norte más el distrito de Columbia. Le transmitimos nuestra inquietud por conocer esas circunstancias que dejaron en sus manos buena parte de la biblioteca mistraliana, y nos dice: “A mi llegada a los

Estados Unidos a fines de los 60 descubrí para mi sorpresa que la persona y figura del premio Nobel de Literatura de la primera mujer latinoamericana era grandemente desconocida. Por muchos años he guardado la inquietud de relanzar la figura de la poetisa chilena. En el año 1978 la secretaria personal de Gabriela Mistral, Doris Dana, contactó mi oficina en el Centro Católico de Nueva York para ofrecerme parte de la colección de los libros de Gabriela Mistral. Recuerdo haber visitado la casa de Doris Dana en el Village, en Manhattan, una bella casa con una rica biblioteca. Dana se mudó del Village y no sabía qué hacer con tantos libros. El Centro Católico recibió una donación de más de mil ejemplares de obras de literatura latinoamericana y española. Es fascinante conocer el interés de la poetisa por los temas actuales como la historia del siglo XX, la construcción de la sociedad comunista en el mundo, el inicio del totalitarismo seguido por las fuerzas fascistas en Italia y nacional socialismo en Alemania, la segunda Guerra Mundial, los cambios de regímenes en América Latina, los comentarios sobre Farabundo Martí, Sandino, entre otros. Es maravilloso constatar en la biblioteca de este Premio Nobel la versatilidad de sus intereses personales. Los libros quedaron en el Arzobispado de Nueva York donde se encuentra el Centro Católico. No sabría decirte donde están exactamente ni cuáles eran los títulos. Han pasado muchos años, aunque recuerdo una serie de colecciones de literatura latinoamericana publicados por la colección Austral, libros del Fondo de Cultura de México, de muchas editoriales españolas. Estaba el diccionario de autores publicado por Montaner y Simón SA de Barcelona, cuyo autor es González Ponto Bompiani en tres volúmenes, y el diccionario literario en doce volúmenes de la misma casa y por el mismo autor. Esto lo recuerdo vivamente porque en el colegio en Chile en la secundaria usábamos mucho el diccionario de autores. Y es así como conocí a Bompiani, y luego me lo encuentro en la colección de libros que recibimos de Doris Dana. Sinceramente, no creo que estén en un lugar determinado porque el Centro que yo fundé cerró sus puertas hace casi diez años. Las oficinas que yo dirigía quedaron acéfalas cuando me fui en el 2000. Esa biblioteca debe haber sido enviada a algunos de los seminarios de la Iglesia y a varias instituciones de estudios católicos. Los libros donados al Centro eran propiedad de Gabriela Mistral. Doris Dana, su

secretaria de por vida, quien después de la muerte de Gabriela se transforma en la albacea de los bienes de Gabriela Mistral, me contactó por ser chileno, residente en Nueva York y por ver la posibilidad de que esa colección literaria pudiese llegar a ser usada por el mundo de habla hispana en Nueva York y así lo fue por 25 años”.

¿Cómo se interesó usted por la obra de su insigne compatriota? Nos contesta: “Desde muy temprana edad fui expuesto a la lectura de las poesías de esta insigne poetisa chilena. Quedé siempre muy admirado de su calidad humana, de su humanismo, de su rico lenguaje y de su sentido profundamente espiritual que comunican sus escritos. Al inicio del nuevo siglo, al constatar el crecimiento poblacional del mundo de habla hispana de los Estados Unidos y, en concreto en la ciudad de Nueva York, conociendo que Gabriela Mistral había pasado un largo tiempo en los Estados Unidos como diplomática y profesora invitada a prestigiosos colegios universitarios, vi la necesidad de rescatar el nombre y la figura de esta mujer laureada con la máxima distinción en el mundo de las letras, poniendo el énfasis en el hecho que fue la primera mujer latinoamericana. Por lo tanto, la primera mujer hispana en los Estados Unidos y en la ciudad de Nueva York galardonada con un reconocimiento mundial y que se transforma en un ejemplo a emular por los hispanos que cuentan con un tesoro altamente prestigioso y desconocido dado que vivió, trabajó y falleció en estos lares”.

Ahora este grupo empeñoso mantiene vivo el legado de la gran escritora por medio de la fundación que funciona en el 100 de Park Avenue, Suite 1600, de Nueva York y se proyecta por medio de su cbersitio www.gabrielamistralfoundation.org

Alguien que llegó a ver los libros fue un prominente religioso argentino radicado en Nueva York, el sacerdote Carlos Mullins. Nos dice lo siguiente: “En una ocasión fui a la antigua oficina del Centro Católico del Nordeste, cuando ya Mario Paredes no era el director, en busca del libro Las Sectas, del P. Juan Díaz Vilar. En ese momento, personal de limpieza de la Arquidiócesis de Nueva York estaba poniendo en cajas los restantes libros, entre los cuales se encontraban muchos de literatura es-

pañola, todos ellos pertenecientes a Mario Paredes. Luego de conseguir el libro que buscaba me retiré. No puedo precisar a dónde fueron llevadas las cajas con los libros que formaban parte de la Biblioteca del Centro Católico del Nordeste. Solo puedo decir que esa oficina fue vaciada totalmente ya que la misma fue utilizada para otra dependencia”.

“La Niña Azul” y otros testimonios

Si vamos a la Biblioteca Pública de Nueva York nos encontramos con bastante material mistraliano. Una búsqueda en diciembre del 2009 nos revela 327 libros y 150 títulos de Gabriela Mistral, con material en español (284), inglés (56), francés (5), portugués (3), italiano (2) y uno cada uno en sueco, polaco, chino, ruso, noruego, hebreo y alemán, además de cuatro no determinados. De los libros, 39 se pueden sacar y 244 hay que consultarlos en la biblioteca. La biblioteca cuenta desde dos libros publicados en el 2009 hasta un ejemplar de *Desolación* de 1922.

¿Pero qué otros testimonios personales podemos recoger sobre las huellas que ha dejado Gabriela en Nueva York? Tevo Díaz nos revela las intimidades de su visita a la casa de Gabriela cuando fue como camarógrafo para un documental en mayo del 2008. Nos cuenta desde Chile que “un día me llamó María Elena Wood, documentalista, periodista, para que le hiciera la fotografía del segmento en Nueva York. Llegamos a la casa para grabar junto con Doris Atkinson y la Niña Azul (Marie-Lise Gazarian) y se armó un diálogo María Elena me dio una fotografía de la casa (de la época de Gabriela). Lucía igual. El cuarto de Gabriela Mistral lucía igual. A las dos de la tarde llegó Doris Atkinson, había manejado de doce a catorce horas con su pareja, otra mujer, y por otro lado llegó la Niña Azul. Woods había hecho la gestión desde Chile con los dueños de la casa. La señora nos dejó entrar; ella sabía que la casa era la de Gabriela Mistral. Fuimos rememorando a través de la Niña Azul cómo era el día de Gabriela Mistral. Llegamos al dormitorio de ella. María Elena le preguntó a Doris Atkinson si Mistral y Dana eran pareja. Doris Atkinson se molestó. ‘Si eran pareja o no, no tiene importancia. Es una pregunta machista’, dijo. Agregó que su tía le

había jurado que nunca habían sido pareja. Fue un momento de tensión. Doris Atkinson me preguntó que qué opinaba yo, como hombre. Le dije que opinaba como ella, que era irrelevante. Ahí se armó un diálogo sobre la identidad sexual de Gabriela Mistral. La Niña Azul dijo que no, que eran amigas. Pero había un solo cuarto y dormían juntas”.

El testimonio del escritor chileno Antonio Skármeta es más conocido. Habíamos tenido el gusto de conocerlo cuando vino a Nueva York para hablar en la Universidad de Columbia. Ahora le pedimos una versión de primera mano. Y gentilmente desde Chile, y por correo electrónico, responde a nuestro pedido: “Yo vivía en New York de día en día. Había salido de Chile a la aventura y con la tentación de cada escritor de exponerse al mundo para acumular experiencias y ver si la vida hace un sentido. Uno de esos días de invierno en New York fui a hacer un trámite al Consulado de Chile que quedaba en ‘downtown’ y encontré en la sala de recepción a Gabriela Mistral. Me impresionó muchísimo pues amaba su poesía desde siempre. Ella entró a la oficina del cónsul y yo me quedé en la recepción. Pero cuando salió, buscando el ánimo para hablarle, la seguí por la calle un par de cuadras, y se afirmó en mí la sensación de que estaba debilitada y pensé que tanto a ella como a mí nos gustaría estar en el verano chileno. Me llamó la atención que anduviera con unos gruesos calcetines de lana, como de futbolista. Le hablé en una esquina y le dije que era chileno y escritor. Ella me preguntó qué había escrito. Yo enrojecí, porque había escrito mucho pero no había publicado nada. Me dijo que fuera a verla un día y me dio una dirección, creo que de Long Island. Me hubiera encantado haber ido a verla de inmediato, pero me devoró la timidez, la excesiva juventud, y la bohemia de Greenwich Village. Muchos años más tarde mi libro de cuentos *Desnudo en el tejado* obtuvo el Premio Casa de las Américas (1969) y allí incluí el cuento “Una vuelta en el aire” que desarrolla una situación ficticia de lo que yo podría haber vivido, o hubiera deseado haber vivido, si hubiese ido un día a su casa. Para escribir ese cuento sí me documenté mucho sobre aspectos atinentes a la historia en la vida de Gabriela. Ese fue todo el contacto que tuve con ella. Estuve en Chile cuando trajeron el féretro de la poeta desde Nueva York y se le hizo en Santiago un

homenaje callejero. Vi la ceremonia con ternura —porque había cientos de pequeñas escolares con delantales blancos— pero al mismo tiempo con ironía, al ver cómo mi país es experto en oficializar la muerte de alguien que eligió vivir fuera de Chile. Cosas de la vida. La Mistral es personaje en tres de mis obras. En el cuento mencionado, “Una vuelta en el aire”; en una situación científica dislocada en el tiempo real de “La Boda del Poeta”, como cónsul en Rapallo, donde hace comentarios sobre Chile. Los funerales aparecen en una óptica marginal en *La Chica del Trombón*, novela que por lo demás parte con un epígrafe de ella. Después de esto a lo largo de mi vida he enseñado su poesía y no he dejado nunca de leerla”.

Dejamos para el final el testimonio probablemente más valioso que pueda encontrarse hoy (2009) en Nueva York, el de la citada Marie-Lise Gazarian, que frecuentó a Gabriela en su casa de Roslyn Harbor en los últimos años de su vida y que, según un artículo de Germán Arciniegas en el *Diario Las Américas* del 10 de septiembre de 1976, fue apodada la Niña Azul por Gabriela Mistral. Dice Arciniegas que “mientras Doris se afanaba arreglando las cosas de la sala (se detenía un rato al pie de la cama, y salía a preparar té), Gabriela seguía hablando ante dos testigos sin lengua: la gata siamesa que volaba en saltos increíbles, y la Niña Azul, como un pajarito azul, como un azulejo, sentada en una punta de la cama, la oía extasiada... Gabriela, distante de todo interés político, sacada del fondo de un país que entonces parecía a astronómica distancia de Suecia, entró al ámbito sueco para sorpresa universal, y su calidad humana le aseguró, con sus canciones, el lugar que sigue ocupando en la memoria de cuantos sepan leer en castellano. Y en el corazón de Marie Lise Gazarian, que sigue viéndola embelesada, como cuando se sentaba en un rincón de la cama, en Roselyn Bay (sic), a oírla. Mientras volaba la gata siamesa del fondo de una silla a la cornisa más allá”.

Gazarian, que nació en París pero ha vivido en Nueva York casi toda su vida, se doctoró en la Universidad de Columbia después de estudiar con Francisco García Lorca, Ángel del Río, Amelia Agostini de del Río, Luis Alberto Sánchez, Andrés Brouard y el mismo Arciniegas. Desde 1961 es profesora de es-

pañol y literatura hispanoamericana en la Universidad de St. John's en Jamaica, en la ciudad de Nueva York, una de las mayores universidades católicas en Estados Unidos. Allí es también coordinadora del Programa de Graduados y moderadora de Epsilon Kappa, la filial en St. John la Sociedad Nacional Honoraria Hispánica de Sigma Delta Pi. Es autora de 14 libros, entre ellos *Gabriela Mistral, la maestra de Elqui*, y ha entrevistado a los escritores más prominentes de nuestro idioma, entre ellos Camilo José Cela, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Ernesto Sábato, Guillermo Cabrera Infante, Rafael Alberti, Miguel Delibes, José Donoso, Juan Goytisolo, Carlos Onetti y Elena Poniatowska, entre muchos otros.

La Niña Azul nos invita a visitarla en su casa para hablar de su tema preferido. Al subir la escalera en el pasillo que lleva al vestíbulo, vemos un collage que la dueña de casa creó en honor de Gabriela. En la sala tiene otro, con recortes de fotografías de niños e indígenas, el trasfondo de los Andes chilenos y una figura central de Gabriela sonriente debajo de la leyenda "Santa Gabriela". Las numerosas estanterías no dan abasto para tantos libros. Por doquier se ven fotos de Gabriela y algunas de Marie-Lise con ella. Todo ese sector de la casa es un tributo vivo de homenaje a la chilena.

Gazarian nos dice que algunos estudiantes suyos han escrito tesis doctorales sobre Gabriela Mistral y anticipó que en la primavera del 2010 enseñaría un curso sobre ella, porque "el interés aquí siempre ha sido grande". Nos revela que en St. John's contribuyó a crear una beca Gabriela Mistral "para enviar un estudiante nuestro a Chile para que conozca sobre Gabriela Mistral y uno de Chile que venga aquí a estudiar conmigo".

En el momento de la entrevista, la profesora estaba escribiendo otro libro sobre Gabriela y anticipó que saldría en Chile "todavía no sé cuándo. Es un libro de mis recuerdos. Yo he escrito dos libros sobre ella, pero ahora será sobre mis recuerdos de ella. Lo importante es que yo hablo de Gabriela a través de su obra pero sobre todo a través de ella misma. Busco que el público llegue a entender quién es Gabriela. Ha sido una fuerza tremenda en mi vida".

Antes que nada queremos saber cómo conoció a Gabriela, y nos dice Marie-Lise que como su hermano Jean Gazarian era director de la Oficina de Asuntos de la Asamblea General de las Naciones Unidas —hoy es instructor de diplomáticos— conoció a Gabriela por intermedio del entonces presidente de la Asamblea General de la ONU, José Maza. “Lo primero que me dijo Gabriela Mistral —recuerda Gazarian— fue que si todavía creyera en la reencarnación, hubiera sido hija suya. Ella siempre daba apodos y me dio el de Niña Azul. A partir de entonces empezó a mandarme cartas y yo fui a su casa. Después yo iba cada fin de semana. Era como entrar en un mundo mágico. Ella representaba una luz. Para ella la ventana (que daba al jardín) era importante. Le gustaba estar en el patio, donde se sentaba a leer. En el verano íbamos a la playa de Jones Beach. Yo iba mucho con mi hermano Jean. Nos quedábamos horas. A veces comíamos juntos”.

¿Y cómo fue ese regreso a la casa cuando se filmó el documental en el 2008? “Yo no había vuelto nunca. La casa estaba dentro de mí. No hacía falta volverla a ver. Pero volver a Spruce Street fue emocionante. En realidad no había cambiado nada, aunque el espíritu de ella no estaba”.

Queremos saber cómo recuerda a Gabriela. Gazarian nos asegura que ese recuerdo es muy vívido. “La gente dice que era una persona triste, pero era una mujer tierna, que se entregaba, que ayudaba. Era sencilla, bromista. Tenía una mirada luminosa, esa luz que salía de ella misma. Gabriela Mistral era profundamente religiosa. Era franciscana. Toda su obra es esa entrega. Para ella, la palabra tenía alas. Ella me enseñaba lo que escribía y me pregunta que cuál versión prefería. Como yo estaba estudiando, estar con ella era como estar con una maestra al mismo tiempo. Ella me escogió para que yo leyera su poesía en la Unión Panamericana. Y me interrumpía, pero era porque cambiaba las palabras. Era perfeccionista. Gabriela podía crear en cualquier instante. Escribía a mano con un lápiz y en cualquier sitio. Podía estar en un hotel con cielo gris y estar escribiendo un poema precioso. El poeta viaja a veces sin viajar”. No hay diferencia entre la obra y Gabriela”. Ella era poeta, quería edu-

car y defender a la gente. Los chilenos sólo conocían parte de Gabriela Mistral. Estaba totalmente entregada al obrero, al campesino, a las madres, a Chile, a América, al mundo. Quería defender al que no tenía voz. Iba a las escuelas a hablar con los niños, cosa que le encantaba”.

También le preguntamos cuál era la relación de Gabriela Mistral con Nueva York. “A ella le gustaba Nueva York”, nos responde. “Creo que le gustaba por la libertad de religión que tenemos aquí. Solía decir: ‘Un solo Dios y muchos caminos’.

¿Cómo le gustaría que recordaran a Gabriela? Y concluye: “Quiero que la recuerden como una mujer entregada, más madre que las madres, que buscaba lo mejor para la juventud, el amor de la tierra, el amor a América”.

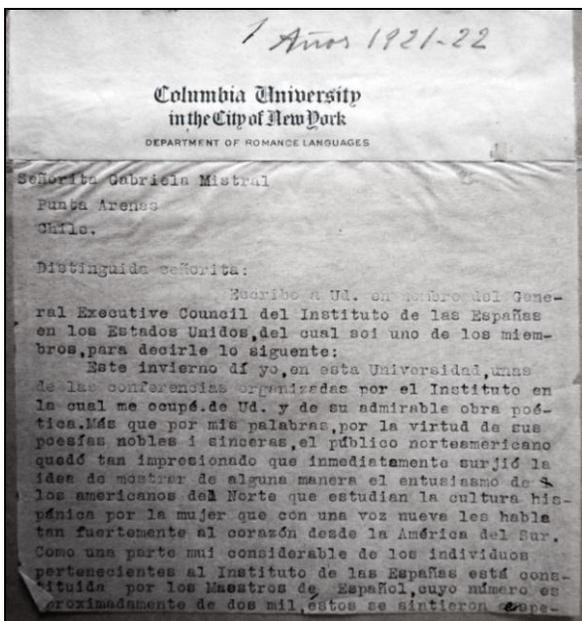
Y dejamos a la Niña Azul inmersa en sus recuerdos, rodeada de las reliquias de una ineludible vocación mistraliana, devota mientras viva, fiel hasta la muerte.

FOTOS

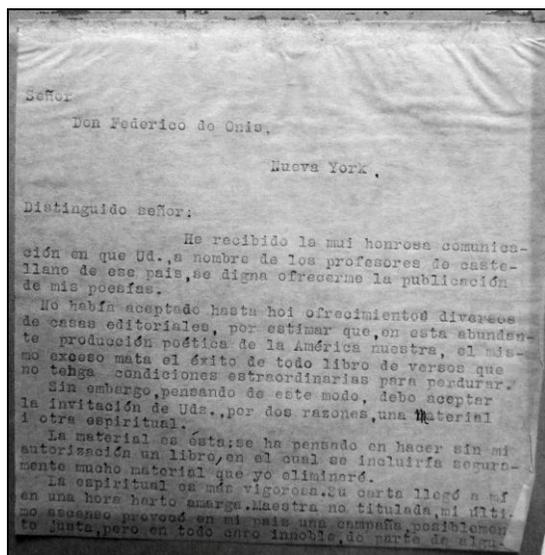
Todas las fotos son © del autor del artículo a menos que se indique otra cosa.



Sótano del Instituto Hispánico de Columbia, en 2005, donde había material de Gabriela Mistral, tal como lo encontró Eunice Rodríguez Ferguson, directora adjunta del Instituto Hispánico de Columbia © Eunice Rodríguez Ferguson.



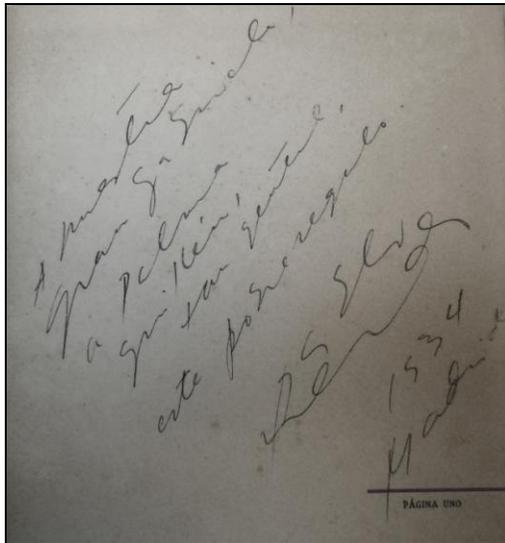
Primera página de la carta enviada por Federico de Onís a G. Mistral proponiéndole publicar sus poesías.



Respuesta de G. Mistral a Federico de Onís.



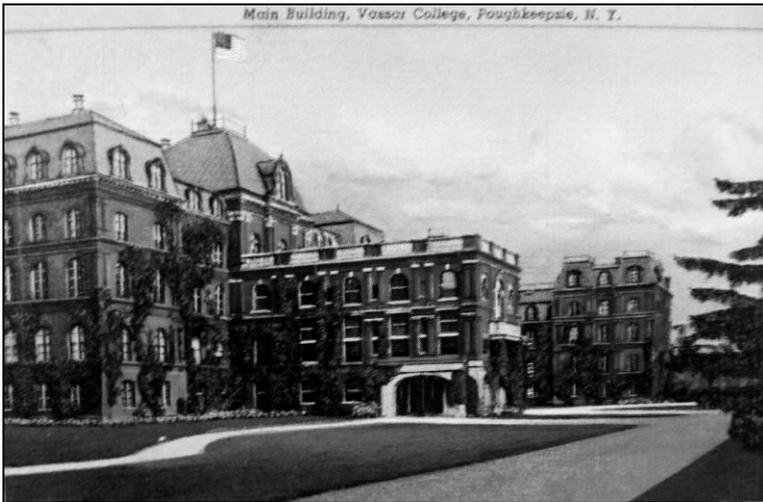
El autor de este artículo en la sala de consulta de la sección de *Rare Books & Manuscripts* de la Universidad de Columbia.



Dedicatoria de Pablo Neruda a Gabriela Mistral.



Marcia Bassett, archivera de Barnard College,
con la Colección de libros de Gabriela Mistral.



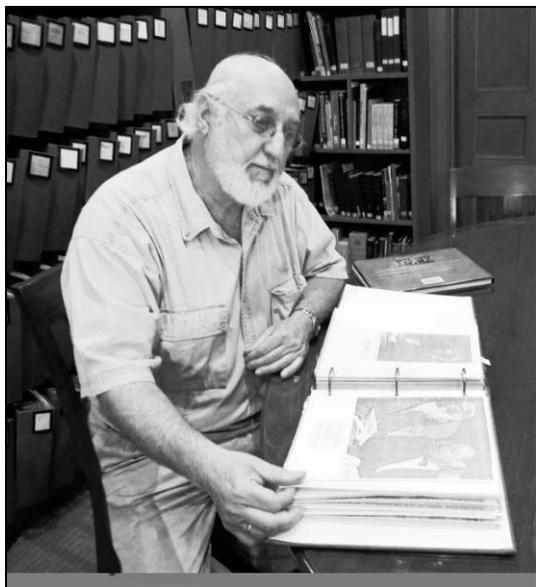
Postal del edificio principal del Vassar College (c. de 1930)



Casa donde vivió G. Mistral en Roslyn Harbor, Long Island, Nueva York.



Joan Wagner, dueña actual de la casa donde vivió G. Mistral.



Gerardo Piña-Rosales, director de la ANLE,
en la biblioteca de Roslyn Harbor.



Mario Paredes y Denic Catalán, vicepresidente
y tesorero respectivamente de la Gabriela Mis-
tral Foundation.



El embajador de Chile ante las Naciones Unidas, Heraldo Muñoz, presidente de la Gabriela Mistral Foundation © G. Mistral Foundation.



Marie-Lisa Gazarian en su casa junto a dos collages suyos en homenaje a Gabriela Mistral.

AGRADECEMOS A LAS SIGUIENTES PERSONAS LA COLA-
BORACIÓN PRESTADA PARA LA REDACCIÓN
DE ESTAS PÁGINAS

Eunice Rodríguez Ferguson, directora adjunta del Hispanic Institute de Columbia.

Pamela Graham, directora del Área de Estudios en el Centro de Documentación e Investigación de Derechos Humanos de la universidad de Columbia, y bibliotecaria de estudios latinoamericanos e ibéricos.

Catherine N. Carson, archivera de la sección de Rare Books and Manuscript de la Universidad de Columbia.

Karen Dobrusky, archivera de referencia (Reference Librarian) de Barnard College.

Astrid Cravens, especialista en imágenes (Imaging Specialist) de Barnard College.

Marcia Bassett, encargada de archivo en Barnard College.

Alyssa Vine, gerente de relaciones públicas de Barnard College.

Diann Pierce, secretaria de la junta de fideicomisos de Barnard College.

Dean Rogers, asistente de las Colecciones Especiales en la biblioteca del Vassar College.

Nicolás Vivalda, profesor en el Departamento de Español del Vassar College.

Andrew Bush, director del Departamento de Español del Vassar College.

Heraldo Muñoz, embajador de Chile ante las Naciones Unidas.

Barbara Kelly, secretaria municipal de Roslyn Harbor.

Tevo Díaz, camarógrafo.

Elisa Montesinos, periodista.

Joan Wagner, propietaria y residente de la casa en Roslyn Harbor donde vivió Gabriela Mistral.

Dorin Strauss, novelista, nacido en Roslyn Harbor.

Denic Catalán, tesorero de la Fundación Gabriela Mistral en Nueva York.

Mario Paredes, vicepresidente de la Fundación Gabriela Mistral en Nueva York y destacado dirigente católico.

Fr. Luis Saldaña, rector del Seminario St. John Neuman.

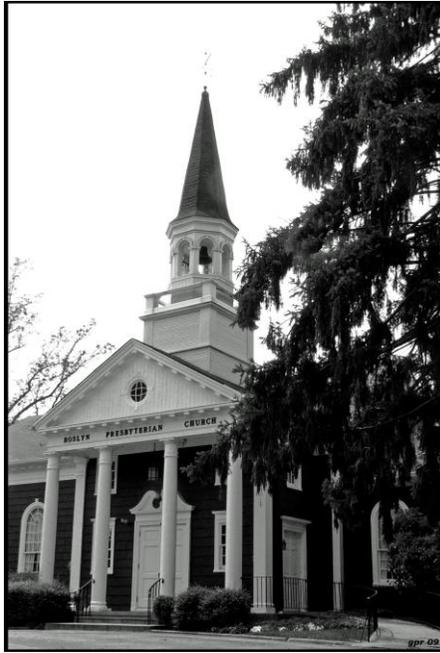
Teresa Lubiencki, directora de la biblioteca del Seminario Christ the King en East Aurora, Nueva York.

Carlos Mullins, sacerdote argentino residente en Nueva York.
Rudy Vargas, director del Centro Católico Hispano del No rdes-
te en Nueva York.
Antonio Skármeta, escritor y ex diplomático chileno.
Marie-Lise Gazarian, autora y profesora de St. John ´s Universi-
ty.

IMÁGENES DE ROSLYN HARBOR
FOTOS: © GERARDO PIÑA ROSALES



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

GABRIELA MISTRAL Y LA BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE WASHINGTON

Georgette M. Dorn

Hispanic Division, Library of Congress & ANLE

El presente ensayo sobre Gabriela Mistral y la Biblioteca del Congreso (*The Library of Congress*) es el resultado de las numerosas conversaciones que sostuve entre 1967 y 1980 con Francisco Aguilera, especialista en Cultura Hispana en la División Hispana (*Hispanic Division*), y de dos entrevistas con Doris Dana, albacea de Gabriela Mistral, en 1969 y 1980 respectivamente.

Desde casi mi primer día en la *Hispanic Division*, Francisco Aguilera, poeta y crítico chileno, me hablaba de Gabriela Mistral, a quien había conocido en Chile y con la que se mantuvo en contacto en Nueva York y en Washington. Para mí la escritora chilena fue “una presencia” constante por casi cuatro lustros.

Gabriela Mistral fue la primera escritora de América Latina en recibir el Premio Nobel de Literatura. Este gran honor fue para la humilde maestra del Valle de Elqui la culminación de años de trabajo intelectual. A aquella poeta que había escrito poemas inolvidables en nuestro hemisferio, además de haber obtenido una serie de reconocimientos internacionales durante la última década de su vida, su país natal le rindió un homenaje muy especial durante su visita a Santiago en 1954, invitada por el Presidente Carlos Ibáñez. En el estadio nacional unos 45.000 niños recitaron los versos de sus “Poemas Infantiles”. No cabe duda de que este acto fue uno de los episodios inolvidables para la poeta.

Francisco Aguilera llegó a conocer a Mistral en Chile allá por el año 1917. Don Pancho se trasladó a los Estados Unidos en 1922 para estudiar en la Universidad de Yale, donde más tarde sería profesor. Durante el lustro de 1930 Aguilera ejerce un alto cargo en la Oficina Cultural de la Unión Panamericana

en Washington y, más tarde, en 1942, es nombrado Especialista en Cultura Hispana en la Biblioteca del Congreso, donde comienza a grabar poetas hispanos en el Archivo de Grabaciones de Literatura Hispana.

Gabriela viene a encontrarse de nuevo con Pancho Aguilera en la década de los 30 en la Unión Panamericana (ahora la OEA). Son muchos los críticos literarios que elogian su libro *Desolación*. Uno de ellos, Enrique Anderson Imbert considera el poemario la obra cumbre de Gabriela. Es justamente a los temas desarrollados en este libro a los que Gabriela vuelve en sus trabajos posteriores. Su segundo libro, *Ternura* (Madrid, 1924) reúne una colección de poemas infantiles y versos sobre la maternidad que siguen los temas en *Desolación*. Don Pancho recordaba que muchos niños recitaban los poemas de memoria, mientras que muchos adultos los leían para gozar de la excelente poesía y hasta los propios poetas para apreciar su fondo lírico. Sus invenciones poéticas traían nuevas formas para expresar experiencias humanas.

A pesar de su enorme actividad como cónsul, periodista, profesora y consultora de organismos internacionales como la Liga de las Naciones, Gabriela Mistral halló tiempo para preparar el libro *Tala* (Buenos Aires, 1938), que fue escrito entre 1922 y 1938. Las ganancias de este libro, por expresa petición de la poeta, fueron donadas para ayudar a aquellos niños víctimas de los horrores de la Guerra Civil española. El último libro publicado durante su vida fue *Lagar* (Santiago de Chile, 1954). Los 16 años que habían transcurrido entre la publicación de *Tala* y *Lagar* estuvieron plagados de guerras y otros grandes conflictos internacionales. Asimismo, fueron tiempos difíciles personalmente para Gabriela. La muerte de su sobrino Juan Miguel Godoy (Yin Yin), como también las muertes de sus grandes amigos Stefan Zweig y su mujer, fueron tragedias que tuvo que sobrellevar. En nuestra biblioteca existe una grabación de su poema “Una palabra”, visión desgarradora ante la muerte trágica de Yin Yin.

Durante la estancia en la Universidad de Maryland, cerca de la ciudad de Washington, D.C., el también Premio Nobel

Juan Ramón Jiménez, que visitaba con cierta frecuencia la Sala de Lectura de la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso, trató por mucho tiempo de convencer a la poeta chilena para que grabara algunos de sus poemas para el archivo del Congreso. El Archivo de Literatura Hispana fue creado por don Pancho en 1942, cuando era director de la Biblioteca el poeta Archibal MacLeich. Por fin, el 3 de diciembre de 1950, los esfuerzos de Juan Ramón y Don Pancho dieron fruto y Gabriela vino a grabar algunas de sus obras para la posteridad. Durante la grabación hizo varias pausas y se quejó de estar “muy cansada y que no quería seguir”. También hablaba de su amigo Pablo Neruda, a la sazón cónsul de Chile en Birmania, y también de Eduardo Frei. En la grabación original hemos conservado los curiosos comentarios de Gabriela, pero éstos no se encuentran ni el disco ni en el casete que luego se distribuyeron. En uno de esos comentarios de la poeta también declaró que la grabación que la poesía impresa es como un “pajaro muerto” y es bueno dejarla volar como “pájaros vivos, puesto que no todos pueden acudir a la Biblioteca del Congreso”. Esta grabación es la única que Mistral efectuó leyendo sus poemas. En 1971 durante el Año Internacional de la Mujer, la Biblioteca hizo una grabación en disco y en casete de la obra poética de la chilena.

En 1958 Doris Dana, albacea del legado de Gabriela Mistral, encarga a la Biblioteca Pública de la Ciudad de Nueva York (*New York Public Library*) la microfilmación de algunos manuscritos de la poeta. Una parte de esos rollos fueron depositados en la Biblioteca del Congreso, en la Biblioteca Nacional de Chile y en la New York Public Library. (Estos microfilmes se conocen como la Serie I). Otros manuscritos, o la Serie II, fueron microfilmados por la Biblioteca Nacional de Chile y están depositados allí. Estos consisten en tres rollos de manuscritos, entre los que se encuentran los documentos que integran la publicación del libro *Desolación*.

La Serie III de los papeles de Gabriela Mistral fueron depositados por Doris Dana en la División Hispánica de la Biblioteca del Congreso, y se filmaron en 1962. Estos son apuntes y notas para *Lagar* y *Ternura*, otros que llenan tres baúles, son materiales manuscritos de variada índole. Doris Dana también

depositó en 1965, en la División Hispánica, papeles de carácter personal, la mayoría correspondencia y cartas recibidas por Gabriela.

En 1966, el director de la División Hispánica, Howard F. Cline, concedió una beca a Doris Dana para traducir poemas no publicados de Gabriela Mistral. Este esfuerzo de tres años resultó en una edición bilingüe, *Selected Poems of Gabriela Mistral* (Johns Hopkins University Press, 1971), con ilustraciones de Antonio Frasconi.

La Serie IV de materiales no publicados son los que fueron depositados por Doris Dana entre 1962 y 1965. (Quien esto escribe entrevistó a Doris Dana el 16 de diciembre de 1980). Casi todos estos materiales son de índole epistolar: cartas de Thomas Mann, Ezra Pound, Giovanni Papini, Aldous Huxley, Eugenio d'Ors, Selma Lagerlof, Pedro Aguirre Cerda, Eduardo Frei, Cándido Portinari, Victoria Ocampo, entre muchas otras cartas de individuos menos conocidos y casi todas ellas recibidas después de habersele otorgado a Mistral el Premio Nobel. Esta Serie IV también incluye poemas, ensayos y notas que recogen las ideas de Gabriela sobre literatura en general y también sobre cuestiones políticas en Chile y en otros países.

La Organización de Estados Americanos y el director de la División Hispánica, en ese momento William Carter, otorgaron sendas becas a Doris Dana y al crítico chileno Gaston von dem Busche para organizar y llevar a cabo la microfilmación de los papeles de Gabriela Mistral (Serie IV). Esta tarea se efectuó entre 1979 y 1980. La OEA publicó un índice *ad hoc*: *Index to Gabriela Mistral Papers on Microfilm, 1912-1957* (Washington: Organization of American States, 1982).

Los manuscritos de la Serie IV permanecieron en la Biblioteca hasta principios del 2007. Todos los microfilmes (Series I, II, III, y IV) se encuentran en la División de Manuscritos de la Biblioteca. Por otra parte, la profesora Doris Dana quiso que los materiales originales formasen parte de la Biblioteca del Congreso y expresó su intención al respecto a esta autora cuando visitó la Biblioteca en septiembre de 2005. Doris muere inesp-

radamente en Naples, Florida, el 28 de noviembre de 2006. La albacea de todas sus propiedades, incluso el legado de las obras y manuscritos de Gabriela Mistral, es ahora su sobrina Doris Atkinson de acuerdo al testamento de su tía. Más tarde Doris Atkinson decide donar todos los manuscritos, los que estuvieron depositados en la Biblioteca del Congreso y muchos más que se encontraban en la casa de Doris Dana en Bridgehampton, Nueva York, a la Biblioteca Nacional de Chile. Durante 2007 los papeles que estuvieron en la Biblioteca del Congreso fueron llevados a la Embajada de Chile en Washington. El traslado a Chile tuvo lugar a fines del 2008.

Ahora todo el legado de Gabriela Mistral se encuentra en su país natal en la Biblioteca Nacional y a cargo del conservador Pedro Pablo Zegers. Así termina la saga de Gabriela Mistral en la Biblioteca del Congreso.

NOTA: Algunos de esos papeles, a cargo del Conservador del Archivo del Escritor en la Biblioteca Nacional de Chile en Santiago de Chile, D. Pedro Pablo Zegers Blachet, se publican en esta misma edición.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguilera, Francisco. "Introduction", en *Selected Papers of Gabriela Mistral, by Doris Dana*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1971.
- Aguilera y Dorn. *The Archive of Hispanic Literature on Tape: A Descriptive Guide*. Washington D.C.: Library of Congress, 1974.
- Carter, William E. *Memoranda, 1979-1980*, original en la Hispanic Division.
- Cline, Howard F. a Doris Dana. Washington, 6 de diciembre, 1965, original en la Hispanic Division.
- Dorn, Georgette M. *Gabriela Mistral Reading Her Own Poetry*. Washington D.C.: Library of Congress, 1971.
- . Entrevista con Francisco Aguilera, Washington, 13 de agosto, 1968.
- . Entrevista con Doris Dana, Washington, 16 de diciembre, 1980.

- . Entrevista con Doris Dana y Doris Atkinson, septiembre, 2005.
Index to the Gabriela Mistral Papers on Microfilm, 1912-1957
(Washington: Organization of American States, 1982).
Mistral, Gabriela. *Desolación*. New York: Instituto de las Españas en los Estados Unidos, 1922.
–. *Tala*. Buenos Aires: Sur, 1938.
–. *Lagar*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1954.
–. *Ternura*. Madrid: Saturnino Calleja, 1924.
“The Woman from the High Andes: Memories and a Tribute,”
Publishers Weekly, July 5, 1971, p. 22



© Gerardo Piña-Rosales

MISTRAL Y ESTADOS UNIDOS: UN VÍNCULO INTENSO Y AMBIGUO...

Pedro Pablo Zegers Blachet *
Biblioteca Nacional de Chile & ANLE

Dolorosos acontecimientos marcaron profundamente la infancia de Gabriela Mistral. En su Vicuña natal aconteció una de las primeras fracturas de su alma. “Sensible, extremadamente sensible, la niña sufrió agudas crisis imaginándose perseguida y hostilizada, aislándose, adornando su soledad en la escuela con sueños de grandeza futura en “el mundo immaculado del arte”. Incidentes ínfimos, que otra niña hubiera olvidado, los cargaba ella de significación misteriosa. En la escolita primaria donde comenzó sus estudios, Gabriela entregaba más papel de escribir del que le asignaban junto a las demás niñas, más lápices... Y la directora de la escuela, señora regañona y abusiva, la acusó de ladrona”.¹¹⁴ Eso nunca lo olvidó y dejó una huella indeleble en su espíritu. La dejó a la intemperie en un mundo que le fue hosco e ingrato. En ocasiones, al extremo.

Con certeza, Ciro Alegría señala, “toda su vida fue agónica”.¹¹⁵ Pese a lo éxitos, “Ella sufría de un mal incurable: la conciencia de una soledad y una alienación que eran inherentes a su modo de vivir”. Y paulatinamente, se fue gestando en Gabriela una ambigua relación con Chile de amor-odio, que la acompañó toda la vida y que explica seguramente que tardara casi una década en venir a Chile tras recibir el Nobel. Ella siempre fue la misma: “A pesar del éxito: solitaria, ascética en las maneras y en el vestir, tímida e impregnado el corazón de Elquí que la acompañaba siempre en el recuerdo”.¹¹⁶

* Conservador, Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional de Chile.

¹¹⁴ Fernando Alegría, *Creadores...*, pp. 46 y 47.

¹¹⁵ Ciro Alegría, *Gabriela Mistral Íntima*, p. 21.

¹¹⁶ Maximino Fernández, *Gabriela Mistral*, p. 49.

Frágil, sensible, extremadamente lúcida y atormentada, Gabriela buscó refugio en la lectura, en sus escritos, es su correspondencia y, más adelante, cuando sale al mundo, en otros países que la acogieron con generosidad. Necesitaba afanosamente crear “su pequeño mundo”, que de alguna manera la alejara del Chile físico, pero que al mismo tiempo lo recreara. Su relación con Estados Unidos se inserta en esas coordenadas. Y, claramente, es también una relación ambigua, de sentimientos encontrados. Absolutamente distinta a la que tuvo con México, en que se sintió como en Chile, con todo lo que ello significaba. En Estados Unidos, alcanzó una libertad, que le era muy preciada. Y la alejó “de la antigua América hispánica, una empresa demasiado azotada por las frustraciones”¹¹⁷. Y fue crítica, muy crítica, especialmente con Chile. A nuestra democracia la califica como “manca”. Y le dolía. “Esta propensión a ver un destino lúgubre la atormentó siempre”¹¹⁸. Y siempre abogó por la unidad de las Américas: “llegará la hora que seamos uno”.¹¹⁹

Fue en el año 1922 que se produjo el primer encuentro clave entre Gabriela y Estados Unidos: La publicación de su primer libro de poemas, *Desolación*, por el Instituto de las Españas de Nueva York. “Federico Onís, profesor en la Universidad de Columbia y uno de los directores del Instituto, dio una conferencia en febrero de 1921, sobre esa desconocida escritora chilena llamada Gabriela Mistral. Los asistentes, profesores y estudiantes de español, se sintieron cautivados por el valor moral de esa profesora autodidacta y el entusiasmo aumentó al escuchar la lectura de sus poemas. Al finalizar el acto fueron contados lo que no manifestaron su deseo de conocer algo más de la escritora... Grande fue el desencanto cuando se supo que esos escritos jamás habían sido reunidos en volumen y yacían diseminados en diarios y revistas de toda Iberoamérica. Entonces surgió el proyecto de editar la producción de

¹¹⁷ Volodia Teitelboim, *Gabriela Mistral...*, p. 277.

¹¹⁸ Hernán Díaz Arrieta, *Revista de Educación* del año 1957.

¹¹⁹ *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 17 de abril de 1922.

la escritora”.¹²⁰ Un hito en los inicios de Gabriela, que se concretó en 1922. Poco después, en 1924, al término de su misión en México, visita brevemente Nueva York para agradecer al Instituto de las Españas, la publicación de *Desolación*. Este viaje fue significativo, porque “trabó relaciones que iban a ser duraderas con literatos y especialistas en asuntos hispánicos”.¹²¹

Al apreciar la Estatua de la Libertad en 1931, la remecen las contradicciones que siente por el país del Norte. Y precisa: “Nadie sabe si mañana los Estados Unidos se acuerdan de su Washington y mejor de su Lincoln, y empiezan a devolver libertades ajenas, deshaciendo lo andado malamente”.¹²² Nueva York la agobia: “Tal vez no haya otro lugar en el mundo donde el individualismo padezca más y sea más raro y heroico... Este eclipse de lo individual tiene aspectos admirables, feos y francamente inferiores. Con este colectivismo se ha hecho una gran nación; pero una gran nación diferente de lo que ha sido en el pasado; porque el pasado admitió siempre en su seno los granos de la sal salvadora del individualismo... Los norteamericanos dicen que el Subway les es odioso no por el estruendo, sino por la brutalidad que crea en las gentes. A la hora que los almacenes se vacían y los millones de empleados van a comer consultando la hora que tienen para ello, pasa algo semejante al salvamento dentro de un teatro cuando viene un cataclismo”.¹²³

En su primera visita a Estados Unidos es homenajeada en la Unión Panamericana, en Washington. En la ocasión habla de su orgullo por la raza, de la igualdad del indio, de religión y de algo que le preocupaba mucho: de la misión de Estados Unidos.

Resulta evidente la admiración de Gabriela por Estados Unidos. Al respecto enfatiza: “Reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que hon-

¹²⁰ Marta Elena Samatan, *Los días y los años de Gabriela Mistral*, p. 129.

¹²¹ Marta Elena Samatan, *op. cit.*, p. 140.

¹²² Legado Gabriela Mistral.

¹²³ Legado Gabriela Mistral.

ra a la humanidad”.¹²⁴ Y también agradece en lo más personal: “Yo cuento entre los domadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares a iluminador de las minas ciegas del alma humana”.¹²⁵

Sin embargo, en 1928, en su artículo “La cacería de Sandino”, critica la política intervencionista de Washington ejercida contra Nicaragua, por principios de respeto a la no intervención y autodeterminación de los pueblos.

Vemos, entonces, junto a la poetisa genial, a una pensadora de los grandes temas de nuestra América. Ella postulaba una América integrada, en lo económico, social y cultural, que resguardara lo particular de cada país americano. Un desafío plenamente vigente en estos tiempos en que prima la globalización económica.

Uno de los aspectos más interesantes de la relación de Gabriela con Estados Unidos es su relación con el inglés. No lo manejaba en absoluto. Por eso que agradecía el interés del Estado de California por la enseñanza del español. Y le preocupaba, porque su conocimiento le permitiría a Estados Unidos comprendernos mejor ya que “el aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante... y el llamado más leve y penetrante que hacemos a las puertas ajenas, es busca, no de mesa ni de lecho, sino de coloquio, diálogo entrañable”.¹²⁶ Ya que considera que a Estados Unidos como “nación directora del mundo”,¹²⁷ le es fundamental que se aprendan lenguas extranjeras: “El entendimiento entre los pueblos, del cual hablan todos los políticos comienza en un diálogo sostenido en lengua común”.¹²⁸ En ese sentido cobra para Gabriela especial importancia la celebración del 12 de octubre. Por eso también es que tanto estima la obra de Waldo Frank, porque representa lo mejor de la intelectualidad de los Estados Unidos: “Waldo Frank

¹²⁴ Legado Gabriela Mistral.

¹²⁵ Legado Gabriela Mistral.

¹²⁶ Legado Gabriela Mistral.

¹²⁷ Legado Gabriela Mistral.

¹²⁸ Legado Gabriela Mistral.

no es bien mirado y menos bien querido de los ricos exportadores de su país... Es un descontento del régimen de vida económica y social y de la concepción de la vida que ha hecho su pueblo y que comienza a exhalarse de él hacia América y Europa”.¹²⁹ Frank critica algo que era muy importante para Gabriela: el industrialismo, el urbanismo exagerado, el exceso de trabajo, el deseo de lujo: “Frank ha remecido fuertemente varias de estas columnas de la bóveda americana, y naturalmente, es visto como un enemigo de la colectividad”.¹³⁰

A Gabriela le entusiasman las gestas heroicas de los norteamericanos. La hazaña de Charles Lindbergh la emociona al punto de escribir: “Es la primera vez que he sentido la América común”.¹³¹

Anota que las grandes diferencias entre América Latina y los Estados Unidos tienen su origen “en los tipos raciales”¹³² y “la diferencia de culturas”.¹³³ Precisa que “El mal de la diferencia de culturas en nuestro Continente reside en que el norteamericano común no concede el rango de culto al hombre común de la América del Sur”.¹³⁴ El problema surge porque “el sudamericano culto ha recibido y mantiene tercamente el viejo concepto de cultura del hombre Mediterráneo. El criollo es un hijo del viejo español que nunca casó la riqueza con la ciencia”.¹³⁵

A Mistral le resulta imprescindible encontrar el sustrato humanista en la relación de los pueblos. Y enfatiza: “nada es dable vivirlo en un régimen totalitario”¹³⁶ —en una clara alusión a la Alemania nazi—. Desea que la relación de las Américas sea cada vez más estrecha: “Es muy probable que pasada la guerra

¹²⁹ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁰ Legado Gabriela Mistral.

¹³¹ Legado Gabriela Mistral.

¹³² Legado Gabriela Mistral.

¹³³ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁴ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁵ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁶ Legado Gabriela Mistral.

—se refiere a la II Guerra Mundial— “caminemos los del sur hacia el norte y los del Norte hacia el Sur”.¹³⁷ Y espera que “Dios haga a Estados Unidos realizar, con norma cristiana, la ayuda del mundo dolorido, enfermo de injusticia y de odio, y las mujeres y los educadores sean, formando la generación que alcance el prodigio, algo así como las manos mismas de Dios”.¹³⁸

El año 1930 fue difícil para Gabriela. “El gobierno de Carlos Ibáñez del Campo le suspendió el pago de la jubilación y ese hecho la puso en muy serias dificultades económicas”.¹³⁹ Nuevamente se le abrieron las puertas en Estados Unidos “y logró ganarse holgadamente la vida dictando clases en el Middlebury y en el Barnard College”.¹⁴⁰ Poco después, Gabriela recibió otro apoyo de Estados Unidos: una invitación que la consagraba oficialmente como maestra americana. El Consejo Directivo de la Unión Panamericana, con sede en Washington, había fijado el 14 de abril como Día de las Américas.¹⁴¹ En esa ocasión, Gabriela, a pedido de Leo S. Rowe, director general de la Unión Panamericana, “escribió un mensaje para la juventud escolar de las veintiuna repúblicas de América”.¹⁴² Es un ideario, donde explica el por qué se sentía tan bien en el país del Norte. “Un llamado a la comprensión, a la fraternidad, a la paz. Encierra la promesa de respetar la democracia”.¹⁴³ Y profundiza: “Nosotros americanos del Norte y del Sur hemos recibido y aceptado, con la unidad geográfica, cierta comunidad de destino que sería un triple destino realizar: la riqueza suficiente, la democracia cabal y la libertad cumplida en el continente”.¹⁴⁴

Tras un periplo por el Caribe, recorre el Sur de los Estados Unidos. Está a la espera de los resultados de las elecciones presidenciales en Chile. Uno de los candidatos era su entrañable

¹³⁷ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁸ Legado Gabriela Mistral.

¹³⁹ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 297.

¹⁴⁰ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 297 y 298.

¹⁴¹ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 300.

¹⁴² Marta Elena Samatan, *op. cit.*, p. 300.

¹⁴³ Marta Elena Samatan *op. cit.*, p. 300 y 301.

¹⁴⁴ Legado Gabriela Mistral.

amigo Pedro Aguirre Cerca, que finalmente resultó elegido. Con varias destinaciones diplomáticas propuestas, Mistral, rehusó Estados Unidos, por esa relación ambigua que hemos comentado, y opta por Niza, pese los vientos de guerra que se apreciaban en Europa.

Tras recibir el Premio Nobel de Literatura y una serie de homenajes en Europa, parte a Estados Unidos, a hacerse cargo del consulado en Los Ángeles. En Nueva York “fue recibida y agasajada por la Chile American Association”.¹⁴⁵ En esa ocasión reitera su idea de la misión de Estados Unidos: “lo que pedimos en no sólo ser ayudados con el dólar y la maquinaria, sino ser entendidos, sobre todo comprendidos. Solamente así se nos ayudará con eficacia y sin dejo de superioridad y mayordomía”.¹⁴⁶ Y precisa que “Al primer golpe de vista aparece un abismo entre el Norte y el Sur del continente americano, en lo que se refiere al hombre”.¹⁴⁷ Sin embargo, sostenía que en las Américas hay un sustrato común basado en la búsqueda de la libertad, la geografía, la presencia mayoritaria de la juventud y el cristianismo.

A Gabriela, “Le hubiera gustado seguir viaje sin demora a California, pero se vio obligada a cumplir los deberes protocolares de un premio Nobel”,¹⁴⁸ entre ellos, una visita al Presidente Harry S. Truman. Luego de llegar a Estados Unidos, fue invitada por una relevante entidad femenina, el Comité del Mandato de los Pueblos. En su discurso lanzó un patético llamado de ayuda para calmar el hambre en Europa. Gabriela no desconocía la ayuda material prestada por el pueblo de los Estados Unidos a la gente Europea”.¹⁴⁹ Pero siempre esperó mucho de Estados Unidos, tanto que les pide “el aporte de su fuerza moral”.¹⁵⁰

¹⁴⁵ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 413.

¹⁴⁶ Legado Gabriela Mistral.

¹⁴⁷ Legado Gabriela Mistral.

¹⁴⁸ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 413.

¹⁴⁹ Marta Elena Samatan, *op. cit.*, p. 415.

¹⁵⁰ Marta Elena Samatan, *op. cit.*, p. 415.

Finalmente llegó a Los Ángeles para hacerse cargo de su consulado. Pero no se estableció en la ciudad misma, sino que lo hace en Monrovia, donde “se había formado una colonia de teósofos, escritores e iluminados, donde trabó íntima amistad con Aldous Huxley y Thomas Mann”.¹⁵¹

En ese tiempo conoce a Doris Dana. Apenas habían tenido un fugaz encuentro personal en el Barnard College de New York, el 7 de mayo de 1946, donde Gabriela ofrece una charla en la se refiere a la “industria del odio”, esparcida por todo el mundo, y apela a que debería reinar la tolerancia y al término del período “de vicio intelectual”. Pero sólo unos años más tarde establecerán un vínculo más estrecho. “Gabriela la invitó a pasar unos días en Santa Bárbara, su otra residencia californiana, luego de que la norteamericana tradujera al inglés un ensayo de ella acerca de Thomas Mann”.¹⁵² Al llegar, “Doris se dio cuenta que Gabriela necesitaba ayuda, porque tenía problemas de salud”.¹⁵³ Entonces, decidió quedarse a su lado. En realidad, Mistral era un ser inoficioso, antidoméstico, sin habilidades para labores rutinarias. Jamás cocinó. No sabía llevar una casa. ¿Cuál fue la relación de Doris con Gabriela? Hubo entre ellas una entrañable amistad, un andar juntas en la vida. Ambas se necesitaban, aunque aparentemente Gabriela la necesitaba más. La de Dana fue una compañía desinteresada, nunca recibió un solo peso de la poetisa. ¿Algo más en esa relación? Sólo conjeturas. Y, creo que debemos ceñirnos a lo que con lucidez dice el historiador rumano Eugen Weber, recientemente fallecido: “En la historia lo mismo que en Proust, la observación depende del punto de vista del observador, las pretensiones pueden resultar engañosas, y lo único que podemos hacer es sugerir relaciones”.

Luego de Monrovia, preocupada por su estado de salud, se trasladó a Santa Bárbara, y casi no hizo viajes, salvo uno a San

¹⁵¹ Marta Elena Samatan, *op. cit.*, pp. 415 y 416.

¹⁵² Marcelo Simonetti, en Revista *CARAS*, Santiago, 30 de Julio del 2009.

¹⁵³ Marcelo Simonetti, en Revista *CARAS*, Santiago, 30 de Julio del 2009.

Francisco para recibir un doctorado honoris causa otorgado por el Mills College. “Fue uno de sus raros traslados. Prefería permanecer tranquila en su casona, escribir lo que más podía y recibir a los amigos”.¹⁵⁴ Hacia 1945 en un escrito celebra que Estados Unidos posea la bomba atómica, porque, junto a la América Latina, “pueden tenerse por la más pacífica del mundo. La súper invención ha quedado en manos honorables, pero seguras no”.¹⁵⁵ Temía que en otros lugares, menos pacíficos, se construyeran bombas similares. Tras una estadía en México, en diciembre de 1950, Gabriela se traslada a Washington a recibir el premio Serra, otorgado por The Academy of American Franciscan History, en mérito a su contribución a las relaciones interamericanas. Poco después parte a Italia a hacerse cargo del consulado de Rapallo. Al poco tiempo se estableció en Nápoles con el mismo cargo. En 1951, en Chile le otorgan el Premio Nacional de Literatura. Manifiesta su interés de establecerse en Miami, pero el gobierno chileno la envía Nueva York. Llega 1954 y se formaliza un viaje a Chile, largamente esperado, tras 16 años de ausencia. Será su último viaje, el del Adiós, de un país que la recibió con grandes muestras de cariño. Pero, “su estada en Chile no podía prolongarse demasiado. Debía regresar a Nueva York para recibir en diciembre el doctorado honoris causa de la Universidad de Columbia... Los chilenos la vieron partir convertida físicamente en sombra de lo que había sido. En su rostro demacrado florecía una sonrisa que ya no era la de antaño. Su mano enflaquecida esbozó un gesto de adiós”.¹⁵⁶

Sus últimos años los vivió en Estados Unidos, instalada en la casa de Roslyn Harbor, aquejada por sus enfermedades y en compañía de Doris Dana. Su entrañable amigo Ciro Alegría, que la visitó por esos años dejó el emocionado testimonio de ese encuentro. Recuerda que iba en compañía del escritor González Vera: “Ya en casa de la poetisa, sucedió algo que me sorprendió y apenó a la vez. González Vera la saludó dándole su nombre. Gabriela le extendió la mano y se pusieron a conversar

¹⁵⁴ Marta Elena Samatan, *op. cit.*, p. 417.

¹⁵⁵ Legado Gabriela Mistral.

¹⁵⁶ Marta Elena Samatan, *op.cit.*, p. 425.

sobre Chile. Ella ni me miraba. Pensé en si acaso habría tenido uno de esos cambios súbitos que le dieron más fama que sus versos. Sin embargo, me pareció demasiado violento que ocurriese tal situación, cuando hacía apenas unos días me escribía pidiéndome que fuera a verla... Doris Dana, que por entonces ya era la nueva secretaria de Gabriela, sirvió algo en el comedor. Fuimos hacia allá. Me senté en el último lado de la mesa y comí tan rápidamente como silenciosamente, deseando que el mal rato pasara pronto. Notando que había terminado mi ración, Gabriela hizo que me la repitieran, pero con la actitud de quien alimenta a un huésped hambriento y nada más”.¹⁵⁷ Ciro recuerda que después de la cena volvieron a la sala y que dijo a González Vera que debían retirarse. Gabriela tenía a la mano unas fotografías, y aquí viene la dolorosa sorpresa de Ciro: “Quiso obsequiarnos con ellas. Firmó la dedicada a González Vera. Luego, pregunto: ¿Cómo se llama usted? Me trataba como un desconocido. Ciro Alegría, repuse con mal ánimo. Gabriela que estaba por escribir, se quedó con la pluma en alto, mirándome entre perpleja y azorada. Musitó algunas palabras que no entendí. Era evidente que antes no me reconoció. Luego dijo con tono doloroso: ‘Tengo nombres sin caras, tengo nombres sin caras’, repitió. Afirmó después que me estuvo esperando y agregó que había recomendado a Doris Dana y otra muchacha que allí residía que me recibieran con las puertas abiertas. Al fin escribió: ‘A Ciro Alegría, hermano en la sangre y en las montañas’.”¹⁵⁸ Alegría agrega: “Me alargó la foto diciendo de nuevo: ‘Tengo nombres, sin caras’”¹⁵⁹. Alegría precisa: “Mientras ella conversaba con González Vera había advertido que la mente le fallaba, pues a menudo olvidaba algo que había dicho y lo repetía. No una vez, ni dos, cosa que ocurre a cualquiera, sino muchas. El incidente de la fotografía me hizo ver que algo se le derrumbaba a fondo entre las sienes. He ahí el trabajo de los años, de los dolores obsesivos, pensé. La foto la mostraba sonriendo, pero, en ese momento, su faz estaba desoladamente triste. Después se quedó mirándome como para grabarse mi rostro en la memoria... Yo luchaba por expresarme con soltura

¹⁵⁷ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 90.

¹⁵⁸ Ciro Alegría, *op. cit.*, pp. 90 y 91.

¹⁵⁹ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 91.

y algún humor. Una pena honda por la salud y la vida de mi amiga crecía pecho adentro. Pero no quise manifestarle nada al respecto... No quería que nos marcháramos. Deseó ir a dejarnos hasta el aeropuerto y así lo hizo”.¹⁶⁰ Sin embargo, Gabriela se daba ánimo y en diciembre de 1955 leyó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas un Mensaje sobre los Derechos Humanos. En abril de 1956, y ya en notorio y delicado estado de salud, Gabriela asiste, especialmente invitada, a una reunión extraordinaria de la OEA. En esa ocasión manifestó: “Vivo en lo equinoccial de lo americano y cuanto he dicho y diga arranca de mi pasión por las cosas esenciales que amo y defiendo: la cultura, la democracia, la libertad y la unidad necesaria de América”.¹⁶¹

A fines de 1956 le fue diagnosticado un cáncer pancreático, avanzado. Como su estado era muy grave, quedó internada en el Hospital de Hempstead, Long Island. Ocupaba la habitación 220 del cuarto piso. Murió el 10 de enero de 1957, después de una agonía que duró siete días.

Dos días después fue celebrada una ceremonia en la Catedral de San Patricio, presidida por el cardenal Francis Spellmann y a la que asistieron miembros de la comunidad iberoamericana. El día 14 de enero el cuerpo fue embarcado para Chile en un avión de las Fuerzas Áreas Norteamericanas, que hizo escala en Panamá y Lima. En esta última ciudad, un avión militar chileno trasladó los restos a Santiago...

Gabriela, tuvo “Una muerte callada y extranjera”, como alguna vez escribió. En una tierra extraña que supo amar, y en la que fue feliz. Quizás soñando con su valle de Elqui que siempre le acompañó en su corazón. Valle, del que en realidad, nunca salió. Y al que por fin regresó. Al silencio absoluto de los muertos.

¹⁶⁰ Ciro Alegría, *op. cit.*, p. 91.

¹⁶¹ Legado Gabriela Mistral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alegría, Ciro. *Gabriela Mistral Íntima*. Santiago: Editorial Antártica, 1989.
- Alegría, Fernando. *Creadores en el mundo hispano*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1990.
- Díaz Arrieta, Hernán. “Interpretación de Gabriela Mistral”, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1957.
- Fernández F., Maximino. *Gabriela Mistral: Vida y obra*. Santiago: Editorial Lord Cochrane, 1980.
- Legado de Gabriela Mistral. Documentación existente en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, Chile.
- Repertorio Americano*. San José de Costa Rica, 17 de abril de 1922.
- Samatan, Marta Elena. *Los días y los años de Gabriela Mistral*, México: Editorial José M. Cajica Jr., 1973.
- Simonetti, Marcelo. Revista *CARAS*, Santiago, 30 de Julio del 2009.
- Teitelboim, Volodia. *Gabriela Mistral pública y secreta*, Santiago: Editorial Sudamericana, 1996.

**GABRIELA MISTRAL DURANTE EL HOMENAJE QUE LE TRIBUTÓ
LA OEA EN 1943 © OEA.**



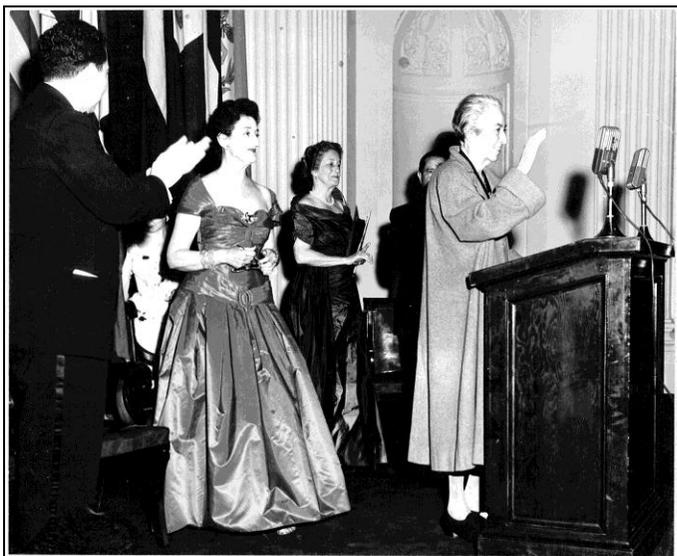


CREDIT:GAS

1946 MISTRAL Gabriela.- entrega de Premio Chilea Foet



GABRIELA MISTRAL DURANTE EL HOMENAJE QUE SE LE TRIBUTÓ EN LA OEA, EN 1956. © OEA





**TEXTOS DE GABRIELA MISTRAL
SOBRE LOS ESTADOS UNIDOS**

FOTOGRAFÍAS © GERARDO PIÑA-ROSALES

LA CIUDAD ESTRIDENTE *Impresiones de Estados Unidos*

Para los que no conocen este adjetivo aplicado a una escuela literaria, doy la explicación que a los demás sobra.

Entre los hijos legítimos y espurios que le han nacido al modernismo está la escuela estridente. Odia estas cosas y va contra ellas; la frase melódica, la arquitectura de la palabra en estrofa, el ritmo, la bucólica, el romanticismo.

Pretende traducir el sonido del siglo, la coloración del siglo y así sus poetas buscan imitar el silbato de los trenes y el chirrido de la usina. Tiene la fobia del matiz y busca los colores crudos: el azul prusia, el rojo sangre, el verde del papagayo (que es un verde magnífico). Quiere que una poesía suya leída en un aposento dé al infeliz lector la trepidación de Broadway por ejemplo.

La escuela ha nacido del empalago, justo en mucha parte, de estas cosas: el ritmo de la poesía clásica, preciso como el latido, que también adornece, del corazón; la metáfora sobajada, el cliché espiritual de Bécquer o Lamartine, la languidez insostenible de nuestra poesía *autumnal*.

Hay que decir honradamente que la escuela no es yanqui; ha nacido, como casi todas las extravagancias y las cosas magníficas, entre gente latina.

A pesar de mi pésimo oído rítmico y de mi ignorancia del color, yo no amo la escuela y la lectura de sus poetas, sólo me quita el mal humor como el mejor salto de un *clown*.

Pero yo recurro a ella para explicar mi impresión primera de New York.

De igual modo que como la poesía estridente, en la ciudad terrible y espléndida como un monstruo marino, me pareció el mismo horror del silencio y de los aspectos dulces de la materia; la misma búsqueda feliz de lo desmesurado; la misma ausencia de sentidos finos; el mismo encuentro con otros sentidos más fuertes o más brutales que buscan la emoción con golpes de maza.

He de creer un poco a mis propios instrumentos: mi cuerpo recibió la impresión de New York.

Fue una destrización de mis ojos y de mis oídos. Como todo organismo poderoso, como los monstruos, coge y domina.

Por sus calles yo me perdí a mí misma; entré en la rueda y no tuve más voluntad sino cuando me liberó el mar.

A los místicos de la fuerza les es grata esta impresión parecida al juego salvaje del mar con el mal nadador; a los que tenemos esta forma sutil de soberbia: la de aislar el yo un poco, lo poco que es posible en la red horrible del mundo, nos deja esa dominación un poco humillados. Y yo tengo este rencor con la ciudad enorme del millón de tentáculos: que no me dejó nada para mí en varios días; que me incorporó en su mole articulada y me arrebató la conciencia.

Yo la miro ahora y la puedo juzgar un poco.

Aquella psicología de las multitudes, tan en boga entre los que creen en la Psicología, es aplicable no a una muchedumbre neoyorkina sino a toda la vida suya: se vive en colectivo —el rascacielo es la forma más horrible y más perfecta de colectivismo—, se juzga en colectivo, se tiene el gusto colectivo para vestir, para comer, creo que hasta para cantar.

Es un coro inmenso de las conciencias, del paso con que se camina, de la ayuda social, se oye aplicar a las cosas el mismo adjetivo; se muda el traje el mismo día al cambiar la estación; se piensa el mismo día en Washington o en Lincoln. Y el que entra rebelde en el cerco es cogido con rabia primero; se rinde poco después, la tensión lo cansa o lo destroza; al final siente cierto alivio en abandonarse y entra en el cauce y fluye con el caudal hasta con cierta dicha.

Tal vez no haya otro lugar del mundo donde el individualismo padezca más y sea más raro y heroico. Como diré después, este eclipse de lo individual tiene aspectos admirables y aspectos feos y francamente inferiores. Con este colectivismo se ha hecho una gran nación pero una gran nación diferente de lo que ha sido eso en el pasado, porque el pasado admitió siempre en su seno los granos de la sal salvadora del individualismo.

Pasemos a la estridencia material. Tres cosas horribles tiene New York: el subway o ferrocarril subterráneo, el ferrocarril aéreo y la que llamaríamos ley del caminar.

Los norteamericanos dicen que el subway les es odioso no por el estruendo, que ya es música para ellos, sino por la brutalidad que crea en las gentes. A la hora en que los almacenes se vacían y los millones de empleados van a comer consultando la hora que tienen para ello, pasa algo semejante al salvamento

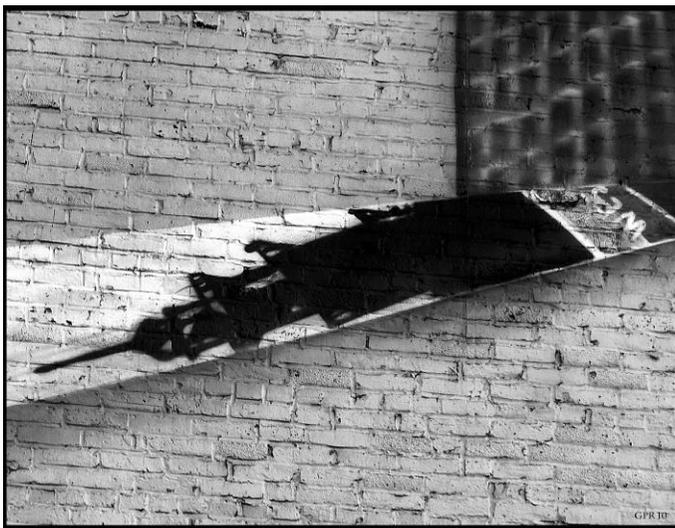
dentro de un teatro cuando viene un cataclismo. Aquella gente no se atropella, se lincha. No se trata de ver al príncipe de Gales ni de mirar un regimiento de vuelta de la guerra; se trata de no perder diez minutos y se entra al subway con una violencia sin nombre y se cae sobre el primer asiento. No hay modo de distinguir entre los que pisotean y tumban, al rico del trabajador, ni a la mujer del que boxea: todos empujan como en el momento de tomar el bote salvavidas.

Confieso que no hay en estas palabras rencor por mis magulladuras; mi odio del subway es el de su horrible trepidación y el de su chirrido que despedaza los sesos. Yo no interpreto ahora el infierno en fuego sino en subway y no lo quiero para mí ni para mi prójimo.

Esto hace, me decía el norteamericano, lo que llaman la brutalidad del hombre yanqui; lo peor es que la adquiere el niño y que sus tres horas matinales de serenidad en la escuela, se le rompen en estos diez minutos brutales.

El ferrocarril subterráneo de París me dice otro informante es otra cosa.

Nueva York, 1924



© Gerardo Piña-Rosales

...mi cuerpo recibió la impresión de New York.



© Gerardo Piña-Rosales

Por sus calles yo me perdí a mí misma...

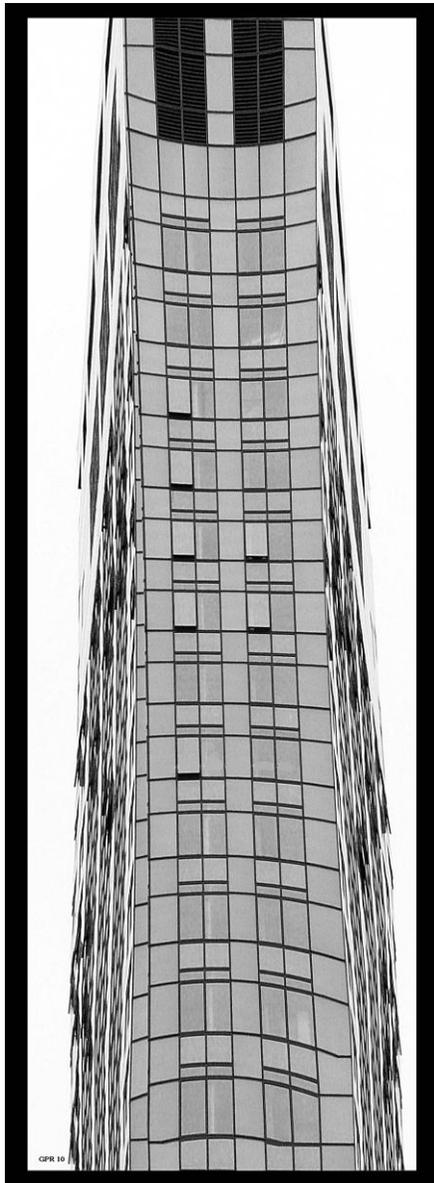


© Gerardo Piña-Rosales

...en la ciudad terrible y espléndida como un monstruo marino...



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

...el rascacielo es la forma más horrible
y más perfecta de colectivismo.

LA ESTATUA DE LA LIBERTAD

La Estatua de la Libertad sigue siendo una de las facciones fundamentales de la terrible Nueva York y uno de sus imperativos inevitables sobre el ojo del viajero. Aunque no debería serlo: al cabo aquella persona en fierro es francesa de concepción, francesa de manufactura y francesa de donación.

Vamos a verla, el portorriqueño Labarthe, cuya isla queda bajo la circunscripción de Ella y una chilena cuyo país está a toda la distancia conveniente para que la considere un atributo ajeno.

El día de invierno farsantea con engañifas azules y con unas tiras de nubes; nos pestañea a cada momento con limpios y nublados, y de este modo yo veré a la diosa en un turno de grises y de claridades, que más bien me ayuda que me estorba.

Subir viene a ser inútil, pero como yo no sabré eso sino arriba, como se saben las cosas, cuando ya no sirven, yo haré la formidable subida. El ascensor facilita todo el pedestal; un tirón de gonces y de estómago, y estamos a los pies de Ella y delante de la escalerita. Se trepa por una especie de camino metálico de cabras, dando a la diosa nuestro acatamiento con el esfuerzo, y sabiendo que se lo damos; se la alcanza con jadeo como a las demás libertades, batiéndonos fuerte el corazón y soplando anhelosamente, para aprehender el poco aliento que tenemos en el pecho! Estamos debajo de Ella, con toda su majestad encima y todavía en aspirantes de su posesión. Comenzamos a subir su cuerpo por el interior de las ropas, como el niño que gatea suele repechar a su madre.

A los esteticistas les decepciona siempre ver “La cocina” de la estatuaria y andar por los adentros brutales de un vaciado de yeso o de bronce. No a mí, porque si el arte está por fuera, está por dentro la artesanía, que me conmueve más. Viendo y manoseando el interior del molde, estas costras, estos verdugones, estas fealdades, se sabe lo que cuesta aquella piel lisa regalada a la luz, se van entendiendo las forjas, los ajustes, la ingeniería, las mañas y también las torpezas.

Los visitantes suben creyendo ver mejor la estatua y lo que aprenden con el ascenso es solamente la noble miseria artesana, la peine de la fundición y el costoso encaramiento.

¿Por qué no trajeron a la magnífica fiesta de la inauguración a algunos de los vaciadores de la estatua? Bartholdi no hizo más en su masa que los obreros mismos, ya que ella constituye mejor un asunto de construcción que de arte legítimo.

Seguimos subiendo por las entrañas, haciendo en esta madre el camino opuesto al que hace el hijo para salir a ver la suya. Nada de interior frío, aunque sea puro metal, porque los mil pliegues y los cien bullones afirman la sensación de que vamos abriendo una entraña verdadera, es decir, una víscera encarrujada y tibia.

Se descansa en los pequeños asientos apenas capaces de mí, y en seguida se continúa, pues la escalera no consiente el regreso al arrepentido; para bajar hay otra que se tomará... en la cabeza misma de la estatua. Buen sistema que aplicar a los cuasilibertadores que suelen descender al tercio del camino...

Ya estamos arriba; pero como a nadie se le ocurrió abrir una salida oportuna, una ventanita en la mitad del monumento allá por la cintura o hacia los pechos, se llega a lo alto para no verla a ella misma sino a la ciudad: el Hudson taciturno de este mes, la punta de Manhattan arbolada de unos bellos rascacielos que parecen cuernos de antílope, y la Isla de los Inmigrantes.

Descansamos en su cabeza: estamos dentro del cráneo haciéndole oficio de seso vivo. El aire es el mejor, un vientecillo de mar, uno de invierno y más uno de altura: tres sumandos de sutileza. Esta ráfaga fina le circula a Ella por el cerebro y le da la lozanía cabal de la cara: este soplo ligero-eléctrico que carga a la diosa por el seso y la descarga por la expresión.

Bajaremos, pues, para verla desde el suelo donde estábamos antes, aceptando su voluntad, que es la de que la veamos desde abajo, en pobres diablos aplastados por su proporción, y obedeciendo también a la voluntad del escultor de que recibamos unas puras facciones anegadas e indecisas.

Habrá que esperar la industria de aeroplanos pequeños — moscones en lugar de libélulas— para venir aquí a revolver en torno de su cuerpo, de su cuello y delante de sus mejillas, gozándola según nuestro antojo. Por ahora resignarse.

Si no supiéramos que la estatua vino de Francia y que la dejó caer mano francesa, diríamos que ella es perfectamente yanqui. Bartholdi como escultor de santos, decidió dar a la deidad un absoluto aire sajón, para que la clientela de cien millo-

nes la adoptara fácilmente. Es una Libertad sajona que recuerda a las bellezas encontradas por Broadway (aunque digan otra cosa los europeos, es toda una belleza la mujer norteamericana); marcha desenvuelta, con zancada de Juno; brazos que más que lanzar la jabalina como la hermana griega, reman cuatro horas con remos de diez libras, un brazo capaz de esta antorcha y de cosa más grave aún: un cuello sólido y lanzado, que es peñolito digno de la cabeza, y ésta, naturalmente osada, de sencilla soberbia, como el árbol copudo. Pasaron las Venus de testas pequeñas como las Venus de cintura absurda; ahora las cabezas se hacen regulares remates en vez de anulamiento de cuerpo. En ninguna línea la cara puede resolverse en latinidad, porque en ningún pedazo aparecen insinuaciones ni de sensualidad ni de ternura, ni de melancolía ni de sonrisa blanda.

El escultor trabajó bien asistido del genio de la raza norteamericana: tan fuertemente lo invocó que éste bajó hasta sus muñecas y le duró allí los meses de la ejecución, todo ello al fin de cuentas un acto de lealtad al lugar de su emplazamiento, a su patria decidida.

Es una mujer marítima, con pedestal pensado para la marejada posible y un pecho de vela embreada; es además el pretexto para la antorcha, y el cuerpo entero se construyó en relación con el brazo. El pie adelantado, la espalda capaz y el movimiento de la túnica miran el brazo de la antorcha y están para servirlo.

Lo mejor de la cabeza es, naturalmente, la diadema de rayos, y tan petos son ellos que me punzan en el recuerdo mientras escribo. Siete rayos, siguiendo la cifra de las cosas verdaderas; la electricidad en la cabeza salta por las siete púas metálicas. (A la ciudad misma, a Nueva York, la veo yo dotada con una aureola semejante, pero esta cuenta setenta mil setenta y siete espadas eléctricas, que día y noche se disparan en todas las direcciones). Si le hubiera faltado a la estatua la insinuación fulmínea, la figura habría quedado inexpresiva y hasta yacente. Las aureolas redondas de los santos en la época ya nos resultan demasiado estáticas; puede ser que la diadema fulmínea de la Libertad pase después a la estampa de los santos norteamericanos... De algo católico me acuerdo, sin embargo en relación con los siete punzones de agave metálico: del ciervo santo de

San Jorge, en cuyos cuernos hay un proyecto de esta aureola divino-hostil.

Perdónenme las feministas, pero me parece que así como a la diosa le va bien la antorcha, la tabla mosaica le va muy mal. Pesada, casi cuadrada, a ratos se me ocurre que es una carpeta grávida y comercial la que le rinde el brazo; aparte de que la tabla está un poco separada del cuerpo en vez de apretarse al costado. La lleva pero no se ensambla con ella.

Muy conocidos son los frentes y los perfiles de la Libertad; en cambio le han dejado inéditos ciertos bonitos trozos espalderos y laterales, por ejemplo, el pie derecho que sigue lealmente al delantero, pero que se siente más femenino: por ejemplo, el manto hacia atrás en la parte en que lo levanta la empinadura de la antorcha.

Dos espaldas tiene ella: la baja, del lado de la tabla mosaica llevada con inercia, y la alzada y heroica del brazo épico; las dos son hermosas en sus órdenes suave y violento. Se me ocurre que todos nosotros, sin antorcha visible o con ella, llevamos esa doble espalda y yo casi levanto la mano para tocármela...

El paso está muy bien dado; no lleva prisa ni se queda tampoco; va a alumbrar algo que no es trágico y que no la arrebatara: una ciudad de negocios seguros y prósperos.

¿A quién se parece ella en la familia de los capullos de bronce o de hierro clásico? La Diana cazadora va más rápida y arrastra más naturaleza consigo a causa del ciervo, mientras que la Libertad no confiesa sino el poco mar que está mirando. Una Walkiria (¿Valquiria?) carga escudo y muestra un seno cortado, y esta diosa no puede ser Valquiria porque está alumbrando hombres, es decir, gente amantada por ella. Las madonas de todas partes, las muy extasiadas, las muy arrebatadas, no tienen por dónde emparentarse con la Libertad tampoco. Una décima musa podría bien ser: la Musa de las instituciones, especie de amante de los Jefferson de ayer y de los Borah de hoy, que soplase artículos de constituciones. Pero tampoco puede volvérseme una consejera individual esta Libertad, sino una doctrinadora colectiva sin escondrijo de gruta ni de bosque, tan puesta al sol y al viento como no puede darse más. En el país sin intimidad, sin un solo pliegue secreto de la vida, la idea de la Musa, que es la del cuchicheo en el hueco de la oreja, cae rebanada del pensamiento en cuanto se la concibe.

Sigo buscándole parientes posibles, y a cada nombre que rechazo me doy cuenta de que la desnudo de femineidad, de que ella no es mujer sino por el manto y me pongo a mirárselo fijamente.

Envidia me da verlo, y una pequeña cólera celosa de haber nacido yo, en tiempo de falda corta o larga, siempre falda caricaturesca, que no vale lo que un manto. Como no me resigno le digo a mi compañero que en alguna Tunisia asequible, en alguna India propicia, yo llevaré un manto así tan cargado de pliegues y tan arrastrado como éste de la Libertad.

Las ropas no vuelan en la ráfaga marina, lo que está bien y está mal, pero aparecen lo suficientemente vivas. La túnica y el manto se diferencian bien; la Libertad va vestida dos veces: no sólo es la diosa cubierta —ya cristiana— sino la patricia que carga lanas o linos inútiles, bellos de llevar.

El defecto que todos no sabemos de la estatua de la Libertad es su descenso vertical de estatua *affiche*, su regularidad convencional que la saca del arte verdadero para sentarla en la mesa del gusto común. También, en éste Bartholdi trabajó con el seso puesto en la muchedumbre a quien había que contentar y servir. La sirvió en mal suyo, en bien de ella, bien castigado está como todos los amigos del pacto en el monstruo, bien castigado en que la diosa pasase semanas después a las oficinas fiscales, a la banca y a los salones de refrescos! Popularidad absoluta y por lo mismo lastimosa. La antorcha es tan idéntica a la antorcha que dan ganas de mellarla siquiera de un lado, y el rostro resulta de tal manera normal que se siente cólera de que un francés haya sobrepasado en esta figura el sentido común de La Fontaine, que parecía insobrepasable, y llegado a esta creación, sin creación.

José Martí, de quien se acuerda cualquiera que mire a la Libertad, padecía de verla por la memoria de su Cuba, y se rompía en los huesos de sostenerle la mirada. Él la consideraba como los franceses que aquí pusieron, una diosa para el uso del universo, una espolonada para la libertad de todos los pueblos. Yo la veo en el año 1930 convertida en una diosa local, vuelta hacia los Estados Unidos, en vez de estarlo hacia el este como lo quisieron sus donadores. Ahora despacha, bajando un poco el brazo para rehusar, a los inmigrantes que llegan a la isla vecina: ahora no se ocupa como en los viejos tiempos (itan rápido que

se despeñan aquí las épocas!) de que las Antillas sueltas en el mar y esas otras Antillas soldadas que se llaman América Central, vivan libres como su aliento continuo y como sus ropas. Ella es la Libertad fuerte y segura de los cuarenta y ocho Estados, la proveedora de la dignidad de su propio territorio. De veras ella ha girado el pedestal de kilos para cambiar de posición, y con esto de categoría. Ella entra en nuestros negocios como una larga gigante de metal, levantada en Nueva York para exhortación de ella misma y a la que miramos así en cuanto a figura espectacular y solemne con la cual nada tenemos que conversar extraños.

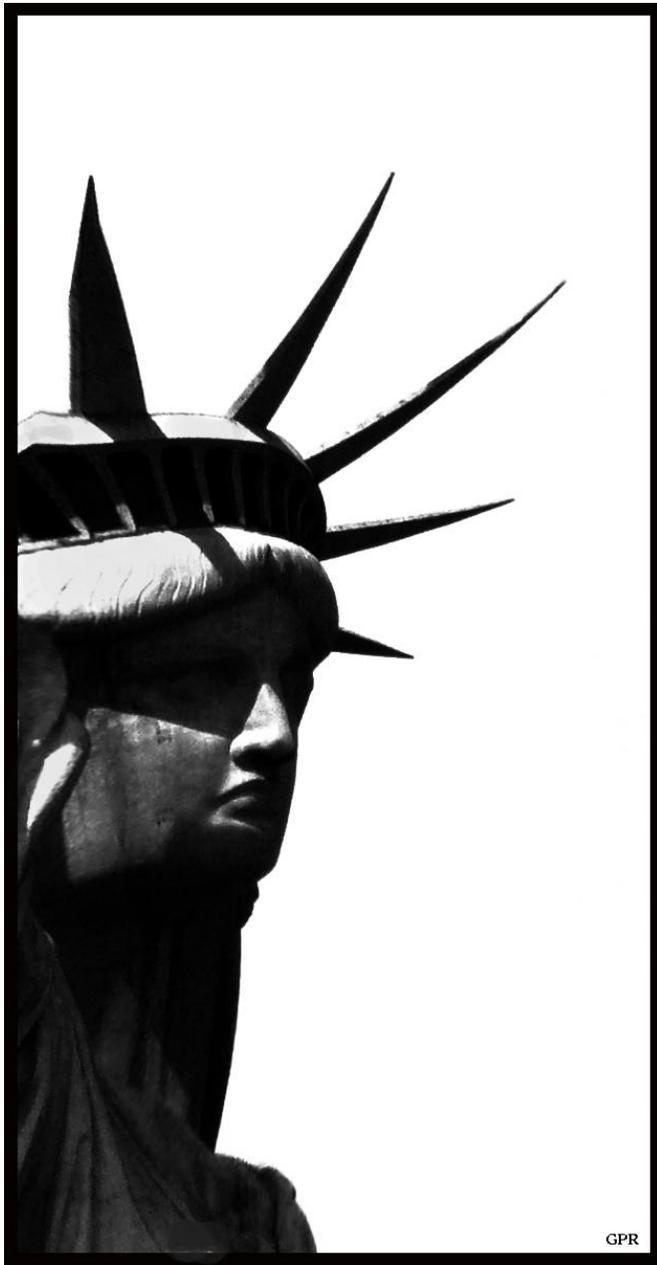
Martí la veía en su forma alargada y dura como la almendra de su alma, pero la universalidad que él le dio ha pasado, ha pasado. Ella se llama la Libertad de los Estados Unidos y no ya la libertad a secas, que era una palabra-espada, rotunda y definitiva.

¡Lástima de pedestal que no se puede mover! Ni esperar que los disloquen para dar a la estatua la posición legítima, que es la de mirar solamente hacia su país.

Los optimistas, sin embargo, pueden esperar en que la diosa vuelva un día a mirar hacia el este, hacia el mundo entero, que ha creado su propia ciudad. Pudiera ser; este pueblo, por lo mismo que no está cuajado, da unas grandes sorpresas, y se echa en unos saltos repentinos que le dictan ya el corazón o la vitalidad sportiva o el simple humor. Una margen grande de esperanza dejan los pueblos super-vivos, por atrabiliarios que hoy sean. El río del instinto se les va un buen día por donde menos piensan que suele ser, por el cauce antiguo, y queda en seco lo que habían anegado...

Nadie sabe si mañana los Estados Unidos se acuerdan de su Washington y mejor de su Lincoln, y empiezan a devolver libertades ajenas, deshaciendo lo andado malamente. Espere-mos hasta los pesimistas un poco pensando que al cabo la diosa que preside el litoral es una extranjera nacionalizada, que su cuerpo ha pasado el mar y debe acordarse que vino de Francia, y de que por sajónísima que la haya querido Bartholdi, la marca de una palma latina ha quedado sin remedio a lo largo de sus metros...

Nueva York, 1931



GPR

© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

Nadie sabe si mañana los Estados Unidos se acuerdan de su Washington...



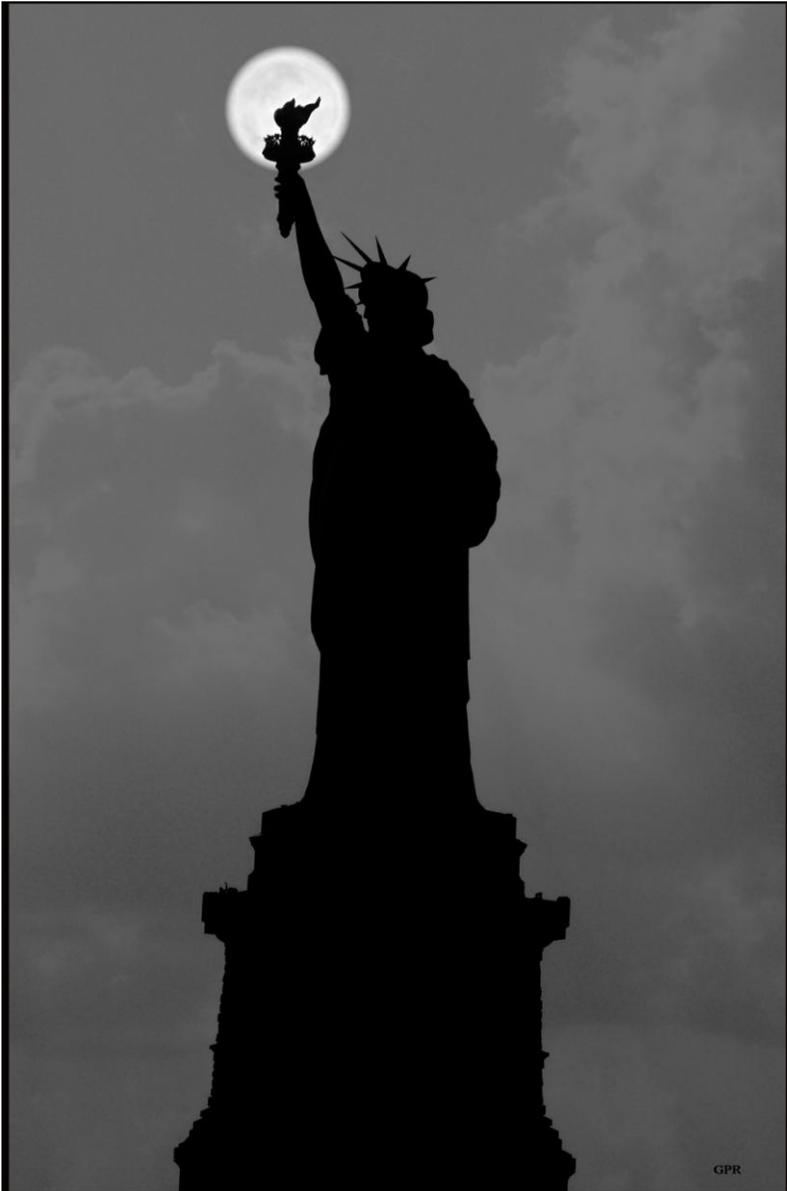
© Gerardo Piña-Rosales

Habrá que esperar la industria de aeroplanos pequeños...



© Gerardo Piña-Rosales

Estamos debajo de Ella, con toda su majestad encima...



© Gerardo Piña-Rosales

COINCIDENCIAS Y DISIDENCIAS ENTRE LAS AMÉRICAS

Al primer golpe de vista aparece un abismo entre el Norte y el Sur del Continente Americano, en cuanto se refiere al hombre. El choque de la diferencia todos lo sentimos: a unos les duele y a otros los desalienta. Pero si en vez de buscar con ojo de entomólogo los focos de las disidencias buscásemos los núcleos de las semejanzas, mejor nos iría, pues hay sorpresas.

Tal vez existan entre nosotros, americanos, cuatro suelos comunes, cuatro zonas de convivencia inmediata, o si se quiere, cuatro lenguas sabidas e inconscientes que poseemos en común. Idiomas morales son y puntos de viejas citas olvidadas.

El del Norte y el del Sur creen en la libertad aunque la sirvan de modos muy diversos, aquéllos viviéndola en un clima constante, nosotros en unos descomunales altibajos, o bien en turnos de pasión y de decepción respecto de ella. Pero libertarios somos todos en las esencias del ser, allí donde viven el deseo y la voluntad virgíneos. Esta es nuestra primera coincidencia.

La segunda podría ser la semejanza de la peana continental. El cuadrilátero del Norte y el casi triángulo del Sur son, a pesar del corte de uña del Canal de Panamá, una invitación al avenimiento. Los dos Océanos y las seis lonjas costeras nos sirvieron de correos líquidos y de Mercurios pedestres, antes de que el aeroplano regalase una vialidad perfecta. Las regiones templadas las crean en el Norte los meridianos, en el Sur las inventan nuestras bellas mesetas andinas. La flora y la fauna, aun ellas, son más repeticiones que oposiciones. El Continente realmente opuesto es la Eurasia, a pesar del tronco común que nunca les valió a las dos desventuradas personas para fusión alguna, ni siquiera para mirarse a los ojos.

El tercer ángulo de nuestro contacto es el espíritu de juventud: los Estados Unidos rebosan y crepitan de ánimo moza y también de euforia. Nosotros, los del Sur, nacimos con más peso de tradición sobre los hombros. Digo peso, no plomo. Así, cargados y todo, bullimos como caldo de marmita y escandalizamos con la loca ebullición. Lo cual quiere decir que los pocos

metales de la tradición fueron necesarios en el comienzo a fin de que no se rompiesen las calderas.

Este metal está fundiéndose en el Sur a ojos vistas: el vaho caliente de juventud y de creación que el Norte deseaba ver en nosotros, el coraje para legislar, la decisión para rectificar los errores y cubrir la marcha retardada, todo eso ya se oye y se palpa.

El cuarto acuerdo entre las Américas disidentes no es expreso como los anteriores, es tácito, casi subterráneo y se llama Cristianismo. El amamantó a ambas Américas, aunque la frase parezca a muchos embustera, la leche fue común, el regazo semejante, la canción de cuna repetía la misma cuarteta divina, sólo que con ritmo impar. Nacimos todos aquí balbuceando el mismo Dios, la misma Redención y las ocho puntadas de las Bienaventuranzas. Si el mongol hubiese pasado Bering y budisizado medio Continente, éste sí habría sido un nacimiento de fatalidad, un destino declarado de guerra a muerte y un tajo de secesión. Desgraciadamente conquistadores y pobladores habían dejado atrás a Europa envenenada, su cristianismo partido en jirones insensatos y aullantes. Duales y no, unas llegaban las memorias de esta gente; las almas venían guerrilleras y ¿por qué no decirlo? llegaban tribales sus conciencias religiosas.

Así fue como el cristianismo, común a ingleses y a españoles, no les sirvió de nada a nuestros abuelos, no acercó, no allanó, no llegó a convivir sino a levantar parapetos y a abrir fosos.

De las cuatro áreas de coincidencia que pudieron ser mejor tierra firme que meros puentes: amor a la libertad, territorio, creencia, espíritu de juventud, dos están ahora hablando fuerte, dos no han soplado la viga de los ojos: el riesgo de perder el suelo que nos sustenta y el de perder el alma a la vez que el suelo. El Continente tenía que defenderse con un escorzo unitario y en un abrir y cerrar de ojos, y así ocurrió. Pero a estas horas todos ya sabemos, por la experiencia que nos ha rasgado los ojos, que la faena común sólo ha dado la primera "pasada" del arado y hecho el descuajado de piedras, terrones y broza. Faltan varias más antes de volear el trigo.

Hay una América rica que trabajó mejor y con mayor suerte; hay otra que ha penado para unir tres sangres opuestas, realizando una delicadísima operación de injerto vital o mortal. El

Norte no gastó tiempo ni distrajo fuerzas en el inmenso experimento que en el Sur dura ya cuatro siglos; el Norte sajón no quiso labrar el alma del habitante indoamericano; él tomó a la naturaleza solamente por campo de batalla: abrió, desbrozó y aseó de golpe y porrazo la tierra y todo eso lo hizo con rapidez suma, porque iba dejando atrás al indio vencido o muerto. Aseada la tierra y validada hasta el punto de volverse una especie de arquetipo agrario del mundo, el americano se lanzó a la industrialización con su ímpetu de campeón que no acepta la derrota en cosa alguna.

Mientras tanto, nosotros, indoespañoles, seguíamos en el sur una gesta a la vez violenta y remolona: la de construir a base del encomendero una democracia, y la de reemplazar el caciquismo con la civilidad. Esto cuesta y esto vale por un trueque de las entrañas y tenía que durar cuatro siglos. Nadie ha dicho bien la gesta de la unificación de tres sangres y de tres almas que sirven de manera diversa al Bien como al Mal y la de tres conciencias que se afiliaron con ritmos tan contradictorios que no parecen salir de la misma ley natural.

El Norte, logrado sin tragedia, cuajado en sus crisoles sin operación trágica, debe ver y considerar la realidad del Sur y darnos ayuda en los últimos toques.

Lo que ofrecemos es la lealtad, virtud caballeresca pero que todavía está en auge y servicio; lo que necesitamos es una generosidad que rebase lo comercial y aun lo político y se vuelva cooperación ceñida y aquella verídica convivencia cristiana que el Viejo Mundo no supo o no quiso lograr.

Queremos ser comprendidos y después ayudados; pero antes que todo entendidos, pues solamente así se nos ayudará con eficacia y sin dejo de superioridad y mayordomía.

El Continente no debe volverse un dominio manejado por manos habilidosas en el juego. Europa ya agotó el ingenio y la malicia, la componenda y las falacias, y se perdió a causa de esta industria dolosa y a pesar de los reclamos diplomáticos. Nosotros, testigos de aquel juego perdido, tenemos la obligación de hacer cosa más honorable y duradera, trabajando el hierro forjado mejor que en la hojalata frágil de los “acuerdos” anuales que sólo hacen un compás de espera.

Febrero de 1945



© Gerardo Piña-Rosales

Queremos ser comprendidos y después ayudados...

LA AVENTURA DE LA LENGUA

Vivo agradeciendo a ustedes, californianos, día a día, y pueblo a pueblo, el interés y el amor que vuestro Estado pone en la enseñanza del español.

Vengo de hacer una ruta zigzagueada de lenguas diversas y he visto la suerte del castellano a lo largo de esta cinta de mi viaje, tendida entre Brasil, Suecia, Inglaterra y Estados Unidos.

Los dos puntos en los cuales hallé nuestra lengua servido con vehemencia, fueron los más opuestos que darse pueda: Suecia y California. En los dos sitios, probé una verdadera euforia al constatar que el castellano gana almas como quien siembra y cosecha a brazadas en ritmos alternos.

Sigue en el mundo la conquista de las tierras ajenas y la de los cuerpos ajenos: la vieja Conquista bruta ávida no se ha acabado. Es la empresa resabida de brazo y canción, de manotada y hierro, y sigue siendo odiosa, aunque se emboce de Derecho y de Bien. Prefiero a la eterna maniobra arrolladora de tierras y cuerpos, la empresa ganadora de almas que es la expansión de cualquier idioma. Esta acción pascual de compartir el espíritu ajeno, esta marcha silenciosa de un habla sobre territorios incógnitos, no significa invasión sino apropiación recta y feliz, y me alegra las potencias, hasta me las pone a danzar...

Comprender fue siempre goce. Si nos hace dichosos entender las funciones vitales en la planta y aprender las maniobras del instinto en los animales, ¿cómo no va a ser felicidad seguir el alma de una raza en su verbo?

La orden del día en nuestro pobre planeta es hoy precisamente el romper los sellos que guardan las arcas cerradas de ciertos pueblos y ver sus adentros y aprender en esa gruta oscura cuánto hay allí que dé una clave para tratar los jeroglíficos llamados China, o Indostán... o América del Sur.

Eso que llaman búsqueda del conocimiento y que es, por excelencia, la tarea del hombre, requiere instrumentos sutiles. El primero de ellos es el aprendizaje de idiomas. Ustedes adoptaron este oficio fino mucho antes de que la Segunda Guerra Mundial sacudiese a los adormilados e hiciese ver a los ciegos. Y ustedes van a ser en cinco años más quienes den testimonio recto y claro a los dirigentes de Estados Unidos sobre los países

mal deletreados, mal averiguados que son los nuestros. Es categoría subida ésta de traducir el espíritu de las razas. Pero es también trabajo muy bello, porque se trata de ver y tocar raíces y sacarlas a la luz.

El aprendizaje de un idioma fue siempre una aventura fascinante, el mejor de todos los viajes y el llamado más leve y más penetrante que hacemos a las puertas ajenas, es busca, no de mesa ni de lecho, sino de coloquio, de diálogo entrañable.

Los sudamericanos, no somos gentes de puertas atrancadas. Excepción hecha del indio puro, que es huidizo, en cuanto a criatura herida y traicionada, los demás, el mestizo y el blanco del Sur, somos de una índole fácil y fluvial. Nos gusta el extraño, por una curiosidad colombina de costas nuevas; viajamos bastante, somos “projimistas”, es decir, cristianos que aman convivir. Somos dados al trueque o comercio de las almas, en el sentido que dio a esta palabra aduanera el francés Valéry.

Cuando ustedes, con nuestro idioma a flor de pecho, vayan a nuestros pueblos, allá les pagaremos las marchas forzadas de los cursos de español con la moneda de la cordialidad rápida y de la lealtad. Juntos hablaremos de nuestros problemas, juntos corregiremos los feos errores del pasado, como quien enmienda planas de cuaderno escolar...

En cuanto al volumen del idioma español, no es nada angosto ni leve; el alumno siente, como el bañista del río, que se ha metido en un torrente. La riqueza del castellano es realmente la de una catarata. Mucho creció la corriente por el vaciadero de las generaciones, y allí está ahora despeñado sobre un muchacho californiano que lo recibe, cegado del resplandor y aturdido de la música vertical.

Las demás aventuras se quedan chiquitas al lado de ésta; son nonadas. Aquí es el trance de volverse niño y aventar el amor propio, aceptando el balbucear, el caer de bruces a cada rato y el oír las risotadas del corro y el reído ha de reír con la clase entera y no enojarse como los vanidosos. (En esto ayuda el buen humor americano, linda virtud).

A ustedes, californianos, no se les ocurre que van a perder la batalla. Como el niño vais aprendiendo sin saber cuánto, y pudiendo, y alcanzando. Pocas cosas se parecen más a una infancia que el aprendizaje de lenguas y nada hay tan lindo como el trance de parar en seco la adultez, de hacer una pausa en ella

y echar a correr por el espacio liso de la puerilidad, del delecto y el pinino.

Y aquí también en lo del querer para alcanzar; lo de la bravura y el denuedo americanos. La lucha con la lengua arisca y repechada, vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la Walkiria que está a unos pasos del que la codicia pero la muy linajuda vive rodeada de un cinturón de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre; sólo corre el gemidillo del esfuerzo, y no se oye chirrido de sables sino a lo más un crujidito de dientes apretados... Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma y vale por la toma de un latifundio sin horizonte...

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos y recibir la avalancha de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigan de un lado y del otro nos disgustan. Avanzamos en un zig-zag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo sólo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, me ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonrín como a camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo "pionerismo" que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva Caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que

recorría sino su tradición y su costumbre presentes, es decir, sus libros y su vida al aire libre, o sea cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fue eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confesión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras, que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal sólo se desarrolla en una sala de clases; ella comienza en una silenciosa y larguísima recepción y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando, con la fineza del pesador de diamantes, el emporio enorme del vocabulario, y de parte, del discípulo, todo consiste en un alerta casi divino de las facultades y en esa *fidelidad* a la cual llamamos vulgarmente “atención”.

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la Doctora de Ávila “unas grandes suavidades y maravillamientos”. Porque una vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del vocabulario, se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares, ya no gruesos ni agrios, sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la Cristiandad universal, el reír con Lope y Quevedo y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las Carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anahuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero decirlos sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna, que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiese en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua

manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado provenzal, sea del siciliano, sea del taraumara, sea del chilote, sea del indio amazónico. Además, ustedes no van a quedarse sin el “Martín Fierro” y son los folklores español y criollo.

Otra manera no hay —estoy bien segura— de adentrarse en los pueblos sino la punción lograda con la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga; el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, éstas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofilas particularísimas nuevas, y acarrean minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírseos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa, propia no se ha movido. Sólo ocurre que tendremos en adelante, como los ricos, dos casas de vivir tres o siete moradas, al igual de la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la Gracia.

Texto leído en la Universidad de California, el 15 de septiembre de 1946 y el 17 de diciembre de ese mismo año.



© Gerardo Piña-Rosales

INFANTILIDAD DEL NORTEAMERICANO

Europeos, asiáticos y criollos coincidimos en la sorpresa de que un pueblo de técnicos, de bolsistas, de mecánicos y de industriales como el norteamericano lleve en el rostro en el habla y en la vida familiar una hebra rezagada de leche materna.

El tono con que nosotros decimos la palabra “infantil”, aplicándola al yanqui, muda bastante de boca a boca. En la de un japonés el apelativo lleva ácido de limón; en la de los franceses, el tono es zumbón; entre nosotros, él se balancea entre la broma y la burla. Aquello no es malo, pero es bobo, decimos.

Yo no comprendo que el latino le regale al sajón toda la infancia, que es un tesoro, y que alardee y se quede complacido así, vaciado de ella. El francés quizás la haya licenciado; el español tal vez la quemó en su calentura pasional; pero el italiano y el mestizo de la América todavía la llevamos, aunque no la alimentamos como amor, y son precisamente las raspaduras de infancia que nos quedan entre los dedos, como los grumos de miel en la caldera del trapiche; pero nosotros, criollos, tenemos vergüenza de llevar el espíritu infantil al trabajo, al meeting, a los actos oficiales y hasta a la tertulia familiar.

Y en esto no anda un pudor de lo íntimo, pues los hispánicos somos por excelencia extravertidos, y nos gusta derramarnos y desplegarlos a toda anchura como un tapiz floreado. En el sofocamiento que hacemos de nuestra índole niña, anda un trueque de conceptos: el confundir la infantilidad con la bobería, lo niño con lo ñoño y la puericia con la puerilidad. Como consecuencia de una versión tonta, el criollo ha sentido vergüenza de confesarse niño, a sí mismo, y con más razón de declarárselo a los demás.

Por el contrario, el adulto sajón, no quiere rebanar entera su infancia; es el contra-chino; sabe que la madurez un poquito apurada, ya resbala hacia el vejestorio; entiende que salvar una zona de puericia es salvar el plexo solar de la vida, y que perder al niño es adoptar la cadaverina con un grande anticipo. Como quien dejó un país interior, y no sabe irse, y le ronda taimadamente la costa, sin decirle adiós, él se distancia lo menos posible; no abandona la región, mañerca, hace trampas, y se ve que logra algo con el retardo de la partida, que consigue cuanto es

dable, en este juego de malicias corporales y espirituales. Mirando en bruto, o mirado a las malas este culto anglosajón de la infancia, sólo vemos en él un rabioso apetito de no envejecer, una paganía terca y ridícula. Pero si examinamos de cerca, y bien, hallamos que la vida nórdica o yanqui, deben a este amor de la infantilidad cosas más serias que la falda cortísima y los buenos tintes para los cabellos. Una averiguación un poco sutil nos contaría que, cuando el hombre avisado defiende en sus facultades ciertos imponderables de la niñez, ellas se vuelven otras, muy otras de las del que dejó secarse en sí el primer rocío de sus sentidos.

El inventor popular, tan numeroso en Estados Unidos que brota por todas partes y da por año de 1.000 a 2.000 inventos menores, es un hombre aniñado, cuyas manos se acuerdan de la jugarreta imaginativa de los cinco años y que, haciendo trucos, busca y descubre casi travesando. Este mecánico, químico o artesano-amateur, entrega su jornada normal a una fábrica o taller, en el cual le sobra su alma, pero a la noche, ya solo en su cuarto, se sacude la chaqueta con olores de linazas y bencinas y se sienta a jugar el viejo juego de Dios que es la creación aunque sea mínima, aunque no pase de unas pajuelas o brizas. Puede tener treinta años, pero será un niño, sentado mejor que en el banco, en el vértice invisible del trabajo fijo y la fantasía suelta, con su cabeza puesta en el ángulo de la junción.

El músico yanqui, que se cansó en la ópera de falsos patéticos, y no puede adoptar los tangos del Sur, porque no nació en la palma de Martín Fierro, prestó un buen día el oído a sus negros desdeñados; lo atraparon aquellas danzas, precisamente por sus juegos, que sexuales y todo, juegos son, y de los solsticios sudaneses, de esa selva carnal, él ha sacado un tropel de sonidos hechos de armonías y estridencias, todo ello aprovechable y mejor que la música morosa en la cual iba cayendo. De no haber tenido este músico la infancia viva en sus oídos, quedase sin percusión en los EE.UU. una zona entera de folklore terrestre. Verdad es que el blanco, aprovechador y desnaturalizador, cogió el material virgen y lo manipuló violentamente magullándolo; verdad es también que de los hemisferios musicales negros retuvo el jazz primario y soltó la pieza mejor: los espirituales inimitables. Así mismo, rejuvenecimiento hubo y a base del África-niña.

La pedagogía de la primera enseñanza vive también en EE.UU. aligerada por ese espíritu pueril. Antes de los buenos viejos Pestalozzi y Froebel ¿qué era sino tutankamoniano la escuela de párvulos? Después de estos dos grandes joviales, llegaron unos latinos, que echaron su cuarto de espadas por vuelta de la infancia a la infancia; María Montessori y Decroly punzaron en las cortezas resacas del haya pedagógica, hasta hallar la vena fresca de la savia. La grande italiana, me dijo alguna vez que hizo su obra para latinos, pero que fueron los Estados Unidos quienes recibieron la buena nueva sin rezongo, a brazos abiertos.

Aquí están pues, en tres bocetillos, unos repuntes de la infancia en la adultez, tres cardos que ella dispara desde lejos, o como dice el yanqui religioso, tres gracias divinamente retardadas sobre la adultez dura y desértica. Pero existen millares de rebrotes y de menudas resurrecciones de la infancia en la madurez y cada una de ellas parece un regreso que Dios consiente y aun empuja hacia esa Tierra Prometida que nos dio una sola vez y nos quitó pronto. Ella puede sernos devuelta, parece cuando la pedimos con cierta humildad ardiente. Y se la puede vivir la segunda vez así, con los cabellos grises.



© Gerardo Piña-Rosales

...pues los hispánicos somos por excelencia extravertidos...

AGRADECIMIENTO

Profundamente honroso me es que la palabra que me introduce en este recinto ilustre sea la de mi país y venga de un varón selecto de mi sangre, en el cual se reconoce la chilenidad hecha nobleza.

Ha seguido a la palabra de nuestro representante la del hombre superior que trabaja en las relaciones espirituales de nuestros pueblos, creyendo, con videncia feliz, que no son vínculos verdaderos sino los elevados, es decir, los del alma.

Las palabras generosas de los días maestros que me han dado su bienvenida, me hacen sentir la seguridad de los caminos familiares en la tierra norteamericana. El magisterio común es lazo tan vivo como la lengua común. El me borró la formidable realidad geográfica en la tierra mexicana, por la que caminé entre los maestros y los niños, con una confianza dichosa que hacia cantar mi sangre.

Recibo este acto que vosotros habéis llamado homenaje sin pensar ni por un momento en que se trate de la manifestación a un individuo, comprendiendo que se quiere honrar a las mujeres hispano-americanas y lo agradezco por ellas. Se me ha elegido sin duda porque se sabe que existe en mí hondamente el sentido de raza. Los Estados Unidos, como país fuerte y con activa conciencia nacional, estiman la lealtad del hombre hacia su sangre y yo soy de esos leales.

La diferenciación

No creo que la diferenciación de los pueblos signifique una fatalidad sobre la Tierra. Pienso que ella en la humanidad como en la naturaleza, es una forma de enriquecimiento. De este modo, lo latino, aún en sus aspectos de contraste más agudo es, frente a lo anglo-sajón, uno como erigimiento de distintas virtudes, de otras modalidades de vida, pero no un destino de discordia.

Estiman algunos que el único modo de concordancia entre los pueblos sería la unificación de las costumbres, de las formas de vida económica, de los criterios sobre la verdad. Otros sentimos que cada grupo puede progresar, llegando hasta el suave

ápice de las perfecciones, dentro de su modalidad. Los que esto pensamos, al hacer la exaltación de nuestros valores étnicos no ponemos ni soberbia ni odio, hablando de fidelidad hacia nosotros mismos. Con este concepto yo he escrito sobre *latinidad*.

Expresiones numerosas del espíritu

Si creyese que no hay *los caminos* del Espíritu, sino *un camino* del Espíritu, y con el de la perfección, al comparar nuestros países de vida económica desgraciada, de acción social consular con EE.UU. y nuestras ciudades que apenas son un radio, con las vuestras, el desaliento haría caer mis brazos y se paralizaría en mí la pulsación quemante de la esperanza, de la cual se vive.

Pero siento que vosotros sois, dentro de las infinitas expresiones de lo Divino, la Voluntad y la Energía, en su más ardiente rojez. Nosotros significamos un dardo menos recto hacia la acción, una flecha, que se detiene en las colinas de la belleza y también entre los garfios de la discordia frecuente, pero sin perder el ímpetu que ha de hincarnos algún día en el éxito. En vosotros la acción es tan rápida que llega a parecer paralela del pensamiento, más que hija de él; en los latino-americanos se retarda por una como delectación del análisis y también por la lucha que el mismo análisis hace.

Tenemos con el inglés diferencia de ritmo en la creación y en la vida; mas, la lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto, a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento, o sea de actividad interna.

Esta diversidad de ritmo físico, que se hace visible entre las ciudades de los dos continentes, existe también entre las religiones de mundo sin que suponga inferioridad el latido celoso. La mahometana y la judía son activas, casi trepidantes, el budismo no es inferior a ellas por haber hincado en la meditación hasta la entraña del éxtasis.

Tenía hasta hace poco cierto desdén hacia al Oriente lánguido y lo que se asemeja al Oriente que es, en nuestros países, el indio. Se iluminó mi conciencia de verdad una tarde, viendo trabajar a un mixteco mexicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara oscura y de ojo largo, y oblicuo, con una calma

deleitosa, que era puro amor, el incrustado de unas hojas. Lo que la máquina habría acabado en un minuto, le robaba a él una hora; mas no sugería su trabajo la idea de una cosa torpe o desgraciada, que pudiera superarse. Era aquella la calma del obrero que *hace con cariño, casi con ternura*. El mismo afán que pone el artista en la elección del adjetivo, el mismo volver al trazo anterior, estaban en la mano lenta y sabia del decorador indio.

No hay inferioridad

Entonces yo comprendí que, aunque no tuviese ese hombre otra facultad elevada que aquella y desconociera el cristianismo superior o el gozo de la armonía en la música sinfónica, él estaba sentado conmigo en el mismo plano de la mente y de la emoción, y que su faena tenía los mismos quilates diamantinos de excelencia que las mejores. No importaban los otros aspectos, junto a ese acto único, *pero suficiente para la equivalencia*. Distinta su casa de la mía, su oración de la mía, su criterio cívico. ¡No importa! Él se hallaba iluminado por igual luz de revelación en el momento de crear. Yo supe allí, con certidumbre total, que no he de perder más, que éramos iguales, no por la misericordia del mandato cristiano ni por la tan falsa igualdad ciudadana, *sino por esencia*, es decir, absolutamente.

La amistad de pueblos distintos, buscada por la Unión Panamericana, sería fácil si todos nos penetrásemos, hasta el último límite de la conciencia de este concepto de *disimilitud sin inferioridad*. Será posible la única si las gentes del Norte, con ojo que traspase lo exterior ingrato y penetra la hondura noble, ven que corre como un río puro un anhelo enorme aunque confuso la justicia baja estas angustias nuestras: bajo la dura hora económica que vive nuestro Chile, el país heroicamente pobre, rico sólo de honra; bajo la larga revolución mexicana, canta en el anhelo; bajo la desinteligencia de Centro América.

Grandeza de Estados Unidos

Por nuestra parte, reconocemos en las creaciones vuestras una exaltación tal de la voluntad del hombre, que honra a la humanidad. Mirando vuestras poblaciones, sentimos *hasta dónde puede llegar el brazo humano, cuando se pone a hacer*.

Vuestras instituciones son, por lo magnificas, una visión comparable a la hora del amanecer. Walt Whitman decía que el pecho más ancho de su compañero sólo lo demostraba la capacidad del suyo, y nosotros, viendo la asombrosa vida industrial norteamericana, recogemos como una exhalación marina de fuerza que se nos volverá salud.

No únicamente influjo material os debemos: yo cuento entre los formadores de mi carácter a vuestro Emerson, fortificante como un aire de pinares a iluminador de las minas ciegas del alma humana.

Espíritu religioso de Estados Unidos

A mi paso por este gran país, una muchedumbre de impresiones ha entrado en mi espíritu confusamente. La más noble es esta: el sentido religioso de una buena parte del pueblo norteamericano y, sobre todo, la fe que mira al aspecto social, que no es sólo norma para la vida del individuo, sino que busca serlo por la vida colectiva. Desde la secta cuáquera, hasta la Iglesia católica, pasando por las otras, vuestro cristianismo penetra la vida de las masas y afronta la cuestión social, en vez de quedarse al margen de ella, con prescindencia cobarde.

Yo quiero repetir que es ésta la revelación dichosa que he recibido. Porque yo no soy una artista, lo que soy es una mujer en la que existe, viva, el ansia de fundir en mi raza, como se ha fundido dentro de mí la religiosidad con un anhelo lacerante de justicia social. Yo no tengo por mi pequeña obra literaria a que habéis aludido el interés quemante que me mueve por la suerte del pueblo. No hay en mi ansia de reivindicaciones populares aproximación a la política. No soy, por cierto, una sufragista ni cosa parecida. Hay en ello el corazón justiciero de la maestra que ha educado a los niños pobres y conocido la miseria obrera y campesina de nuestros países.

Viendo en un grupo selecto de hombres que he tratado el espíritu religioso, libre de aristocratismo individualista, y al anotar con asombro que la religión en Estados Unidos es una preocupación seria del hombre y de la multitud y no es desdeñada como factor superior por los intelectuales, he pensado que

tal vez pueda ser ella el mejor camino para hallar la concordia que buscan los panamericanistas.

Otra senda

Los caminos ya seguidos son los del intercambio económico e intelectual. No disminuye la eficacia de esos medios; creo, sin embargo que el tercero poseería más elevación.

La fe de nuestra América es la católica y la vuestra la protestante; pero ya hay signos de una aproximación de las iglesias que se haría en bien del cristianismo total, para defender más poderosamente el mundo del materialismo oprobioso de este momento.

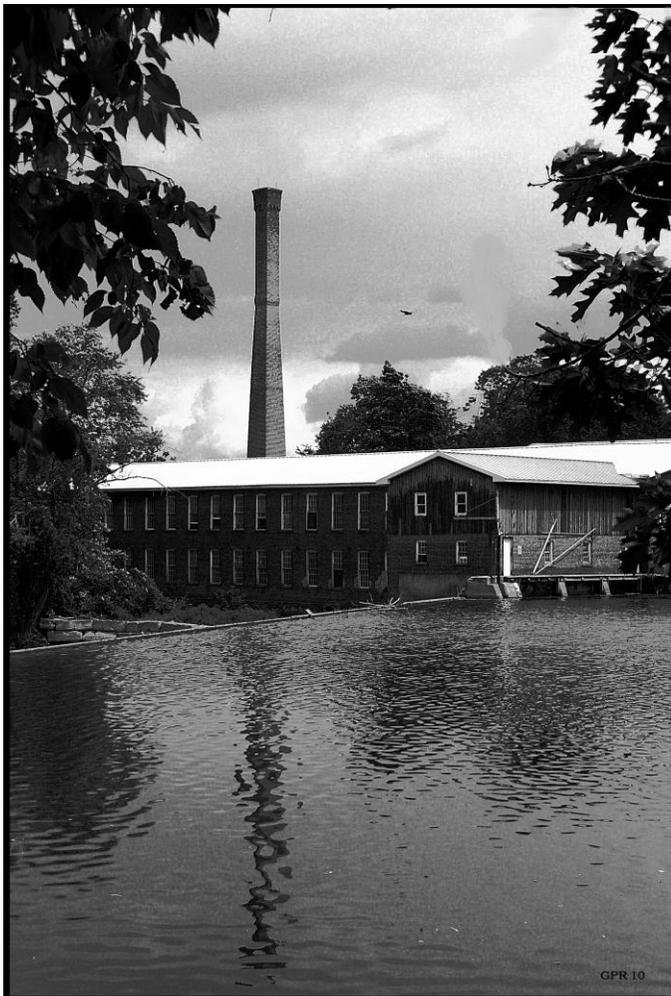
Imprimir la norma cristiana en las relaciones del Norte con el Sur; poner la conciencia por sobre los intereses: ésa sería la faena. La actividad meramente política de hoy, trascendería a un movimiento espiritual, y la cooperación de los fuertes no sería vista como dominación, sino como la vasta ayuda humana de un Estado próspero y ya cuajado hacia otros que se hacen dolorosamente.

Ven algunos la religión en nuestros pueblos como un soliloquio sublime, que puede lograrlo todo en su interior adorante y no como un dinamismo divino y poderoso. Mas, el creyente que reza en la soledad es menos maravilloso que la plebe dolorida que hacía una como aureola de carne contrita a Cristo en la orilla del lago. Vosotros tenéis la doctrina cristiana hecha civismismo.

Yo digo, pues, humildemente, este deseo, en la hora de conversación con vosotros que habéis querido concederme; el de que, si se ha superado la aproximación económica con la intelectual, se supere a esta, con un movimiento cristiano hacia nosotros. Tienen una fecundidad relativa los medios inferiores con que se busca la unión entre los hombres, o sea los intereses; solamente el Espíritu derrite los obstáculos para las grandes empresas y las transformaciones verdaderas de la Tierra. Sólo Él vuela, libre y gozoso como el albatros marino, por encima de la limitación terrestre.

Las mujeres y los educadores

Dios haga a Estados Unidos realizar, con norma cristiana, la ayuda del mundo dolorido, enfermo de injusticia y de odio, y las mujeres y los educadores sean, formando la generación que alcance el prodigio, algo así como las manos mismas de Dios.



© Gerardo Piña-Rosales

...viendo la asombrosa vida industrial norteamericana...

CÓMO EDIFICAN

Buscando comprender el espíritu norteamericano, la viajera se hace estos lotes de averiguación: ¿Cómo edifican? ¿En qué casa viven? ¿Cómo se divierten? ¿Cómo creen? ¿Cómo educan?

Naturalmente, lo primero que se impone es cómo edifican. Nueva York es más que ninguna ciudad moderna una voluntad frenética de edificación; la verdad primera que ella nos entrega desde que el barco pasa la estatua clásica es la de sus masas soberanas de comercio y de vivienda. Pasada una semana, pasado un mes, el asombro no se ha gastado. Edifican como un pueblo que no acepta ni una sola idea individualista de la vida; construyen lo mismo que legislan, lo mismo que educan y lo mismo que rezan: para el grupo, sea este grande o inmenso.

Me dolería comenzar con las Catedrales de comercio y con las pirámides de la banca; es mejor que empiece con un templo, y con el que ellos creen que será el mejor.

Barrio de la Universidad de Columbia, barrio mío, el que más camino y el que tengo que querer... Los domingos, mis amigos colombianos que me hacen una especie de guardia católica, me llevan a oír misa a la capilla francesa que está a cien pasos. Regresando, nos detiene la casa monumental de oración que se llama San Juan el Divino; nos para en seco con la masa y con la aureola musical que alcanza hasta la calle. Entramos por ambas cosas: donde suena el órgano, yo me siento golpeada por el imperativo de entrar, o más bien, los huesos se me quedan clavados gozando el viejo deleite, como los de un perro que oye hablar detrás de una puerta a su amo sobrenatural.

Este pueblo norteamericano aparece a cada minuto al que lo mira sin pestañeo como una nación de contrastes, como el campo de la lucha más rabiosa de los opuestos. Es lo que en él desconcierta más, lo que más intriga a sus averiguadores.

Buscando patrono para lo que será su mayor Catedral pudieron tomar a San Pedro fundador, símbolo del dominio; lo encontraron demasiado católico y fue eliminado; pudieron escoger a San Pablo, el segundo fundador, por la espada esgrimida y por el rayo cocido a su cabeza; o pudieron quedarse con San Mateo, que es el evangelista más anecdótico, o como dirían

ellos, más realista. No optaron por ninguno de los mentados sino por el vertiginoso San Juan del Apocalipsis...

Construida en el riñón universitario de la ciudad, sobre un suelo fabulosamente caro, los empresarios se las han arreglado para comprar nada menos que trece acres de tierra. El templo será el cuarto en extensión, después del de San Pedro de Roma, de la Mezquita de Córdoba y de la Catedral de Servilla; tiene capacidad para diez mil sillas y para cien mil fieles. El patrono de las visiones liberadas de horizonte estará contento de escuchar cien mil voces que subirán desde Nueva York en un cono de fuego pidiéndole gracia para la terrible ciudad.

La Catedral fue pensada y construida primero en estilo romano; aquello era demasiado clásico para ser soportado en medio de la ciudad cubista y los empresarios rectificaron la construcción, perdiendo materiales echados abajo y desbaratando muchos dineros. El único estilo que por algún lado, aunque sea oblicuo, puede embonar con la Nueva York de torres desatadas, es el gótico, una especie de súper-gótico que dispare sus flechas a la altura de los rascacielos. Se adoptó el gótico francés, aunque mejor pudo adoptarse el germano, dentro de esas intenciones.

Apuntemos a los constructores una decisión que es heroica en Estados Unidos. Por lealtad hacia el gótico, el templo ha sido construido en piedra, rechazándose el material unánime del país, el único en que aquí se concibe una construcción, o sea el cemento armado.

La Catedral de San Juan el Divino fue comenzada en 1916; el coro, las siete capillas ambulatorias y parte de la nave están rematadas. Los guías recuerdan a los visitantes que algunas catedrales europeas tardaron siete siglos y que la piedad de Nueva York va más de prisa. Es verdad, a causa de que el fervor se halla aquí servido por más dineros y por una decoración atendida con menos meticulosidad, además de que el original cuesta siempre más que las copias. Esta prisa irá en aumento; en diez años más saldrán de un molde de construcción las cuarenta y ocho catedrales de los cuarenta y ocho estados, de un golpe, como los foros y las demás cosas...

La idea que preside la fábrica de San Juan es digna de marcarse. Ha querido hacerse un templo de la secta episcopal con vistas a la universidad. La idea de lo universal trabaja mucho a

los Estados Unidos. Este país que esquiva a la Sociedad de las Naciones no la esquiva por cosmopolita sino porque él estima que cualquier universalismo debe tejerse en torno suyo, como la pulpa alrededor del hueso tónico.

Los constructores de San Juan el Divino saben que las religiones están más divididas en sensibilidades religiosas que en sectas; que las palabras anglicanismo o presbiterianismo o calvinismo no dicen mucho y que hay un anglicanismo inglés, uno escandinavo, uno francés, etcétera. Adulando afectuosamente las modalidades de esta región dentro de las razas, los constructores de San Juan han buscado crear un tipo de universalidad que acepta los localismos, los considera y los sirve en sus achaques de diferencia. La fidelidad en la interpretación de los ambientes nacionales deja bastante que desear y a veces no sabríamos sin la explicación del guía si esta célula de plegaria es escandinava y es inglesa la de unos pasos más allá. En todo caso se ha hecho lo posible por diversificar y por expresar la diversidad. La intención está bien, está muy bien. Cuando los Estados Unidos políticos entiendan como los Estados Unidos constructores los derechos imperativos de la sensibilidad, acaten sus derechos muchas cosas descompuestas, arreglaremos con ellos los extraños.

La nave central tiene doscientos metros de largo y cincuenta de ancho. Remata ella con un altar mayor de blancos unánimes, suavemente severo, que no me estorba la oración con ninguno de esos horrendos barrocos dorados que a algunos fieles nos pesan en el alma y nos queman en los párpados...

Los caminos entre las filas de bancas equivalen a la vía pública de Nueva York. Los arcos de la bóveda muestran esbeltez y aun ligereza; el mayor, llamado de los Niños, se hizo con puras limosnas infantiles y esta ocurrencia es conmovedora. (Era tierno San Juan, a pesar de las catapultas de sus imágenes, y el lector que se lo sabe se acuerda de su cariño senil por la tórtola o perdiz familiar que le seguía a todas artes).

El pavimento de la gran nave ha sido pagado solamente por los peregrinos, un don de caminantes, un regalo nutrido de "peatones". Lo forman mármoles de colores que han venido de todas partes: mármoles negros de Bélgica, mármoles amarillos de Italia, mármoles rojos de Numidia. En un punto central del pavimento ha sido incrustado como pieza mágica un trozo

de piedra de la iglesia de San Juan levantada por Justiniano en Efeso, y que es regalo del obispo Kinsman. A falta de reliquias del cuerpo santo, bueno es que este trozo de piedra griega ofrezca una sugestión de presencia suya a los fieles.

Pienso yo en la penuria millonaria de los templos yanquis. Movilizarán obispos y pastores la piedra suntuaria de todo el mundo para construir en Nueva York, ¿pero qué harán a la postre sin reliquias y sin cuadros máximos? Difícil es que las iglesias católicas norteamericanas puedan comprarle nunca a la pobrecita iglesia de Ávila un manto casero de Sana Teresa, por ejemplo, y es más difícil el que la catedral que cuento reciba nunca el San Juan pasmoso de la copa con la serpiente, del Greco.

El oficio se desarrolla en el altar mayor, el rito episcopal tan parecido al católico que por un momento, aliado al gótico francés y a la música de volutas cálidas, me da la ilusión de que estoy en un templo mío de Francia o de Italia. Pero la mirada que me compone o me echa a perder todas las cosas, se me fija enseguida en el sacerdote y el engaño bonito se me pulveriza. El sacerdote blanco, vuelto de espaldas, mueve misales y otras cosas con cierta brusquedad, sube y baja los escalones con pasos demasiado rápidos... Yo me acuerdo y entiendo. Viene de un día y una semana laica y algo más que laica; es oficinista o comerciante y a causa de ello no puede con las lentitudes de nuestra liturgia, con las morosidades de nuestro rito católico.

El órgano sigue sonando, la bella máquina de seis mil tubos, contenta de derramarse en este ábside sensible y en esta nave desatada. Agradezco la misericordia de la manufactura mística, berlinesa o turinesa que ha enrollado esa tubería infinita; agradezco a la gente de Walt Whitman la adquisición soberana de la trompetería magnífica que ocupa cuarenta metros de muro en la doble avenida musical del presbiterio.

Una lápida de bronce hacia un lado de la nave me hacer leer, en vez de los Salmos o los Proverbios que yo me esperé, unos artículos de la Declaración de la Independencia... ¿Por qué aquí, qué tienen que hacer ellos aquí? En el Congreso bien se están y también en las escuelas públicas, pero en la Catedral de San Juan el Divino... El folleto explicativo me contesta la interjección: "Este es un recinto tanto cívico como religioso; este es una catedral civil de Estados Unidos".

¡El olvido redondo del Evangelio! Jesucristo dice con un desdén absolutamente divino lo del Dad al César lo que es del César; Él no tiende ningún puente ni aun de cuerda, entre el Estado y su misión; Él no enfrentará lo civil sino cuando esté delante de Pilatos y la enfrentadura es de tal índole que quien la vea en los cuadros famosos y mejor dentro de su alma, tajará siempre, con tajo de hacha, estatismo y jesucristianismo. Bien estimamos a Washington el justo y más todavía a Lincoln el audaz; pero su negocio gubernamental no tiene nada que hacer con una casa de San Juan el Divino. La confusión de los órdenes material y místico, el acoplamiento monstruoso de las hablas secretas de la religión con los textos oficiales me irritará durante un año y día por día y me reventará los ojos sin remedio.

La lápida de los artículos constitucionales me desabotona una cantidad de recuerdos: son las iglesias que predicán al candidato seco contra el húmedo; son las otras que en el campo predicán los buenos negocios agrícolas y dan en el sermón cifras de las cosechas.

La Catedral se acabará en cinco años más y su clientela se acrecentará junto con el acabamiento de la bella fábrica religiosa. Ella representa al cabo varios récords, una serie de récords: récord de la extensión, récord de las nacionalidades, récord del órgano. La única codicia que me levanta esta piedra épica y ambiciosa es la del órgano. Yo lo quisiera en Avignon, para mi misa de los domingos, o en la Vicuña de Chile, para la misa de mis gentes. Pero para tener el vocero de seis mil tráqueas se necesita contar con un espacio de dos cuerdas cuadradas, y para que él suene con todos sus planos de ecos, es preciso también que existan los muros reiterados de piedra, y para que ambas cosas sean una, es preciso todavía contar con una caja fuerte de dólares.

Me acuerdo de mi querido Maeztu, tan maltratado por la excitación que ha enderezado a la raza española para que sea rica. No tiene razón su doctrina en España, donde la riqueza gobierna su lote propio de bancos y comercio y deja en paz a las costumbres y a los valores morales. Pero aquí, en la América Septentrional y un poco en la nuestra también, que se americaniza a grandes zancadas, la riqueza es la vía romana hacia cualquier conquista, sea ella de ciencia sea de... Evangelio.

Antes de dejar la Catedral, echo a las naves enormes una mirada de totalidad y me despido del San Juan en piedra diciéndole que vuelvo a mirarle otro domingo. Llego a mi cuarto de Columbia; ando una hora por los corredores y sigo sintiendo encima el gigantismo de la Catedral y el espacio pequeño que tengo me duele como la estrechez del corazón o de la garganta. Me siento entonces a castigarme esta sensualidad de la extensión que me ha cogido un momento. Mi castigo será acordarme lentamente de la capilla más pequeña que yo he visto en mi vida: la Porciúncula de San Francisco, encajada en la iglesia de Santa María de los Ángeles en Asís. Me pongo a escribirle a San Juan, después de la disciplina padecida con tal memoria, una página menuda de alabanza que se parezca en la brevedad angustiosa a aquella de nuez y que también se le parezca en el fervor apretado. La complacencia de espacio se me va bajando, se me va deshaciendo a lo largo de tres horas...



© Gerardo Piña-Rosales

San Juan el Divino.



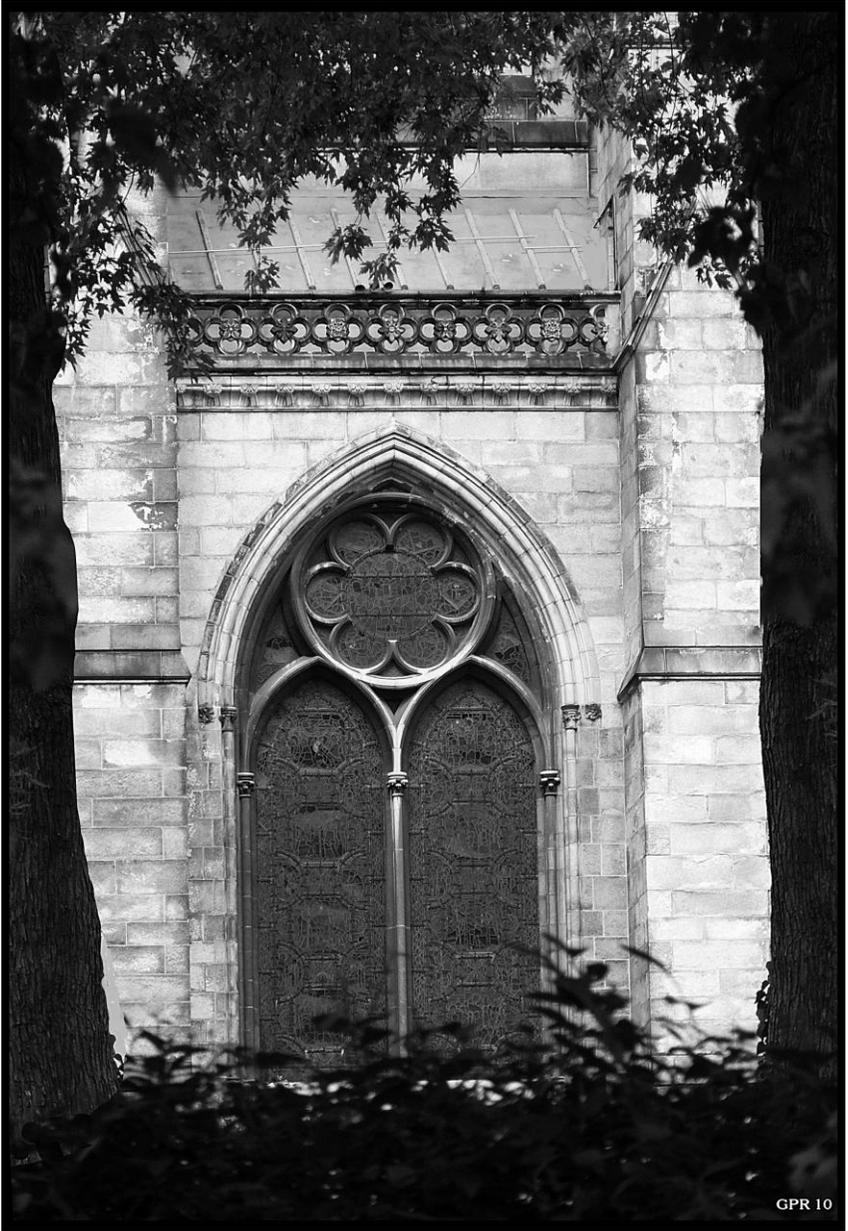
© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

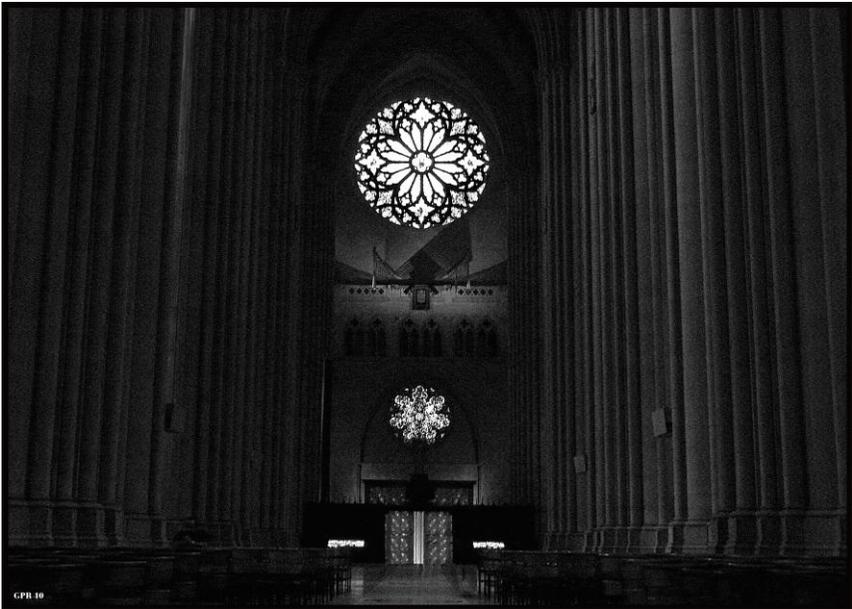


GPR 10

© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



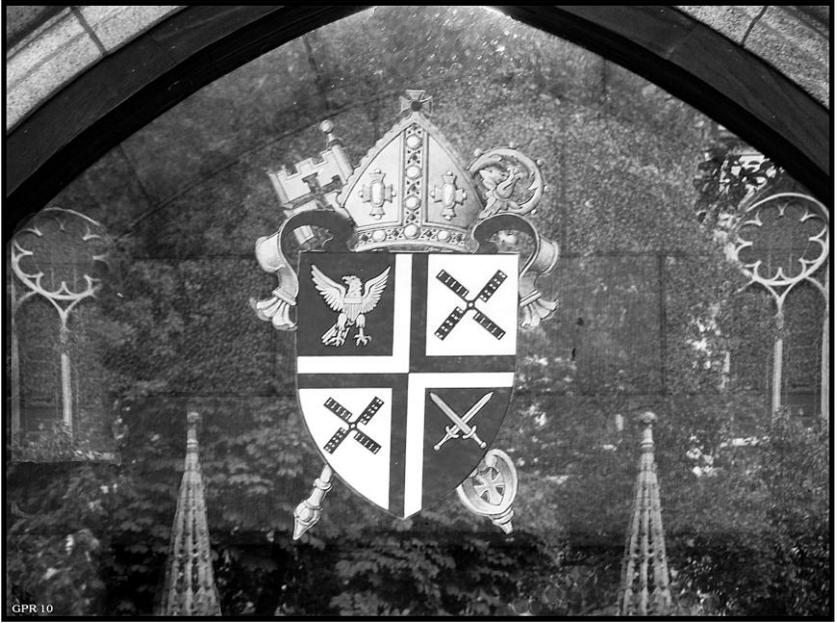
© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



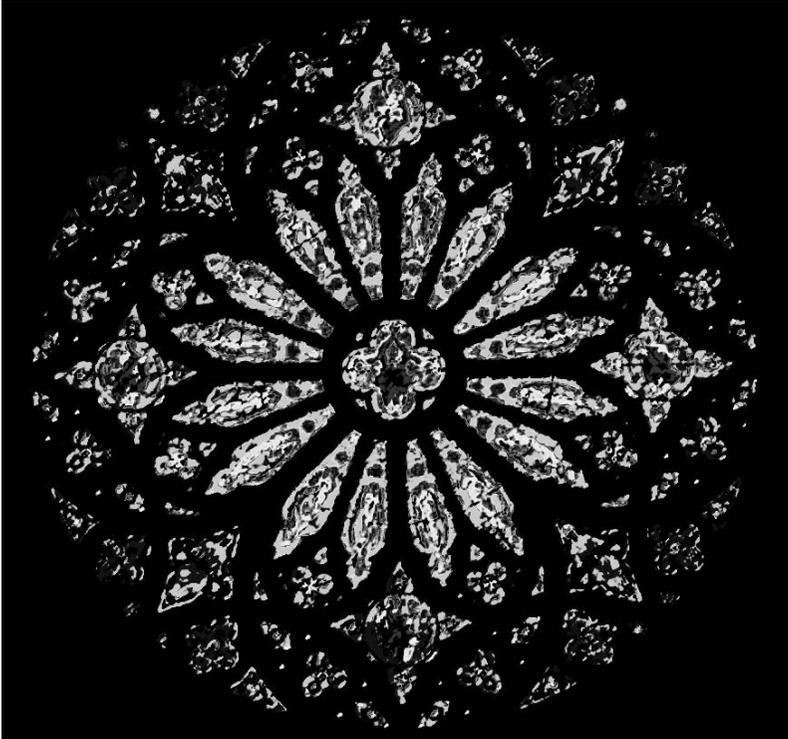
© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales



© Gerardo Piña-Rosales

**LA RECEPCIÓN DE LA OBRA MISTRALIANA
EN LOS ESTADOS UNIDOS
(BIBLIOGRAFÍA SELECTA)**

Gerardo Piña-Rosales

*The City University of New York &
Academia Norteamericana de la Lengua Española*

**LIBROS SOBRE GABRIELA MISTRAL PUBLICADOS
EN LOS ESTADOS UNIDOS**

Mañach, Jorge (1936): *Gabriela Mistral: vida y obra, bibliografía, antología*. New York : Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

Rosenbaum, Sidonia Carmen (1945): *Modern Women Poets of Spanish America: The Precursors, Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou*. New York: Hispanic Institute in the United States,

Jane Bates, Margaret (1946): *Gabriela Mistral*. [s.n.]: Washig ton D.C.

Echeverría, Uribe (1958): *Gabriela Mistral*. Pan American Union, Washington D.C.

Aldington, Richard (1960): *Introduction to Mistral*. Carbondale, IL: Southern Illinois University Press.

Preston, Mary Charles Ann (1964): *A Study of Significant Variants in the Poetry of Gabriela Mistral*. Washington, D.C.: Catholic University of America.

Vázquez, Margot Arce de (1964): *Gabriela Mistral: The Poet and Her Work*. Traducción de Helene Masslo Anderson. New York: New York University Press.

Taylor, Martin C. (1968): *Gabriela Mistral's Religious Sensibility*. Berkeley: University of California Press.

Caimano, Rose A. (1969): *Mysticism in Gabriela Mistral*. New York: Pageant Press International Corp.

Dorn, Georgette M. (1971): *Gabriela Mistral Reading Her Own Poetry*. Washington: Library of Congress.

Castleman, William J. (1982): *Beauty and the Mission of the Teacher: the Life of Gabriela Mistral of Chile, Teacher, Poetess, Friend of the Helpless, Nobel Laureate*. Smithtown, New York: Exposition Press.

Jiménez, Onilda A. (1982): *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral*. Miami, Florida: Ediciones Universal.

Stiefel Ayala, Marta, ed. (1991): *Homage/Homenaje, Agustini, Ibarbourou, Mistral, Storni: proceedings/memorias*. Calexico, California: San Diego State University.

Welden, Alicia (1992): *Gabriela Mistral: the Christian Matriarch of Latin America*. Austin: University of Texas.

Horan, Elizabeth (1994): *Gabriela Mistral: An Artist and Her People*. Organization of American States: Washington, D.C.

Marchant, Elizabeth A. (1999): *Critical Acts: Latin American Women and Cultural Criticism*. Gainesville: University Press of Florida. Se estudian las obras de Lucia Pereira, Victoria Ocampo y Gabriela Mistral.

Flor Ada, Alma, Isabel Campoy, Rosario Valderrama y Francisco González, eds. (2000): *Smiles: Pablo Picasso, Gabriela Mistral, Benito Juárez*. Miami: Alfaguara/Santillana. Para jóvenes, con ilustraciones.

Fiol-Matta, Licia (2002): *A Queer Mother for the Nation. The State and Gabriela Mistral*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Agosín, Marjorie, ed. (2003): *Gabriela Mistral: the audacious traveler*. Athens: Ohio University Press.

Horan, Elizabeth y Doris Meyer, eds. y trad. (2003): *This America of Ours: The Letters of Gabriela Mistral and Silvina Ocampo*. Austin: University of Texas Press.

ARTÍCULOS Y RESEÑAS

Hispania

Mistral, Gabriela (1922): “México y Estados Unidos”. *Hispania*, Vol. 5, N.º, pp. 301-303. Reseña.

Alarcón, Abel (1923): “*Desolación*, Poemas by Gabriela Mistral”. *Hispania*, Vol. 6, N.º 3, pp. 202-203. Reseña.

Torres-Ríoaseco Arturo (1946): “Gabriela Mistral, Nobel Prize-Winner, at Home”, *Hispania*, Vol. 29, N.º 1, pp. 72-73. Nota.

Grattan Doyle, Henry (1946): “Gabriela Mistral: Nobel Prize-Winner”, *Hispania*, Vol. 29, N.º 1, p. 69. Nota.

Sedgwick, Ruth (1952): “Gabriela Mistral's Elqui Valley”, *Hispania*, Vol. 35, N.º 3, pp. 310-314.

Dinamarca, Salvador (1958): “Gabriela Mistral y su Obra Poética”, *Hispania*, Vol. 41, N.º 1, pp. 48-50.

González, Manuel Pedro (1958): “Profile of a Great Woman”, *Hispania*, Vol. 41, N.º 4 pp. 427-430.

Callan, Richard J. (1965): “*Gabriela Mistral como la conocí yo y cinco poemas* by Pedro Juan Labarthe”, *Hispania*, Vol. N.º, No. 1 p. 186. Reseña.

Mora, Gabriela (1986): “*Woman as Myth and Metaphor in Latin American Literature* by Carmelo Virgilio”, *Hispania*, Vol. 69, N.º 4, pp. 886-887. Reseña.

Smith Kim, L. (1991): “*El último viaje de Gabriela Mistral de S. Daydí Tolson*”, *Hispania*, Vol. 74, N.º 3, pp. 681-682. Reseña.

Huerta, Teresa (2004): “Emociones proscritas en la prosa de Gabriela Mistral: La subversión del discurso militarista”, *Hispania*, Vol. 87, N.º 1, pp. 32-41.

Revista Hispánica Moderna

Gabriela, Mistral (1937): “Mensaje a los estudiantes de español. La oración de la maestra. El ruego. Caperucita roja. El niño solo. El pensador de Rodín. Ruth. La lengua de Martí”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 3, N.º 2, pp. 22-27.

Mañach, Jorge (1937): “Gabriela: Alma y tierra”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 3, N.º 2, pp. 106-110.

Saavedra Molina, Julio (1937): “Gabriela Mistral: Vida y obra”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 3, N.º 3, pp. 110-135.

Rosenbaum, Sidonia C. (1937): “Gabriela Mistral: Bibliografía”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 3, N.º 2, pp. 135-140.

Mistral, Gabriela (1937): “Poesías inéditas de Gabriela Mistral”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 3, N.º 2, pp. 154-157.

Babín, María Teresa (1941): “*Bibliografía crítica sobre Gabriela Mistral*, de Norberto Pinilla”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 7, N.º 1/2, p. 97.

Zardoya, Concha (1956): “*Desolación* by Gabriela Mistral” *Revista Hispánica Moderna*, Año 22, N.º 2, pp. 137-138.

Gazarian, Marie-Lise (1960): “*Epistolario. Cartas a Eugenio Labarca (1915-16)* by Gabriela Mistral”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 26, N.º 3/4 p. 154-155.

Gazarian, Marie-Lise (1966): “Gabriela Mistral como educadora”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 34, N.º 3/4. Homenaje a Federico de Onís.

Ryan-Kobler, Maryalice (1997): “Beyond the Mother Icon: Re-reading the Poetry of Gabriela Mistral”, *Revista Hispánica Moderna*, Año 50, N.º 2, pp. 327-334.

Revista Iberoamericana

Monterde, Francisco (1957): “Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 44, pp. 333-338.

Hamilton, Carlos (1958): “Gabriela en Hispanoamérica”, *Revista Iberoamericana*, N.º 45, pp. 82-91.

Loveluck, Juan (1970): “Cartas de Gabriela Mistral a Amado Nervo”, *Revista Iberoamericana*, N.º 36, pp. 495-508.

Villegas, Juan (1976): “La aventura mítica en ‘La flor del aire’ de Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 42, pp. 217-32.

Goić, Cedomil (1982): “‘Cima’ de Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 48, pp. 59-72.

Koch, Dolores (1985): “Delmira, Alfonsina, Juana y Gabriela”, *Revista Iberoamericana*, N.º 51, pp. 723-729.

Jiménez, Onilda A. (ed.) (1987): “Dos cartas inéditas de Gabriela Mistral a Lydia Cabrera”. *Revista Iberoamericana*, N.º 53, pp. 1001-1011.

Neghme Echeverría, Lidia (1990): “El indigenismo en *Poema de Chile* de Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 56, pp. 553-561.

Rojo, Grínor (1994): “¿Qué no sé del amor ...? ’: Para una nueva lectura de *Los sonetos de la muerte*, de Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 60, pp. 673-84.

Valdés, Adriana (1994): “Identidades tráfugas: Lectura de *Tala*”, *Revista Iberoamericana*, N.º 60, pp. 685-690.

Zemborain, Lila (2000): “Las resonancias de un nombre: Gabriela Mistral”, *Revista Iberoamericana*, N.º 66, pp. 147-161.

Revista de Estudios Hispánicos

Sánchez-Castañer, Francisco (1968): “Leyendo a Gabriela Mistral”, *Revista de Estudios Hispánicos*, N.º 2, pp. 3-34.

Lima, Robert (1984): “Cumbres poéticas del erotismo femenino en Hispanoamérica”, *Revista de Estudios Hispánicos*, N.º 18-1, pp. 41-59.

Álvarez Borland, Isabel (1984): “V́ctor Hugo, Gabriela Mistral, y l’inter textualité”, *Revista de Estudios Hispánicos*, N.º 18-3, pp. 371-380.

Arrigoitia, Luis de (1985): “Federico de Onís y Gabriela Mistral: Relación literaria y amistad de por vida” *Revista de Estudios Hispánicos*, N.º 18-4, pp. 31-50.

Nanfíto, Jacqueline C. (1999): “Gabriela Mistral's Prose: The Poetic Mapping of Cultural Identities and Feminine Subjectivities”, *Revista de Estudios Hispánicos*, N.º 26 (1), pp. 115-25.

Hispanic Review

Clavería, Carlos (1947): “*Biografía de Gabriela Mistral*, de Norberto Pinilla”, *Hispanic Review*, Vol. 15, N.º 3, pp. 400-402.

Silva Castro, Raúl (1965): “Notas sobre los *Sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral”, *Hispanic Review*, Vol. 33, N.º 1, pp. 57-62.

Moraglia, Gabriela (1992): “El último viaje de Gabriela Mistral, de Santiago Daydí-Tolson”, *Hispanic Review*, Vol. 60 N.º 2, p. 252.

Hart, Stephen M. (2000): “*Re-leer hoy a Gabriela Mistral. Mujer, historia y sociedad en America Latina*”, ed. de Gaston Lillo, J. Guillermo Renart y Nain Nomez, *Hispanic Review*, Vol. 68, N.º 4, p. 484.

Journal of Spanish Philology

Agosín, Marjorie (1996): “Gabriela Mistral and the *Poema de Chile*”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 9-18.

Flasche, Hans (1996): “Linguistic Analysis of Gabriela Mistral's Poetry”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 19-47.

Horan, Elizabeth (1996): “Subversive Sanctity: Dismantling the Hagiographic Vita of Gabriela Mistral”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 49-87.

Kunheim, Jill S. (1996): “Rompiendo fronteras: La imagen del mar en cinco poemas de Gabriela Mistral”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 89-102.

López, Yvette (1996): “Gabriela Mistral: Voices Within the Voice”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 103-119.

McCallister, Rick (1996): “Gabriela Mistral: The Poetics of Power”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 121-130.

Mielly, Michelle (1996): “*Desolación* de Gabriela Mistral: Nadería, extrañeza, diferencia”, *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 131-139.

Mora, Gabriela (1996): "The Political Prose of Gabriela Mistral", *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 141-152.

Ostria González, Mauricio (1996): "Gabriela Mistral and César Vallejo: Latin American Identity as Discontinuity", *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 153-164.

Riquelme, Sonia (1996): "Gabriela Mistral: Poética del exilio y la utopía", *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 165-176.

Trevizán, Liliana (1996): "Unraveling the Myth of Maternity", *Journal of Hispanic Philology*, N.º 21, pp. 177-194.

The Americas

Bates, Margaret J. (1946): "Gabriela Mistral", *The Americas*, Vol. 3, N.º 2, pp. 168-189.

Macedonio Espinosa, Aurelio (1951): "Gabriela Mistral", *The Americas*, Vol. 8, N.º 1, pp. 3-40.

Bates, Margaret (1957): "Apropos an Article on Gabriela Mistral", *The Americas*, Vol. 14, N.º 2, pp. 145-151.

Bates, Margaret (1961): "Gabriela Mistral's *Poema de Chile*", *The Americas*, Vol. 17, N.º 3, pp. 261-276.

Agosín, Marjorie (1995): "Gabriela's circles of life", *The Americas*, Vol. 47, N.º 6, p. 64.

Mujica, Barbara (2003): "Poetic Enigmas and Intrigue", *The Americas*, Vol. 55 N.º 2, pp. 60-64.

Montesinos, Elisa (2008): "Rediscovering Gabriela Mistral" *The Americas*, Vol. 60, N.º 1, pp. 38-45.

Otros artículos y capítulos en libros.

“Gabriela Mistral” (1945): en *Modern Women Poets of Spanish America*, Hispanic Institute in the United States, pp. 171–203.

Adams, Mildred (1945): “Gabriela Mistral”, *Nation*, Vol. 161, N.º 26, pp. 739-740.

Clavería, Carlos (1946): “*El americanismo de Gabriela Mistral*”, *Bulletin of Spanish Studies*, N.º 23, pp. 116-127.

Bara, Walter (1947): “*Gabriela Mistral, 'Woman Divine'*”. *New Mexico Quarterly Review*, N.º 17, pp. 221-227.

Frank, Waldo (1957): “Gabriela Mistral”, *Nation*, Vol. 184, N.º 4, p. 84.

Furness, Edna Lue (1957): “Gabriela Mistral: Professor, Poet, Philosopher, and Philanthropist”, *Arizona Quarterly*, N.º 13 pp. 118-123.

Figueira, Gastón (1970): “Páginas desconocidas u olvidadas de Gabriela Mistral”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, N.º 20, Washington, pp. 139-56.

Figueira, Gastón (1975): “Las relaciones literarias y amistosas entre Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou”, *Revista Interamericana de Bibliografía*, N.º 25, pp. 13-23.

Horan, Elizabeth Rosa (1977): “Matrilineage, Matrilanguage: Gabriela Mistral’s Intimate Audience”, en *Twentieth Century Spanish American Literature to 1960*, ed. de David William Foster y Daniel Altamiranda, New York: Garland, pp. 85-95.

Rubio, Margaret (1977): “The Spanish Tragedy of Gabriela Mistral”, *Romance Notes*, N.º 18, pp. 38-48.

Fraser, Howard (1978): “Gabriela Mistral’s “Sonnets to Ruth”: the consolation of passion”, *Studies in Twentieth Century Literature*, N.º 3, pp. 5-21.

Alegría, Fernando (1982): "Aporte de la mujer al nuevo lenguaje poético de Latinoamérica", *Revista Interamericana*, N.º 12.1, pp. 27-35.

Alegría, Fernando (1983): "Notes Toward a Definition of Gabriela Mistral's Ideology", en *Women in Hispanic Literature: Icons and Fallen Idols*, ed. & introd. de Beth Miller, Berkeley: University of California Press, pp. 215-226.

Rojas, Gonzalo (1982): "Relectura de la Mistral", *Inti: Revista de Literatura Hispánica*, N.º 15, pp. 45-53.

Mandlove, Nancy B. (1982): "Gabriela Mistral: The Narrative Sonnet", *Revista/Review Interamericana*, N.º 12.1, pp. 110-114.

Gazarian Gautier, Marie-Lise (1989): "Gabriela Mistral Remembered", *Review: Latin American Literature and Arts*, N.º 41, pp. 22-25.

Goić, Cedomil (1989): "Gabriela Mistral (1889-1957)", en *Latin American Writers*, Vol. II, ed. de Carlos A. Solé y María Isabel Abreu, New York: Charles Scribner's Sons, pp. 677-691.

De Beer, Gabriella (1990): "Pedagogía y feminismo en una olvidada obra de Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres*", *Monographic Review/Revista Monográfica*, N.º 6, pp. 211-220.

Molloy, Sylvia (1991): "Female Textual Identities: The Strategies of Self-Figuration" en *Women's Writing in Latin America: An Anthology*, ed. de Sara Castro-Klarén, Sylvia Molloy y Beatriz Sarlo, Boulder, Co.: Westview Press, pp. 107-124.

Welden, Alicia G. (1992): "Gabriela Mistral: The Christian Matriarch of Latin America", *Nahuatl to Rayuela*, ed. e introd. de Dave Oliphant, Austin, TX: Harry Ransom Humanities Research Center, University of Texas, Austin, pp. 23-33.

Dewberry, Nita (1993): "Sleep images in Gabriela Mistral's "Canciones de Cuna"" , *College Language Association Journal*, N.º 37 (1), pp. 94-103.

Karminsky, Amy (1993): "Essay, Gender, and Mestizaje: Victoria Ocampo and Gabriela Mistral" en *The Politics of the Essay: Feminist Perspectives*, ed. de Ruth Joeres, Ellen Boetcher y Elizabeth Mittman, Bloomington: Indiana UP, pp. 113-130.

Maier, Linda S. (1993): "The Crepuscular Landscape Motif in Two Poems by Gabriela Mistral", *Hispanófila*, N.º 109, pp. 49-56.

Dewberry, Nita M. (1993): "Canciones de Cuna: *Desolación*, 1951", *CLA Journal*, Vol. 37, N.º 1, pp. 94-104.

Horan, Elizabeth Rosa (1994): "Mistral, Gabriela", en *Latin American Writers on Gay and Lesbian Themes: A Bio-Critical Sourcebook*, ed. de David William Foster, Westport, Conn.: Greenwood Press, pp. 221-235.

Daydí-Tolson, Santiago (1994): "Manifestaciones de la locura femenina en la poesía de Gabriela Mistral", *Actas Irvine-92*, Asociación Internacional de Hispanistas, ed. de Juan Villegas, Irvine: Univ. of California, pp. 181-187.

Fiol Mata, Licia (1995): "The 'School Teacher of America': Gender, Sexuality, and Nation in Gabriela Mistral", en *¿Entiendes? Queer Readings, Hispanic Writings*, ed. de Emile L. Bergman y Paul Julian Smith, Durham, NC: Duke University Press, pp. 201-229.

Horan, Elizabeth (1995): "Gabriela Mistral: Language Is the Only Homeland", *A Dream of Light and Shadow: Portraits of Latin American Women Writers*, ed. de Marjorie Agosín, Albuquerque: University of New Mexico Press, pp. 119-42.

Horan, Elizabeth Rosa y Ana María Brenes García (1996-1997): "Las canciones de cuna de Gabriela Mistral y Federico

García Lorca: Tradición literaria e historia cultural”, *Letras Peninsulares*, N.º 9 (2-3), pp. 219-37.

Romero-Downing, Gloria (1996): “Una edición de Poemas de las madres de Gabriela Mistral ante la censura franquista”, *Hispanic Journal*, N.º 17 (1), pp. 47-53.

Ahumada, Alfredo (1996): “La lectura de José Martí por Gabriela Mistral”, *Círculo*, N.º 25, pp. 226-230.

Horan, Elizabeth Rosa (1996): “Sor Juana and Gabriela Mistral: Locations and Locutions of the Saintly Woman”, *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana*, N.º 25 (2), pp. 89-103.

Meyer, Doris (1996): “The Correspondence of Gabriela Mistral and Victoria Ocampo: Reflections on American Identity”, *Journal of the Institute of Romance Studies*, N.º 4, pp. 269-279.

Marchant, Elizabeth (1999): “The Professional Outsider: Gabriela Mistral on Motherhood and Nation”, *Latin American Literary Review*, N.º 27 (53), pp. 49-63.

Marchant, Elizabeth A. (1999): “Nation and Motherhood in Gabriela Mistral” en *Critical Acts: Latin American Women and Cultural Criticism*. Gainesville: University of Florida Press, pp. 80-106.

Bruzelius, Margaret (1999): “Mother’s pain, mother’s voice: Gabriela Mistral, Julia Kristeva and the Mater Dolorosa”, *Tulsa Studies in Women’s Literature*, Vol. 18, N.º 2, pp. 215-233.

Fiol-Matta, Licia (2000): “‘Race Woman’: Reproducing the Nation in Gabriela Mistral”, *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, Vol. 6, N.º 4, pp. 491-527.

Horan, Elizabeth Rosa (2000): “Alternative Identities of Gabriel(a) Mistral 1906-1920” en *Reading and Writing the Ambiente: Queer Sexualities in Latino, Latin American, and Spanish Culture*, ed. de Susana Chávez Silverman,

Hernández, Librada Hernández e introducción de Robert Richmond Ellis, Madison, WI: University of Wisconsin Press, pp. 147-177.

Agosín, Marjorie (2000): "Parting Words: Gabriela Mistral", *MultiCultural Review*, N.º 9 (2), pp. 111-112.

Lannom, Gloria W. (2002): "Voices of Chile: Gabriela Mistral and Isabel Allende", *Faces*, Vol. 19, N.º 4, p. 44.

Gies, Martha (2003): "Selected Prose and Prose-Poems" by Gabriela Mistral translated by Stephen Tapscott and "A Queer Mother for the Nation" by Licia Fiol-Matta, *The Women's Review of Books*, Vol. 20, N.º 8, p. 14.

Morales Benítez, Otto (2003): "Prosa y poesía de Gabriela Mistral en Colombia", *Alba de América: Revista Literaria*, N.º 22 (41-42), pp. 173-94.

Peña, Karen (2005): "Violence and Difference in Gabriela Mistral's Short Stories (1904-1911)", *Latin American Research Review*, Vol. 40, N.º 3, pp. 68-96.

Miller, Nicola (2005): "Recasting the Role of the Intellectual: Chilean Poet Gabriela Mistral", *Feminist Review*, N.º 79, pp. 134-149.

Peña, Karen (2007): "Hecate's Delightful Revenge or Gabriela Mistral's 'Sonetos-lésbicos': Refashioning Amorous Discourse in *Los sonetos de la muerte* (1914)", *Delaware Review of Latin American Studies*, N.º 8 (1).

Lomas, Laura (2008): "Redefining the American Revolutionary: Gabriela Mistral on José Martí", *Comparative American Studies*, Vol. 6, N.º 3, pp. 241-264.

The New York Times

“Chilean Poet Honored”, *The New York Times*, 5 de octubre, 1950, p. 13.

“Gabriela Mistral, Poet, Is Dead; Won Nobel Prize for Literature”, *The New York Times*, 11 de enero, 1957, p. 21.

Rohter Larry, “‘Mother of the Nation,’ Poet and Lesbian?; *Gabriela Mistral* of Chile Re-Examined”, *The New York Times*, 4 de junio, 2003, p. E1.

Traducciones al inglés

Hughes, Langston (1957): *Selected poems by Gabriela Mistral*, s.l. : Indiana University Press.

Dana, Doris (1961): *Selected poems of Gabriela Mistral*, Baltimore: The John Hopkins Press.

—. (1972): *Crickets and frogs; a fable, by Gabriela Mistral.*

Grillos y ranas; una fábula, New York, Atheneum.

—. (1974): *The elephant and his secret= El elefante y su secreto.* Based on a fable by Gabriela Mistral, New York: Atheneum.

Giachetti, Maria (1997): *A Gabriela Mistral Reader*, Fredonia, New York: White Pine Press.

Tapscott, Stephen (2002): *Selected Prose and Prose-Poems* (edición bilingüe), Austin, TX: University of Texas Press.

Le Guin, Ursula K. (2003): *A Glorious Wind: Selected Poems of Gabriela Mistral*, Albuquerque, NM: University of New Mexico Press.

Couch, Randall (2008): *Madwomen: the “Locas mujeres” poems of Gabriela Mistral* (edición bilingüe), Chicago, IL: University of Chicago.

Tesis doctorales

Binnion, Irene (1951): *Lucila Godoy Alcayaga Gabriela Mistral, together with a collection of her poems translated into English.*

Texas A & M University

McCleaar, M Agnella (1952): *A Study of Feminism in the Poetry of Gabriela Mistral.*

University of Notre Dame, Indiana

Baker, Mary Frances (1963): *Gabriela Mistral and The Standards of American Criticism.*

The University of New Mexico

Taylor, Martin Charles (1964): *Religious Sensibility in the Life and Poetry of Gabriela Mistral.*

University of California, Los Angeles

Preston, Mary Charles Ann (1964): *A Study of Significant Variants in the Poetry of Gabriela Mistral.*

The Catholic University of America

Gazarian, Marie-Lise (1967): *The Prose of Gabriela Mistral: an Expression of her Life and Personality.*

Columbia University

Craig, M. Barbara (1969): *Examen de la teoría poética de Carlos Bousoño con una aplicación a la poesía de Gabriela Mistral.*

Georgetown University

Jiménez, Onilda Angélica (1979): *La crítica literaria en la obra de Gabriela Mistral*

New York University

Leonard, Dora G. (1981): *La prosa creadora de Gabriela Mistral.*

University of South Carolina

Zepeda, Aurea Leticia Alonso (1987): *México en la obra de Gabriela Mistral*.

University of Colorado at Boulder

Ibacache, María Luisa (1988): *Gabriela Mistral and Alfonso Reyes as Seen in Their Personal Correspondence: a More than Literary and Absence-proof Friendship*

Ann Arbor, Michigan

Horan, Elizabeth Rosa (1988): *Gabriela Mistral and Emily Dickinson: Readers, Audience, Community*.

University of California, Santa Cruz

Vailakis Gordon, Ivonne Carrera (1990): *La feminidad como máscara: Una actualización de Gabriela Mistral*.

University of California, Irvine

Valdés Gajardo, Enrique (1992): *La prosa de Gabriela Mistral: cultura, época y estilo literario*.

University of Illinois at Urbana-Champaign

Riordan, Minette (1995): *Visionary Imaginations: The Crisis of Modernity in Three Chilean Long Poems*.

Stanford University

Zemborain, Lila M. (1997): *Modalities of Representation of the Lyrical Subject in the Poetry of Gabriela Mistral*.

New York University

Falabella, Soledad María (2001): "¿Qué será de Chile en el cielo?": "Poema de Chile" de Gabriela Mistral.

University of California, Berkeley

Oyarzún, Magdalenav (2003): *Hispanoamérica: una convergencia en la poética de Mistral y Neruda*.

Monash University.

Johnson, Alissa Ann (2005): *Chile's poem : a Translation and Critical Introduction of Poema de Chile by Gabriela Mistral*.

Arizona State University

Silveri, Robert P. (2006): *Todos los rostros de Gabriela: recepción crítica de Gabriela Mistral entre los años 1933-2005*.

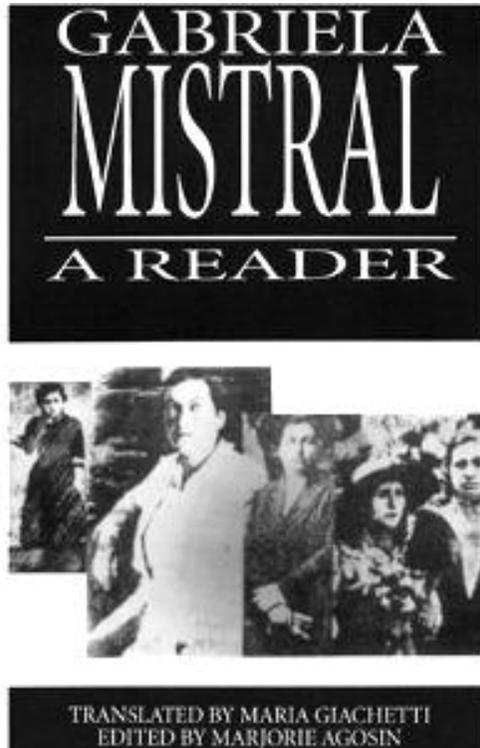
University of Massachusetts

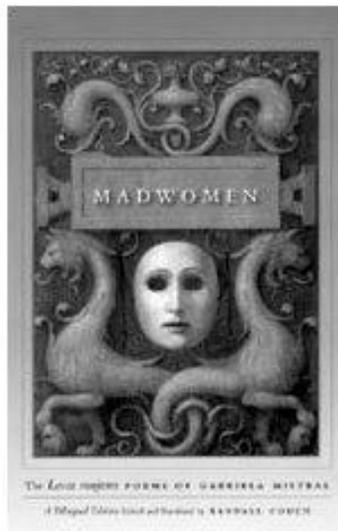
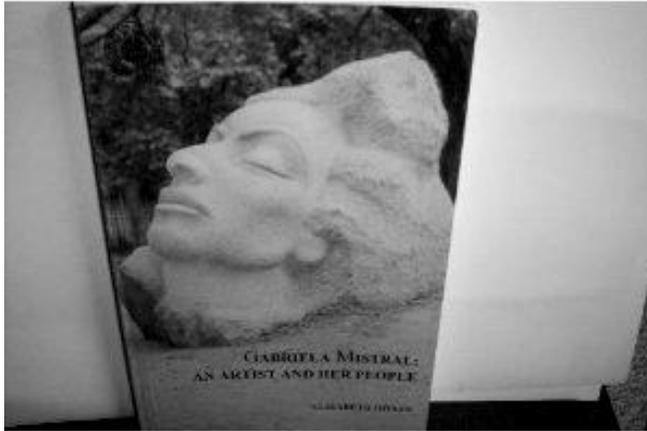
Royo, Adrienne Joyce Wood (2007): *Gabriela Mistral. The Teaching Journey of a Poet (Chile, José Vasconcelos, México)*.

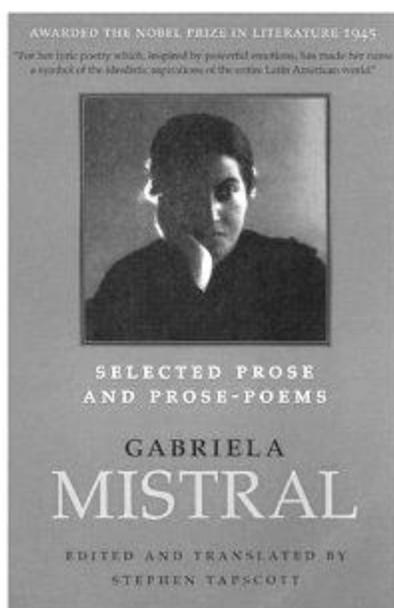
The University of North Carolina at Chapel Hill

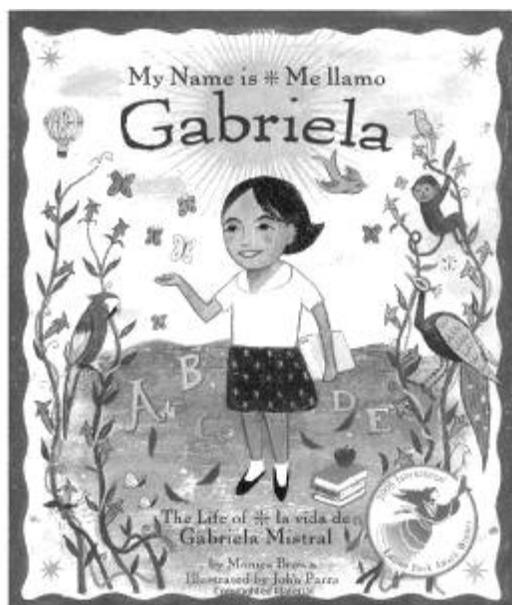
Bacon, Abigail D. (2008): *Distancia total: la soledad de Gabriela Mistral en su diario personal*.

Miami University



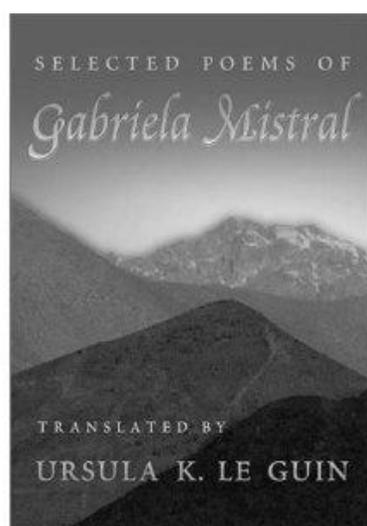
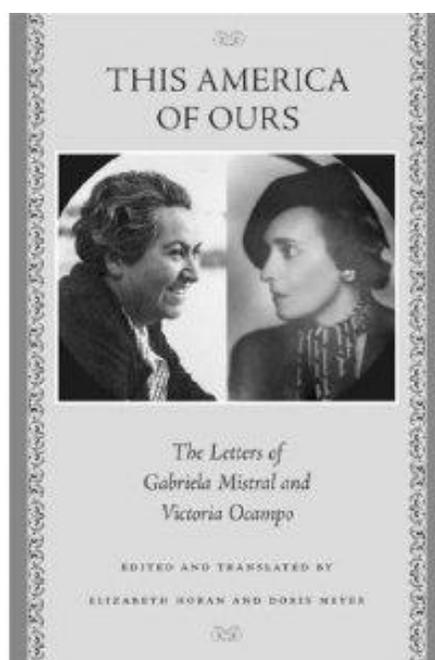


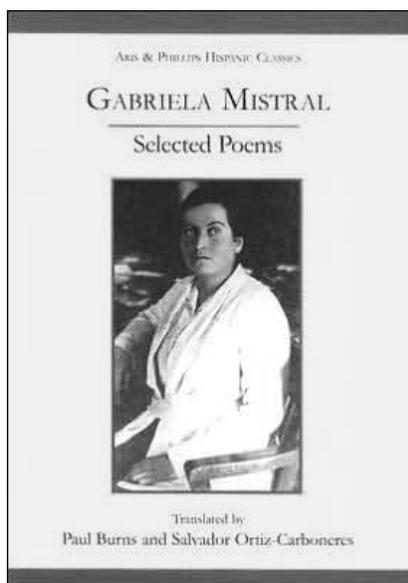
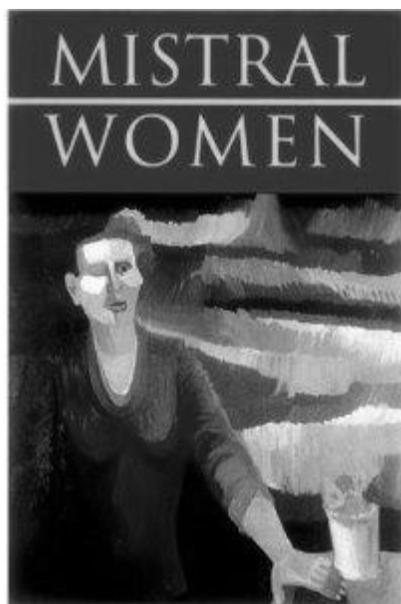


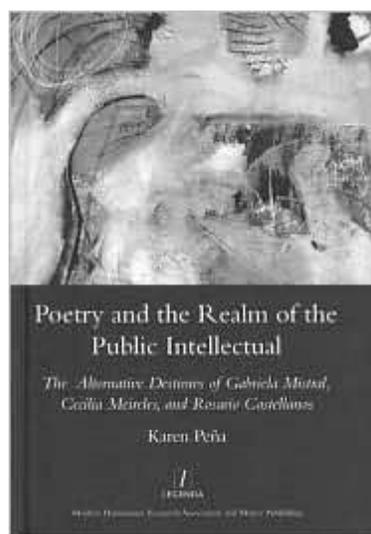
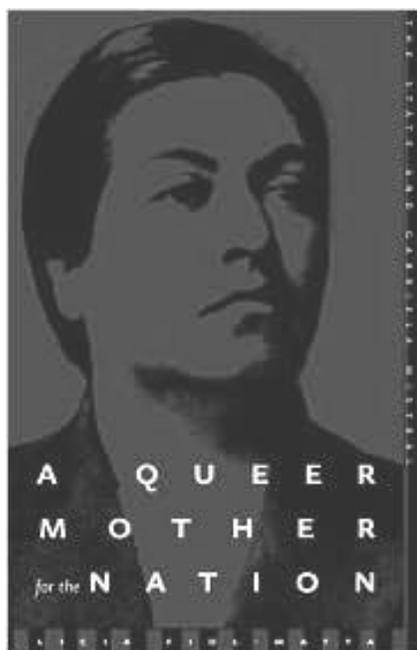


Gabriela Mistral











**ACADEMIA NORTEAMERICANA
DE LA LENGUA ESPAÑOLA**
(Correspondiente de la Real Academia Española)

Academia Norteamericana de la Lengua Española
G.P.O. Box 349
New York, N.Y. 10116
☎ 845 729-9306
www.anle.us

DIRECTIVA

D. GERARDO PIÑA-ROSALES
Director

D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS
Secretario

D. JOAQUÍN SEGURA
Censor

D. EMILIO BERNAL LABRADA
Tesorero

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ
Director del Boletín

D. THEODORE S. BEARDSLEY
Bibliotecario

ACADÉMICO HONORARIO
D. Joaquín Segura

ACADÉMICOS DE NÚMERO

(Por orden de antigüedad)

D. THEODORE S. BEARDSLEY

D. EUGENIO CHANG-RODRÍGUEZ

D. ROBERTO GARZA SÁNCHEZ

D. ROBERTO A. GALVÁN

D. STANISLAV ZIMIC

D. ROLANDO HINOJOSA-SMITH

D. CARLOS ALBERTO SOLÉ

D. GERARDO PIÑA ROSALES

D. JOHN J. NITTI

D. JOAQUÍN SEGURA

D. EMILIO BERNAL LABRADA

D.^a BEATRIZ VARELA

D. LUIS PÉREZ BOTERO

D. NICOLÁS TOSCANO LIRIA

D. MARCOS ANTONIO RAMOS

D.^a ESTELLE IRIZARRY

D. MORDECAI RUBIN

D. UBALDO DI BENEDETTO

D. ROBERT LIMA

D.^a SILVIA FAITELSON-WEISER

D. ANTONIO CULEBRAS
D. JOSÉ AMOR Y VÁZQUEZ
D. WILLIAM H. GONZÁLEZ
D. RAÚL MIRANDA RICO
D. ANTONIO GARRIDO MORAGA
D. ROBERT BLAKE
D. JUAN MANUEL PASCUAL
D. ORLANDO RODRÍGUEZ SARDIÑAS
D.^a JANET PÉREZ
D. JORGE IGNACIO COVARRUBIAS

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

D. JOSE LUIS ABELLÁN
España

D. ALBERTO ACEREDA
Estados Unidos

D. ÓSCAR ACOSTA
Honduras

HORACIO AGUIRRE
Estados Unidos

D. ABDELOUAHED AKMIR
Marruecos

D. ELIO ALBA BUFILL
Estados Unidos

D. JOSÉ MANUEL ALLENDESALAZAR
España

D. FRANCISCO ALBIZÚREZ PALMA
Guatemala

D. LUIS ALBERTO AMBROGGIO
Estados Unidos

D. MARIO ANDINO LÓPEZ
Estados Unidos

D. JORGE EDUARDO ARELLANO
Nicaragua

D. SAMUEL G. ARMISTEAD
Estados Unidos

D. MARCO AURELIO ARENAS
Estados Unidos

- D. FREDO ARIAS DE LA CANAL
México
- D. JOAQUÍN BADAJOZ
Estados Unidos
- D. PEDRO LUIS BARCIA
Argentina
- D. BELISARIO BETANCUR
Colombia
- D. GARLAND D. BILLS
Estados Unidos
- D. JOSÉ CARLOS BRANDI ALEIXO
Brasil
- D. JAVIER BUSTAMANTE
Estados Unidos
- D. ALBERTO CAÑAS
Costa Rica
- D.^a MARGARITA CARRERA
Guatemala
- D. LUIS ÁNGEL CASAS
Estados Unidos
- D. CARLOS CASTAÑÓN-BARRIENTOS
Bolivia
- D. ALBERTO CASTILLA VILLA
Estados Unidos
- D. CARLOS JOAQUÍN CÓRDOVA
Ecuador
- D. DAVID DEFERRARI
Estados Unidos

D. DAVID ESCOBAR GALINDO
El Salvador

D.^a GEORGETTE DORN
Estados Unidos

D. CHARLES B. FULLHABER
Estados Unidos

D. CARLOS FERNÁNDEZ SHAW
España

D. DANIEL R. FERNÁNDEZ
Estados Unidos

D. VÍCTOR FUENTES
Estados Unidos

D. CRISTIAN GARCÍA-GODOY
Estados Unidos

D. MANUEL GARRIDO PALACIOS
España

D. CARLOS JONES GAYE
Uruguay

D. FRANK GÓMEZ
Estados Unidos

D. JOSÉ MANUEL GÓMEZ Y MÉNDEZ
España

D. LUIS T. GONZÁLEZ DEL VALLE
Estados Unidos

D. ANTHONY GOOCH
Inglaterra

D. FÉLIX ALFONSO DEL GRANADO ANAYA
Estados Unidos

D. FÉLIX GRANDE
España

D. PEDRO GUERRERO RUIZ
España

D. HELIODORO GUTIÉRREZ GONZÁLEZ
España

D.^a MARIELA A. GUTIÉRREZ
Canadá

D. CHEN KAIXIAN
China

D. JORGE KATTÁN ZABLAH
Estados Unidos

D. AMANCIO LABANDEIRA
España

D. HUMBERTO LÓPEZ MORALES
España

D. ÁNGEL LÓPEZ GARCÍA-MOLINS
España

D. WENCESLAO CARLOS LOZANO
España

D. FRANCISCO MARCOS MARÍN
Estados Unidos

D. LUIS MARIO
Estados Unidos

D. EMILIO MARTÍNEZ PAULA
Estados Unidos

D. ALFREDO MATUS OLIVER
Chile

D. JUSTINO MENDES DE ALMEIDA
Portugal

D. RAÚL MIRANDA RICO
Estados Unidos

D.^a LETICIA MOLINERO
Estados Unidos

D. JOSÉ MORENO DE ALBA
México

D. JOSE LUIS NAJENSON
Israel

D. GONZALO NAVAJAS
Estados Unidos

D. FERNANDO A. NAVARRO GONZÁLEZ
España

D. JOSÉ MARÍA OBALDÍA
Uruguay

D. JOHN O'NEILL
Estados Unidos

D. ANTONIO PAMIES BELTRAN
España

D.^a TERESINKA PEREIRA
Estados Unidos

D. JOSÉ LUIS S. PONCE DE LEÓN
Estados Unidos

D. ANTONIO PORPETTA
España

D. JAIME POSADA
Colombia

- D. DOMINGO PRIETO GARCÍA
España
- D. RAÚL RIVADENEIRA PRADA
Bolivia
- D. AMADEU RODRIGUES TORRES
Portugal
- D. HERNÁN RODRÍGUEZ CASTELO
Ecuador
- D. JOSÉ GUILLERMO ROS-ZANET
Panamá
- D. YURI A. RYLOV
Rusia
- D. FELIPE SAN JOSÉ GONZÁLEZ
México
- D. GONZALO SANTONJA GÓMEZ-AGERO
España
- D. GUSTAVO A. SILVA,
Suiza
- D.ª FATIMA TAHTAH
Marruecos
- D. HIROTO UEDA
Japón
- D. EDUARDO URBINA
Estados Unidos
- D. ÁNGEL JULIÁN VALBUENA-BRIONES
Estados Unidos
- D. BENJAMIN VALDIVIA
México

D.^a RIMA R. VALLBONA
Estados Unidos

D. JUAN VAN-HALEN ACEDO
España

D. JOSÉ LUIS VEGA
Puerto Rico



COLABORADORES

(Por orden de nombramiento)

- D. LUIS RÍOS (Sacramento, California)
- D. CHRISTIAN RUBIO (New Orleans, Louisiana)
- D. CARLOS MELLIZO (Laramie, Wyoming)
- D. ISAAC GOLDEMBERG (Nueva York)
- D.^a LAURA GODFREY (Washington D.C.)
- D. GERMÁN CARRILLO (Milwaukee, Wisconsin)
- D.^a VANESSA LAGO BARROS (Montclair, New Jersey)
- D.^a CRISTINA BERTRAND (Miami, Florida)
- D. MARIO MARTÍNEZ Y PALACIOS (Washington D.C.)
- D.^a MARISA FRANCO (San Juan, Puerto Rico)
- D. ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ (Nueva York)
- D. JESÚS LÓPEZ-PELÁEZ CASELLAS (Jaén, España)
- D.^a MARTA BOLÍVAR (San Diego, California)
- D.^a MARÍA EUGENIA COSEIRO (Miami, Florida)
- D. MILTON M. AZEVEDO (Berkeley, California)
- D. FERNANDO WALKER (Santa Fe, Argentina)
- D.^a AURORA HUMARÁN (Buenos Aires, Argentina)
- D. ALFREDO ARDILA (Miami, Florida)
- D.^a NOHORA SARMIENTO (Davie, Florida)
- D.^a MARÍA DE LA PAZ Fernández (Boston)
- D.^a SILVIA BETTI (Lugo-Ravenna, Italia)
- D.^a MARY S. VÁSQUEZ (Davidson, Carolina del Norte)
- D.^a MARÍA CORNELIO (Nueva York)
- D.^a ROCÍO OVIEDO Y PÉREZ DE TUDELA (Madrid)
- D.^a YARA GONZÁLEZ MONTES (Doral, Florida)
- D. ANDREW LYNCH (Miami, Florida)
- D.^a UVA DE ARAGÓN (Miami, Florida)
- D. PORFIRIO RODRÍGUEZ (Teaneck, New Jersey)
- D. RAFAEL E. SAUMELL-MUÑOZ (Huntsville, Texas)
- D. ALBERTO GÓMEZ FONT (Madrid)
- D. FRANCISCO MUÑOZ GUERRERO (Madrid)
- D.^a ROSA ALICIA RAMOS (Nueva York)
- D. ALEJANDRO JOSÉ GONZÁLEZ ACOSTA (México, D. F.)
- D.^a KAY PRITCHETT (Fayetteville, Arkansas)
- D. ÓSCAR MARTÍN (Hartford, Connecticut)
- D.^a LUISA FOURNIER (Miami, Florida)
- D. GINÉS LOZANO JAÉN (Murcia, España)
- D.^a MARÍA TERESA CARO VALVERDE (Murcia)
- D. FRANCISCO J. PEÑAS-BERMEJO (Dayton, Ohio)

- D. ANTONIO ROMÁN (Madrid)
- D.^a NATALIA MANFREDI (Paraná, E.R. Argentina)
- D.^a MARIA ELENA PELLY (México, D.F.)
- D.^a KATHLEEN THERESE O'CONNOR-BATER (Nueva York)
- D.^a ALICIA AGNESE (Corpus Christi, Texas)
- D. STEVEN STRANGE (East Hartford, Connecticut)
- D.^a ESTHER GREY-ALBA (Verona, New Jersey)
- D. NICOLÁS MARTÍNEZ VALCÁRCEL (Murcia)
- D.^a SILVIA BORRAS-GINER (Aurora, Colorado)
- D.^a NURIA MORGADO (Nueva York)
- D.^a ALICIA DE GREGORIO (Whitewater, Wisconsin)
- D.^a CARMEN TARRAB (Nueva York)
- D. MARK P. DEL MASTRO (Charleston, Carolina del Sur)
- D.^a MARICEL MAYOR MARSÁN (Miami, Florida)
- D. FRANCISCO ALVAREZ KOKI (Nueva York)
- D.^a DOMNITA DUMITRESCU (Los Angeles, California)
- D.^a LILIANA SOTO-FERNÁNDEZ (Nueva York)
- D.^a ONEIDA M. SÁNCHEZ (Nueva York)
- D.^a MARIE-LISE GAZARIAN (Nueva York)
- D. VALENTÍN GONZÁLEZ-BOHÓRQUEZ (Pasadena, California)
- D. JUSTO S. ALARCÓN (Phoenix, Arizona)
- D.^a LAURA SÁNCHEZ (San Marino, California)
- D.^a ANA ISABEL RODRÍGUEZ (Washington D.C.)
- D.^a CHEN ZHI (Shanghai, China)
- D. MARIANO VITETTA (Buenos Aires, Argentina)
- D. ANGEL AGUIRRE (Fort Lauderdale, Florida)
- D.^a MARÍA H. PERALTA DE DUCLOS (Québec-Canada)
- D.^a PATRICIA LÓPEZ- GAY (Nueva York)
- D.^a ANA MARÍA OSAN (Indiana)



Este libro acabose de imprimir el día 10 de enero de 2011
Festividad de San Gonzalo de Amarante
en los talleres de The Country Press
Massachussetts
Estados Unidos de América